OBRAS COMPLETAS
MIGUEL BAKUNIN

Volumen 1

Prólogo de Max Nettlau
Palabras previas de Sam Dolgoff
Edición y Traducción: Diego A. de Santillán.

LAS EDICIONES DE
La Piqueta

1ª edición Ed. *Tierra y Libertad*, Barcelona 1938
Cubierta: *Roberto Turégano*

Las Ediciones de La Piqueta
Seseña, 59 - Madrid-24. Diciembre 1977
ISBN: 84-7443- 008-9 (Tomo I)
ISBN: 84-7443-007-0 (Obra Completa)
Depósito legal: M-42821-1977
Impreso en: Gráficas Elica.
Boyer, 5 Madrid-32

PALABRAS PREVIAS

Estas palabras previas quieren complementar la introducción no superada de la edición española de las obras de Bakunin, escrita por el historiador más competente del anarquismo, el Dr. Max Nettlau. Desde que estas introducciones fueron escritas hace más de cuarenta años, es necesario discutir sólo brevemente la extensión en que las ideas de Bakunin son todavía importantes para nuestro tiempo. La selección de escritos de este primer volumen figura entre las más importantes de las obras de Bakunin.

Bakunin aplicó todo lo que había aprendido en su estudio de las revoluciones del pasado, tales como la Gran Revolución francesa, y sobre todo, en su participación personal en la revolución de 1848, hasta los problemas generados por la guerra franco-prusiana de 1870.

Fue durante ese período cuando Bakunin desarrolló la idea de convertir una guerra entre Estados en una guerra civil para culminar en la revolución social.

Creía que sólo una vasta guerra de guerrillas, emprendida por el pueblo entero, podría rechazar simultáneamente los ejércitos tiránicos enemigos y defender la revolución social contra sus enemigos internos:

> *... "si una nación de treinta y ocho millones de habitantes se levanta para defenderse a sí misma, resuelta a destruirlo todo, y a sacrificar sus propiedades y su vida antes que someterse a la esclavitud, no hay ejército en el mundo, por poderoso que sea, por bien organizado y equipado que esté con las armas más extraordinarias, capaz de conquistarlo"...*

En nuestro tiempo, la historia de Argelia y de Vietnam confirman ciertamente la tesis de Bakunin, de que en una prolongada guerra de guerrillas, la resistencia masiva de todo un pueblo resultará finalmente victoriosa contra el poder armado de, justamente, las mayores potencias imperialistas.

En el curso de la crisis revolucionaria, Bakunin anticipó objetivos revolucionarios que fueron realizados, en una amplitud notable, en las áreas anarcosindicalistas, como Barcelona, durante la guerra civil en 1936 y la revolución sesenta años más tarde/ideas como la defensa de la revolución por las milicias armadas del pueblo (el pueblo en armas); la autoadministración de los asuntos económicos, sociales y políticos por federaciones de sindicatos obreros, comités locales y vecinales y otras organizaciones populares.

Las advertencias de Bakunin a los bolchevistas de su tiempo, los jacobinos y los blanquistas, hasta donde su política podía conducir, se lee casi como una previsión del curso general de la Revolución rusa, desde sus comienzos hasta la toma final del poder y el establecimiento del Estado totalitario:

> *... "la construcción de un Estado revolucionario poderosamente centralizado... conduciría inevitablemente al establecimiento de una dictadura militar, condenaría a las masas, gobernadas por decreto, a la inmovilidad.. a la esclavitud y a la explotación por una nueva autocracia, casi-revolucionaria... de donde el triunfo de los jacobinos y los blanquistas equivaldría a la muerte de la revolución"...*

Para salvar la revolución, Bakunin elaboró una estrategia libertaria basada en el principio de que las formas de la nueva sociedad son generadas por la revolución misma. Así, una revolución dirigida por un centro único, o incluso por un número de centros, por medio de comisarios y con expediciones militares para imponer los decretos, tiene que producir inevitablemente un nuevo régimen autoritario: los comisarios de hoy se convertirán en los gobernantes de mañana.

Bakunin creía, además, en una revolución que abarcase las ciudades y los campos, y dirigida por obreros y campesinos en cada localidad. Debidamente coordinados a todo nivel, tal revolución asumirá, naturalmente, un carácter libertario y federalista.

La estrategia revolucionaria de Bakunin promovía dos grandes problemas, debatidos todavía en el movimiento revolucionario: cómo guiar la revolución en un sentido libertario por medios libertarios, y cómo el anarquista podría obstruir a los autoritarios la toma del poder, sin instituir, al obrar así, una dictadura anarquista propia.

Bakunin vuelve sin cesar sobre esas cuestiones en casi todos sus escritos. Y fueron precisamente esos problemas los que afrontó el movimiento anarcosindicalista durante la guerra civil y la revolución de 1936-1939 en España.

Entre las contribuciones más importantes de Bakunin a la moderna teoría revolucionaria figura su confianza en la capacidad revolucionaria del campesinado. Ciertamente, no las idealizó. Sabía que los campesinos eran ignorantes, supersticiosos y conservadores. Pero creía que, si los obreros radicales y progresivos de las ciudades abandonaban sus actitudes snobistas, y trataban de comprender los problemas campesinos, los labradores podrían ser ganados para la revolución.

Y, efectivamente, desde que los campesinos pobres y los labradores sin tierras constituyen la masa dominante de la población rural, el verdadero destino de la revolución, como vio muy bien Bakunin, depende de involucrarlos en la lucha revolucionaria, no como ciudadanos inferiores, sino en fraterna solidaridad con los trabajadores urbanos.

Si los revolucionarios, en cambio, apelan a la confiscación inmediata de sus pequeñas parcelas de tierra, y rehusan redistribuir las fincas de los ricos latifundistas y las propiedades de la Iglesia y del Estado entre los millones de campesinos sin tierra; esos campesinos reforzarán el ejército de la reacción, y la revolución caería en la nada. Y sobre todo y por encima de las consideraciones prácticas, Bakunin temía el efecto corruptor de medidas arbitrarias contra los campesinos por parte de los revolucionarios mismos. La erosión de los principios éticos, por sí sola, sería suficiente para socavar la revolución social.

Bakunin previno repetidamente contra la usurpación de la revolución por un gobierno socialista, que instituiría la colectivización forzada y otras medidas por decretos. Sus comisarios y sus expediciones militares culminarían en la tierra en la expropiación de los campesinos y en la institución de un régimen de terror como el que precipitó el colapso de la revolución francesa.

En nuestro tiempo hemos sido testigos del reino del terror de Stalin, instituido como un medio para llegar a las colectivizaciones forzosas. Los campesinos rusos, incapaces para rebelarse con la fuerza de las armas, recurrieron a la guerrilla silenciosa, inflexible, pero no menos efectiva, la resistencia no-violenta. Por actos de sabotaje, trabajo a desgana, y otros medios, los campesinos redujeron grandemente la producción agrícola. Esta es una de las razones principales por las que un régimen capaz de lanzar sputniks al espacio, es todavía incapaz de resolver sus problemas agrícolas, justamente después de una media centuria de la revolución.

Más generalmente, podemos decir que la revolución rusa fue condenada al fracaso cuando perdió su carácter local y espontáneo. Las formas creadoras que surgen de la vida social, los soviets y otras asociaciones del pueblo, fueron abortadas por la concentración del poder en el Estado. Las opiniones de Bakunin en este aspecto conservan su vigencia para las luchas revolucionarias en los países subdesarrollados, que comprenden los dos tercios de la población del mundo. El mismo resumió estas concepciones:

> *... "las tareas constructivas de la Revolución social, las nuevas formas de la vida social, pueden surgir solamente de la experiencia viva de las organizaciones básicas que quieren construir por sí mismas la nueva sociedad, de conformidad con sus múltiples necesidades y deseos"...*

Las colectividades libertarias y las industrias socializadas durante la guerra civil española y la revolución de 1936-1939, que abarcaron la vida económica y política de millones en las áreas más populosas de la España republicana, tomaron el carácter previsto por Bakunin. Sesenta

y cinco años de luchas militantes y de una acción educativa intensa, en conformidad con las ideas de Bakunin y sus continuadores, prepararon a los obreros urbanos y a los campesinos para afrontar los problemas constructivos de la revolución social.

Recalcó Bakunin la importancia de los factores psicológicos en la revolución, insistiendo en que la revolución era imposible para gentes que habían "perdido el hábito de la libertad", añadiendo así otra dimensión a la teoría revolucionaria. Como frente al fatalismo económico de Marx, dejó más espacio a la voluntad del hombre, a sus aspiraciones a la libertad y a la igualdad, y al "instinto de rebelión", que constituye la "conciencia revolucionaria" de los oprimidos.

> *... "el temple revolucionario de las masas laboriosas no depende solamente de la extensión de la pobreza y del descontento, sino también de su fe en la justicia y en el triunfo de su causa... el descontento sólo raramente produce revoluciones. Incluso los pueblos reducidos a la más extrema pobreza, pese a sus tribulaciones, dejan de mostrar signos de irritación... no se rebelan porque no tienen la adecuada percepción de sus derechos ni tienen confianza en sus propios poderes, y, careciendo de ambos, se vuelven indefensos y soportan la esclavitud por centurias"...*

En una crítica profética del programa socialdemócrata alemán, Bakunin predijo la absorción del movimiento socialdemócrata en la estructura que hoy es conocida como capitalismo de Estado o socialismo de Estado. En un pasaje que habla como si lo hubiese escrito hoy, Bakunin advierte que el programa socialdemócrata basado en el "comunismo autoritario", en el "socialismo de Estado", conduce inevitablemente a una sociedad totalitaria en la que

> *... "el Estado se convierte en el único banquero, capitalista, organizador y director de todo el trabajo nacional, y en el distribuidor de todos sus productos"...*

En lo que concierne a la revaloración corriente de la teoría socialista, las ideas de Miguel Bakunin, fundador del movimiento anarquista internacional, están promoviendo creciente interés. Se pueden aprender mucho todavía en este, y en los sucesivos volúmenes de las obras de Bakunin que publica ahora en España "La Piqueta". Congratulamos a los editores y les deseamos todo éxito.

Sam Dolgoff

PRÓLOGO

I

La obra literaria de Miguel Bakunin tiene un aspecto muy diferente de la que es norma en la mayor parte de pensadores, hombres de acción y propagandistas avanzados. Tenía mucho que decir y abrigó, durante muchos años, el pensamiento de exponer un conjunto de sus ideas ante sus contemporáneos; pero la actualidad, las necesidades de la causa del momento, obstaculizaron siempre esos planes. Sus escritos, publicados en su tiempo, por consiguiente, son todos de actualidad; pero contemporáneamente luchaba casi siempre con el gran asunto mencionado, el conjunto que presentarían sus ideas en la triple división que llamó en diversas épocas "federalismo, socialismo y antiteologismo", o "anarquía, colectivismo y ateísmo". Este trabajo se hizo en los manuscritos sucesivos que abandonaba inacabados cuando se le ofrecía una causa que permitía la acción, o al menos más acción, o la propaganda. Su trabajo intelectual continuo facilitó entonces la inclusión de una abundancia de ideas elaboradas sin dificultad aparente, con una amplitud inagotable, en sus escritos de ocasión y en los trabajos a veces más elementales reclamados por la propaganda. Resulta, pues, que los folletos y artículos y el único gran libro —que no existe hasta ahora más que en ruso— tienen un valor notable considerados como escritos en apariencia tan pasajeros, de actualidad, pero que en realidad no constituyen sino fragmentos, partes dispersas del conjunto de sus ideas. Fué, pues, una dicha que una parte al menos de sus

trabajos manuscritos, considerable pero no completa, se conservara; se profundizó en esa mina en 1878 y en 1882, hallando felizmente hermosísimas piezas en el primer tanteo, entre otras *Dios y el Estado*, y, nuevamente, a partir de 1894 y de 1907; aun verá la luz estos años material inédito. Pero esos manuscritos inacabados fueron también fragmentos y es preciso conocer una gran parte, o todo lo que queda, para darse cuenta del verdadero pensamiento de Bakunin, cuyos escritos más cortos, publicados y ampliamente difundidos, no contienen más que puntos salientes, brillantes, difíciles a menudo de coordinar por el lector.

Añadamos a esto que había practicado desde su primera juventud el "arte de escribir cartas": sus estrechas relaciones con sus numerosos hermanos y hermanas y con sus amigos de juventud en Rusia, en que la conversación seria por carta reemplaza, en las ausencias frecuentes, las largas conversaciones íntimas sobre asuntos filosóficos, cuestiones psicológicas, el autoanálisis o la introspección moral, etcétera, todo eso se vuelve a encontrar en sus cartas durante toda su vida desde que da con un corresponsal digno de su atención. Y en los diez años de intensa vida socialista y revolucionaria, de 1864 a 1874, perfeccionó aún este modo de obrar por carta. Porque entonces lo intentó todo para extender una propaganda y una acción en el sentido de sus ideas, haciéndolas internacionales, y tenía, pues, necesidad de hallar en todas partes hombres de buena voluntad, y, una vez encontrados —sea hallándolos personalmente en ocasión de viajes, de congresos, de encuentros fortuitos, sea que fueran amigos de sus amigos y a quienes no conocía aún— en todos los casos tuvo siempre mucho que decirles, tanto para perfeccionar su educación revolucionaria como en discusión continua de las modalidades de la propaganda y de las posibilidades de una acción, y sobre todo para mantener entre ellos el sentimiento internacional adecuado a la acción internacional homogénea según las necesidades de la hora. Dedicaba a su correspondencia un trabajo inaudito, y he dicho ya algunas veces que él fué "toda una Internacional", es decir, que el trabajo de coordinar los esfuerzos dispersos en algunos países, que es una de las razones de ser del mecanismo organizador de una Internacional —ese trabajo que los consejos y las oficinas no hacen

habitualmente más que de una manera, sea arbitraria, autoritaria, sea floja, indiferente, sin efecto— lo hizo continuamente durante esos años con su propia mano, escribiendo día y noche numerosas cartas donde la cuestión es explicada con una exactitud y una paciencia conmovedoras; y le era necesario aún diferenciar y matizar sus proposiciones y consejos según los diversos países, el estado del movimiento en cada uno y también según las particularidades y aun las susceptibilidades de sus corresponsales, inspirados todos por la buena voluntad durante la época, a veces larga, otras veces corta, de su cooperación con Bakunin, pero que estaban lejos de compartir todas sus ideas. Unos permanecían aún en retraso, no comprendiendo o no aceptando todavía el conjunto de la anarquía revolucionaria; otros que la aceptaban tenían su propia cabeza y preferían a menudo otra táctica, otros métodos; nada es más erróneo que figurarse un espíritu uniforme en una especie de escuela de discípulos de Bakunin: al contrario, casi todos, o sabían aún bien poco, o creían saber más que Bakunin mismo; y los años transcurrían tan rápidamente, las ocasiones de encontrarse personalmente con Bakunin fueron tan raras, que la época de un verdadero esfuerzo en común no llegó jamás. Una parte de la construcción, por decirlo así, se derruía en tanto que otras partes eran construídas de nuevo constantemente. Pero no importa, había siempre vida, movimiento, algo nuevo, y todo eso da a la correspondencia de Bakunin un sello particular: se encuentra en ella la elaboración de las ideas y su presentación en varias formas matizadas, la discusión de las posibilidades y medios de acción, y por tanto su concepción de las cuestiones políticas y sociales de su tiempo; se observa también en ella su arte de estudiar el carácter de cada uno y de hacer por eso mismo su acción lo más útil y efectiva posible. Por consiguiente, para conocer verdaderamente a Bakunin, es necesario aún tener en cuenta lo que puso en esa correspondencia inmensa, a veces por las explicaciones más detalladas, verdaderos tratados, otras por algunas palabras como epigramas. Pero, inevitablemente, la mayor parte de su correspondencia está destruída; nos quedan muestras brillantes, que serían bastante voluminosas si se reunieran todas, y nos quedan las notas rápidas en sus carnets diarios de 1871 y 1872, que

muestran la extensión de su correspondencia, su intensidad y su carácter especial de acción internacional simultánea, al menos durante la mayor parte de esos dos años.

Resulta de todo esto que, leyendo, o más bien, estudiando a Bakunin, es preciso ser paciente, y hay que leer mucho, si no todo lo que se ha conservado. No es posible encontrar en uno solo de sus escritos todo lo que ha querido decir y las razones, las fundamentaciones de lo que dice. Sus ideas, las ideas de la anarquía revolucionaria, penetran, vivifican y hacen floreciente el número de discusiones de asuntos políticos y sociales de hace cincuenta o sesenta años, asuntos que en casi todos los demás escritos de aquellas lejanas fechas ya nos parecen a menudo trasnochados, arcaicos, áridos, pero que por el soplo libertario que inspira su discusión, vuelven a adquirir vida e interés para el lector más moderno. ¡Ah!, si se hubiese continuado verdaderamente e intensificado la obra de Bakunin durante estos cincuenta años, ¡dónde estaríamos! Entonces, no sólo la literatura de propaganda que —lo reconozco bien— es producida con tantos cuidados y sacrificios, sino igualmente una parte grande, preponderante, de la literatura política, social, intelectual y artística moderna, estaría penetrada de un soplo libertario más perfecto que el que animaba a un precursor, a un fundador de las ideas como Bakunin. Pero este no es aún el caso y, preciso es decirlo, bajo algunos aspectos, Bakunin no fué reemplazado jamás, aunque autores como Reclus, Kropotkin, Tolstoy y otros nos hayan mostrado tantas otras facetas de la anarquía, asunto inagotable y apenas abordado; no es posible, pues, eximirse todavía de estudiar a Bakunin, y esto se hará evidentemente con ojos críticos, teniendo en cuenta la experiencia social y política adquirida desde su tiempo, y cada lector inteligente sacará nuevas conclusiones de estas lecturas retrospectivas y aplicará la experiencia que Bakunin nos prodiga en sus escritos a la interpretación de los hechos de la vida moderna, que reclaman esa atención más que nunca.

Se podrían presentar estos materiales de varios modos; por ejemplo, separándolos en tres grandes partes: escritos publicados, escritos que quedaron inéditos y correspondencia; o bien adoptando un orden estrictamente cronológico

(lo que hizo Guillaume en los últimos volúmenes de su edición parisién); pero vale más reservar un método semejante para una edición ulterior definitiva en los idiomas originales, edición muy difícil de producir y que abrazaría partes en idioma ruso, en alemán, en sueco, en italiano y en francés. Para las traducciones que no procuran reunir todos los textos y toda la correspondencia, el principio seguido en esta edición española me parece indicado: el de reunir en volúmenes o grupos de volúmenes lo más importante que Bakunin escribió sobre cada uno de los grandes asuntos que le absorbieron.

Así, se sabe en qué grado la guerra francoalemana de 1870-71 hizo germinar en él las ideas y los planes de acción revolucionaria; a dicha guerra consagró su acción personal en Lyon y en Marsella y un gran número de páginas manuscritas, que quedaron inéditas, pero que fueron comunicadas a sus amigos de esa época, en parte al menos. Lo que ha sido traducido aquí, podría, pues, con buen derecho, llevar el título general de "Bakunin y la revolución social en Francia" (el volumen presente y un segundo volumen), y lo que sigue en este prólogo servirá para reconstruir la historia de esos escritos y para añadir otros detalles sobre las ideas, la acción y las aventuras personales de Bakunin en esa época agitada de su vida.

II

El 11 de agosto de 1870, en plena guerra ya (Wisenbourg, 4 de agosto; Woerth, Forbach, 6 de agosto, batallas importantes que mostraban el ascendiente de los ejércitos alemanes), Bakunin escribe desde Locarno a su viejo amigo ruso, N. Ogaref —el amigo de Herzen—, un billetito en que dice: "... Tú no piensas durante el ruido de los acontecimientos más que en nuestra proyectada revista (en lengua rusa; no aparecida) y en tu artículo. ¡Qué filósofo eres! Tú estás bien colocado, no eres nada más que ruso; pero yo soy internacional, y por consiguiente los acontecimientos me causan una verdadera fiebre. En el espacio de tres días, he escrito exactamente veintitrés grandes cartas; la presente, pequeña, es la vigésimacuarta. En mi interior, se ha formado todo un plan; Ozerof [refugiado ruso, antiguo

oficial] te lo comunicará o, mejor, te leerá mis cartas a un francés".

De esas veintitrés cartas, no nos queda más que una sola (inédita) y otro billete del 11 de agosto a sus viejos amigos Adolfo Reichel y su mujer, en Berna, escrito quizás como para reposar de su gran trabajo después del billetito a Ogaref. Se encuentra allí su primera nota sobre la guerra:

¡Y bien, queridos hijos, tenemos la guerra! ¡Y qué guerra! ¡La aparatosidad francesa, destruída por la brutalidad científica de los prusianos!... La guerra —ese Calibán monárquico, ortodoxo-pietista, pomeriano-nobiliario y soldadescamente policíaco— bate al Roberto Macaire imperial y a su Bertrand toda la Francia oficial. Pero la Francia revolucionaria se despierta. ¡Tanto mejor! Yo deseo a los prusianos todavía una gran victoria bajo los muros de Metz, puesto que las que obtuvieron hasta aquí no han sido suficientes para hacer caer a Napoleón y a Madame Eugenia y no abocaron más que a un ministerio Palikao! Después de la caída de Napoleón, desearía todos los desastres posibles a los héroes de la Pomerania...

...Pero, penséis vosotros lo que queráis, queridos amigos, de una manera o de otra, la revolución se hace inminente: primero, en Francia y en Italia, luego, paulatinamente, por doquier.

¡Y viva la revolución! (Véase mi *Biografía de Bakunin*, páginas 496-97.)

Si estas dos cartas a viejos amigos son de un carácter íntimo, esta otra (inédita, reproducida en 1903 en el suplemento manuscrito de mi *Biografía)* nos da una ocasión única para ver más de cerca el misterio de las veintitrés cartas. Escribe: "Pour Phili" (Alberto Richard, en Lyon, hasta entonces uno de sus camaradas más íntimos):

Este 10 de agosto de 1870. Locarno.

Mi muy querido amigo: Te escribo solamente para tener noticias tuyas, porque estoy muy inquieto por tu silencio. Conociendo el noble ardor de tus sentimientos patrióticos, temo que te enroles en los voluntarios. Eso será muy noble, sin duda, pero al mismo tiempo muy torpe. Tú te debes a tu familia y a los intereses de tu familia [modo simulado de indicar: la causa revolucionaria]. *Por lo demás, he aquí una bonita ocasión para realizar el asunto que "James"* [Guillaume] *y "François"* [Gaspar Sentiñon] *te habían propuesto en Lyon, hacia fines del año pasado, en mi nombre* [4 y 5 de octubre de 1869; v. J. Guillaume, *L'Internationale*, I, 1905, 244-46, donde este asunto no ha sido esclarecido], *el de un gran negocio y empresa comercial* [tentativa revolucionaria] *que abarque a Suiza, Italia y España. Amigo mío, si quieres salvarnos a todos de la ruina* [salvar el movimiento], *es preciso poner hoy manos a la obra. He escrito en este sentido a "Agustín"* [Gaspar Blanc, de Lyon, entonces refugiado en Suiza] *una larga carta, a "James"* [Guillaume], *a "Edoard"* [Carlos Gambuzzi, de Nápoles], *y a François"* [G. Sentiñón, de Barcelona] *también. He escrito a este último que comprometa a "Gerome"* [Andrés Bastelica, de Marsella, entonces refugiado en Barcelona] *a volver a su casa, a fin de activar ese negocio, naturalmente, después de haberse convenido contigo. He escrito también a "François"* [Sentiñón] *que venga sin falta él mismo y lo más pronto posible. Espero igualmente a "Edoard"* [Gambuzzi] *y a Beppe* [José Fanelli]. *Tú ves que no duermo. Desgraciadamente, reina en Italia una gran agitación —se diría en vísperas de una revolución— el Rey* [Víctor Manual I] *y su Gobierno están llenos de buena voluntad para Francia y para el Emperador* [Napoleón III]. *Pero la nación entera os es hostil. Hay fiebre de agitación en todas partes. Se protesta decididamente contra la guerra y contra vuestra alianza* [Italia y Francia]; *se aclaman las victorias ya indiscutibles de los prusianos; se osa hablar sin embozo de la caída del Emperador y se permite hacerla seguir de la del Rey. El Rey vacila. El Partido Conservador lo impulsa a la guerra contra Prusia y a la declaración del estado de sitio en toda Italia. Por lo contrario se han disparado ya los fusiles en Milán, hay barricadas en todas partes y el pueblo parece querer sublevarse por doquier. ¿Cómo acabará eso? Esperemos que del mejor modo.*

En la espera, no olvidemos nuestros negocios y, a pesar de las circunstancias desfavorables, desdeñemos las mezquinas y estrechas especulaciones; saquemos partido de todo para realizar en grande y ampliamente nuestro plan, nuestros proyectos. Sólo a este precio nos salvaremos de la ruina total que nos amenaza.

Tu Benoit [Bakunin]

Respóndeme a la antigua dirección: Signora Teresa Pedrazzini per Antonia [la mujer de Bakunin].

La siguiente carta de Bakunin a Alberto Richard ("Pour Phili") es también inédita:

Este 16 de agosto de 1870. Locarno

Querido amigo: Recibí tu carta del 13. Me ha satisfecho al hacerme saber que gozas de buena salud y que estás en las mismas buenas disposiciones con relación a nuestros negocios. Tratar con el gran "mercader de seda" (1) en este momento, me parece im-

(1) Primer enigma que se relaciona con una idea expresada por Richard en su carta. En la carta del 23 de agosto, el *mercader de seda* es, como se va a ver, Bismarck, o el rey de Prusia, y esta interpretación se aplica también al pasaje presente. Fué una idea particular de Alberto Richard obtener dinero de Bismarck, bajo pretexto de crear perturbaciones en Francia para emplear ese dinero, sinceramente, en hacer la Revolución social. Richard se figuraba que Bismarck sería bastante inteligente para comprender eso y remitirles dinero, mientras que Bakunin le objetaba que Bismarck les enviaría a pasear a punta-

posible. Pienso que, después de las especulaciones que realizó, se ha hecho intratable. Es preciso que experimente primero alguna gran pérdida; entonces será oportuno y necesario tratar con él, y yo pienso como tú que "Agustín" [G. Blanc] *y "Edoard"* [Gambuzzi] *serán los más indicados para hacerlo. Hace diez días poco más o menos que estoy en relación con "Agustín"* [Blanc]. *Me ha escrito primero sobre el asunto de las protestas promovidas por una de tus especulaciones, que, lo confieso, no ha dejado de asombrarme a mí un poco también, pareciéndome más peligrosa que útil; más peligrosa por su influencia moral que útil por sus efectos prácticos. No soy, de ninguna manera, un purista; pero pienso que una infracción a las reglas establecidas sólo estaría permitida ante la expectativa de un gran lucro seguro. Es muy posible que, desde lejos, la naturaleza de ese lucro me haya pasado inadvertida (1).*

Por lo demás, se trata de algo muy distinto ahora. Se trata de salvar de la ruina y de llevar a buen fin nuestros negocios, que están fuertemente amenazados por el estado del mercado originado en todas partes a causa de esta maldita guerra. He recibido de Nápoles una carta de nuestro amigo "Beppe" [Fanelli]. *Me escribe en su nombre y en el de "Edoard"* [Gambuzzi] *que sus "capitales"* [disposiciones revolucionarias] *están dispuestos; que ellos y todos sus clientes están unánimemente convencidos de que jamás fueron tan propicios el momento y las condiciones para entablar el "negocio"* [la revolución italiana], *y están resueltos a comenzarlo, aunque no tuviesen a su disposición más que sus únicos capitales de Italia —y esos capitales no faltan—. Una multitud de proposiciones les llegan de todas partes: de Milán, de Génova, de Turín y de Florencia también. No desconocen, por otra parte, la inmensa utilidad que aportaría una cooperación general, la cooperación de una gran compañía internacional. Y me preguntan si los "capitalistas"* [los revolucionarios] *del mediodía de Francia, de España y de cierta parte de Suiza* [Jura] *querrán aportar también sus capitales a este negocio. Les he respondido invitándoles a venir inmediatamente a entenderse conmigo, prometiéndoles ser-*

piés. Esta tradición oral corresponde a la opinión expresada en esta carta, en la que Bakunin, no muy contento ya con Richard, maneja las grandes susceptibilidades de éste, y desvía suavemente esa proposición.

(1) El alcance de este primer plan de Richard, lo ignoramos por completo. Había en la base de esos proyectos, según vemos por lo que Bakunin se interesaba en ellos, la idea, que fermentaba desde hacía mucho tiempo en su círculo íntimo, de servirse durante los tiempos turbios de cualquier medio apto para triunfar sin hacer ruido; para apoderarse o crearse, ante todo, amplios medios pecuniarios, únicos que harían posible una seria expansión de la acción. Sabía en qué grado su actividad y la de sus amigos se había reducido a dimensiones a menudo mínimas, por esa falta constante de dinero. Así, tuvo alguna esperanza de que Fanelli, yendo a España, después de la revolución española de 1868, daría allí algún buen golpe, y estaba descontento de su puritanismo; Fanelli era el último en querer prestarse a un acto irregular de tal naturaleza, en poner la mano sobre una caja pública o algo parecido. Por el contrario, Alberto Richard, de Lyon, era un poco fértil en proyectos de ese género, y Bakunin debió impedir que no comprometiese a todos por alguna indiscreción, aun halagándolo para no privarse de su concurso, que creía todavía de algún verdadero valor.

vir entonces de intermediario ante los amigos de los otros países. Les espero ahora seguro de que vendrán (1).

Entonces hablaré a "Edoard" [Gambuzzi] *del asunto de las "sedas" (2).*

En cuanto al de los "vinos", estoy convencido de que no podrá ser tratado de una manera eficaz y amplia sino cuando la gran especulación haya sido puesta en movimiento. Antes, no culminaría en nada serio y podría incluso arruinarnos; el juego no vale la candela. Pero cuando el gran negocio haya sido puesto en marcha, será preciso ocuparse ampliamente del comercio de los "vinos", no sin haberlo organizado previamente, para que nos dé todos los beneficios que tendremos derecho a esperar de él (3).

Tú ves, querido amigo, que es cierto ahora que los capitalistas [amigos o revolucionarios] *no nos faltarán; su concurso, qué digo, su acción incluso, al margen de nosotros y sin nosotros, es segura y próxima. Por eso, que no faltemos nosotros, es en lo que debemos pensar. Escribí a "Agustín"* [G. Blanc] *dos largas cartas en las que le expuse desde el punto de vista general y desde el de los detalles mi plan, mis ideas sobre la mejor manera de comenzar y de desarrollar nuestras especulaciones, a fin de llevarlas a buen fin y de establecer finalmente nuestro comercio, nuestra fortuna sobre bases verdaderamente sólidas. Rogué a*

(1) En la parte de su manuscrito traducido en el presente volumen, enviado el 8 de septiembre de Locarno a Neuchâtel, el autor discute explícitamente la situación italiana; concluye: "No se espera más que la señal de una revolución en Francia, la iniciativa revolucionaria de Francia, para comenzar la revolución en Italia."

Esta declaración fué rectificada por los acontecimientos: Victor Manuel I tomó la delantera y, gracias a la toma de Roma, se acrecentó de tal modo su poder real, y al mismo tiempo su prestigio liberal, como hombre que puso la mano en el cuello del Papa, que su posición desde entonces fué asegurada y defendida por todos los liberales. Otro acontecimiento sucedió: Garibaldi, que nada tenía que hacer en Italia, condujo todos los hombres de acción que seguían su influencia a Francia, para batirse en la guerra, desguarneciendo así a Italia de los elementos revolucionarios. Entonces se derrumbaron inevitablemente las esperanzas que Bakunin ponía en Italia. En una carta a Gambuzzi, escrita en Marsella el 15 de octubre, hace un gran esfuerzo para disuadir a éste de reunirse a Garibaldi, y en una carta del 16 de noviembre (Locarno), se muestra muy contento de que Gambuzzi haya vuelto a Nápoles.

(2) En un "diccionario" redactado por Richard y Bakunin en 1869, *seda* significa armas, y *vino* significa tabaco. Pero no hay ninguna garantía de que estas significaciones valgan todavía entre ellos en 1870. Si se las acepta hipotéticamente, el hecho de que Gambuzzi, por sus relaciones garibaldinas y su conocimiento de los negocios, hubiera podido ser útil bajo este aspecto, es siempre *posible*, pero, según yo creo, no del todo seguro.

(3) Los *vinos* que se encuentran en la carta del 23 de agosto deben de ser el *dinero*, los medios para una amplia propaganda y acción, que se buscaban siempre. El 7 de febrero de 1870, Bakunin anota en la carta a Richard: "Para emprender los *grandes medios*, es preciso primero tener *algunos medios*, es lo que espero hallar bien pronto con la llegada de mi primo"; y el 7 de abril: "por tanto, en mayo nos veremos, y entonces nos diremos todo, en práctica y en teoría, pero sobre todo en la práctica". Sé además, por J. Guillaume, que se trató entre los dos, durante la guerra, de especulaciones de bolsa, para ganar dinero a fin de realizar el objetivo propuesto. Otras veces, cuando *vino* significaba *tabaco*, pensaba en el contrabando. Para todo eso era necesario, o un pequeño capital inicial que no se tenía, o una situación revolucionaria que se esperaba.

"Agustín" que te haga llegar esas letras o bien que te dé un resumen detallado, a fin de que haya inteligencia completa entre nosotros. Esta inteligencia es más necesaria que nunca. Escribo a "James" [Guillaume] *para sacudirle un poco. En cuanto a "Charles"* [Perron] *y "Jouk"* [Jukowski], *es preciso dejarlos en su teología; los creo incurables (1).*

Es posible que mis negocios me soliciten bien pronto en Ginebra. Pero te advertiré a tiempo. Continúa, pues, dirigiéndome tus cartas aquí [a Locarno].

Tu Benoit

El plan de viaje expresado en las últimas líneas de esta carta del 16 de agosto, es expuesto más claramente en una carta del 19 de agosto, escrita a su camarada íntimo, el polaco W. Mroczkowski, entonces en Londres: "Desde hace cinco días, no podía responderle, por estar recargado de trabajo sobre los acontecimientos corrientes; es muy posible y hasta probable que parta muy pronto, solo, yendo por Ginebra, más lejos... Quizás nos encontremos en seguida en Francia."

En esa carta del 19 de agosto (cuyo texto original ruso se encuentra en la correspondencia publicada en 1896 por Dragomanoff), se hace alusión a sus antiguos planes para reunir fondos para la Revolución, diciendo: "No renuncié de ningún modo [a esos planes], y lo demostraré muy pronto en una vasta práctica. Pero el asunto es éste: que todo eso debe ser hecho con la solidaridad más rigurosa y con el conocimiento de la localidad, de las circunstancias, de los hombres y con una inteligencia extraordinaria." Dice también a Ogaref, en un fragmento de carta, que les ayudaría entonces y que luego, y bien pronto, en cambio, se ayudaría la causa revolucionaria rusa mediante un nuevo vasto fondo: "respondo con mi pasión, mi honor y mi cabeza". Y escribe a Palix y a Blanc cuando, después del 28 de septiembre, debió ocultarse en Marsella: "En cuanto a la revolución de venganza y de desesperación [que diferencia de la "revolución salvadora"; ver el texto completo de la carta, páginas 38-39], debe ser utilizada igualmente para la formación de un gran fondo revolucionario." [Octubre de 1870.]

Las dos "largas cartas" a Gaspar Blanc están perdidas. El más antiguo manuscrito conservado es el marcado "Continuación. 25 de agosto por la noche, o mejor 26 por la mañana" que fué expedido el 27 de agosto a Ogaref y remitido a Guillaume: forma el comienzo del presente volumen.

(1) Si Perron continuaba manteniéndose al margen, Jukowski tuvo una renovación de entusiasmo entonces, y fué a Lyon y a Marsella.

Una carta siguiente a A. Richard (inédita en su texto completo; Guillaume reprodujo algunos fragmentos, *L'Internationale*, II, págs. 80-81) continúa la discusión:

Este 23 de agosto de 1870, Locarno.

Querido amigo: Recibí tu carta del 20. Tienes razón; no hago bien al criticarte en una carta a tu amigo [Blanc]. *No lo volveré a hacer jamás. Cuando crea necesario hacerte una observación, te la haré directamente a ti mismo y sólo en casos de absoluta necesidad. Dame, pues, la mano y no hablemos más. Tenemos otros asuntos muy diferentes que tratar. Querido amigo, estás, estáis todos en Lyon en un error deplorable en relación a los negocios del "mercader de seda" (rey de Prusia o Bismarck). Se os engaña de una manera indigna; los negocios de este mercader* [la guerra] *son más prósperos que nunca y son, al contrario, los de sus competidores los que perecen a simple vista. Por consiguiente, no nos ocupemos más de "seda" y hablemos más bien de "vinos".*

Apenas tengo ánimo para hablar de nuestros asuntos privados, mientras estoy aplastado por las desgracias públicas. Bazaine batido, semianiquilado y encerrado en los muros de Metz y sin comunicación alguna con París —porque un cuerpo prusiano ocupa el ferrocarril entre Metz y Thionville—, está reducido a esta posición desesperada de tener que rendirse vergonzosamente a los prusianos, por falta de provisiones para proveer a su ejército tan fuertemente diezmado, o bien emprender un movimiento desesperado sobre la retaguardia de los prusianos, rodeado como está por furzas infinitamente superiores. Y durante este tiempo, el ejército del Príncipe heredero, engrosado por nuevas tropas que le afluyen cada día por los ferrocarriles alemanes y franceses, avanza hacia Chalons, que, a lo sumo, no podrá oponerle más que un ejército de 100.000 a 120.000 hombres todavía mal organizado. Este ejército hará sin duda esfuerzos heroicos, pero acabará por ser derrotado, aplastado por la superioridad incuestionable del número. Los prusianos marcharán sobre París y, "si el pueblo francés entero no se subleva, tomarán a París".

Tal es la verdad verdadera, querido amigo; te lo juro en nombre de lo que tengo de más sagrado, por mi honor; te lo digo con el corazón presa de la más profunda desesperación, avergonzado, enfurecido, pero es la pura y entera verdad, y si se os dice lo contrario, si se trata solamente de consolaros, si se os promete que con las medidas que se han tomado nuevamente en París se salvarán París y Francia, se os miente, se os engaña del modo más indigno. París y Francia no pueden ser salvados más que por una inmensa sublevación popular. Es preciso en todas partes que

el pueblo tome las armas y se organice por sí mismo, para comenzar contra los invasores alemanes una guerra de destrucción, una guerra a cuchillo. No es preciso que se deje imponer jefes; es preciso que los escoja por sí. Vosotros estáis rodeados de traidores. Prusia está en el Gobierno y en la Administración; estáis vendidos en todos los puntos. Recordaos de las palabras de Danton en una época y en medio de un peligro que seguramente no eran más terribles que la época y el peligro actuales: "Antes de marchar contra el enemigo, es necesario anonadarlo, paralizarlo tras sí". Es preciso abatir los prusianos del interior, para poder marchar luego con confianza y seguridad contra los prusianos del exterior. El movimiento patriótico de 1793, no es nada en comparación del que debéis realizar ahora, si queréis salvar a Francia de una esclavitud de cincuenta años, de la miseria, de la ruina, de la invasión y del aniquilamiento. Por tanto, levantaos, amigos, al canto de "La Marsellesa", que es hoy otra vez el canto legítimo de Francia, palpitante de actualidad, el canto de la libertad, el canto del pueblo, el canto de la humanidad, porque la causa de Francia se ha convertido, en fin, en la de la humanidad. Siendo patriotas, salvaremos la libertad universal, dado que la sublevación sea universal y sincera y que sea conducida, no por vendidos o que quieren venderse sea a los prusianos, sea a los Orleans que vienen con ellos, sino por jefes populares.

Con esta condición única, será salvada Francia. No perdáis, pues, un minuto, no esperéis más la señal de París —París está engañado, paralizado por el peligro que le amenaza y sobre todo mal dirigido—; sublevaos por vuestro propio impulso, tomad las armas, formaos, organizaos, aniquilad a los prusianos del interior, para que no quede uno solo tras de vosotros, y corred a la liberación de París.

Si en el plazo de diez días no hay en Francia sublevación popular, Francia estará perdida. ¡Ah! si yo fuese más joven, no escribiría cartas, estaría con vosotros.

Y ahora hablemos de nuestro "vino". Querido amigo, a pesar del desastre público, pienso que podremos llevar este negocio a buen fin; es preciso organizarlo todo e inmediatamente. El sólo puede salvarnos de la ruina. Y creo que las circunstancias tan enfadosas para nuestra patria nos son excesivamente favorables, dado que los hombres a quienes confiaréis este negocio sean hombres inteligentes y seguros. Realizaremos perfectamente un poco de dinero con ayuda de nuestros turcos (1); pero será poco. Por tanto, escribo a "Bernard" [¿es probablemente Ozerof, de Ginebra?] *y a "Agustín"* [Blanc] *que te envíen lo más pronto posible una pequeña suma. Pero eso es tan mezquino que casi no vale la pena hablar de ello; todas nuestras esperanzas, tanto como las esperanzas de nuestros amigos italianos (para el comienzo) reposan*

(1) Se trata de revolucionarios búlgaros que Bakunin conocía desde la primavera de 1866; tenía correspondencia entre otros con Liuben Karaveloff. Ver mi *Biografía*, págs. 432-34. Bulgaria no existía en esa época como país independiente, sino que constituía parte de Turquía.

ahora en las primeras sumas considerables que debéis realizar actualmente gracias a los "vinos", a pesar y con la ayuda misma de la agitación general del país (1).

"Beppe" [Fanelli] *está en este momento en mi casa; parte mañana (24). Te abraza fraternalmente y te dice que cuentes con él. Se perderá por un instante, trabajará noche y día y con buena esperanza, siempre que podamos prestarle el dinero necesario para el comienzo, dinero que nos devolverá con buenos intereses tan pronto como haya podido entablar el negocio.*

Partiré probablemente en seguida para ir a reunirme con "Agustín" [Blanc] *y con "Bernard"* [Ozerof, por consiguiente, en dirección a Ginebra]. *Pero al recibo de esta carta escríbeme inmediatamente y dirige tu carta aquí. Continúa dirigiendo las cartas aquí hasta que te haya escrito lo contrario.*

Espero tu respuesta. Tuyo,

Benoit.

Bakunin continúa su discusión extremadamente detallada de la situación en Francia y de lo que era necesario hacer según su opinión en interés de ese país y de la revolución social, mediante el envío sucesivo de páginas manuscritas a Ginebra, donde Ozerof y Gaspar Blanc debían ocuparse de un modo que sabemos por la nota del 31 de agosto al viejo Ogaref, donde se dice: "Esta carta (la continuación de mi inmensa carta a mis amigos franceses) debe ser inmediatamente copiada en varios ejemplares y enviada a diferentes lugares. Esta carta demuestra que si la revolución social en Francia no sale directamente de la guerra actual, el socialismo estará perdido por largo tiempo en toda Europa". Si Ozerof hubiera estado ausente, era necesario dirigir el manuscrito a Guillaume, Neuchâtel. No conocemos los arreglos convenidos con Ozerof y Blanc, pero es fácil presumir que esas copias eran destinadas a internacionalistas franceses, quizás también a G. Sentiñón, de Barcelona. En ese momento, los internacionalistas franceses, a consecuencia de las persecuciones y del gran proceso incoado contra la Internacional, estaban en prisión, en el destierro, o se ocultaban; por tanto, no puede uno formarse una idea exacta de a quién pudieron ser dirigidas esas copias. El manuscrito era luego enviado a Neuchâtel (envíos del 27 y del 31 de agosto) y la continuación fué dirigida di-

(1) Estas notas no esclarecen el misterio de los *vinos*, que debe ser investigado por el lado de las operaciones de bolsa, del contrabando o de medios parecidos para realizar pronto fondos.

rectamente el 1, 3, 4 y 8 de septiembre; el resto lo llevó Bakunin mismo el 11 de septiembre.

Por las dimensiones enormes y la marcha rápida de los acontecimientos, la decadencia del Imperio y la República del 4 de septiembre, se hizo impracticable la publicación del texto completo, que nadie hubiera tenido el tiempo de leer ni los medios para imprimirlo y hacerlo circular. Entonces era Jaime Guillaume el único que podía salvar la situación; trabajaba y redactaba hábilmente, conocía a fondo las ideas y el estilo de Bakunin por su correspondencia incesante y, gracias a la supresión de *Solidarité*, a causa del manifiesto del 5 de septiembre, su trabajo y el de su imprenta estuvieron disponibles inmediatamente. Bakunin, el 11-12 de septiembre, de paso para Ginebra, le dió carta blanca para ordenar su manuscrito y Guillaume hizo eso con una independencia absoluta que no dejó casi nada en pie; pero sin embargo supo hacer un folleto movido y fácilmente comprensible que presentaba, resumía, popularizaba lo que Bakunin quería decir. Este constituye las *Cartas a un francés sobre la crisis actual*. Septiembre 1870 (43 páginas, sin nombre de autor ni de imprenta); la confección y la impresión fueron acabadas hacia el 20 de septiembre y el todo fué enviado a Ginebra donde se ocuparon tan poco de ellos, que aun el 25 de septiembre Bakunin escribió de Lyon a Ogaref que, si los folletos habían llegado, Ozerof debía transportarlos inmediatamente a Lyon, a casa de Palix (el mejor de los camaradas lyoneses). "El folleto es indispensable, lo esperamos todos". Ozerof había estado ya en Lyon, y la noche del 26 de septiembre informó sobre sus impresiones en la sección de la Alianza de Ginebra. Por tanto, pudo llevar el folleto el 27, porque estuvo de nuevo en Lyon el 28, el día del gran movimiento local. Se puede concluir de eso que el folleto no pudo ser distribuído sino apresuradamente, en el último momento —si se distribuyó en realidad— y que no tuvo ocasión de ejercer una verdadera influencia sobre un círculo más amplio. En el medio más avanzado de Lyon, la presencia de Bakunin, desde mediados de septiembre, había reemplazado el tardío folleto. Este se ha hecho muy raro, aunque no tanto como otras publicaciones de Bakunin; está reimpreso en la edición francesa, *Oeuvres*, tomo II (París, 1907).

III

Después de haber recibido las noticias de Sedan (2 de septiembre), pero sin conocer aún la caída del Imperio en París (4 de septiembre), Bakunin escribió el mismo día desde Locarno la siguiente carta a A. Richard ("Pour Phili"):

Estoy asombrado de vuestro optimismo. He aquí un despacho oficial de Berlín: "Rey de Prusia, a la Reina. Sedan, 2 de sept. 1 h. 30 p. m.: el general Wimpffenqui ha reemplazado al mariscal Mac-Mahon, gravemente herido, en el comando del ejército; firmó una capitulación que nos entregó Sedan y constituyó todo el ejército prisionero de guerra. El Emperador, que no ejercía ya ningún mando, se ha rendido a mí mismo, después de haber abandonado el gobierno a la Regencia de París. Yo resolveré su residencia bien pronto, después de haber hablado con él. ¡Qué acontecimientos con la gracia de Dios!—Guillermo.

He aquí otro despacho oficial de Berlín:

"Saint-Barbe, 1 de septiembre.—Desde ayer por la mañana, durante todo el día y toda la noche, Bazaine, con todo su ejército, nos ha librado batalla. Ha sido rechazado con pérdidas enormes en todas partes. Los franceses se han batido con una bravura desesperada; pero, por fin, debieron ceder y los hemos rechazado hacia Metz."

Por consiguiente, la partida regular, oficial, acabó. No tenemos ni ejército ni emperador. La partida popular comenzará, o bien Francia, descendiendo a la jerarquía de tercera potencia, deberá sufrir el yugo de los prusianos. No hay que hacerse ya ilusiones sobre París. Están allí los Palikao, Chevreau, Pietri, la Emperatriz y la derecha; están, en segunda línea, los orleanistas Thiers y Trochu, y en tercera línea los republicanos radicales, Gambetta, el republicano "prudente, racional y positivista", con los Julio Favre, Julio Simon, Geratry, Ferry, Pelletan y muchos otros semejantes como cola. Estos señores han demostrado la medida de su inteligencia y de su fuerza. No tienen testículos; han perdido criminalmente un mes del cual cada día era precioso para la sublevación popular y el armamento de Francia. El miedo al socialismo, el horror a las verdaderas sublevaciones populares, los ha hecho impotentes e imbéciles. Por otra parte, París, absorbido por los cuidados de su propia defensa, no podrá organizar la defensa nacional de Francia. El pueblo francés no debe contar con ningún Gobierno, ni existente, ni revolucionario; si tiene cerebro, corazón y testículos, no contará más que consigo mismo. La máquina gubernamental, el Estado, está roto. Francia no puede ser salvada más que por una sublevación inmediata, general, anárquica, de toda

la población de las ciudades y de los campos; anárquica en el sentido que debe hacerse y organizarse al margen de toda tutela y dirección oficial y gubernamental, de abajo arriba, declarando en todas partes atrevidamente la decadencia del Estado con todas sus instituciones y la abolición de todas las leyes existentes y no dejando en pie más que una sola ley, la de la salvación de Francia contra los prusianos del exterior y contra los traidores del interior.

Llamamiento a todas las comunas: que se organicen y que se armen, arrancando las armas a los que las poseen y las ocultan ahora.

Que envíen sus delegados a un lugar cualquiera, fuera de París, para formar el Gobierno provisional, el Gobierno de hecho de la salvación de Francia.

Es preciso que una gran ciudad provincial, Lyon o Marsella, tome esta iniciativa. Es preciso que los obreros de esas ciudades tengan el valor de tomar esa resolución, sin resistencia, sin vacilación y sin demora. No tienen ya que reflexionar, la situación es bastante clara, todo está desierto a su alrededor.

La burguesía radical no tiene cerebro ni testículos. La Administración es bonapartista. Todo el talento de Francia está, pues, únicamente en los obreros, en ese pueblo de las ciudades, que debe saber arrastrar consigo a la población de los campos. Queda por saber si los obreros tienen testículos. ¿Son socialistas revolucionarios o solamente socialistas doctrinarios? ¿Son hombres vivos o petrimetres como los burgueses? Que se atrevan, pues, en nombre de la humanidad y de Francia. Su responsabilidad es inmensa, porque los destinos de Francia y del socialismo europeo pesan sobre ellos. La situación es clara, lo repito. Si los obreros de Lyon o de Marsella no se levantan inmediatamente, Francia y el socialismo europeo están perdidos. La vacilación sería, pues, un crimen. Estoy a vuestra disposición y espero vuestra respuesta inmediata.

Benoit.

Esta carta parece demostrar que Bakunin, aun siendo un observador muy sobrio de la situación, no tenía en cuenta varios factores que actuaban en París, donde la noticia de Sedan llevó como automáticamente la decadencia del Imperio. El fracaso terrible del hombre del golpe de Estado de diciembre de 1851 echó a todo el mundo a la calle, burgueses y obreros, y la "servidumbre voluntaria" —que es el más firme soporte de todos los regímenes, por abominables que sean— terminó por algunas horas: se estuvo repentinamente unánime en que se tenía bastante, en que no se quería más el Imperio. El sentimiento y el grito "¡decadencia!" fueron generales. Los políticos republicanos en la Cámara fueron los que vacilaron más tiempo en asumir una responsabilidad. Una multitud en cuyas primeras filas iban los socialistas revolucionarios, los hombres de 1848 y los proscriptos de 1851 invadió la Cámara y fué, por decirlo así, el temor a que constituyeran una república roja lo que decidió a los políticos republicanos a proclamar ellos también, por fin, la decadencia y erigirse inmediatamente en nuevo Gobierno, el famoso Gobierno provisional del 4 de septiembre. Así fué burlado el pueblo, porque la burguesía y la Administración se asociaron en torno a ese Gobierno del orden que impidió desde la primera hora toda acción verdaderamente revolucionaria. Naturalmente, se expulsó a los funcionarios más odiosos del régimen bonapartista, lo que sirvió igualmente para colocar, para dar puestos a un gran número de republicanos que, de este modo, de descontentos, de conspiradores, de rebeldes de la víspera, se hicieron repentinamente hombres de gobierno. El descontento de los socialistas y republicanos avanzados originó gran número de motines, de jornadas de insurrección, hasta los acontecimientos grandiosos del 18 de marzo de 1871, la época de la Comuna de París y su muerte en la sangre del pueblo parisién, a fines de marzo. A estos acontecimientos de París, que marcan una represión creciente y siempre más cruel de la causa popular por el nuevo Gobierno, republicano de nombre y archiburgués ante todo, corresponden un número de esfuerzos paralelos, pero a menudo independientes y aislados, en algunas ciudades del mediodía de Francia, región que más escapaba entonces a la centralización parisién; y lo que sucedió en Lyon en septiembre y culminó en la jornada del 28 de ese mes, es uno de esos acontecimientos, que no fueron muy numerosos, y que ante todo adolecían de debilidad, de falta de preparación y de medios de aislamiento, pero que tampoco fueron demasiado raros aunque sí muy diferenciados, según las circunstancias locales y el valor y la energía de sus principales actores.

Antes que estas colisiones entre la burguesía —que al decirse republicana en lugar de imperialista (bonapartista) no cambiaba más que de etiqueta— y los hombres del pueblo, siempre engañados y burlados, tomasen un carácter violento y mortífero, hubo una corta luna de miel en las tiranteces e intrigas agridulces. Para Lyon, por ejemplo, la elección de un Consejo municipal que no tenía, se convirtió de

inmediato en la primera cuestión, y no se quiso el nuevo prefecto, Challemel-Lacour, impuesto por la sola voluntad de los hombres llegados al Poder en París. Se constituyó primeramente un Comité de salvación pública donde (según A. Richard) había sesenta radicales y cinco internacionalistas. V. Jaclard, un blanquista independiente llegado de Ginebra, propuso el envío de una delegación al Gobierno de París para hacer valer los derechos y las reclamaciones de Lyon. Su composición fué notable: Andrieux, Jaclard y Alberto Richard. Andrieux, un burgués rematado, arrivista, el futuro prefecto de policía de París diez años después, ante todo se ocupó de sus propios negocios, y Albert Richard hizo lo mismo, aunque con éxito menor. Jaclard fué nombrado subalcalde de París. Gustavo Lefrançais, miembro de la Comuna, en sus *Souvenirs d'un Communard (Le Cri du Peuple*, París, 22 de abril de 1877; edición en libro, Bruselas, 1902, págs. 397-98) hace decir a Jaclard en una conversación íntima con él:

—¡Ah! ¿Es que tomarás, por casualidad, esas gentes en serio?... Mira a ése... es Andrieux. Pues bien, ha visto a Cremieux [el abogado republicano ministro de Justicia] a escondidas de su compañero [Richard] quien, por su parte, fué a ver simuladamente a Gambetta. Andrieux tiene en su bolsillo su comisión de procurador de los Tribunales de Lyon. [Esto era bien exacto, y algunas semanas después organizó el procedimiento contra Bakunin y sus camaradas.]
—¿Y el otro, Alberto Richard?
—¡Ah! He aquí. Este vuelve derrotado. No se le ofreció más que una subprefectura. No juzgó la oferta al nivel de sus méritos. Va a continuar haciendo ruido allá; pero, sin embargo, yo lo creo colado. Su colega no se incomodará para descubrirlo...

Bakunin debió de ser llamado a Lyon inmediatamente después de la llegada de su carta del 4 de septiembre, reproducida más arriba, o bien independientemente de esa carta, desde que fué proclamada la República y su viaje podía hacerse sin dificultades en adelante. Escribió desde Locarno, el 6 de septiembre, a su viejo amigo de juventud, el profesor Adolfo Vogt, de Berna:

¡Mi querido amigo! Mis amigos los socialistas revolucionarios de Lyon me llaman a Lyon. Estoy resuelto a llevar allí mis viejos huesos y a jugar probablemente mi última partida. Pero, como de ordinario, no tengo un céntimo. ¿Puedes tú, no digo prestarme, sino darme 500, ó 400, ó 300, ó 200 ó aun 100 francos, para mi viaje? Si puedes, me los darás; si no puedes, naturalmente, no me los darás.

Me dijiste en nuestra última entrevista que, al pasar por Berna, podría detenerme en tu casa. No quedaré en Berna más que un día. Llegaré el 10 por la noche y partiré al día siguiente para Neuchâtel. ¿Puedo detenerme en tu casa? Como parto de aquí el 9, el viernes por la noche, y como recibirás esta carta el 8, tendrás tiempo de avisarme por telegrama a la siguiente dirección: Locarno, Signora Teresa Pedrazzini, per la signora Antonia. Sí o no. Si no, di a Reichel que me detendré en su casa.

Adiós y hasta la vista. Tuyo,

M. Bakunin.

Se encuentran también en el manuscrito reproducido en este volumen notas al margen: "Viernes, 9 de septiembre, salgo" y: "El fin lo llevaré yo mismo. Salgo mañana, 9; pasado mañana por la noche, en Berna (10); 11 por la noche o 12 por la mañana, en su casa (en Neuchâtel, el 11); telegrafiaré desde Berna". Y Guillaume relata su llegada a Neuchâtel el 11, donde hablaron mucho durante la noche del 11 al 12; el 12, llegó a Ginebra.

Escribió su testamento en ruso y en francés, fechado en Berna, el 11 de septiembre; fué firmado por A. Vogt y A. Reichel; también (en Ginebra) por N. Ogaref y Sibiriakof. Recibió dinero en Berna; su bolsa le fué robada el 28 de septiembre en Lyon, cuando contenía aún 165 francos (carta a Palix, págs. 33-35). Hubo de tomar dinero prestado para el viaje desde Locarno a Emilio Bellerio (Locarno), al cual escribió:

Este 14 de septiembre, Ginebra, 1870.

Mi querido amigo: Dentro de una semana justa, recibirá de aquí 50 francos. El resto se lo enviaré desde Lyon algunos días más tarde. Hoy le hago enviar la maquinita y el papel de cigarrillos.

Esta noche salgo para Lyon. Diga a Antonia que le deje leer la copia de una carta que recibí de Lyon. Addio. Mi dirección: Lyon. Monsieur Palix, 41 Cours Vitton —sobre la cubierta interior— "Pour Madame Antonie".

Llegó, pues, a Lyon, en la noche del 14 al 15 ó en la mañana del 15 de septiembre de 1870.

IV

Esta introducción adquiriría dimensiones desmesuradas si quisiese presentar un cuadro de las personalidades y fuerzas políticas entonces en boga en Lyon, las numerosas corrientes y maquinaciones. He recorrido bastantes publicaciones especiales hechas sobre este asunto, pero todos son escritos partidistas con exageraciones y reticencias y sobre todo inexactitudes, si no deformaciones voluntarias de la verdad. Todos los que quedan en la política pasan de buena gana en silencio tales períodos de conmoción general, donde tal vez se han arriesgado un poco más hacia adelante de lo que la prudencia les aconseja más tarde admitir. Los mejores son perseguidos, forzados a desterrarse y se callan muy a menudo llenos de disgusto. El medio en que Bakunin ejercía una actividad directa fué particularmente probado y diezmado: el mejor de sus camaradas, el sastre Palix, murió en seguida; un hombre muy valiente a quien supo apreciar pronto. E. B. Signes, es el único con el que mantenía correspondencia todavía cuando Saignes habitaba como refugiado en Ginebra. A. Richard y G. Blanc fueron pronto eliminados de su ambiente como renegados y ninguno de sus amigos eslavos, Ozerof y Lankiewicz (muerto como combatiente de la Comuna de París) han dejado un testimonio íntimo. No creo que el testimonio de Saignes haya sido jamás recogido; yo tuve, en febrero de 1910, varias conversaciones con Ozerof y Adrián Perrare, en Niza, que me informaron de muchas cosas, pero relativamente poco sobre los asuntos de Lyon.

Perrare pensaba entonces que Bakunin ejercía una cierta influencia por sus conversaciones íntimas sobre un número de personas que tenían un influjo local y que obraban entonces a menudo en el sentido de sus inspiraciones. Sin él, se hubiera hecho menos o no se hubiera obrado tan pronto. Las masas no lo conocían y se le miraba frecuentemente de través, como un extranjero y un enemigo de la propiedad. Ozerof, muy enfermo y muy desilusionado en 1910, pensaba que Bakunin habría podido hacer mucho en Lyon y ocupar un puesto revolucionario decisivo si no hubiese insistido demasiado sobre la abolición del Estado y sobre sus ideas sociales particulares.

Alberto Richard, que sin embargo no es un testimonio por completo imparcial, aunque veinticinco o treinta años más tarde trató de ser justo con Bakunin, ha publicado sus recuerdos en la *Revue de Paris* del 1 de septiembre de 1896. Cuenta que Bakunin se hizo ilusiones sobre la mentalidad revolucionaria, las pasiones revolucionarias adormecidas de los obreros y los campesinos franceses y que empujaba siempre hacia adelante, pidiendo que se obrase rápidamente, y se dejase libre vuelo a las pasiones, apetitos y cóleras del pueblo desencadenado y sin trabas. Palix, ese hombre tan abnegado, que murió el 8 de marzo de 1871, se opuso a lo que se llama el desencadenamiento de las malas pasiones. Bakunin insiste en que es preciso tener confianza en el pueblo, que sus errores y excesos son una fatalidad por la que es necesario pasar, que no se tiene la posibilidad de la elección de los medios. Palix mantiene su punto de vista. Ozerof y Lankiewicz (polacos) se asombran de la moderación de los franceses.

Por lo demás, Richard reconoce que, después de haber sondeado un poco el ambiente, Bakunin no lamentaba el ponerse de acuerdo con grupos de viejos republicanos radicales de ciertas simpatías sociales. Sabía desenmascarar a los falsos hermanos, a los arrivistas, a los obreros-burgueses. El descubrió al famoso Andrieux, el arrivista nato, policía que quería conocer a Bakunin. "Se hablaron una noche en la Rotonde (donde tenían lugar las reuniones públicas), y fué un espectáculo muy singular ver la máscara fina y fríamente cortés, la mirada llena de reservas y el aspecto correcto del abogado lyonés, frente al eslavo, de fisonomía abierta, de mirada ardiente, desdeñosa de las elegancias y de las malicias. Estaban tan embarazados uno como el otro de su encuentro y comprendieron inmediatamente que habían nacido enemigos. Andrieux se fué y no lo volvimos a ver."

Richard anota aún: "En cuanto al patriotismo... no sólo él [Bakunin] lo respetó escrupulosamente, sino que lo hizo el motor principal del movimiento que quiso fomentar. Y esto no era diplomacia por su parte. Este ruso... conocía mucho la historia de Francia, la historia del espíritu fran-

cés, del genio de la Revolución francesa. Amaba a Francia..."

Impulsaba adelante y como en el fondo se le daba —observa él mismo— poco más o menos la razón, supo arrastrar a su gente; la fiebre revolucionaria seducía a todos más y más. Fué infatigable, y despertó y reunió todos estos ardores. Se hicieron reuniones sobre reuniones, públicas y privadas, y se fundó el Comité de Salvación de Francia que debía establecer subcomités en todas partes (esta fundación tuvo lugar a consecuencia de una reunión en la Rotonde, el 17 de septiembre). Se crearon algunas relaciones en el Consejo municipal elegido el 15 de septiembre, que tenía una mayoría burguesa; en el Comisariado central de policía (se sabe que después de toda revolución victoriosa en Francia, muchos revolucionarios autoritarios ocupan puestos en la policía para dirigirla en su sentido) y en uno de los fuertes, y se propuso comenzar el movimiento del 28 por una manifestación de los obreros sin trabajo contra el Consejo municipal.

Salvo ese comité elegido el 18, en que figuran entre otros G. Blanc, Palix, A. Richard, F. Parraton, no había organización. Andrés Bastelica, de Marsella, llegó también, así como delegados de Saint-Etienne. Los militantes lyoneses, como dice Richard, retrocedían siempre ante la iniciativa de un conflicto sangriento; pero Bakunin redobló su actividad e impulsó a lanzarse a cuerpo perdido en la lucha, sin conservar puertas de retirada: insistía mucho sobre esto último.

Oigamos las impresiones de Bakunin, quien, el 19 de septiembre, escribió a su viejo amigo Ogaref, de Ginebra:

Mi viejo amigo: Acabo de recibir tu carta. Te pido perdón por haberte dejado sin noticias de mí durante cinco días. La cabeza me da vueltas, tanto es el trabajo que hay que hacer. No hay todavía verdadera revolución aquí, pero vendrá, pues se prepara y se hace todo lo posible para llegar a una verdadera revolución. Se trata para mí de vida o muerte. Espero ver el triunfo próximo.

Escríbeme: France. Madame Palix, Cours Vitton, 41, Lyon; en el interior: "Pour Madame Antonie"... Abraza a nuestro amigo, el atrevido capitán de caballería (Ozerof) y dale esta carta cerrada adjunta, en respuesta a la suya...

Ya el 24 de septiembre, una gran reunión popular presidida por E. B. Saignes, obrero yesero-pintor, el jefe prin-

cipal de aquellos de los radicales que se asociaron a la Internacional, votó resoluciones de un carácter bastante pronunciado. El 25 (domingo) fué redactado (por Bakunin) e impreso el gran cartel en papel rojo. Ese día, 25, Bakunin escribió a Ogaref:

"Mi viejo amigo, te enviaré inmediatamente nuestra proclama que apela al pueblo para derribar todos los poderes existentes y que constituyen obstáculos. Esta noche tendremos a todos los amigos principales; mañana (26) habrá la última lucha y, esperémoslo, la victoria."

Reclama por la misma nota el transporte de las *Lettres à un Français* a Lyon por Ozerof. Los planes debieron de ser modificados, porque aquella noche no pasó nada y la tarde del 26 fué leído el "cartel rojo", aplaudido y aclamado en una reunión pública en la Rotonde, presidida de nuevo por Saignes, que se expuso al peligro. Se decidió pegar en los muros de la ciudad el cartel, cuyo texto era el siguiente:

REPUBLICA FRANCESA

Federación revolucionaria de las comunas

La situación desastrosa en que se encuentra el país; la impotencia de los poderes oficiales y la indiferencia de las clases privilegiadas, han puesto a la nación francesa al borde del abismo.

Si el pueblo organizado revolucionariamente no se apresura a obrar, su porvenir está perdido, la revolución está perdida, todo está perdido. Inspirándose en la inmensidad del peligro, y considerando que la acción desesperada del pueblo no podría ser retardada un solo instante, los delegados de los comités federados de la salvación de Francia, reunidos en Comité central, proponen adoptar inmediatamente las siguientes resoluciones:

ARTICULO PRIMERO.—La máquina administrativa y gubernamental del Estado, ya impotente, es abolida.

El pueblo de Francia entra en posesión de sí mismo.

ART. 2.—Todos los tribunales criminales y civiles, son suspendidos y reemplazados por la justicia del pueblo.

ART. 3.—El pago del impuesto y de las hipotecas, es suspendido. El impuesto es reemplazado por las contribuciones de las comunas federadas, deducidas sobre las clases ricas, proporcionalmente a las necesidades de la salvación de Francia.

ART. 4.—El Estado, habiendo caído, no podrá intervenir ya en el pago de las deudas privadas.

ART. 5.—Todas las organizaciones municipales existentes son expulsadas y reemplazadas en todas las comunas federadas por los Comités de Salvación de Francia, que ejercerán todos los poderes bajo el control inmediato del pueblo.

ART. 6.—Cada Comité cabeza de departamento enviará dos delegados para formar la Convención Revolucionaria de la Salvación de Francia.

ART. 7.—Esta Convención se reunirá inmediatamente en la Municipalidad de Lyon, como la segunda ciudad de Francia y la más capaz de proveer enérgicamente a la defensa del país.

Esta Convención, apoyada por el pueblo entero, salvará a Francia.

¡¡¡A las armas!!!

E. B. Saignes, Rivière, Deville, Rajon (de Tarare), François Favre, Louis Palix, B. Placet, Blanc (G.), Ch. Beauvois, Albert Richard, F. Bischoff, Doublé, H. Bourron, M. Bakunin, Parraton, A. Guillermet, Coignet (hermano mayor), P. J. Pulliat, Latour, Guillo, Savigny, J. Germain, F. Clarvet, A. Bastelica (de Marsella), Dupin (de Saint-Etienne), Narcise Baret (1).

La noche del 27, hubo una reunión de los obreros, sin trabajo en la Rotonde, y fueron convocados para el 28 a mediodía, en la plaza de los Torreaux. Esa misma noche, muy tarde, el Comité se reunió y algunos miembros, entre ellos Bakunin, propusieron una manifestación armada; pero la mayoría aprobó una manifestación sin armas que fué anunciada por el cartel siguiente, impreso la misma noche:

REPUBLICA FRANCESA

El pueblo lyonés, vista la inmensidad del peligro y la lentitud de la autoridad para la organización de la defensa nacional, es convocado, por órgano de sus Comités populares reunidos, a una manifestación popular para hoy, 28 de septiembre, a mediodía, en la plaza de los Torreaux, con el fin de obligar a la autoridad a tomar inmediatamente las medidas más enérgicas y más eficaces para la defensa nacional.

Por la delegación de los Comités reunidos,

LA COMISION EJECUTIVA:

C. Tassel, F. Bischoff, Bruyat, A. Schettel, A. Bastelica, Parraton, G. Blanc, G. Torin.

El 28 de septiembre, por fin, el gran cartel rojo fué dado a conocer y el movimiento convenido comenzó por una manifestación de millares de obreros sin armas, conducida por Saignes, y que se reunió en la plaza de los Torreaux.

(1) Lyon, Association Tipographique Regerd, rue de la Barre, 12.

V

Por detallado que fuese un relato de los acontecimientos del 28 de septiembre, ante y en la Municipalidad de Lyon, donde el Comité de Salvación de Francia se estableció algún tiempo como Poder revolucionario, no explicaría las diferentes causas que producían los acontecimientos y determinaron el fracaso de esa jornada. Fué un movimiento en el que los diferentes actores participaban en un grado muy diverso de intensidad y de sinceridad; unos con todo su corazón, otros muellemente y vacilando y reservándose una retirada. Hasta los adversarios, que hicieron lo que pudieron para producir el fracaso, no se atrevieron a arrojar completamente la máscara y volver a la violencia más brutal: trataban de engañar y fingir ser los engañados. De este modo, varios factores adversos, los representantes del Gobierno de París, la Municipalidad de Lyon, el general Cluseret, cooperaron para producir el fracaso por diversos medios y con fines distintos, sin simpatías entre ellos mismos. Prevaleció la tendencia de poner fin absoluto a esa tentativa audaz, pero no hubo valor para una represión general, para luchas y matanzas: los obreros eran demasiado poderosos para eso, y sus movimientos continuaron produciéndose hasta la primavera inmediata, los meses de la Comuna de París, en que fueron definitivamente abatidos. Esta vez, los partidos burgueses y gubernamentales se contentaron, por buenas o por malas, con perseguir ante todo a Bakunin y a sus camaradas más activos; los demás no fueron molestados o se libraron mediante declaraciones ambiguas en las cuales las responsabilidades eran barajadas en una dirección o en otra. Es evidentemente imposible poner en claro por completo un embrollo de este género.

A esto se añade el hecho de que, según mi impresión al menos, las masas del pueblo no fueron, o fueron muy poco iniciadas en el verdadero fin del movimiento; una parte de los militantes lo estaba, pero eso no bastó. No había tenido lugar una vasta propaganda franca; el tiempo apremiaba enormemente y además no se quiso descubrir los planes, quemar los barcos, demasiado pronto; se contaba triunfar por sorpresa, por iniciativa atrevida, y las masas no com-

prendieron. Existe, es cierto, el cartel rojo, con su programa bien pronunciado; pero si advirtió a los enemigos del movimiento para prepararle una derrota, no fué conocido por el pueblo sino en la mañana del 28, y debió de ser incomprendido o no fué leído de ningún modo por la mayor parte del público, pues es preciso tener en cuenta el hecho de que durante las semanas posteriores al 4 de septiembre, con su vuelta a la libertad de expresión de opiniones y de lenguaje libre, como en 1848, se habían cubierto los muros de todas las ciudades no afectadas por la guerra de una cantidad enorme de carteles en los que se proponían programas, declaraciones, proyectos en masa, en los términos más exaltados —matiz patriótico que el cartel rojo no desdeñó tampoco—, cubriéndolo todo absolutamente. En estas circunstancias, un programa más o menos, un nuevo comité entre tantos otros, decía bastante poco a los lyoneses de aquellos días, en tanto que nos es fácil comprobar el interés con que Bakunin presentó allí una gran parte de su programa, de una manera un poco disfrazada, pero audaz a pesar de todo.

Al examinar los primeros meses de las revoluciones, cuando el nuevo gobierno (que hasta aquí, ¡ay!, toda revolución ha constituído inmediatamente) y la contrarrevolución (que nunca hasta ahora fué imposibilitada por los actos decisivos de la primera hora) son todavía débiles y no se atreven a mostrar sus verdaderos colores, se encuentran jornadas semejantes a la de Lyon, en las que los revolucionarios sinceros tratan de ganar de nuevo el terreno perdido después de la revolución y el Poder, reaccionario como todo poder, abate su movimiento, pero de un modo sutil, simulado, por la intriga y aun por la violencia. Así, antes de las matanzas de junio, antes de la jornada agitada, pero aun no culminada en colisión sangrienta, del 15 de mayo, hubo en París, a partir del 24 de febrero, sobre todo en marzo y en abril, grandes demostraciones, desfiles, etc., en medio de los cuales el partido revolucionario, Blanqui y otros, bien hubieran querido obrar, lo que el Gobierno Ledru Rollin, Lamartine, Luis Blanc... supieron impedir de una manera oculta, que Blanqui comprendió perfectamente, pero que el pueblo no percibió. De un modo semejante se hizo inofensivo en Lyon el 28 de septiembre por medios gubernamentales sutiles. Cuando un gobierno es débil, no por eso es menos peligroso, porque entonces obra por el engaño, achatándose, haciéndose suave y conciliador, pero sin deponer jamás sus instintos.

He aquí al menos mi opinión sobre el 28 de septiembre; para que mi relato (que he dado en la *Biografía de Bakunin)* no esté saturado de estas impresiones, seguiré el resumen de los hechos que J. Guillaume *(L'Internationale* II. 1907, págs. 96-97) ha dado, abreviándolo mucho.

Los millares de obreros de las construcciones nacionales (sin trabajo y a quienes la Municipalidad había reducido la paga), conducidos por Saignes ante la Municipalidad, solicitaron hablar por medio de una delegación al Consejo municipal, que no estaba reunido. Inmediatamente, un centenar, con Saignes a la cabeza, penetraron en masa en el edificio; con ellos Bakunin, Perraton, Bastelica y otros miembros del Comité de Salvación de Francia. Saignes habló desde un balcón anunciando que el Consejo sería puesto en el trance de aceptar el programa del cartel rojo, o de dimitir, y propuso nombrar a Cluseret general del ejército revolucionario. Este, aclamado, apareció en el balcón, agradeció y anunció que iría a la Croix Rousse (el barrio popular por excelencia). Fué allá, pero se limitó a ordenar expresamente a los obreros que bajaran en masa y sin armas. Durante este tiempo, los guardias nacionales de los barrios burgueses habían penetrado en el patio de la Municipalidad y detuvieron a Cluseret a su regreso. La masa de la calle no comprendió lo que pasaba, pero, llamada por Saignes, invadió el edificio y desarmó a esos guardias nacionales burgueses; algunos otros de ellos pusieron la culata de los fusiles en alto. Entonces, el Comité de Salvación de Francia se instaló en la sala de sesiones del Consejo municipal y comenzó a redactar decretos que entregaba continuadamente para su impresión, pasando así dos o tres horas preciosas, mientras que Bakunin y otros decían en vano: "Es preciso obrar; perdemos el tiempo; vamos a ser invadidos por la Guardia Nacional burguesa; es preciso detener inmediatamente al prefecto, al alcalde, al general Mazure". No se le escuchó. En cambio, se hizo tocar a generala en los barrios obreros de donde llegaron algunos batallones; pero la misma medida fué tomada por las

autoridades, que habían quedado en libertad de movimiento, y los batallones burgueses se reunían igualmente ante el edificio, donde la multitud sin armas les cedió el puesto. Cluseret (sin fe alguna en el movimiento) compromete al Comité a retirarse y va a buscar a los consejeros municipales burgueses reunidos en la vecindad, para que vuelvan a su sala de sesiones. Bakunin hizo todo lo posible para impulsar al Comité a la energía; se podía —decía— determinar a los guardias nacionales obreros a oponer la fuerza a la fuerza; pero prevaleció la opinión de A. Richard: el Comité revolucionario, después de haber parlamentado con los consejeros municipales, evacuó la Municipalidad diciendo en una declaración: "Los delegados del pueblo no han creído deber imponerse por la violencia al Consejo municipal, y se han retirado cuando éste entró en sesión, dejando al pueblo la tarea de apreciar la situación". A las seis y media, la sesión del Consejo municipal comienza y decide que no habría persecuciones y que sería restablecida a su nivel anterior la paga reducida de los desocupados; en cuanto a las medidas propuestas por el Comité (en el cartel rojo), el Consejo municipal se declaró incapaz de ponerlas en ejecución, porque estaban fuera de sus atribuciones legales.

Así terminó la jornada frustrada cuyo más cercano eco fué la jornada del 31 de octubre de 1870 en la Municipalidad de París, que culminó en un fracaso semejante, aunque tomaron parte en ella Blanqui, Flourens y todo el París revolucionario.

No vale la pena discutir aquí la actuación de Cluseret. En un "diccionario" para la correspondencia secreta que redactó Bakunin algunos días después, para designar a Cluseret eligió la palabra: "prostituta"; A. Richard es indicado por: "Demóstenes". He recogido (en la *Biografía)* un gran número de declaraciones dispersas, hechas por Cluseret, con motivo de su actitud; puedo añadir esta de una carta del 25 de abril de 1874 (Ginebra) que fué impresa probablemente en los periódicos belgas en mayo de 1874, donde dice: "En cuanto a los señores Bakunin, Saignes, A. Richard y Blanc, a los que se mezcla mi nombre sin cesar, a propósito del 28 de septiembre, repito aún... que no los he visto jamás hasta ese día. ¿Cómo admitir que un hombre de buen sentido tome parte seria en un asunto tan grave como el del 28 de septiembre, sin conocer a sus principales autores?...". Admitido esto, no por eso deja de ser verdad que, el 28 de septiembre, Cluseret aceptó una misión que habría debido declinar si no estaba bastante informado o no tenía confianza alguna en esa causa. Es también inexplicable (al menos no puedo profundizar esta cuestión ahora), por qué en esas circunstancias propuso Saignes el nombramiento de Cluseret (1).

Bakunin corrió su riesgo personal, por una detención temporal hasta su liberación por Ozerof. Supo al día siguiente que había orden de captura contra él, y partió en la noche del 29 de septiembre para Marsella. Resumió sus impresiones primeramente en una carta dirigida a Palix, escrita aun en Lyon, cuyas notas preliminares sirvieron después como introducción al gran manuscrito intitulado: *El imperio knutogermánico y la revolución social* (1871), que se leerá en el tomo II de la presente edición. He aquí el texto de la misma:

Mi querido amigo:

No quiero marchar de Lyon sin haberte dicho una última palabra de despedida. La prudencia me impide ir a estrecharte la mano otra vez. No tengo ya nada que hacer aquí. Había venido a combatir o a morir con vosotros. Había venido porque estoy profundamente convencido de que la causa de Francia se ha transformado, en este momento en que se trata de su existencia o de su no existencia, en la causa de la humanidad, y de que la derrota definitiva de Francia, su caída, su sometimiento bajo las bayonetas prusianas y bajo un gobierno impuesto por los prusianos, son la mayor desgracia que pueda ocurrir —desde el punto de vista de la libertad —a Europa entera. He tomado parte en el movimiento de ayer y he firmado con mi nombre las resoluciones del Comité de Salvación de Francia, porque para mí es evidente que después de la destrucción real y de hecho de toda vuestra máquina administrativa y gubernamental, no queda más que la acción inmediata y revolucionaria del pueblo, para salvar a Francia. Todos esos pedazos de la antigua Administración del país; esas Municipalidades compuestas en su mayor parte de burgueses o de obreros convertidos a la burguesía, gentes rutinarias como no hay otras, desprovistas de inteligencia y de energía y carentes de buena fe; todos esos procuradores de la República, y sobre todo esos

(1) Ozerof me ha contado que Valence Lankiewiez, el polaco que había venido con él, estaba dispuesto a matar a Cluseret disparando sobre él, y que lo disuadió de ese acto en vista de las consecuencias incalculables que podría tener para el movimiento.

prefectos, comisarios extraordinarios provistos de plenos poderes militares y civiles, es decir, investidos de la dictadura plena, por la autoridad fabulosa y fatal de ese trozo de Gobierno provisional con sede en Tours, todo eso no es bueno más que para paralizar los últimos esfuerzos de Francia y para entregarla a los prusianos.

El movimiento de ayer, si se hubiese mantenido triunfante —y se habría mantenido tal si el general Cluseret no hubiese traicionado la causa del pueblo—, al reemplazar vuestra Municipalidad semirreaccionaria y semiincapaz por un comité revolucionario que emanase directamente de la voluntad popular, ese movimiento habría podido salvar a Lyon y con Lyon a Francia.

Quizás sea tiempo aún. No dudo que, si el pueblo lyonés lo quisiese de veras, aun podría imponer su voluntad a todas esas autoridades que se han improvisado para desgracia de Francia. Pero temo que el pueblo de Lyon no comprenda sino cuando sea demasiado tarde para salvar a Lyon, y cuando Lyon haya caído en poder de los prusianos —lo que no dejará de suceder si el actual estado de cosas no cambia en veinticuatro horas—, Francia estará perdida. No tendrá ya, para salvar, no ya su existencia como nación libre e independiente, sino simplemente su dignidad, su honor, más que la democrática ciudad del Mediterráneo, Marsella. Marsella no caerá en poder de los prusianos, estoy seguro, pero Marsella no podrá salvar a Francia.

Salgo de Lyon, querido amigo, con el corazón lleno de tristeza y de previsiones sombrías. Comienzo a pensar ahora en lo que quedará reducida Francia. Se transformará en un virreinato de Alemania, y su voz, antes tan poderosa, esa voz que anunciaba la libertad al mundo, no tendrá ya nada que ver en los consejos de Europa.

En lugar de su socialismo vivo y real, tendremos el socialismo doctrinario de los alemanes, que no dirán ya más que lo que las bayonetas prusianas permitan decir al volver triunfantes.

La inteligencia militar y burocrática de Prusia, unida al knut del zar de San Petersburgo, van a asegurar la tranquilidad y el orden público, al menos por cincuenta años, sobre el continente europeo.

Adiós la libertad, el socialismo, la justicia para el pueblo y el triunfo de la humanidad. Todo eso podría salir del desastre actual de Francia. Todo eso hubiera salido de él, si el pueblo francés, si el pueblo de Lyon lo hubiera querido.

En fin, no hablemos más. Mi conciencia me dice que yo he cumplido con mi deber hasta el fin. Mis amigos de Lyon lo saben, y yo desdeño lo demás.

Ahora, querido amigo, paso a una cuestión personal. Tú sabes que ayer [hacia las tres, poco más o menos; palabras borradas en el original] *había sido detenido en la Municipalidad por un señor muy feo vestido de paisano, que me hizo maniatar por los guardias nacionales de las compañías burguesas.* [Se me dijo después que eran guardias nacionales de la 2.ª, 3.ª y 4.ª compañía, no podría decirte justamente cuál; palabras borradas.] *No sabría decirte cuál de ellas. El hecho es que esos señores han registrado todos mis bolsillos con un aplomo y una habilidad que me demostraron que no son extraños al oficio. Uno de ellos respondió a otro que le decía que me registrara bien: "No temas nada, conozco mi oficio." Era probablemente un gendarme imperial disfrazado de guardia nacional de la República. Además, se ensañaron en mí de todas las maneras, atropellándome, empujándome, pellizcándome, torciéndome los brazos y las manos; debo reconocer, sin embargo, que otros gritaron: "¡No le hagáis mal!" En fin; los señores burgueses se han comportado como son siempre y en todas partes: brutales y cobardes, porque tú no ignoras que he sido libertado por algunos francotiradores que hicieron huir un número triple o casi cuádruple de estos heroicos tenderos armados de "chassepots". He sido libertado. Pero de todos los objetos que me robaron esos señores, no he podido encontrar más que mi revólver. Mi carnet y mi bolsa, que contenía ciento sesenta y cinco francos y algunos céntimos, quedaron, sin duda, en manos de esos señores. Los burgueses, ¿comenzarán a hacer comunismo? Sería instructivo y curioso.*

En todo caso, querido amigo, te autorizo y te ruego que reclames (1) eso en mi nombre. Me lo enviarás cuando te lo hayan dado.

No me queda más que abrazarte y hacer votos por ti y por esa pobre Francia abandonada por su mismo pueblo. Tuyo,

Miguel Bakunin.

El único documento que nos da un relato íntimo, no completo, pero lleno de vivas impresiones, de la jornada del 28 de septiembre, por Bakunin mismo, es una carta suya a su joven amigo tessinés Emilio Bellerio, que reproduje en mi *Biografía* (nota 4038). Lleva los matasellos de correo: Marsella, 10 octubre; Basilea, 12; Locarno, 14 octubre):

Este 8 de octubre de 1870. Marsella.

Querido amigo: Es la primera carta larga y detallada que le escribo. Primeramente, tengo que pedirle mil perdones. No se le enviaron de Ginebra, como acabo de saberlo, ni los 80 francos que le [debo], *ni el papel ni la máquina de hacer cigarrillos. En cuanto al dinero, no le fué enviado porque, por un concurso de circunstancias que sería largo exponer aquí, no se tuvo disponible. Respecto a la máquina de cigarrillos, no se encontró, pero el papel falta por estar sitiado París y porque todo el papel de cigarrillos viene de allí. He aquí al menos lo que se me escribió; he respondido que se busque cueste lo que cueste, y que se lo envíen.*

Ahora hablemos de Antonia (de la mía) (2). Hace ya tiempo

(1) Estas palabras hacen comprender bastante el desenlace inofensivo de la jornada.

(2) La mujer de Bellerio se llamaba también Antonia.

que no recibí carta y estoy inquieto. Por favor, deme noticias de ella y de los niños.

Tengo siempre en cuenta mucho su amistad hacia ella y hacia mí. Usted la ve, ¿no es verdad? He tomado medidas para que le sea enviado regularmente todo el dinero necesario y principalmente de Berna, donde un amigo nuestro debe de haber recibido una suma bastante considerable de mis hermanos, para mí. Pregúntele, le ruego, si tiene todo lo necesario y si carece de dinero, búsquelo, tome prestado en caso de necesidad, a la señora Emilia Franzoni, a la que puede enseñar esta carta, y para la cual adjunto una esquela aparte, que usted no le entregará más que en caso de necesidad. Un poco de paciencia y pondré en orden todos estos pequeños asuntos. Pero en espera de ello cuento con su amistad, con la de su respetable padre, el carísimo Carlo, con la de la señora Antoinette Bellerio y con la de su señora madre, para ayudar a mi Antonia y a mí en caso de necesidad.

Y ahora hablemos de mis aventuras en particular, y en general de los asuntos de Francia. Le envié varios ejemplares de nuestra proclama roja. Habrá leído también en el periódico, con más o menos invectivas contra mi pobre persona, el relato más o menos verídico de nuestra primer (no postrer) tentativa en Lyon, el 28 de septiembre. El hecho es que el comienzo ha sido magnífico. Hemos sido los amos de la situación. A pesar de la resistencia de los guardias nacionales burgueses, apoyados en el pueblo, primero desarmado y más tarde en armas, nos hemos apoderado de la Municipalidad. ¿Por qué no hemos quedado allí, preguntará usted? ¡Ah!, ésa fué la falta de la experiencia revolucionaria de muchos de nuestros amigos, que se dejaron desviar por buenas palabras mientras era preciso obrar, sin escuchar las promesas de los reaccionarios que, viéndose batidos, lo prometieron todo y más tarde no mantuvieron nada; pero sobre todo, la culpa del general Cluseret, por no decir su cobardía y su traición. Había aceptado del Comité vencedor el mando de la Municipalidad y de los guardias republicanos que la rodeaban en masa y que estaban con nosotros. Queriendo agradar al mismo tiempo a los burgueses y al pueblo, dejó entrar secretamente a los primeros en la Municipalidad, en tanto que los guardias republicanos, creyendo definitiva la victoria, comenzaron a desbandarse. Así fué como el Comité se vió rodeado inopinadamente de enemigos. Yo estaba allí con los amigos, diciéndoles a cada instante: "No perdáis tiempo en vanas discusiones; obrad, detened a todos los reaccionarios. Herid a la reacción en la cabeza."

En medio de todos esos hermosos discursos, me vi rodeado por los guardias nacionales burgueses, dirigidos por uno de los más grandes reaccionarios de Lyon, el alcalde mismo, señor Henon. Me resistí, pero se me arrastró y me vi encerrado en un agujero, después de haber sido bastante maltratado. Una hora después (1) un batallón de francotiradores, haciendo huir a los guardias burgue-

(1) Esta indicación ¿muestra que en la carta precedente a Palix, *las tres* es probablemente un error de pluma por *las cinco?*

ses, vino a libertarme (1). Salí con mis libertadores de la Municipalidad, donde no había ya un solo miembro del Comité. Durante un día y una noche quedé en Lyon, oculto en casa de un amigo [que quedó desconocido]. *Los burgueses, triunfantes esta vez, me buscaron por todas partes, y al día siguiente por la noche* [29] *partí para Marsella, donde estoy oculto. Bien ve usted que eso no fué más que una pequeña aventura, nada más que una partida postergada. Los amigos, más prudentes, más prácticos, ya trabajan activamente en Lyon y en Marsella, y pronto tendremos nuestra reparación, a las barbas mismas de los prusianos. Le diré, querido amigo, que todo lo que veo aquí no hace más que confirmarme en la opinión que tenía de la burguesía: es torpe y canalla en un grado que sobrepasa lo imaginable. El pueblo no quiere sino morir combatiendo a los prusianos incondicionalmente. Ella, al contrario, desea, llama a los prusianos desde el fondo de su corazón, en la esperanza de que los prusianos van a librarla del patriotismo del pueblo. No falta más que una sola cosa para organizar una defensa formidable, el dinero. Pues bien, los burgueses rehusan dar ese dinero, y se habla ya en todas partes de obligarles a darlo. Las contribuciones forzosas: tal es el único medio. Y se recurrirá a él pronto, se lo aseguro. En tanto el general Garibaldi acaba de hacer su entrada triunfal en Marsella, ayer por la noche a las diez; hoy, a las nueve de la mañana, ha vuelto a marchar para Tours* [la sede de la organización de la defensa nacional, Gambetta y todos los delegados en posesión del Gobierno provisional que tenía su sede en París sitiado] *donde estará mañana por la noche.*

(1) Fué libertado a iniciativa de sus camaradas Ozerof y Lankiewicz, siempre a su lado. Ozerof reunió pronto algunos garibaldinos que forzaron una puerta, exigieron a los guardias nacionales la entrega de Bakunin, forzaron otra puerta y lo pusieron en libertad. Bakunin contó a R. Zalli (en 1872 ó 1873) que la puerta fué súbitamente deshecha con gran ruido. Creía que se trataba de fusilarle cuando vió penetrar, primero, la gran nariz de Ozerof; éste y Lankiewicz habían reunido a sus libertadores, entre los que Ozerof se recordaba de un cierto Bomhonnel, cazador de panteras en Africa.

He aquí cómo pinta un burgués radical ese episodio (*"Eclaireissements historiques, Lettre à M. le docteur Crestin", auteur des "Souvenirs d'un Lionnais", par D. Barodet, ancien maire de Lyon.* Lyon, 1898, 64 págs. en 16): Este es el famoso Barodet de la elección de París del 27 de abril de 1873, que tanto ruido hizo. Cuenta: "Yo estaba al lado del alcalde [Henon]... en el ángulo norte del gran patio de la Municipalidad, cuando [a Bakunin] le echó mano a la esclavina, diciéndonos: "¡Usted es Bakunin, yo lo arresto!"

"Bakunin, que tenía varios revólveres y un puñal en su cintura (¡sic!) gritó con una voz formidable: "¡Ciudadanos, se me arresta!", pero no hizo uso de su fuerza contra el señor Henon. No lo cogió cuerpo a cuerpo, como usted dice, no querido Crestin [yo no encontré los *Souvenirs* del doctor Crestin], según testimonio de informaciones inexactas. No se le dejó, por otra parte, tiempo para ello. Fué inmediatamente aprehendido por varios guardias nacionales, amigos del alcalde, arrastrado vigorosamente sin que opusiese toda la fuerza de resistencia de que era capaz, y sin que nadie asumiera su defensa. Encerrado y custodiado durante dos o tres horas, fué libertado por sus partidarios en medio de la confusión general".

Hay bastantes testimonios, pero ninguno habla de lo que el Comité y todos sus demás amigos hicieron durante esas horas de su desaparición: han tenido que percatarse de su ausencia. Sin Ozerof y Lankiewicz, hubiera enmohecido en un calabozo.

Sobre el asunto de todos los acontecimientos, termino un folleto muy detallado que le enviaré bien pronto. ¿Le enviaron de Ginebra, como he recomendado mucho, un folleto con este título: "Lettres à un Français?"

Esto es una guerra a muerte entre la revolución popular (1), no burguesa, no hay revolución burguesa —estas dos palabras en lo sucesivo se excluyen— y el despotismo militar, burocrático y monárquico que triunfa hoy en Alemania.

Pero, ¿qué pasa en Italia? Deme noticias de Milán, se lo ruego.

Escríbame a la siguiente dirección: France. Marseille. Madame Bastelica, 32 boulevard des Dames, interiormente: Pour Michel.

Es probable que vuelva pronto a Locarno, pero sus cartas dirigidas así me llegarán siempre.

Adiós, querido amigo, estreche la mano de su padre, y recuérdeme a la señora Bellerio y a la señora Antoinette, lo mismo que a las señoritas Amelia y María. Suyo,

M. B.

Al margen se lee: "Cluseret, habiendo perdido igualmente la confianza de la burguesía y del pueblo, se refugió en Ginebra".

VI

Mucho más aún que esta carta a un amigo privado, una carta para Palix y Blanc, de Lyon, que el polaco Lankiewicz llevó desde Marsella en la primera quincena de octubre, muestra el deseo intenso de Bakunin de reanimar y de reemprender el movimiento lyonés. Esta carta y una lista cifrada para la correspondencia cayó en manos de la policía por el arresto de Lankiewicz y de Blanc; eso explica su publicación en la gran obra de Oscar Testut, *L'International et le Jacobinisme au ban de l'Europe*, II, págs. 152-53, 1872, colección nutrida con documentos quitados a los internacionalistas por las persecuciones de 1870 y 1871 en Francia. Cualquiera que fuese el fin de esta publicación, la autenticidad de los documentos no es discutida. He aquí esa carta:

A Palix y a Blanc.

(Carta, para quemar; diccionario, para ocultar bien.)

Marsella no se sublevará sino cuando se haya sublevado Lyon, o bien cuando los prusianos estén a dos días de distancia de Marsella. Por consiguiente, la salvación de Francia depende, una vez más, de Lyon. Os quedan tres o cuatro días para hacer una revolución que pueda salvarlo todo. Para la revolución de la venganza y de la desesperación, habrá siempre tiempo hasta que los prusianos entren en Lyon. Si creéis poder hacer la revolución salvadora (1) y si creéis que mi presencia puede ser útil, telegrafiad a Luis Combe [en Marsella] *estas palabras: "Esperamos a Esteban". Partiré inmediatamente y os advertiré por telegrama a la dirección de Palix con estas palabras: "Esteban estará en casa de la señora Rochebrune tal día, a tal hora. Maurice."*

La señora Blanc se encontrará a la hora indicada con un coche en la última estación antes de Lyon designada con el nombre Rochebrune (en nuestro diccionario), en esa estación adonde quería ella conducirme. Me meteré en el coche con ella y me llevará directamente al alojamiento que me habréis preparado secreta y prudentemente. Ese alojamiento, que no debe estar en los Brotteaux donde se conoce demasiado mi figura, no deberá ser conocido primero más que de Palix, de Blanc y de la señora Blanc, lo mismo que mi llegada entre vosotros (2). Veremos después cuáles serán los amigos que será útil llevar a mi domicilio. Todo eso en el caso de una revolución salvadora solamente.

En cuanto a la revolución de venganza y de desesperación, debe ser utilizada igualmente para la formación de un gran fondo revolucionario. Si creéis que mi presencia puede ser útil también en este caso, iré igualmente y del mismo modo. Esta última revolución no exige aún más organización que la primera. No es necesario que haya muchos hombres para ella, pero se necesita que sean hombres realmente enérgicos y seguros y bien consagrados a la causa. Valence [Lankiewicz] *os dirá el resto. Mi querido Blanc, te recomiendo dos cosas: primero ir a inspirarte siempre a casa de Palix y luego tenerme cada día al corriente de lo que pasa entre vosotros con todos los detalles posibles, lo que te será fácil con el diccionario que te envío y que debes guardar y ocultar bien en casa de Palix. Vuestro,*

M. B.

Se asombra uno de que Bakunin haya confiado esa carta y el diccionario, mucho más comprometedor todavía (3), a un hombre tan comprometido como Lankiewicz, que había sido visto a su lado como camarada íntimo el 28 y los días

(1) Quince días más tarde, el 28 de octubre, escribía: "este pueblo no es ya, de ningún modo, revolucionario. El pueblo mismo (en Francia) se ha vuelto doctrinario, razonador y burgués como los burgueses..."

(1) Bakunin diferencia aquí los dos géneros de movimiento que creía posibles: una verdadera tentativa de revolución social y un movimiento sobre la base del patriotismo revolucionario. Me parece probable que "revolución salvadora", es un término abreviado aquí; un modo de hablar para designar un movimiento inaugurado por el Comité de Salvación de Francia.

(2) No se habla ya de Alberto Richard, que después del 28 de septiembre no gozaba de la estimación de Bakunin. Si lo designa en el diccionario por "Demóstenes" esta elección del nombre oculta un sarcasmo.

(3) Convendrá más discutir esta lista con las otras listas de este género, que conocemos de Bakunin; no está, pues, reproducida aquí.

anteriores. Habla así de lo que sucedió en Lyon en una carta a Ogaref, de Ginebra, y se comprende que en lo sucesivo debiese renunciar a la esperanza de volver a Lyon; y entendió que no podría siquiera quedar en Marsella. Con fecha del 16 de octubre, escribió, pues:

Y bien, hermano, cada día marchan peor las cosas. Acabo de recibir una carta de Lyon anunciándome que no sólo Blanc y Valence [Lankiewicz] *han sido detenidos, sino que se ha encontrado en casa del primero un diccionario que no sólo contiene los nombres de todos los amigos, sino también palabras muy comprometedoras, como asesinato, saqueo, incendio, etc. Esto es muy malo y los expone al mayor peligro. El pueblo se calla, intimidado por el terrorismo republicano oficial. Ha sido dada la orden de arrestar a todos sobre la base de la lista encontrada (1). Ignoro quién ha sido detenido. Parece seguro que Blanc y Valence fueron arrestados. Se ha ido a casa de Palix, pero* [la policía] *se le dejó tranquilo, cuando le vieron enfermo en su cama* [murió en febrero de 1871]. *Los nombres de Bastelica y de Combe* [de Marsella] *se encuentran también en esa lista. Te he escrito ya* [carta desconocida] *que de Tours* [sede de Gambetta] *ha venido hace días la orden de arrestar a Bastelica, pero que Esquiros y el prefecto local* [Delpech] *se negaron a proceder a su arresto, sabiendo que provocaría una gran agitación en el pueblo y quizás una explosión. Mas el diablo sabe si a consecuencia del descubrimiento de ese maldito diccionario se le detendrá. De suerte que yo mismo deberé salir bien pronto de aquí. Pero no tengo un céntimo. Por consiguiente, querido amigo, haz un último esfuerzo con los amigos. Reúne a todo precio 100 francos y envíalos a la señora Bastelica, 32 boulevard des Dames, con la demanda escrita firmada Bertier de remitirlos a la señora Lisa. No quiero partir de aquí, mas será necesario y en breve plazo. ¿Adónde iré? No lo sé todavía; ¿a Barcelona o a Génova, para volver de allí directamente a Locarno? Vuestro consejo, amigos. Bien entendido, sólo para el caso en que esté obligado a alejarme de aquí, lo que no haré más que en último extremo.*

Responde inmediatamente a madame Bastelica (Pour Michel, no en la dirección, sino en la cubierta interior).

M. B.

En el libro *"Les hommes de septembre à Lyon", Cour d'assises du Rhone. Procès Andrieux... contre M. Ponet... 23 à 26 mai 1872* (París, 1872, págs. 105 a 106) se puede leer

(1) Tiene los nombres de Bastelica, Combe, Michel (Bakunin), Ozerof, Lankiewicz, Palix, Blanc, Placet, Favre, Camet Bischoff, Parraton, Bleauvoir, Pedro Blanc, Schettel, Richard, Dupin, Bertranche, Saignes, Doublé, Olivier, Colon, y además Cluseret, Luis Marti, Charvet Guillo, el negrito, de Luizerne y Martin, amigo de Palix.

la deposición del director de la Policía de seguridad de Lyon, D. Bach, interrogado por Andrieux, que relata con menudos detalles cómo Andrieux (el procurador), D. Bach y cuatro agentes fueron a la calle Madame, en los Brotteaux, en un barrio donde por lo tanto había tal vez peligro, y subieron juntos hasta una habitación alquilada por Gaspar Blanc, que encontraron vacía, pero donde hallaron este formidable diccionario; Andrieux muestra las palabras asesinar, saquear, incendiar (el diccionario lleva: 77 a 79, saqueo, asesinato, incendio) y falsamente añade la palabra robar que no se encuentra en el diccionario. El día antes de esa mala noticia, Bakunin había escrito la siguiente carta a Carlos Gambuzzi (Nápoles):

Este 15 de octubre de 1870. Marsella.

Mi querido amigo: A... me escribe que te propones partir para Francia. Por lo que me parece conocerte, no será para unirte a nuestro trabajo a menudo obscuro, pero siempre lógicamente inflexible y tendente al único fin que nos impone el programa de la Alianza. Es —lo supongo— para asociarte al brillante destino del general Garibaldi, que aunque haga mucho ruido y difunda un gran brillo con sólo su nombre histórico, puedo asegurarte que no hará nada, porque puede que carezca de las primeras condiciones necesarias para hacer algo, y porque Francia se encuentra en una posición tal que ya no puede ser salvada más que por la revolución, que ni el general Garibaldi, ni todo el Gobierno de Defensa Nacional, el señor Gambetta a la cabeza, quieren, y que, movida por la fuerza misma de las cosas, estallará; tal es la situación hoy. Ese Gobierno ridículo que teme la revolución más de lo que teme a los prusianos y que quiere evitarla a todo precio, ha conservado en los pedazos de ejército que quedan a Francia, tanto como a la cabeza de una parte de los guardias móviles, oficiales y aun generales bonapartistas que, fieles a la dinastía, lo obstaculizan todo. Ha enviado a los departamentos, para llenar las funciones de prefectos y de procuradores de la República, republicanos moderados, nulidades infatuadas de sí mismas y que en lugar de apoyarse en todas partes sobre el pueblo, se alían a la reacción burguesa por doquier, y ha dejado en las comunas rurales a los antiguos alcaldes y guardas rurales, a esos mismos que hicieron triunfar el plebiscito [de la primavera de 187] *en favor de Napoleón III* [seis millones contra un millón y medio] *y que continúan trabajando siempre en su beneficio, abriendo en todas partes las puertas a los prusianos. Los burgueses, en fin, rehusan dar dinero —sin el cual no hay armamento posible— y se puede estar seguro de que las tres cuartas partes al menos de la burguesía francesa pedirían, si se atreviesen, la conclusión de la paz, aun en las condiciones más desastrosas para Francia. Sólo el pueblo de las ciudades es*

patriota y revolucionario. Si la revolución se hace en las ciudades, los campesinos se dejarán arrastrar, pero sólo en ese caso y a esa condición, y entonces Francia será salvada. De otro modo, será conquistada por los prusianos y reducida a un estado parecido a aquel en que se encontraba reducida Italia frente a Napoleón III. Tal es la explicación del movimiento que hemos intentado en Lyon. y que esperamos renovar bien pronto en Marsella como en Lyon.

Y ahora, querido amigo, déjame decirte fraternalmente una cosa: si yo fuese italiano, no iría a Francia, sino que me quedaría en Italia, donde está todo por hacer y donde hay tan pocos hombres capaces de hacerlo.

Esta carta es dirigida igualmente a "Beppe" [Fanelli] *y a ti. ¿Dónde se encuentra nuestro amigo? Dame noticias suyas. No le escribo ahora porque no sé el lugar de su residencia actual. Dame noticias de él, así como de todos los demás amigos. Y créeme, queda en Italia. Si nosotros tenemos éxito, tendréis inmediatamente quehacer en vuestro país, y os daremos todos los medios para obrar. Si no triunfamos, tu llegada a Francia no será otra cosa que un paseo y un gasto inútiles (1).*

M. B.

Bakunin continúa discutiendo los acontecimientos en un largo manuscrito que relacionaba a su carta de despedida a Palix —es el manuscrito de 114 páginas *La situación política en Francia*, que se encuentra traducido en este volumen, pág. 193—. No estaba muy contento de la manera un tanto libre de la edición de las *Lettres à un Français* por Jaime Guillaume: hallaba sus largas cartas manuscritas "singularmente recortadas, por no decir castradas" (*Carta a Esquiros*, 20 de octubre). Comienza un artículo *El despertar de los pueblos*, pero sólo escribe algunas líneas.

Su situación personal se hizo precaria por el odio del miserable Andrieux, que envió a todas partes la orden de buscarlo. Un mandato de comparescencia por medio de Guilbert (Marsella), fué remitido al comandante de la Guardia Republicana, Pablo Gavard, para ejecutarlo. Este, poco después condenado él mismo por la sublevación del 25 de marzo de 1871 en Marsella, fué accesible a los argumentos de Alerini y de otros amigos de Bakunin, y dió su palabra de honor de no buscarlo donde pudiera encontrarlo, y de no verlo si lo encontrase.

(1) Gambuzzi no marchó; el 16 de noviembre, Bakunin le escribió desde Locarno: "estoy contento por ti y por la causa que todos debemos servir, de que hayas renunciado, al menos por el momento, a tu proyecto primitivo y que te hayas vuelto a Nápoles".

Esos mismos amigos —Carlos Alerini (nacido en 1842 en Bastia, Córcega) se hizo pronto un corresponsal y al ado íntimo de Bakunin cuando, en 1871, después de las sublevaciones de Marsella, debió refugiarse en España, donde fué muy activo en la Internacional y en la Alianza hasta su arresto y condena a prisión en 1873; ha contado todo eso detalladamente en su artículo *Una page de la vie de Bakounine* en el *Bulletin* jurasiano del 1 de octubre de 1876—, esos mismos amigos, pues, hicieron otra visita en pro de Bakunin a Alfonso Esquiros, el administrador superior de las Bouches-du-Rhone. Este les recibió bien, manifestó sus simpatías y su estima hacia Bakunin, al cual no tocaría, aunque el Gobierno le diese orden de hacerlo. Pero comunicó que Bakunin tenía enemigos en Tours, donde se le había señalado como agente prusiano, y que siempre existía el peligro de que hubiesen sido enviados agentes especiales desde Tours a Lyon para detenerlo; y entonces, si obraban sin comunicarlo a Esquiros, éste no podría impedirlo.

Bakunin tenía, pues, a sus talones a la hiena Andrieux y posiblemente también a todo el mundo oficial de Tours, donde también se encontraba, como observa Alerini, el general polaco Mieroslawski, su enemigo personal desde 1862; en una palabra, las personas más prevenidas y más hostiles contra él.

Alfonso Esquiros, diputado de las Bouches-du-Rhone a partir de junio de 1869 (extrema izquierda), era un socialista de antes de 1848; a su pluma se deben la *Histoire des Montagnards* (1844), *Histoire des Martyres de la Liberté* (1851), *L'evangile du Peuple* (1840), *De la vie future au point de vue socialiste* (1850), tres libritos muy difundidos sobre los sufrimientos y las miserias de las mujeres del pueblo, de las obreras sobre todo: *Les vierges martyres* (1846), *Les vierges sages* y *Les vierges folles;* los periodiquitos de 1848 *Le Peuple* y *L'Accusateur Public* y muchos otros escritos que expresan todos un socialismo moderado, pacífico, pero bien sentido, verdaderamente humanitario. Bakunin no debía, pues, tener ninguna vacilación en entablar relaciones con un hombre de un pasado socialista muy honesto como Esquiros y acaso pudo acariciar por un instante la idea de ganar quizás su cooperación

en una cierta medida. En ese estado de ánimo comienza el 20 de octubre una carta personal al dirigirle sus *Lettres à un Français*, discutiendo la situación y sus ideas personales que relacionaba a las de una proposición hecha por Esquiros al Cuerpo legislativo el 25 de agosto, lo cual había anotado ya en sus cartas manuscritas sobre la crisis francesa mucho tiempo antes de llegar a Marsella.

Ignoro por qué no fué acabada la carta; quizás Bakunin comprendió bien que no encontraría un verdadero punto de apoyo para un movimiento en Francia y que tampoco Marsella, donde sin embargo estaba casi localmente tolerado, pero sin ninguna protección contra el Poder central, podría albergarlo ya mucho tiempo.

Tenemos de él una carta escrita a un amigo no indicado, pero que fué ciertamente Gaspar Sentiñón, que había llegado desde Barcelona a Lyon después de la marcha de Bakunin. He aquí esa carta *(Biografía,* págs. 516-17):

Este 23 de octubre de 1870.

Mi querido amigo: Después de haber esperado en vano tu carta, me he decidido a marchar. Veré a nuestro amigo Farga [Rafael Farga Pellicer] *antes que a ti, porque cuando hayas recibido esta carta, estaré en camino y muy cerca de Barcelona, y quizás ya en Barcelona. Te esperaré allí. Debo salir de este lugar, porque no encuentro aquí absolutamente nada que hacer y dudo que tú halles algo bueno que hacer en Lyon. Querido amigo, no tengo ya fe alguna en la revolución en Francia.*

Este pueblo no es, de ningún modo, revolucionario. El mismo pueblo se ha vuelto doctrinario, razonador y burgués como los burgueses. La revolución social habría podido salvarlo, y únicamente ella sería capaz de salvarlo. Pero siendo incapaz de hacerla, corre gran riesgo de ser definitivamente conquistado por los prusianos. ¿Cuál puede ser nuestra situación y nuestra acción entre los burgueses que nos consideran torpemente o malévolamente como prusianos y que nos persiguen como tales y los prusianos que se aproximan y que, más perspicaces que los burgueses de Francia, nos perseguirán como socialistas revolucionarios? Esta situación es insostenible y declaro que por mi cuenta tengo ya bastante. El mejor consejo que puedo darte es que escribas primeramente a todos nuestros amigos de Madrid que no vengan a Francia, porque sería un gasto de dinero completamente inútil, y luego que vengas tú a reunirte conmigo en Barcelona lo más pronto posible. Pero antes de marchar deja bien recomendados a nuestros amigos lyoneses los dos amigos encerrados [V. Lankiewicz y G. Blanc]. *Los burgueses son odiosos. Son tan feroces como estúpidos. ¡Y cómo llevan en sus venas la naturaleza policíaca!, ¡se darían policías y procuradores generales en ciernes! A sus infames calumnias voy a responder con un buen librito en que nombraré a todas las cosas y a todas las personas por su nombre. Abandono ete país con una honda desesperación en el corazón; tengo que esforzarme mucho para persuadirme de lo contrario. Creo que Francia está perdida, entregada a los prusianos por la incapacidad, la cobardía y la avidez de los burgueses. El militarismo y la burocracia, la arrogancia nobiliaria y el jesuitismo protestante de los prusianos, aliados tiernamente al knut de mi querido soberano y amo el Emperador de todas las Rusias, van a triunfar sobre el continente de Europa, Dios sabe durante cuántas decenas de años. ¡Adiós todos nuestros sueños de emancipación próxima! Habrá una reacción aplastadora y terrible. Adiós. Ven a Barcelona. Allí estaremos siempre bastante cerca de Marsella para poder volver, si es necesario, lo que dudo mucho. Te espero y hasta la vista.*

Tuyo,

M. B.

Esta carta muestra cómo se abandonó toda esperanza de una acción en Francia y cómo los escritos sobre la situación francesa adquirieron una dirección más general en la concepción de Bakunin. En un pasaje de la carta, vemos, por decirlo así, formarse bajo la pluma del autor el término "knutogermánico", que ha puesto en el título de la primera parte de ese escrito que medita, prepara, y escribe en adelante hasta abril de 1871.

Vemos también que se le había ofrecido una ocasión muy seria para ir a Barcelona e ignoramos lo que impidió la realización de ese proyecto. Por lo tanto, no vió nunca a España, donde tenía camaradas tan probados; todavía en 1873 estuvo a punto de ir a España, pero también le fueron adversas las circunstancias (ver mi biografía de Malatesta, capítulo VII). Si hubiera ido entonces a Barcelona, es posible que hubiera vuelto otra vez a Marsella, donde poco después de su marcha, en ocasión de la agitación causada por la capitulación de Metz, hubo acontecimientos de un carácter bastante pronunciado y en los que sus amigos Alerini, Bastelica, Jukowski, Mroczkowski y Sentiñón tomaron parte; donde hubo un gran conflicto entre Esquiros y Gent, que fué patrocinado por el Gobierno de Tours, entrando en escena Cluseret y la Liga Meridional; en una palabra, donde no faltó más que Bakunin para tratar de nuevo de coordinar todos esos elementos de descontento, que representaban vagamente tendencias federalistas, autono-

mistas y comunalistas en oposición al centralismo gubernamental forzado por Gambetta.

Existe de esto una descripción muy detallada escrita por Alerini para Bakunin (del 9 al 12 de noviembre; *Biografía*, págs. 517 a 520). Esto fracasó también, pero Bakunin, si hubiese quedado en Marsella un poco más de tiempo o acudido pronto desde Barcelona, habría impreso probablemente su sello a estos acontecimientos locales. Todas éstas fueron tentativas precursoras de la Comuna de París, que surgió ampliamente del deseo instintivo que se sentía en todas partes, después de veinte años de despotismo imperial, de respirar cómodamente, en el propio hogar, en un organismo autónomo libertado de la tutela y de la coacción del Estado. No se quería sino que el centralismo de todos los gobiernos, desde el antiguo régimen, fuese también el principio dominante de la nueva República; de ahí esas luchas que a través de fracasos, luego de matanzas, culminaron en el triunfo sangriento de la República centralizada, del sistema actual.

VII

La marcha de Bakunin de Marsella para Génova, fué bien organizada por Alerini y otros amigos, que se aseguraron también del concurso del comisario del puerto, Lombard, un republicano luego condenado a diez años de trabajos forzados, que cumplió, por su participación en el movimiento comunalista de Marsella (1871). Bakunin se afeitó y cortó sus largos cabellos, y cubrió sus ojos con un par de lentes azules. Después de haberse mirado en un espejo, así transformado, dijo hablando de sus perseguidores: "Esos jesuítas me hacen adoptar su tipo". Se fué en coche a casa del comisario del puerto, que había hecho preparar un desayuno de chocolate y estaba muy contento por poder ser útil a Bakunin. Hizo venir la lancha de la Administración y los acompañó a bordo. Al capitán del barco, amigo personal, antiguo camarada de colegio de Alerini, dijo éste el nombre verdadero del viajero, y él y Lombard lo recomendaron al capitán, que se mostró lleno de consideraciones. Así al menos, las últimas impresiones de Bakunin en el

país que quiso salvar y en el que, por el 28 de septiembre en Lyon, fué condenado el 13 de agosto de 1871 a la deportación en un recinto fortificado; las últimas impresiones de Bakunin en ese país —que conocía desde 1844 y que no debía volver a ver— fueron las de un ambiente de camaradas y de buenas gentes.

En una carta del 14 de febrero de 1872, defendiéndose contra acusaciones, dirigida al periódico *Tagwacht*, de Zurich, pasa revista a los hombres de Lyon y se expresa así: "Richard, por su actitud cobarde, fué la causa principal del fracaso de Lyon el 28 de septiembre. Respecto a mí, considero como un honor el haber participado allí con el digno ciudadano Palix, muerto en el invierno último después de grandes sufrimientos; con el bravo ciudadano Charvet, que fué después asesinado cobardemente por un oficial; con los ciudadanos Parraton y Schettel, que gimen en este momento todavía en las cárceles del señor Thiers [condenados el 13 de agosto de 1871 a cinco y a un año de prisión]. Desde entonces, he considerado a Richard como un cobarde y un traidor". En 1872, veía en Zurich al joven Camilo Camet, que militaba en Barcelona, en 1873, con Brousse y Alerini. El 8 de febrero de 1875, le escribió Eliseo Reclus: "Conocí en Ginebra a tu amigo Saignes; me agradó".

La marcha de Bakunin de Marsella tuvo lugar el 24 ó el 25 de octubre; de Génova hizo sin duda un viaje rápido a Locarno por Milán y el lago Mayor; el 28, menciona ya su mujer que acababa de volver a casa; por lo tanto, el 27 ó el 28 de octubre. Recordemos aún que el 9 de septiembre, Berna, Neuchâtel, Ginebra, Lyon y Marsella habían sido los puntos de parada de su viaje. Tenía ante sí un invierno en el que se entregó al trabajo con encarnizamiento.

* * *

He aquí un resumen de lo que sabemos sobre la acción personal de Bakunin para obrar conforme a las ideas abundantemente expuestas y motivadas en sus escritos de teoría y de discusión política actuales, reunidos en el volumen presente de esta edición. Las cartas reproducidas nos conser-

van sus impresiones en diversas peripecias importantes de esos dos meses y medio, desde el 10 de agosto al 23 de octubre de 1870; pero no hay que perder de vista que ésos son todos los materiales conservados por un azar y que llegaron a mi conocimiento por una serie de casualidades, mientras que la parte principal de su obra epistolar y de su obra viviente, hablada, sostenida por su poderosa personalidad, se ha perdido, y que aun los materiales conservados presentan, para nosotros, problemas inabordables que apenas entrevemos.

Sin embargo, todos estos materiales reunidos hacen comprender bastante claramente su actitud frente a la guerra de 1870-71 y el lector puede formarse una idea propia por la lectura de este volumen y de sus otros escritos similares, principalmente del tomo II, que contendrá la continuación de estos trabajos durante el invierno de 1870 a 1871.

¿Ha demostrado su tesis? No soy yo quien debe decirlo; cada cual se formará una idea propia. Si me es permitido emitir mi opinión, diré: si se admiten sus premisas, su lógica es invulnerable; la cuestión, pues, es para mí ésta: si sus premisas tienen el valor incontestable del dogma.

Su premisa que se refiere a Francia, dice que "ha sido considerada, sin embargo [es decir: "a pesar de sus desviaciones pasajeras y esos abusos desgraciados de una potencia infatuada de sí misma"] hasta aquí por el mundo, y con plena justicia, como el jefe natural y como el iniciador generoso de todos los progresos humanos y de todas las conquistas de la libertad" (del manuscrito escrito en Marsella). Su premisa en relación a Alemania, es que significa lo contrario de todo eso y que su victoria en 1870 hará "volver a caer a Europa en las tinieblas, en la miseria y en la esclavitud de los siglos pasados"... Si yo admitiese, pues, que hay en el centro de Europa y en su oeste dos razas, una siempre generosa, la otra siempre odiosa; la una de una esencia superior, la otra condenada a la inferioridad; la una llevando en su seno el socialismo, la libertad y todo lo que es bello, bueno y noble, la otra no produciendo más que el despotismo, la brutalidad, todo lo que es feo, bajo y villano, entonces podría comprender que en una derrota militar de Francia viese Bakunin con justo derecho una desgracia irreparable para sus camaradas de ideas, para una raza con la cual se sentía solidario víctima de otra raza maligna, villana y odiosa.

Pero de todo eso no veo la primera palabra, y su lamento no me conmueve por tanto. Es verdad que yo soy alemán y se podría decir que estoy influído por el resultado de la última guerra y por lo que sucede desde entonces. Pero mi opinión fué siempre ésa y mi primer sentimiento desde mi juventud me ha hecho sentir la igualdad absoluta de "derecho" de todos los pueblos y el carácter muy relativo y bastante poco importante de las diferencias de "hecho" entre los mismos. Hay diversidad sobre el mismo nivel, pero no hay superioridad de unos e inferioridad de otros. Como Europa no se divide en burgueses y sabios nacidos para gobernar y en proletarios nacidos para obedecer, no está dividida tampoco en franceses, "jefes naturales", y en alemanes, masa incapaz de libertad. Si alguien empleaba un argumento parecido en relación a Rusia, donde las masas incultas eran desde sus orígenes, en apariencia, los instrumentos ciegos del zarismo, Bakunin era el primero en gritar que el zarismo no era más que una excrecencia tártara y alemana impuesta a su país y que el pueblo ruso estaba lleno de aspiraciones libres y generosas. Sin duda tenía razón, pero no se cuidaba de aplicar el mismo razonamiento a Alemania y a su pueblo.

En lo que escribió en 1870, no se encuentra el menor esfuerzo para imaginarse lo que habría acontecido si la Francia de Napoleón III hubiese quedado vencedora en 1870. Entonces, el régimen bonapartista habría continuado, habría sido seguro el desmenuzamiento político y la impotencia económica de Alemania y, después de los veinte años de predominio napoleónico, habría seguido un período semejante de duración indefinida: ¿dónde estarían entonces las probabilidades de socialismo y de libertad? La parte contraria era, por consiguiente, igual en mi opinión, y no era propio de un internacional apasionarse por unos y maldecir a los otros. Más que nunca, en una época tal, eran reclamadas las palabras de justicia y de humanidad, y nosotros no vemos sino el apasionado preconcepto.

Objetivamente, desde el punto de vista de la Historia, se opondrá a la argumentación de Bakunin el defecto singular de que no parecía conceder un solo pensamiento a las

otras grandes potencias de Europa en la época de la guerra de 1870. Impone continuamente a sus lectores la imagen de una Francia completamente sometida a Alemania en caso de derrota, que sería una especie de dependencia, un organismo impotente por sí mismo. Se sabe, sin embargo, que la política general europea no habría permitido nada de este género; se sabe que los éxitos alemanes, saludados primero porque eliminaban la pesadilla europea —Napoleón III—, fueron pronto vistos con una envidia y una hostilidad extrema por Inglaterra y Rusia, y por Austria, igualmente, de través. Cuanto más la guerra avanzaba en el otoño y en el invierno de 1870, más a la vista estaba una intervención europea, una presión sobre Alemania, lo que quitó a la paz de Francfort toda posibilidad de un sometimiento tal como el que temía Bakunin, si hubiese sido ése el pensamiento político de Alemania. Bakunin escribe como si no hubiesen existido más que Francia y Alemania en Europa, mientras que, en efecto, la constelación política de 1914 se dibujaba ya en el horizonte de 1870 y protegió a Francia contra el peligro que tanto temía Bakunin. Es inconcebible para mí que haya estado de tal modo encerrado en el círculo de sus ideas, frecuentado por su prevención, para no hacer caso de esos hechos que la opinión pública de aquel tiempo conocía bien y que después han sido ganados para la Historia.

Un lector moderno debe recordar además que en el tiempo de Napoleón III, usurpador que temía a su pueblo, el ejército era una institución mucho menos vasta y más separada del pueblo que los ejércitos modernos que en los países militaristas extienden sus garras absolutamente sobre toda la población viril. En Francia, una gran parte de la población escapaba entonces a la conscripción comprando un reemplazante, o de otro modo, y generalmente se desinteresaba del ejército, que tenía un carácter profesional. La idea de una guerra popular por voluntarios, era, pues, natural; se echaba mano a una reserva de hombres muy vasta y al crédito inquebrantable del país, el mar libre que permitía todas las importaciones. Todo eso y los voluntarios de Garibaldi y otros, produjeron, en efecto, una guerra casi popular, pero de la cual el Gobierno de Tours, que procuraba el dinero, la autoridad gubernamental y los cuadros, tenía los hilos. Para todos los que no tenían la revolución

social como fin supremo, el método de Gambetta, apoyado en los enormes recursos mencionados, parecía, pues, ser más práctico que el de Bakunin, que asociaba la organización de la resistencia a un complejo de cuestiones muy diversas que culminaban en la abolición del Estado y en la federación de las comunas libres, programa que correspondía a ciertos deseos del Mediodía, que estuvo muy lejos del teatro de la guerra (Liga Meridional, etc.) y que encontró una sublime expresión en la Comuna de París, pero que dividía las opiniones en lugar de unirlas y alimentaba la vida política local y no la resistencia organizada al enemigo.

Bakunin es reclamado constantemente en dos direcciones: por su conciencia profundamente socialista y revolucionaria, que le hace entrever en ese período de desorganización gubernamental de la caída del régimen bonapartista autoritario, un período de grandes posibilidades revolucionarias, y por su ardiente patriotismo francés, que le hace considerar como un deber el salvar a Francia por una resistencia encarnizada sacada de la fuerza inagotable del pueblo. En realidad, él no habría podido hacer más que una u otra cosa, tentativas revolucionarias o fundación de organismos patrióticos, que reclutaran hombres para la guerra, cualquiera que fuese el nombre que se le hubiera dado. La síntesis de la revolución y del patriotismo está bien evidente en sus páginas; pero, en la práctica, el patriotismo habría absorbido a la revolución. Si sus ideas para unos serían una indicación de "cómo proceder", para otros serían una enseñanza de "cómo no proceder". Es interesante ver a un pensador como él desarrollar la idea de esa síntesis hasta sus últimas consecuencias, pero es preciso juzgar después su propia experiencia, relatada aquí a menudo con sus propias palabras, y después la experiencia que la Historia de nuestra época, esos cincuenta y pico de años de evolución moderna, nos ha dado, la hayamos o no buscado.

Es esta, pues, una colección de escritos de gran interés, no por su enseñanza directa, que sería objeto de controversia, sino por las ideas numerosas removidas por un autor que tiene siempre en el corazón la gran causa de la libertad mundial.

MAX NETTLAU

16 de julio de 1923.

CARTAS A UN FRANCÉS SOBRE LA CRISIS ACTUAL (1870)

25 de agosto, por la noche

Consideremos de nuevo la situación general.

Yo creo haber probado, y los acontecimientos no tardarán en demostrarlo mejor de lo que yo he podido hacerlo:

1.—(1) *Que en las condiciones en que se encuentra Francia actualmente, no puede ser salvada ya por los medios regulares de la civilización, del Estado. No puede escapar a la decadencia más que por un esfuerzo supremo, por un inmenso movimiento convulsivo de toda la nación, por la sublevación armada del pueblo francés.*

a) Los prusianos, toda la nación alemana, considerada como Estado unitario, como imperio —lo que es ya virtualmente— no puede rescatar los inmensos sacrificios que ha hecho, ni salvaguardarse contra las futuras venganzas —aun contra las próximas— de Francia, humillada, insultada, más que aplastando a ésta última y dictándole las condiciones de una paz ruinosa en París.

b) Ningún Estado francés —imperio, reino o república— podría existir sólo un año después de haber aceptado las condiciones desastrosas y deshonrosas que los prusianos estarán obligados, por la fuerza de las cosas, a dictarles.

c) Por tanto, el Gobierno actual —Bazaine, Mac-Mahon, Palikao, Trochu, con su consejo privado Thiers-Gambetta— no pueden, aunque lo quisieran, tratar con los prusianos, en tanto que quede uno sólo en territorio de Francia. A consecuencia de lo cual, entre todos estos hombres que representan cuatro partidos diferentes —el

(1) Como se notará al continuar la lectura, Bakunin escribió este "1" con la intención de hacerle seguir de un "2", del que se olvidó y que se buscará en vano en el texto. (Nota del traductor.)

imperio vergonzoso, el orleanismo directo (Trochu), el orleanismo indirecto, o bien la república burguesa, y sobre todo militar, como transición a la restauración monárquica (Thiers y Trochu, sin duda, si la restauración directa se mostrase imposible), y la república burguesa como panacea (Gambetta y compañía)— entre todos estos hombres hay una tregua tácita. Meten sus banderas en los bolsillos y postergan la lucha de los partidos para tiempos más pacíficos, dándose la mano hoy para la salvación del honor y la integridad de Francia.

d) Todos son sinceramente patriotas de Estado. Separados en tantos puntos, se unen completamente sobre uno solo: son todos igualmente *políticos, hombres de Estado.*

Como tales, no tienen fe más que en los medios regulares, más que en las fuerzas organizadas por el Estado, y un horror igual hacia la bancarrota, que es, en efecto, el deshonor del Estado, no de la nación, no del pueblo; un horror hacia las sublevaciones, hacia los movimientos anárquicos de las masas populares, que son el fin de la civilización burguesa y una disolución segura del Estado.

e) Quisieran, pues, salvar a Francia por los medios regulares únicamente y por las fuerzas organizadas del Estado, no recurriendo sino lo menos posible a los salvajes instintos de la multitud, que ofuscan la delicadeza exquisita de sus sentimientos, de su gusto, y, lo que es más serio todavía, que amenazan su posición y la existencia misma de la sociedad afortunada y privilegiada.

f) Sin embargo, están forzados a recurrir a ella, porque la posición es muy seria, y su responsabilidad, inmensa. A una potencia formidable y magníficamente organizada, no tienen nada más que oponer que un ejército medio destruído y una máquina administrativa torpe, embrutecida, corrompida, que no funciona sino a medias e impotente para crear en pocos días una fuerza que no ha sido capaz de producir en veinte años. No podrían, pues, emprender ni hacer nada serio, si no es-

tuvieran sostenidos por la confianza pública y socorridos por la abnegación popular.

g) Se ven forzados a apelar a esta abnegación. Han proclamado el restablecimiento de la Guardia Nacional en todo el país, la incorporación de los guardias móviles al ejército y el armamento de toda la nación. Si todo esto fuese sincero, hubiesen ordenado la distribución inmediata de las armas al pueblo en toda la superficie de Francia. Pero esto sería la abdicación del Estado, la revolución social por el hecho, si no por la idea, y ellos no la quieren de ninguna manera.

h) La quieren tan poco, que si debieran escoger entre la entrada triunfal de los prusianos en París y la salvación de Francia por la revolución, no hay duda que todos ellos, sin exceptuar a Gambetta y compañía, optarían por lo primero. Para ellos, la revolución social es la muerte de toda civilización, el fin del mundo y por consiguiente, de Francia también. Y vale más —pensaban— una Francia deshonrada, empequeñecida, sometida momentáneamente a la voluntad insolente de los prusianos, pero con la esperanza segura de levantarse otra vez, que una Francia muerta para siempre como Estado por la revolución. social

i) Como políticos, se han planteado, pues, el problema siguiente: apelar al armamento popular sin armar al pueblo, pero aprovechar el entusiasmo popular para hacer entrar, bajo diferentes denominaciones, muchos reclutamientos voluntarios en el ejército; bajo el pretexto del restablecimiento de la Guardia Nacional, armar a los burgueses, con exclusión de los proletarios, y sobre todo a los antiguos militares, a fin de tener una fuerza suficiente para oponer a las revueltas del proletariado, alentado por el alejamiento de las tropas; incorporar al ejército los guardias móviles, suficientemente disciplinados, y disolver o dejar desarmados a los que no lo están y que demuestran sentimientos demasiado rojos; no permitir la formación de los cuerpos francos sino a condición de que estén organizados y conducidos sólo por jefes pertenecientes a las clases privilegiadas: Jockey Club, propietarios nobles y burgueses, en una palabra, gentes de pro.

A falta de potencia coercitiva para contener a las poblaciones, hacen servir su excitación patriótica, provocada tanto por los acontecimientos como por sus declaraciones y sus medidas forzadas, al mantenimiento del *orden público*, propagando entre ellas *esa convicción falsa, desastrosa*, de que para salvar a Francia del abismo, del aniquilamiento y de la esclavitud con que la amenazan los prusianos, las poblaciones deben, al mismo tiempo que permanecer suficientemente exaltadas para sentirse capaces de los sacrificios extraordinarios que serán reclamados para la salvación del Estado, *quedar tranquilas, inactivas, poniéndose de un modo completamente pasivo en manos del Estado* y del Gobierno provisional que ha tomado hoy su dirección, y considerar como enemigos de Francia, como agentes de Prusia, a todos los que traten de perturbar esta confianza y esta quietud popular, a todos los que quieran provocar a la nación a actos espontáneos de salvación pública; en una palabra, a todos los que, desconfiando con justo título de la capacidad y de la buena fe de los gobernantes actuales, quieran salvar a Francia por el camino de la revolución.

j) Hay, por consiguiente, hoy, entre todos los partidos, sin exceptuar a los jacobinos rojos y naturalmente también a los socialistas burgueses, acobardados y paralizados unos y otros por el temor que les inspiran los socialistas revolucionarios, realmente populares —los anarquistas o, por decirlo así, los hebertistas del socialismo, que son también profundamente detestados por los comunistas autoritarios, por los comunistas de Estado, como por los jacobinos y los socialistas burgueses—, entre todos estos partidos, sin excepción de los comunistas de Estado, *hay un acuerdo tácito para impedir la revolución en tanto que el enemigo esté en Francia*, por dos razones:

La primera es que, no viendo todos igualmente la salvación de Francia más que en la acción del Estado y en la exageración excesiva de todas las facultades y potencias estatales, están todos sinceramente convencidos de que si la revolución estallase ahora, como tendría por efecto inmediato, natural, la demolición del Estado actual, y como los

jacobinos y los comunistas autoritarios carecerían necesariamente del tiempo y de todos los medios indispensables para la reconstrucción inmediata de un nuevo Estado revolucionario, ella, es decir, la revolución, entregaría Francia a los prusianos, *entregándola primero a los republicanos socialistas.*

La segunda no es más que una explicación y un desarrollo de la primera. Temen y detestan igualmente a los socialistas revolucionarios, a los trabajadores de la Internacional y, comprendiendo que en las condiciones presentes la revolución triunfaría ineludiblemente, quieren a toda costa impedir la revolución.

k) Esta singular situación entre dos enemigos, de los cuales uno —los monárquicos— está condenado a desaparecer, y el otro —los revolucionarios socialistas— amenaza con el triunfo, impone a los jacobinos, a los socialistas burgueses y a los comunistas de Estado una dura necesidad: la de aliarse secretamente, tácitamente, con la reacción de arriba contra la revolución de abajo. No temen tanto aquella reacción como esta revolución. Viendo, en efecto, que la primera está excesivamente debilitada, hasta el punto de no poder existir ya sino con su consentimiento, se asocian con ella momentáneamente y se sirven de ella de un modo muy disimulado contra la segunda.

Esto explica la reacción violenta que reina hoy con su *consentimiento* en París. Eso explica por qué se retiene, se osa retener *ilegalmente* a Rochefort en prisión. ¿Ha notado usted el mutismo de toda la oposición radical, y particularmente el silencio de Gambetta, cuando Raspail ha reclamado su liberación? Sólo el viejo Cremieux ha pronunciado un miserable discurso jurídico; los demás, ni una palabra. Y sin embargo la cuestión era bien clara: se trataba de la dignidad y del derecho del cuerpo legislativo entero, de la dignidad y del derecho de la representación nacional violados cínicamente en la persona del diputado Rochefort por el Poder ejecutivo. El silencio de la izquierda republicana, ¿no significa dos cosas: primeramente que todos es-

tos jacobinos detestan y temen a Rochefort como a un hombre que goza, justa o injustamente, de las simpatías y de la confianza de la vil multitud; que todos, *como políticos*, expresión favorita de Gambetta, están muy contentos de saber que Rochefort está en prisión, y, además, que hay un convenio para no hacer oposición al Gobierno provisional existente actualmente en París?

l) Esta resolución es aún una consecuencia natural de su posición singular: habiendo decidido que la revolución inmediata sería funesta para Francia, y no queriendo, por consiguiente, derribar al Gobierno (porque derribarlo sin la revolución es imposible, pues la mayoría del Cuerpo legislativo es absolutamente reaccionaria, de modo que para cambiar el Gobierno habría que disolver violentamente el Cuerpo legislativo), estando obligados a sufrir este Gobierno que detestan —los radicales son *demasiado patriotas* para querer debilitarlo—, porque ese Gobierno está encargado ahora de la defensa de Francia, de manera que debilitarlo sería debilitar la defensa, las probabilidades de salvación de Francia, de ahí se deriva una consecuencia necesaria: *los radicales están obligados a sufrir, a dejar pasar en silencio todas las intrigas, los actos más inicuos, aun las más funestas tonterías del Gobierno,* porque es una verdad reconocida y mil veces comprobada y confirmada por la experiencia de todas las naciones, que en las grandes crisis del Estado, cuando éste se halla amenazado por inmensos peligros, más vale un gobierno fuerte, por malo que sea, que la anarquía que resultará necesariamente de la oposición que se le haga. Sin corregir los vicios inherentes a ese gobierno, la oposición y la anarquía subsiguientes debilitarán considerablemente su poder, su acción, y disminuirán por consiguiente las probabilidades de salvación para Francia.

m) ¿Qué resulta? Que la oposición radical, encadenada doblemente por la repulsión instintiva que le inspira el socialismo revolucionario y por su patriotismo, *se anula completamente y marcha sin voluntad a remolque de ese Gobierno al que refuerza y sanciona con su presencia, con su silencio y algunas veces también con sus cumplimientos y las expresiones hipócritas de su simpatía.*

Este pacto forzado entre los bonapartistas, los orleanistas, los republicanos burgueses, los jacobinos rojos y los socialistas autoritarios, es naturalmente en beneficio de los dos primeros partidos y en detrimento de los tres últimos. Si hubo alguna vez republicanos trabajando en provecho de la reacción monárquica, son ciertamente los jacobinos franceses conducidos por Gambetta. Los reaccionarios, acorralados, no sintiendo ya terreno bajo sus pies, viendo rotos en sus manos todos los viejos medios, todos los instrumentos necesarios a la tiranía del Estado, se han hecho en este momento excesivamente humanos y corteses; Palikao y Jerónimo David mismo, tan insolentes ayer, son hoy de una afabilidad extrema. Colman a los radicales, y a Gambetta sobre todo, con sus adulaciones y con toda especie de testimonios de respeto. Pero a cambio de estas cortesías tienen el Poder. Y la izquierda radical está excluída por completo.

n) En el fondo, todos estos hombres que componen hoy el Poder: Palikao, Chevreau y Jerónimo David por un lado, Trochu y Thiers por el otro, y en fin Gambetta, éste intermediario semioficial entre el Gobierno y la izquierda radical, se detestan cordialmente y, considerándose enemigos mortales, desconfían profundamente unos de otros; pero, intrigando unos contra los otros, están forzados a marchar juntos, o más bien, *están forzados a aparentar que marchan de acuerdo. Toda la potencia de este Gobierno está fundada exclusivamente hoy en la fe de las masas populares en su armoniosa, completa y fuerte unidad.*

Como este Gobierno no puede mantenerse más que por la confianza pública, es preciso en absoluto que el pueblo tenga una fe, por decirlo así, absoluta en esa unidad de acción y en esa identidad de opiniones de todos los miembros del Gobierno; porque si la salvación de Francia debe ser conseguida por el Estado, esa unidad y esa identidad es lo único que podrá salvarla. Es preciso, pues, que el pueblo esté

convencido de que todos los miembros que componen el Gobierno, olvidando todas sus disidencias y todas sus ambiciones pasadas, y dejando absolutamente a un lado todos los intereses de partido, se dan la mano francamente para no ocuparse hoy más que de la salvación de Francia. El instinto del pueblo sabe perfectamente que un gobierno dividido, del que se tira en todos los sentidos, y cuyos miembros intrigan unos contra otros, es incapaz de una acción enérgica seria; que un tal gobierno podrá perder al país en lugar de salvarlo. Y si supiese todo lo que pasa en el seno del Gobierno actual, lo derribaría.

Gambetta y compañía saben todo lo que pasa en el seno de ese Gobierno; son bastante inteligentes para comprender que el Gobierno está demasiado desunido y es demasiado reaccionario para desplegar toda la energía exigida por la situación y para tomar todas las medidas necesarias a la salvación del país, y se callan, porque hablar sería provocar la revolución, y porque su *patriotismo* tanto como su *burguesismo* rechazan la revolución.

Gambetta y compañía saben que Palikao, Jerónimo David y Chevreau, aprovechándose de su posición, intrigan con Mac-Mahon y Bazaine para salvar el Imperio, si es posible, y, en caso de imposibilidad, para salvar al menos la Monarquía, transformándola en reino con la dinastía de los Borbones o de los Orleans; saben que el demasiado elocuente y parlamentario Trochu intriga con el padre del parlamentarismo, Thiers, y con el taciturno Changarnier, para la restauración directa de los Orleans. Gambetta sabe todo eso, lo ve todo, pero lo consiente, pues es demasiado patriota para permitirse también una intriga en favor de la República. Lleva esa renunciación patriótica tan lejos, que hasta permite a sus nuevos amigos de la reacción bonapartista, omnipotentes desde que los acontecimientos vinieron a demostrar su impotencia para gobernar a Francia, decapitar y demoler el partido republicano, suspendiendo sus dos diarios principales, el *Reveil* y el *Rappel,* los únicos que se han atrevido a decir la verdad sobre los acontecimientos que se suceden en Francia y a los habitantes de Francia.

La mentira oficial está hoy más que nunca a la orden del día en París y en toda Francia. Se engaña cínicamente, sistemáticamente, a la nación entera sobre el estado actual

de los asuntos. En el momento en que el ejército francés está derrotado y casi destruído, cuando los prusianos continúan su marcha sobre París, Palikao acaba de hablar en el Cuerpo legislativo de las victorias de Bazaine, y todos los periódicos de París, sabiendo la verdad, repiten estas mentiras; siempre por patriotismo, porque la consigna en el presente, en todo el país, es *salvar a Francia por la mentira.* Gambetta y compañía saben todo eso, y no solamente se callan, sino que sancionan la mentira oficial con las expresiones hipócritas de una confianza y de una alegría que están lejos de experimentar. ¿Por qué lo hacen? Porque están convencidos de que si el pueblo de París y de Francia entera supiera la verdad, se levantaría en masa: eso sería la revolución; y por patriotismo, tanto como por burguesismo, no quieren la revolución.

El armamento de la nación, resuelto y transformado en ley por el Cuerpo legislativo y el Senado, el de los guardias nacionales y de los guardias móviles, no se hace del todo. El pueblo francés permanece completamente desarmado ante la invasión extranjera. Gambetta y compañía no pueden ignorarlo, puesto que aun los mismos periódicos reaccionarios de París lo dicen. He aquí lo que se lee en *La Presse* del 24 de agosto:

"La Guardia Móvil está apenas organizada en un tercio de departamentos; la Guardia Nacional, sedentaria, no está armada en ningun parte, fuera de París."

Y en otro artículo:

"Hay en las oficinas de la Administración deplorables tradiciones, reglamentos anticuados. Vemos por un lado la rutina administrativa y demasiado a menudo la *inferioridad espiritual de ciertos altos empleados* y por el otro el entusiasmo ardiente y decidido de las poblaciones... *Los jefes de servicio, muy inferiores a la gravedad de las circunstancias, parecen multiplicar los obstáculos* y las lentitudes con su fastidiosa expedientería y por la mala acogida que hacen a la población."

He ahí lo que pasa en las provincias. En París, amenazado del más terrible peligro; en París, bajo la mirada de los cobardes republicanos, sucede lo mismo. He aquí lo que encontré en una *Adresse de la troisieme circonscription electorale de París* al general Trochu (el 23 de agosto):

"Las administraciones rutinarias, envidiosas y formulistas, parecen oponer una fuerza de inercia invencible a las legítimas impaciencias de la población parisién. Numerosas inscripciones en las listas de la Guardia Nacional quedaron sin resultado alguno. *El armamento se hace con una lentitud desesperante*, y la organización de los cuadros no parece ser de las más avanzadas... Llamamos vuestra atención, general, sobre este estado de cosas *tan poco en relación con la gravedad de las circunstancias. Es tiempo de aprovechar todas las fuerzas vivas de la capital.* Cuantas más desconfianzas, más odios, más temores."

Pero el general Trochu, como Palikao y Chevreau, el ministro del Interior, el jesuíta y el favorito de la Emperatriz, contrajeron un compromiso, conforme a su situación, a sus fines y a sus opiniones: *el de matar sistemáticamente el ímpetu espontáneo de la nación.* Esto se ve sobre todo en las medidas que han tomado y continúan tomando en relación a la Guardia Móvil. Habiendo adquirido la convicción de que esa institución, que debía formar un complemento útil entre el armamento popular y las tropas regulares, estaba atacada de un profundo sentimiento antibonapartista, y en parte republicano, la han condenado a muerte, sin considerar los servicios inmensos que hubiera podido prestar en este momento a la defensa de la patria. Hemos visto lo que se hizo a los guardias móviles reunidos en Chalons, lo mismo que cerca de Marsella. Ahora, he aquí lo que dice *La Presse*, periódico reaccionario: Después de haber anunciado que los departamentos de Nievre y de Cher acaban de ser puestos en estado de sitio, observa que estas medidas se multiplican desde hace algunos días. "El Poder no debería emplearlas sino con mucho discernimiento"; y en apoyo de ello cuenta lo que ha pasado en Perpignan: "Las elecciones municipales habían tenido lugar en Francia el mismo día en que se supo repentinamente la noticia de los desastres de Wisenbourg y de Forbach. El prefecto de Perpignan creyó prudente, para no causar a los espíritus una impresión demasiado grande, retardar veinticuatro horas la publicación de las noticias. De ahí la irritación profunda de las poblaciones y más tarde los desórdenes, que terminaron con el licenciamiento de los guardias móviles."

Es evidente que se trata de un acuerdo previo para no armar la nación, porque la nación armada es la revolución, y como Gambetta y compañía no quieren la revolución, dejan obrar al Gobierno reaccionario en silencio.

Presionado, sin duda, por la parte más radical de la población de París, que comienza a comprender la verdad y a perder la confianza y la paciencia, Gambetta y compañía, apoyados por la izquierda y aun —se dice— por el centro izquierda, han hecho un supremo esfuerzo, exigiendo del Gobierno que acepte en el *Comité de Defensa de París, como miembros, a nueve diputados.* El Gobierno reaccionario, que percibió inmediatamente la trampa y que no quiere, de ningún modo, ver establecerse sobre las ruinas de su Comisión militar un Comité de salvación pública, lo rehusó terminantemente. Pero, por espíritu de conciliación, la Emperatriz regente acaba de firmar en el Consejo de ministros, el 26 de agosto, un decreto que ordena a los diputados Thiers, marqués de Talhouet, Dupuy de Lome, y los senadores general Mellinet y Behic constituyan parte del Comité de la defensa de París. El viejo zorro Thiers ha desarrollado una gran jugarreta, y los señores Gambetta y compañía se callarán, sufrirán, porque se han entregado de pies y manos, encadenados como están por su patriotismo y su burguesismo.

Pero, en fin, ¿qué esperan? ¿Qué aguardan? ¿Con quién quieren contar? ¿Son traidores o tontos? Han fundado todas sus esperanzas en la energía y la habilidad desarrolladas, según parece, por Palikao y por Chevreau en el asunto de la organización de un nuevo ejército, y sobre el genio militar de Bazaine y de Mac-Mahon. Y si Mac-Mahon y Bazaine son una vez más derrotados, lo que es probable, ¿qué sucederá?

Palikao y Chevreau —se dice— no contentos con haber dado un nuevo ejército a Mac-Mahon, se ocupan ahora de la formación de un tercer ejército. Acaban de enviar a los departamentos diez comisarios para acelerar su formación. Han presentado (el 24 de agosto) al Cuerpo legislativo un proyecto de ley, declarado de urgencia, y llamando bajo las armas a todos los viejos militares de veinticinco a treinta y cinco años, casados, a todos los generales hasta los setenta y tres y a todos los oficiales hasta los cincuenta años. De este modo se formará —dice *La Liberté*— un nuevo y excelente

ejército de doscientos setenta y cinco mil soldados aguerridos. Sí, en el papel.

Porque no hay que olvidar que los que están encargados de formarlo no son los comisarios extraordinarios de 1793, arrastrados ellos mismos y sostenidos por el inmenso movimiento revolucionario que se había apoderado de todas las poblaciones; no son los gigantes de la Convención nacional, son los prefectos, los funcionarios y los administradores de Napoleón III, los ladrones y los ineptos, los encargados de esa formación.

La enorme tontería, el gran crimen y la gran cobardía de Gambetta y compañía, es no haber derribado el Gobierno imperial, y el no haber proclamado la república hace quince días, cuando la noticia de la doble derrota de los franceses en Froeschwiller (Woerth) y Forbach llegó a París. El Poder estaba en tierra, no había más que recogerlo. En ese momento, eran omnipotentes; los bonapartistas estaban consternados, aniquilados. Gambetta y compañía, aconsejados por su propio patriotismo y por el de Thiers, recogieron el Poder y lo entregaron a Palikao. Estos retóricos, estos fraseólogos de una república ideal, estos bastardos de Danton, no se atrevieron. Se han hecho justicia.

Después de ese momento tan propicio y perdido para siempre —para los jacobinos, no para la revolución social— todo ha marchado a tropezones, con una lógica desesperante. Hace quince días, nadie se atrevía a pronunciar el nombre de Napoleón, y si sus partidarios más abnegados hablaban de él, no era más que para insultarlo. Hoy, he aquí lo que he leído en *La Presse* del 24 de agosto:

"El Emperador está en Reims con el *Príncipe heredero, con su séquito*, en una encantadora villa de la señora Sinard, a cuatro kilómetros de Reims. Es allí donde reside el soberano. Las villas de los alrededores están ocupadas por Mac-Mahon, por el príncipe Murat, etc. Los *Guías* y los *Cien guardias* acampan a las puertas del castillo de la Molle, donde se encuentra el *príncipe Murat,* etc."

Y he aquí lo que dice el *Bund*, periódico semioficial de la Confederación suiza:

"La derecha (los bonapartistas) parece querer engañar a la población parisién hasta el momento en que los prusianos sitien a París. Entonces será tarde para hacer un movimiento republicano, y aun en el caso de que el Emperador no pudiera conservar la corona, se podría hacerla pasar quizás a la cabeza de su heredero."

Al mismo tiempo, el príncipe Napoleón —Plon-plon— llega a Florencia con una misión extraordinaria ante el rey de Italia, no de parte del Ministerio, sino directamente de parte del emperador Napoleón, como en el pasado, lo que hace excesivamente difícil la posición de los diarios demócratas italianos, que no quisieran tomar posición a favor de la Francia imperial, a la cabeza de la cual se encuentra el hombre más aborrecido en Italia, Napoleón III. He aquí lo que dice a este respecto la *Gazzetta di Milano* del 26 de agosto:

"Los franceses continúan evocando los recuerdos gloriosos del 92. Pero hasta el presente no hemos visto nada en Francia que nos demostrase viviente a ese gran pueblo que ha demolido la Edad Media, y el Cuerpo legislativo actual representa todavía menos, aunque sea en miniatura, al que supo crear la victoria en medio de los tumultos y del desencadenamiento revolucionario. ¡Cómo! Desde hace quince años, nadie se atreve a hablar del Emperador, y si lo hace alguien, encuentra el vituperio universal; desde hace quince años, Europa sabe que el Imperio ha caído, cosa confesada hasta por los miembros de la familia imperial (parece que Plon-Plon se ha expresado en ese sentido en Florencia); y este generoso país no ha dicho aún su palabra, no ha edificado nada sobre las ruinas que se han producido; *pone todas sus esperanzas en tal o cual individuo, no en sí mismo;* y, esperando, *se sometió a un Gobierno que lo administra en nombre del Emperador, que le engaña y le pierde en nombre del Emperador.* ¡Con la mejor voluntad del mundo, no podemos expresar ninguna simpatía, ninguna confianza en ese país!"

He aquí a qué resultado llegaron el *patriotismo* y el *espíritu político* de Gambetta y compañía. Yo les acuso del crimen de alta traición contra Francia, en el exterior tanto como en el interior; y si los bonapartistas merecen ser ahorcados una vez, todos estos jacobinos debieran serlo dos.

Traicionan evidentemente a Francia en el exterior, porque por su abnegación patriótica la han privado de un sostén moral inmenso, sólo moral en el comienzo, pero muy

material un poco más tarde. Si hubiesen tenido el valor de proclamar la república en París, las disposiciones de todos los pueblos: italiano, español, belga, inglés, *aun el alemán*, se hubieran cambiado inmediatamente en favor de Francia. Todos, sin exceptuar los alemanes, la masa de los obreros alemanes (1), habrían tomado partido por Francia contra la invasión prusiana. Y este apoyo moral de las naciones extranjeras es algo. Los jacobinos de 1793 lo sabían, no dudaban de que ese apoyo constituía al menos la mitad de su poder. La revolución hubiera inmediatamente ganado a Italia, España, Bélgica, *Alemania*, y el rey de Prusia, inquietado en su retaguardia por una revolución alemana, más aún que por un ejército francés, se habría encontrado en una posición verdaderamente apurada. Pero no se han atrevido estos bastardos de Danton, y todos los pueblos, disgustados de tanta tontería, de tanta cobardía, de tanta debilidad, no sienten ya para la nación francesa más que piedad, mezclada con desprecio.

Los jacobinos han traicionado a Francia en el interior, porque al proclamar la república sobre las ruinas del régimen imperial, la habrían electrizado y resucitado. No tuvieron valor, han creído más práctico no atreverse a nada, no querer nada, no hacer nada, y por eso mismo se hicieron culpables de un abominable crimen: han dejado en pie, han sostenido con sus manos el edificio imperial que caía. Han sido ellos mismos las víctimas de una ilusión que prueba su tontería: porque todo el mundo a su alrededor ha dicho: "El Imperio ha caído", lo habían creído realmente caído, y creyeron prudente conservar algunos días el simulacro, a fin de contener su bestia negra: los revolucionarios socialistas. Se dijeron: "¡Somos ahora los amos, seamos políticos prácticos y prudentes para impedir el fatal desencadenamiento del vil populacho!"

Y mientras que razonaban así los reaccionarios, los bonapartistas primero, con ellos los orleanistas, todos asombrados de vivir aún, de no adornar con sus cuerpos los faroles de París, respiraron; después volvieron a tomar aliento, y

(1) Al comienzo de esta guerra, en todos los periódicos socialistas alemanes, en todos los mítines populares celebrados en Alemania, se había unánimemente aclamado este pensamiento de que "si los franceses derribaban a Napoleón y sobre las ruinas del Imperio establecían el *Estado popular*, toda la nación alemana estaría con ellos. (Bakunin.)

considerando bien a sus nuevos amos, y percatándose de que éstos no eran más que profesores de retórica y unos asnos, acabaron por sentarse encima de ellos. Tienen toda la Administración en sus manos, todos los medios de acción, y si es verdad que el Emperador viaja, el Imperio, el Estado, despótico y más centralizado que nunca, está en pie. Y armado de esta omnipotencia aumentada por el ímpetu del patriotismo nacional desviado, aplasta hoy a París y a Francia.

No se han atrevido a poner en estado de sitio ... (1). Y mientras que los periódicos reaccionarios, como *La Presse*, por ejemplo, gritan hipócritamente: "Gracias a Dios, el pueblo francés ha tomado en sus manos la tarea de defender el suelo natal... Los ciudadanos se han entendido, se conciertan, se organizan... No es ya sólo el Gobierno el encargado de velar por nosotros, somos nosotros mismos", la triple encarnación de lo que hay de más canallesco en el régimen de Napoleón III: Palikao, Chevreau y Jerónimo David, servidos fielmente bajo este aspecto por todos los prefectos y subprefectos de Napoleón III que permanecieron en su puesto, han cubierto con una red de comprensión más reaccionaria que nunca todo el país, y lo han reducido a una inmovilidad casi absoluta, a una pasividad que no difiere mucho de la muerte.

He aquí cómo el patriotismo de los jacobinos ha traicionado y perdido a Francia. Sí, perdido: porque si la revolución social, o la sublevación inmediata, anárquica, del pueblo francés, no acude a salvarla, está perdida.

o) Palikao y Chevreau, así como el Comité de Defensa de París, con Trochu a su cabeza, despliegan —se dice— una actividad enérgica, admirable e infatigable para la organización de los medios de defensa. Sea. Pero, ¿es que los prusianos, por su parte, no se organizan también con una actividad y una energía sorprendentes?

Porque, para los prusianos —no hay que engañarse—, como para los franceses, el resultado triunfal o desastroso de esta guerra es una cuestión de vida o muerte. Hablando

(1) Aquí hay en el manuscrito una palabra ilegible y quizás una o dos palabras omitidas. (Guillaume.)

de los prusianos, hablo naturalmente de la Monarquía, del Rey y de Bismarck, su primer ministro, con toda esa masa de generales, de lugartenientes y de pobres soldados que están a su servicio. Es cierto que la monarquía prusiana juega el todo por el todo. Ha puesto en movimiento sus últimos recursos en dinero y en hombres, los últimos recursos de Alemania.

Si los ejércitos alemanes llegasen a ser derrotados, ni uno solo de esos centenares de miles de soldados que han puesto el pie en territorio de Francia volvería vivo a Alemania. Por consiguiente, deben vencer y triunfar hasta el fin para salvarse. No pueden ni siquiera volver, después de las victorias estériles, sin llevar consigo grandes compensaciones materiales por las pérdidas enormes que han hecho y que han ocasionado a Alemania. Si el Rey de Prusia volviese a Alemania con las manos vacías, solamente con la gloria, no reinaría un día más, porque Alemania le pediría cuenta de sus millares y de sus decenas de millares de hijos asesinados, inválidos, y de las sumas inmensas derrochadas en esta guerra ruinosa y estéril. No hay que engañarse; la pasión nacional de los alemanes ha llegado a su más alto tono; hay que satisfacerla o caer. No habría más que un medio de desviarla: la revolución social; pero es un medio del que probablemente el Rey de Prusia no se preocupa mucho, y no pudiendo servirla, no pudiendo desviar la pasión patriótica, unitaria y vanidosa de los alemanes, debe satisfacerla, y no puede satisfacerla más que en detrimento de Francia, más que arrancándole a lo menos un millar de millones y dos provincias: la Lorena y la Alsacia, e imponiéndole, para garantizarse contra sus venganzas en el porvenir, una dinastía, un régimen y condiciones tales que quede por mucho tiempo debilitada, encadenada e impedida de moverse. Porque la prensa alemana está unánime en este punto y tiene mil veces razón: que Alemania no puede hacer cada dos años sacrificios inauditos para mantener su independencia. Es, pues, absolutamente necesario para la nación alemana, que pretende ocupar hoy la posición dominante de Francia en Europa, reducir a Francia precisamente al estado en que esta potencia ha mantenido hasta aquí a Italia, hacerla tributaria, un virreinato de Alemania, del gran Imperio alemán.

Tal es la situación del Rey de Prusia y de Bismarck. No pueden volver a Alemania sin haber arrancado a Francia un par de provincias, un millar de millones y sin haberle impuesto un régimen que le garantice su resignación y su sumisión. Pero todo esto no puede ser arrancado a Francia más que en París... Los prusianos están obligados a tomar a París. Saben bien que no es del todo fácil. Por eso hacen esfuerzos inauditos para duplicar su ejército, a fin de aplastar literalmente a París y a Francia. Mientras que Francia se organiza, Prusia no duerme tampoco; se organiza también.

Veamos ahora cuál de estas dos organizaciones promete mejores resultados.

Comencemos por examinar la posición y la fuerza respectiva de los ejércitos en presencia.

Bazaine, encerrado en Metz, dígase lo que se quiera, no tiene —según la opinión de los diarios de París— más de ciento veinte mil hombres. Yo creo que le quedan apenas cien mil, pero concedámosle los ciento veinte mil. ¿En qué posición se encuentran? Encerrados en Metz por un ejército de doscientos cincuenta mil hombres por lo menos, o sea, por dos ejércitos: el del príncipe Federico Carlos y el de Steinmetz que se han reunido, y a los cuales fué a añadirse el cuerpo de reserva de Herwart von Bittefeld (cincuenta mil hombres) y el ejército del Norte, comandado por Vogel von Falkenstein (al menos cien mil; supongamos cincuenta mil hombres), lo que haría en conjunto cien mil hombres de tropas frescas; y como, al comienzo de la guerra, el príncipe Federico Carlos tenía ciento ochenta mil soldados y Steinmetz cien mil —en total doscientos ochenta mil hombres—, valuando aún la pérdida de estos dos ejércitos en ochenta mil hombres, lo que es enorme, es preciso concluir que el ejército alemán reunido ahora alrededor de Metz está compuesto al menos de trescientos mil hombres. Pero supongámosle sólo doscientos cincuenta mil. Es seguramente el doble, más que el doble, del de Bazaine.

Bazaine no puede estar mucho tiempo en Metz; él y su ejército acabarían por morir de hambre y por rendirse por inanición y por falta de municiones. Deben abrirse un paso obligadamente a través del ejército enemigo, doble más numeroso. Lo intentó ya dos veces y fué rechaza-

zado. Es evidente hoy que la última batalla del 18 de agosto, en Gravelotte, ha sido para los franceses un asunto desastroso. Vencidos, descorazonados, abatidos, mal organizados, mal administrados y mal dirigidos (porque toda la energía de Bazaine no pudo deshacer en algunos días lo que el Gobierno de Napoleón ha hecho durante veinte años; los administradores ladrones e incapaces, los oficiales valientes pero ignorantes, los coroneles cortesanos, no pueden ser inmediatamente reemplazados por otros, tanto más cuanto que no se sabría dónde encontrar esos otros), comenzando ya a sufrir el hambre —porque no hay duda de que todo el ejército encerrado en Metz se halla reducido a la ración mínima— los cien mil hombres de Bazaine se encuentran en presencia de doscientos cincuenta mil alemanes, todos repuestos por el saqueo de Alsacia y Lorena y por los inmensos aprovisionamientos de toda suerte que han sido arrebatados a los tres cuerpos de Frossard, de Du Failly y de Mac-Mahon (quitaron a este último hasta su vajilla, su tesoro y su cartera); imponiendo dos millones de contribuciones en dinero, y contribuciones inmensas en provisiones de toda especie a los habitantes de las ciudades tomadas; envalentonados tanto por ese saqueo como por sus victorias, los alemanes, al contrario, están en una disposición excelente. Son mandados por buenos oficiales, sabios, conscientes, inteligentes, aguerridos, y en los cuales la ciencia y la inteligencia militares se unen a una abnegación y a una disciplina de esclavos ante su jefe coronado. Marchan adelante como esclavos exaltados, conscientes y altivos de su esclavitud, oponiendo a la brutalidad ignorante de los oficiales franceses, su brutalidad inteligente y sabia. Son mandados por generales igualmente inteligentes, y de los cuales dos sobre todo, el general Moltke y el príncipe Federico Carlos, parece que están entre los primeros de Europa. Por otra parte, siguen un plan desde hace mucho tiempo meditado, combinado y que no tuvieron necesidad de cambiar hasta aquí; mientras que el ejército francés, habiendo sido conducido primeramente sin plan, sin idea, reducido al extremo *(sic)* debe crearse uno, inspirado por la desesperación, lo que al menos exigiría genio, y Bazaine y Mac-Mahon, por excelentes generales que puedan ser, no son de ningún modo hombres de genio.

Yo no sé si Moltke es un hombre de genio; pero es evidente que, en todo caso, los prusianos, a falta de genio, tienen el estudio, la preparación y la ejecución inteligentes de un plan establecido que siguen sistemáticamente, uniendo una gran audacia a una gran prudencia. Todas las probabilidades están, pues, en favor de los prusianos.

Se dice que el ejército que se ha reformado o que se ha formado de nuevo en Chalons es de ciento cincuenta mil hombres. Yo no creo que cuente más de cien mil. Pero supongámoslo de ciento cincuenta mil: el ejército del Príncipe heredero que avanza sobre París y que ha penetrado ya en Chalons, es de doscientos mil hombres. En todo caso, es superior en número al ejército de Mac-Mahon; es superior también por su organización, por su disciplina y, sobre todo, por su administración. El ejército de Mac-Mahon debe de tener todas las desventajas de un ejército improvisado. Acaba de abandonar a Chalons para marchar hacia Reims, Meziers y Montmedy en socorro de Bazaine; prueba de que Bazaine se encuentra en una posición muy crítica y que es de aquí en adelante incapaz de librarse por sí mismo.

Para este *movimiento estratégico,* como se dice gloriosamente por los diarios de París, Mac-Mahon ha dejado en descubierto a París. Y no hay duda de que el Príncipe heredero marcha resueltamente sobre París, dejando a su primo, el príncipe Federico Carlos, a Steinmetz y a Vogel von Falkenstein el cuidado de mantener en jaque a los dos ejércitos de Bazaine y de Mac-Mahon, misión que ellos no dejarán sin duda alguna de cumplir con honor, porque los tres ejércitos alemanes reunidos y obrando de acuerdo, dándose la mano, presentan un número de combatientes más grande que el de los dos ejércitos de Mac-Mahon y de Bazaine juntos, ejércitos que, por lo demás, están separados y que probablemente no llegarán jamás a unirse.

Mientras que estos tres ejércitos alemanes tienen en jaque a los dos ejércitos franceses, el Príncipe real, a la cabeza de ciento cincuenta y quizás de doscientos mil hombres, marcha sobre París, que no tiene para oponerle más que treinta mil hombres de tropas regulares, doce mil soldados de la Marina, distribuídos en los fuertes y ochenta mil guardias nacionales apenas armados.

Yo espero que París le opondrá una resistencia desesperada, y confieso que únicamente sobre esa resistencia se apoyan actualmente mis proposiciones, mis proyectos. Pero sé, también, que los prusianos son tan inteligentes y prudentes como audaces, que no avanzan nunca sin cálculo y sin haber preparado todos los elementos del éxito. Y, además, París se encuentra en poder de la reacción. ¡Dios sabe cuántos intrigantes y traidores hay en este momento en medio de París, en el seno del mismo Gobierno! ¡Quién sabe si los prusianos no tienen inteligencias con París!

En todo caso, es evidente que, desde el punto de vista de la estrategia, de la táctica, en una palabra, de la posición militar, todas las ventajas están de parte de los prusianos, todas las probabilidades están por ellos, hasta el punto de que se puede probar matemáticamente, considerando siempre la cuestión desde el punto de vista militar sólo, que los grandes ejércitos franceses deben ser destruídos y que París debe caer en manos de los prusianos.

Ahora, dejemos a un lado el punto de vista militar y consideremos esta lucha gigantesca entre dos grandes Estados que combaten por la hegemonía de Europa, entre el Imperio francés y el Imperio alemán, bajo el aspecto económico, administrativo y político. Y no es dudoso que esta guerra sea tan ruinosa para Alemania como para Francia; pero es igualmente cierto también que la posición económica de Alemania, *en este momento*, es mil veces preferible a la de Francia. Ya por esta simple razón de que la guerra no se hace en Alemania, sino en Francia. Luego porque Alemania está cien veces mejor administrada que Francia, saqueada en este momento por los alemanes y por sus propios ladrones, por la Administración imperial.

La buena organización de las nuevas fuerzas, cuya formación sin duda será impuesta por esta guerra tanto a Alemania como a Francia, depende de la bondad, de la honradez relativa, de la inteligencia, de la energía, de la habilidad, de la buena experiencia y de la actividad de las Administraciones. Pues bien, la Administración alemana es, como todo el mundo lo sabe, relativamente excelente; la Administración francesa es detestable. Esta última representa el máximo de deshonestidad, de pillaje, de incuria y de inercia; la otra, al contrario, representa el máximo de trabajo concienzudo, de relativa honradez, de inteligencia y de actividad. La Administración francesa, profundamente desmoralizada por veinte años de régimen imperial, lo está aún más por los desastres que acaban de herir a Francia y por la agitación popular provocada como consecuencia en todas partes. Está anulada desde que el régimen imperial ha caído de hecho, si no de derecho. No cree ya en su propia existencia, es un general *¡sálvese el que pueda!* y, en medio de esta confusión suprema, ha perdido lo poco que tenía de cabeza, de energía y de aliento, y no ha conservado más que una sola facultad: la de mentir y de robar. La Administración alemana es, al contrario, más entusiasta, más honrada, más inteligente, más enérgica y más activa que nunca, y funciona, no en medio de un país invadido, sino de un país tranquilo, lleno de buena voluntad, sostenido por el entusiasmo de las poblaciones. Por consiguiente, es evidente que creará, en menos tiempo, más y más que la Administración francesa.

Desde el punto de vista político, todas las ventajas están del lado de los alemanes igualmente. Las viejas divisiones del país, se han borrado, desvanecido, ante el gran triunfo de la Alemania unitaria. Los alemanes están llenos de entusiasmo, unidos en un mismo sentimiento de vanidad y de alegría patriótica. Esta guerra se ha convertido para ellos en una guerra nacional. Es la raza germánica que, después de tantos siglos de humillación, viene, al fin, a tomar su puesto en Europa como imperio dominante; quiere destronar a Francia. Estad seguros: los obreros alemanes mismos, aun haciendo protestas de sus sentimientos internacionales, no pueden preservarse de las invasiones de este contagio patriótico, de esa peste nacional. Este entusiasmo que toca en la locura, puede convertirse en un inmenso peligro para el Rey de Prusia si vuelve vencido, o aun con victorias estériles, con las manos vacías; si no arranca a Francia la Alsacia y la Lorena; si no la aniquila y no la reduce al estado de vasallo de Alemania. Pero en este instante, es incontestable que esa disposición exaltada de los espíritus en Alemania le favorece inmensamente, permitiéndole obtener de los alemanes, por la fuerza,

todos los soldados y todo el dinero que podrá necesitar para llevar a buen fin sus victorias, sus conquistas.

En presencia de esta exaltación germánica, ¿cuál es la disposición de los espíritus en Francia? Es el abatimiento, el desaliento, una postración completa. Es el estado de sitio en todas partes; en todas partes las poblaciones engañadas, inseguras, inertes, paralizadas, encadenadas. En este momento supremo en que Francia no puede ser salvada más que por un milagro de la energía popular, Gambetta y compañía, siempre inspirados por su patriotismo y su burguesismo, permiten a esa turba bonapartista que tiene el Poder y la Administración en sus manos, matar definitivamente el espíritu popular en Francia.

Gambetta y compañía entregan a Francia al enemigo.

Se siente disgusto, duele el corazón cuando se leen las mentiras oficiales y las expresiones del patriotismo hipócrita de los funcionarios franceses. He aquí lo que he leído en la *Gazzetta di Milano:*

"París, 25 de agosto.—El prefecto del departamento del Marne anuncia que la parte septentrional del círculo de Vitry está ocupado por las fuerzas prusianas. Se han dado órdenes para oponerse a la marcha del enemigo por todos los medios posibles. *El patriotismo de las poblaciones se asocia igualmente a la ejecución de las medidas prescritas,* que serán dirigidas por oficiales de Ingenieros", etcétera.

He ahí adónde se ha llegado: ¡el prefecto de un departamento, abandonado por el ejército de Mac-Mahon a la invasión de doscientos mil prusianos, declara que ha tomado medidas para detener un ejército tan formidable, y que el patriotismo de las poblaciones ayuda a la ejecución de las medidas enérgicas que acaban de ser prescritas!

¿No es eso de una estupidez y de una desfachatez desesperantes y disgustantes?

A pesar de la inferioridad de los dos ejércitos franceses, habría habido un medio seguro de detener al enemigo y de impedirle también que se acercase a los muros de París. Si se hubiese ejecutado lo que los diarios de París dijeron en el primer momento de desesperación; si, tan pronto como la noticia de los desastres franceses llegó a París, en lugar de proclamar el estado de sitio en esta capital y en todos los departamentos del Este, se hubiese provocado la sublevación en masa de las poblaciones de esos departamentos; si se hubiese hecho de los dos ejércitos, no el único medio de salvación, sino dos puntos de apoyo para una formidable guerra de insurrectos, de guerrillas, de bandidos si fuese necesaria; si se hubiese armado a los campesinos, a los obreros, dándoles fusiles en lugar de guadañas; si los dos ejércitos, echando a un lado todo orgullo militar, se hubiesen puesto en relaciones fraternales con los cuerpos franceses innumerables que se habrían levantado al llamamiento de París, para apoyarse mutuamente, entonces, aun sin la asistencia de todo el resto de Francia, París se habría salvado, o al menos el enemigo habría sido detenido bastante tiempo para permitir al Gobierno revolucionario organizar fuerzas formidables.

Pero, en lugar de todo eso, ¿qué vemos hoy, en presencia de un peligro tan terrible? Sabéis que desde hace algún tiempo, los diarios reaccionarios, *La Liberté*, por ejemplo, han pedido a voz en grito la abolición de la ley que impide el comercio libre de las municiones y de las armas, que constituye un monopolio no concedido por el Gobierno más que a algunos privilegiados, a los hombres seguros. Estos periódicos han dicho, con razón, que esa ley, dictada por la desconfianza y sin más objeto que el de desarmar al pueblo, tuvo por consecuencia: la inferioridad de armamento, la falta de armas y la carencia de hábito del pueblo francés para manejarlas. Habiendo propuesto un diputado de la izquierda, Ferry, un proyecto de ley que abolía esta restricción tan funesta de la libertad comercial, la Comisión del Cuerpo legislativo, nombrada, como todas las comisiones, por la mayoría bonapartista, recomendó a la Cámara rechazase dicho proyecto. He aquí, pues, el espíritu que les anima hoy todavía. ¿No es evidente que tienen la traición en el corazón?

Resumo esta parte de mi carta. De todo lo que acabo de decir y de demostrar, resulta evidentemente:

Primo: Que los medios regulares, los ejércitos regulares, no pueden salvar a Francia.

Secundo: Que ya no puede ser salvada más que por una sublevación nacional.

En mi tercera carta probaré que la iniciativa y la organización de la sublevación popular no puede pertenecer a París; que ahora corresponde a las provincias.

* * *

27 de agosto

Creo haber probado suficientemente que Francia no puede ser salvada por los medios regulares, por los medios del Estado. Pero, aparte de la organización artificial del Estado, no hay en una nación más que el pueblo; *por consiguiente, Francia no puede ser salvada más que por la acción inmediata no política del pueblo,* por la sublevación en masa de todo el pueblo francés, organizándose espontáneamente de abajo arriba, para la guerra de destrucción, la guerra salvaje a cuchillo.

Cuando una nación de treinta y ocho millones de hombres se levanta para defenderse, resuelta a destruirlo todo y a dejarse exterminar con todos sus bienes antes que soportar la esclavitud, no hay ejército en el mundo, por sabiamente organizado y provisto de armas extraordinarias que esté, que pueda conquistarla.

Toda la cuestión está en saber si el pueblo francés es capaz de una tal sublevación. Es una cuestión de fisiología histórica nacional. El pueblo francés, por una serie de desenvolvimientos históricos, bajo la influencia del bienestar y de la civilización burguesa, ¿se ha hecho incapaz de resoluciones supremas y de pasiones salvajes, y prefiere la paz con la esclavitud a una libertad que debería comprar a costa de inmensos sacrificios, o bien ha conservado, al margen de esa civilización corruptora, toda, o al menos una parte, de la potencia natural y de esa savia primitiva que lo hizo una nación poderosa?

Si Francia no estuviese compuesta más que de la burguesía francesa, no vacilaría en responder negativamente. La burguesía, en Francia, como en casi todos los otros países de la Europa occidental, constituye un cuerpo inmenso, infinitamente más numeroso de lo que se piensa, y que extiende sus raíces hasta el proletariado, cuyas capas superiores ha corrompido un poco. En Alemania, a pesar de todos los esfuerzos que hacen los periódicos socialistas para provocar en el proletariado el sentimiento y la conciencia de su antagonismo necesario ante la clase burguesa *(Klassenbewustein, Klassenkampf),* los obreros, y en parte también los campesinos, están completamente cogidos en las mallas de la burguesía, que los envuelve por todas partes con su civilización y hace penetrar su espíritu en sus masas. Y esos mismos escritores socialistas que truenan contra la burguesía, son burgueses de los pies a la cabeza; propagandistas, apóstoles de la política burguesa, y, por una consecuencia necesaria, muy a menudo, sin saberlo y sin quererlo, los defensores de los intereses de la burguesía contra el proletariado.

En Francia, los obreros están mucho más enérgicamente separados de la clase burguesa que en Alemania, y tienden a separarse cada día más. Sin embargo, la influencia deletérea de la civilización burguesa no ha dejado de corromper algo al proletariado francés. Esto explica la indiferencia, el egoísmo y la falta de energía que se observa en ciertos oficios mucho más retribuídos que los otros. Son semiburgueses por interés y también por vanidad, y son adversarios de la revolución, porque la revolución los arruinaría.

La burguesía constituye, pues, un cuerpo muy respetable, muy considerable y muy numeroso en la organización social de Francia. Pero si toda Francia fuese burguesa en este momento, en presencia de la invasión prusiana que marcha sobre París, *Francia estaría perdida.*

La burguesía ha pasado ya su edad heroica, no es capaz de resoluciones supremas como en 1793, porque después de esa época, repuesta y satisfecha, descendió siempre. Sacrificará, en caso de necesidad, hasta la vida de sus hijos, pero no su posición social y sus bienes, a la satisfacción de una gran pasión, a la realización de una idea. Aceptará todos los yugos alemanes y prusianos posibles, antes que renunciar a sus privilegios sociales, antes que igualarse económicamente con el proletariado. Yo no diré que carezca de patriotismo. Al contrario, el patriotismo, tomado en su sentido más exclusivo, es su virtud esencial. Sin quererlo confesar nunca, y frecuentemente sin que ella misma lo dude, adora a la patria, pero no la adora más que porque la pa-

tria, representada por el Estado y no absorbida por el Estado, le garantiza sus privilegios políticos, económicos y sociales. Una patria que cesara de hacerlo, cesaría de ser tal para ella. Por tanto, para la burguesía, la patria es el Estado. Patriota del Estado, se convierte en enemiga furiosa de las masas populares, siempre que, cansadas de servir de cebo al gobierno y de pedestal pasivo y sacrificadas siempre al Estado, se rebelan contra éste; y si la burguesía tuviese que escoger entre las masas rebeladas contra el Estado y los prusianos invasores de Francia, optaría ciertamente por estos últimos, porque, por desagradables que sean, son, sin embargo, los defensores de la civilización, los representantes de la idea del Estado contra toda la canalla popular del mundo. La burguesía de París y la de Francia, ¿no han optado, por esa misma razón, en 1848 por Luis Bonaparte? ¿No conserva todavía el régimen, el gobierno, la administración de Napoleón III, después que se ha hecho evidente para todo el mundo, que ese régimen, ese gobierno, esa administración han llevado a Francia al abismo (1); la burguesía de París y la de Francia entera no las conserva sino porque teme, porque sabe que su caí-

(1) Leed el discurso, las opiniones de Gambetta, en la sesión del 23 de agosto en el Cuerpo legislativo. Son del más alto interés y vienen en apoyo de lo que yo he dicho:

"Gambetta.—Es cierto que cuando un país como Francia *atraviesa la hora más dolorosa de su historia*, hay un tiempo para callar. [Excusa ridícula de su acción inexcusable.] Pero es evidente que hay también un tiempo para hablar. [Es cuando se hizo evidente que Palikao, Trochu y Thiers, a quienes había tontamente, traidoramente sostenido hasta allí, no querían aceptarlo en el Comité de Defensa. Antes había encontrado útil y bueno que se engañase y se paralizase la acción del pueblo parisién, en nombre del patriotismo. Había participado en la mentira oficial; ahora, protesta.] Pues bien, ¿se cree que la clausura reclamada por el señor Ministro y a la cual nos resignamos desde hace algunos días (Interrupción.) sea verdaderamente una respuesta digna del pueblo, en medio de sus ansiedades y de sus angustias? (Ruidosas interrupciones.) Si vosotros no os angustiáis, vosotros que habéis atraído el extranjero al suelo de la patria... (Viva aprobación en la izquierda. Ruidosas exclamaciones y gritos: ¡Al orden, al orden!)

"El Presidente.—Señor Gambetta, oiga las protestas que sus palabras promueven...

"Girault (el campesino).—Sí, queremos protestar, nuestro silencio ha durado demasiado.

"Rouxin.—Eso no es discusión, es la injuria...

"Vendre.—Y la injuria más grave que se puede hacer a la Cámara...

"Una voz.—¡Es la guerra civil!

"El Presidente.—No se puede permitir la perturbación del país con semejantes palabras...

"Gambetta.—¡La guerra civil!, se dice. ¡Yo no he vacilado jamás en fustigar, en condenar los medios que no son reconocidos por la ley! [He aquí al abogado y al burgués moderno, todo en una pieza.] El patriotismo no consiste en adormecer a las poblaciones. [Y sin embargo, durante más de quince días ha

da sería la señal de la revolución popular, de la revolución social. Y este temor es tan poderoso que la hace conscientemente traidora a la patria. Es bastante inteligente para comprender, y está bastante bien informada de que este régimen y esta administración son incapaces de salvar a Francia, que no tienen ni la voluntad ni la inteligencia, ni el poder, y a pesar de eso los mantiene porque teme todavía más la invasión de la civilización burguesa por la barbarie popular que la invasión de Francia por los prusianos.

Con todo, la burguesía, toda la burguesía francesa, se muestra, en esta hora, sinceramente patriota. Detesta cordialmente a los prusianos, está dispuesta a hacer grandes sacrificios en soldados tomados en gran parte al pueblo, y en dinero cuyo pago recaerá necesariamente tarde o temprano también sobre el pueblo, para expulsar al invasor insolente que amenaza el territorio francés. Sólo que quiere en absoluto que todos los productos de esos sacrificios populares y burgueses sean concentrados exclusivamente en manos del Estado, y que, en tanto sea posible, todos los voluntarios armados sean transformados en soldados del ejército regular. Entiende que toda iniciativa individual de una organización extraordinaria, sea financiera, sea administrativa, sea higiénica, sea militar, no puede ser tolerada ni permitida sino a condición de que se someta a la vigilancia inmediata del Estado, y que los cuerpos francos, por ejem-

dado la mano a los que las han adormecido], en alimentarlas de ilusiones: consiste en prepararlas para recibir al enemigo, para rechazarlo o para sucumbir bajo los escombros. Hemos hecho bastantes concesiones (¡Muy bien!), nos hemos callado bastante tiempo [demasiado largo tiempo, y hoy el tiempo de Gambetta ha pasado sin apelación], el silencio ha puesto un velo sobre los acontecimientos que se precipitan. ¡Yo estoy convencido de que el país rueda, sin verlo, hacia el abismo! (¡El orden del día, el orden del día!)

"El Presidente.—Pido al señor Gambetta que no promueva discusiones sin motivo y sin conclusión posible.

"Gambetta.—No puede haber discusión más útil que la que consistiera en darse virilmente cuenta de la situación.

"Champigny.—Y en hacerla conocer al enemigo.

"Gambetta.—Hace mucho tiempo que nuestros enemigos la conocen; los que no la conocemos somos nosotros.

"Arago.—¡Se exigen armas, y enviáis a los departamentos consejeros de Estado!

"Gambetta.—*En cuanto a mí, señores, tengo el sentimiento de mi responsabilidad. Mi conciencia me dice que la población de París tiene necesidad de ser instruida, y lo que yo quiero es instruirla*. (¡El orden del día, el orden del día!)"

Es evidente que Gambetta ha tomado ahora la resolución, pero demasiado tarde, de iniciar la política jacobina. Nada más divertido que ver el espanto causado por Gambetta a todos los periódicos reaccionarios de Francia y de Italia también. (Bakunin.)

plo, no puedan organizarse más que por intermedio y bajo la responsabilidad personal de los *jefes autorizados y patentados por el Estado,* de propietarios o de burgueses bien conocidos, bien establecidos, de "gentlemen" o de hombres de categoría, en una palabra. De este modo, los hombres del pueblo, que constituirían parte de los cuerpos francos cesarían de ser peligrosos. Más que eso, si sus jefes saben comportarse, si saben organizarlos, dirigirlos, podrán volver, en caso de necesidad, estos cuerpos francos contra una insurrección popular, como se hizo en junio con los guardias móviles de París (1).

Bajo este aspecto, los burgueses de todos los colores, desde los reaccionarios más trasnochados hasta los jacobinos más rabiosos, *están unánimes: no comprenden y no quieren la salvación de Francia más que por medio y por intermedio único del Estado, de la organización regular del Estado.*

Las diferencias que los separan sólo son formales: la organización, la dominación del Estado y sobre los hombres a los cuales se confiará la dirección del Estado; pero todos quieren igualmente la conservación del Estado y eso es lo que los reúne a todos en una sola y misma traición a Francia, que ya no puede ser salvada más que por los medios que implican la disolución del Estado.

Los imperialistas quieren, si es posible, la conservación del Estado imperial. Desesperaban de ello hace quince días. Ahora, gracias a la culpable cobardía del Partido Radical, que los ha dejado existir, más que eso: que les ha dejado el Poder oficial, creyendo que no sería ya en sus manos más que un vano simulacro, útil para evitar una revolución que temía; ahora, los imperialistas levantan la cabeza. No han perdido su tiempo, y, mientras los fraseólogos de la izquier-

(1) Como ruso, me veo en la necesidad desagradable de prevenir a mis amigos, los socialistas revolucionarios franceses, contra los jefes polacos. Conozco muchos polacos, y no encontré entre ellos más que dos o tres socialistas sinceros. La inmensa mayoría es nacionalista rabiosa. La inmensa mayoría de la inmigración polaca era devota, hasta estos últimos días, de los Napoleones, porque había esperado locamente que los Napoleones irían a la liberación de su patria. Los polacos son conservadores por posición y por tradición. Los más avanzados son los demócratas militares. Sus periódicos más rojos rechazan unánimemente el socialismo, al que casi todos los polacos tienen horror, menos el pueblo polaco, sin duda, que no tuvo nunca ni voz ni acción, y cuyos instintos son socialistas, como en general los instintos y los intereses de todas las masas populares. (Bakunin.)

da, cumplimentados por su patriótica abnegación y moderación, se pavonean en la contemplación vanidosa de su pretendido poder, Palikao, el ministro de la guerra, Chevreau, el jesuíta y el favorito de la Emperatriz, ministro del Interior, Jerónimo David, el anterior ayuda de campo de Plonplon, y Duvernois, el en otro tiempo confidente de Napoleón III, aprovechando su posición y el inmenso poder que la centralización les daba, extendieron una nueva red por toda Francia, no para acelerar la defensa, el armamento, la sublevación patriótica del país, sino, al contrario, para comprimirla y paralizarla en todas las ciudades, y aun para hacer revivir en el campo el pensamiento y las simpatías napoleónicas. Se han servido de sus prefectos y de sus subprefectos, de sus alcaldes, de sus gendarmes y de sus guardias rurales, y también del celo muy interesado de los señores curas, para hacer en todas las aldeas una inmensa propaganda, representando a los comunistas, a los republicanos y a los orleanistas como traidores que han entregado el Emperador y Francia a los prusianos. Y gracias a la crasa ignorancia de los campesinos franceses, parece que lo han logrado bastante bien. Han organizado en el campo una especie de terror blanco contra los adversarios del régimen imperial. ¿Tenéis conocimiento de lo que acaba de acontecer en la feria de Hautefaye (1), en Dordoña? El señor de Moneis hijo, joven de veintinueve años, acaba de ser quemado vivo por los campesinos, por no haber querido gritar: *¡Viva el Emperador!* He aquí lo que acabo de leer hoy en *La Emancipation,* periódico republicano de Toulouse: "Los diarios primero (los *Debats* y el *Figaro),* y después las cartas particulares, dan lamentables detalles sobre la especie de terror imperial que reina en el campo. En todas partes, los ciudadanos conocidos por sus ideas democráticas son mirados de través, amenazados, y frecuentemente objeto de hechos brutales. Se diría que se habría lanzado una consigna, porque es general la misma acusación de haber traicionado al Emperador y entregado Francia a los prusianos. Los *Debats* dan una carta de un propietario de Bar-sur-Aube, y de otro de Poitiers. El *Figaro* habla de una especie de "jacquerie" organizada en Picardía.

(1) Pueblo del cantón y departamento de Nontron, por lo cual se hablará después al designar este hecho del "crimen de Nontron". (Nota del traductor.)

Yo mismo he recibido cartas de varios amigos de la Charente Inferior, del Iser y de la Gironda. El espantoso crimen de Nontron no es más que un episodio entre muchos otros de la misma naturaleza." Y he aquí lo que dice el *Peuple Français*, antes diario del señor Duvernois, que hoy es ministro: "He aquí un hecho como para hacer reflexionar a las personas que afectan tratar al Imperio y al Emperador como inexistentes ya. El señor Conde d'Estournel, diputado del Somme, habiendo ido recientemente a su departamento, daba allí noticias de la guerra a un grupo. "¿Y el Emperador" —se le preguntó con interés—. "¿El Emperador? Pronunciaremos su decadencia." La población, indignada lo derribó a golpes y le había puesto ya la cuerda al cuello para ahorcarlo, pero gracias a la intervención... etc., etc... Estamos lejos sin duda de justificar estos actos de violencia, pero... etc."

He ahí lo que es claro, ¿no es verdad? ¿No tengo razón al decir que el Ministerio no pierde su tiempo? Los bonapartistas adquieren decididamente fe en sí mismos y en el régimen imperial. Ahora, he aquí lo que he leído en *La Liberté:* "Rouher, Schneider, Persigny, Baroche y el general Trochu, asisten a todos los consejos de ministros." Y he aquí aún una correspondencia de la *Gazzeta di Torino:* "Parece que se ha promovido últimamente una discusión bastante seria entre el general Trochu y el conde Palikao. Este último quería alejar absolutamente de París a la Guardia Móvil, en tanto que el general Trochu quería conservarla. Es la Emperatriz la que había exigido obstinadamente esta medida al conde de Palikao. No puede perdonar a la Guardia Móvil el haber insultado a Napoleón III en Chalons, y teme que en la primera circunstancia se muestre enemiga de la dinastía. Trochu no quería ceder, Palikao insistía; Thiers los puso de acuerdo en nombre de la patria. No es ésta la única oposición que el general Trochu encontró por parte del ministro de la guerra. Quería levantar la prohibición pronunciada contra los cuatro diarios radicales, y exigía también la destitución del prefecto de policía, Pietri; pero debió renunciar a ello ante la oposición obstinada de los ministros. La Emperatriz ejerce en París la misma influencia funesta que Napoleón III en el ejército. Es indudable que la presencia del Emperador perjudica mucho la acción libre de Mac-Mahon, que debe ocuparse más de defender la persona imperial que de la lucha contra el enemigo. Ha sido invitado a retirarse, pero se obstina en permanecer allí, a pesar de que el descontento de los soldados hacia él crece cada día... Sabéis que Rouber, Baroche, Persigny, Granier de Cassagnac, Dugué de la Fauconnerie, lo han visitado en Reims... Es evidente que existe un Gobierno personal oculto, del cual el Gobierno ostensible, en la medida de lo que puede, es el muy humilde servidor."

En fin, la sesión del Cuerpo legislativo (del 23 al 24 de agosto) prueba que el Ministerio se cree bastante fuerte para poder echar a un lado la máscara. Palikao ha dicho que, al rechazar la proposición de Keratry —concerniente a los nueve o tres diputados elegidos por la Cámara, para adjuntar al Comité de Defensa de París—, "los ministros han quedado dentro de la legalidad". Y he aquí el resumen del discurso de Duvernois:

"La Cámara, dando su confianza al Ministerio, nos da la posibilidad de realizar nuestra noble tarea: la de defender a Francia contra la invasión, y la de *defender estrictamente el orden interior*, porque el orden en el interior es la condición de nuestra seguridad contra el enemigo. No podemos asociarnos a la proposición del señor Keratry, *porque sería asociarnos a la violación de la Constitución que nos protege, que protege las libertades públicas, de la Constitución que, sabedlo bien, no dejaremos violar*, por cualquier poder que sea. No somos el Ministerio de un golpe de Estado; ni de un golpe de Estado parlamentario, ni de un golpe de Estado monárquico. *Somos un Ministerio parlamentario*. Queremos apoyarnos en la Cámara, y *nada más que en la Cámara* [no sobre el pueblo de París, sino sobre esa Cámara, porque la inmensa mayoría de ella es bonapartista], y permitidme que os diga que nuestro respeto hacia la Constitución es vuestra garantía...

"Voces.—Eso es una amenaza.

"Duvernois.—No, no es una amenaza. Quiero decir sólo *que tenemos el deber, nosotros, Gobierno, de respetar la Constitución en virtud de la cual estamos en el Poder y en virtud de la cual gobernamos...*

"Palikao.—Combatiremos a nuestros enemigos exteriores

en tanto que hayamos librado a nuestra patria. *Los enemigos interiores serán reducidos a la impotencia. Tengo en mis manos todos los poderes para eso y respondo de la tranquilidad de París.*

"Thiers.—El señor Ministro de Comercio ha invocado aquí el interés de las instituciones... Francia combate por su independencia, *por su gloria, por su grandeza,* por la inviolabilidad de su suelo: por la derecha, por la izquierda, en todas partes, he ahí por lo que combatimos... Pero no hagáis intervenir aquí las instituciones; nos forzaríais a recordaros que ellas son, más que los hombres, las autoras de nuestros males."

Veis, pues, que los bonapartistas no han abandonado totodavía su parte. Tienen el Poder y toda la gente innumerable de una gigantesca administración apoyada en el clero y en ellos. Tratarán de hacer coronar al Príncipe imperial, y, si no pueden, aprovecharán su poder para venderse bien caros a los Orleans.

La burguesía legitimista, y orleanista sobre todo, hoy mucho más numerosa que la burguesía bonapartista y la radical tomadas en conjunto, se enmascara completamente tras las frases de un patriotismo desinteresado, pues su tiempo, el tiempo de los Orleans, no ha venido todavía, porque es por completo imposible a estos últimos volver con los prusianos. Por lo demás, no se cuidan de ningún modo de aceptar la herencia de Napoleón III; no quieren ni su herencia política, ni su herencia administrativa, ni su herencia financiera, y esto por muchas razones. Primero, les sería excesivamente desagradable comenzar su reinado con medidas de terrorismo y de salvación pública, indispensables para limpiar a Francia de la canalla bonapartista. No quisieran comenzar tampoco su reinado con la bancarrota, y la bancarrota será inevitable para todo Estado que suceda al reino de Napoleón, pues ninguno podrá fundarse con el déficit inmenso que legará a su sucesor. Hace ya mucho tiempo, desde 1863 y 1864, que los orleanistas han dicho: "Es preciso que los republicanos vengan primero, que hagan tabla rasa en la Administración; que hagan, sobre todo, la bancarrota; después iremos nosotros." Yo no me asombraría, de ningún modo, de que Thiers, Trochu, Daru y tantos otros, se declarasen primero a favor de la

República. Yo estoy convencido también de que, si la ocasión se presenta, lo harán. Al principio esto marchará bien; serán, bajo el régimen republicano, los hombres posibles, útiles y, sea directamente, sea indirectamente, conservarán una gran influencia en el Gobierno. No temen la república, y tienen razón. Saben que la república de Gambetta y compañía no puede ser más que una república política, que excluirá el socialismo, las masas populares, y confirmará, reforzará aún este *sanctus sanctorum,* esta ciudadela de la burguesía, el Estado. Saben que esa república, precisamente porque se presentará como enemiga del socialismo, batida por este último, se verá pronto forzada a abdicar en provecho de la monarquía, y que entonces los Orleans podrán volver a Francia en medio de las exclamaciones de la burguesía francesa y de la burguesía de Europa entera, como salvadores de la civilización y de la patria.

He aquí en toda su verdad y su integridad el plan de los orleanistas. Por consiguiente, podemos considerarlos *ahora,* por hoy, como republicanos sinceros. No obstaculizan el paso a Gambetta; al contrario, le impulsarán al Poder. Y no me maravillaré, de ningún modo, de que mañana o pasado mañana nos llegue la noticia de que Gambetta y compañía (los Picard, los Favre, los Julio Simon, los Pelletan, los Grevy, los Keratry y tantos otros) han dado de común acuerdo con Thiers y Trochu un golpe de Estado republicano, a menos que Palikao, Chevreau, Duvernois y Jerónimo David hayan tomado medidas tan enérgicas y eficaces que hagan imposible un tal cambio de escena. Pero dudo que puedan impedirlo, si Gambetta se entiende con Thiers y con Trochu.

Llegamos, pues, al Partido Republicano Radical jacobino, al partido de Gambetta. Supongamos que se apodera del Poder y de la dictadura de París. ¿Creéis que quiera, que pueda dar la libertad de movimiento a París y a Francia? No. Mantenido en jaque por el socialismo revolucionario, estará obligado a hacerle una guerra a muerte, y será, podrá ser, tanto más opresor cuanto que sus medidas de opresión tendrán apariencias de medidas necesarias para la salvación de la libertad. ¿Podrá, al menos, organizar una fuerza suficiente para rechazar la invasión prusiana? No, mil veces no. Y voy a probarlo como dos y dos son cuatro.

Como jacobino, buscará necesariamente la salvación de Francia en la exageración del Estado. Si fuese siquiera federalista, girondino, entonces, todavía, en vista de la invasión alemana a las puertas de París, estaría forzado a realizar la más extraordinaria centralización. Creedlo bien, por otra parte, los jacobinos no se atreverán ni aun a destruir la Administración actual, esa red de reacción bonapartista que ahoga a Francia, y por dos razones: la primera, es que después de haber dejado pasar quince o veinte días preciosos, durante los cuales hubieran podido hacer la revolución con mucho menos peligro para París y para ellos mismos, y con muchas más probabilidades de éxito que hoy, los republicanos de París han llegado ahora a esta situación de no poder emprender nada, de no poder hacer nada sin el consentimiento y la cooperación de Trochu y de Thiers. Por consiguiente, Trochu y Thiers constituirán parte del nuevo Gobierno, del Gobierno de Gambetta, a menos que para derribarlos no haga Gambetta una segunda revolución, lo que le sería imposible, primero porque tendrá por colegas a republicanos como Picard, Julio Favre, Julio Simon, Pelletan y tantos otros, todos tan reaccionarios como Thiers y Trochu, pero que no poseen sus incontestables talentos, ni su gran habilidad y su práctica. Para expulsar a Thiers y a Trochu, Gambetta deberá expulsar primero del Gobierno a estos republicanos moderados. Para eso tendrá que apelar al verdadero pueblo de París, a los revolucionarios socialistas, y ésto sería la muerte de Gambetta. Sabe muy bien eso, y se dice a sí mismo las palabras que le dirige *La Liberté* del 26: "No tenéis necesidad de hacer la revolución, está ya hecha en los espíritus. Todo el mundo siente hoy la irrevocable necesidad de ella. No se trata más que de una cuestión de oportunidad y de tiempo. ¿Por qué, pues, esas impaciencias? *Imprudentes, ¿no sentís, pues, que si en lugar de esperar la solución y de resolverla políticamente, desencadenáis el león popular, seréis los primeros devorados?*" He ahí por qué Gambetta no expulsará del Gobierno a ninguno de los republicanos moderados, y por qué no se expulsará a Thiers ni a Trochu. No los expulsará, además, por otra razón: no siendo un revolucionario socialista, no pudiendo, por consiguiente, apoyar su acción francamente sobre el proletariado, sobre los trabajadores, sobre el pueblo, deberá forzosamente buscar el apoyo de la burguesía más o menos radical, tanto como el del ejército; y bien, Thiers y Trochu le asegurarán uno y otro. De ahí que sean indispensables, inevitables. Pero, con Thiers y Trochu, las medidas radicales, aun desde el punto de vista exclusivo del jacobinismo revolucionario, serán imposibles, o bien no serán posibles más que contra el pueblo, contra los revolucionarios socialistas, no contra la reacción burguesa. El último decreto de Trochu, su proclama del 25 de agosto, ordena la expulsión de París de todos los individuos que no puedan probar que tienen medios de existencia, no porque sería difícil, por no decir imposible, alimentarlos durante la duración del sitio, lo que constituiría un motivo muy plausible, sino *porque su presencia constituiría un peligro para el orden público y para la seguridad de las propiedades y de las personas.* Y amenaza igualmente con la expulsión *a todas las personas que por sus manejos intentaran paralizar las medidas de defensa y de seguridad general.* La primera parte de esta proclama no tiene relación, se dirá, más que con los ladrones, aunque pueda muy bien extenderse a todos los obreros a quienes sus patronos estén forzados a despedir, bien por la crisis, o bien porque encuentren simplemente útil expulsarlos de sus talleres. En cuanto a la segunda parte, se dirige directamente a los revolucionarios socialistas. Es una medida dictatorial y de salvación pública contra la revolución.

He aquí, pues, la primera razón por la que Gambetta no emprenderá la reforma radical de la Administración actual. Con compañeros como Thiers, Trochu, Picard, Favre y Julio Simon, no se puede hacer más que reacción, no revolución. Pero existe aún otra razón que le impedirá destruir de un solo golpe la Administración imperial. Es imposible reemplazarla inmediatamente por otra. Habría, en medio mismo de un peligro terrible, un momento de más o menos larga duración durante el cual no existiría en Francia ninguna administración y por consiguiente ninguna traza de gobierno, durante el cual las poblaciones de Francia, abandonadas completamente a sí mismas, serían presa de la más espantosa anarquía. Esto puede agradarnos, nos agrada en efecto a nosotros, revolucionarios socialistas, pero no puede convenir a las ideas de los jacobinos, hombres de Es-

tado por excelencia. Reformar la Administración poco a poco, en medio del peligro, teniendo la invasión a las puertas, es también cosa imposible: primero porque esa reforma no puede partir de la iniciativa de una dictadura, sea individual, sea colectiva; será ilegal y atacada de nulidad si no sale de una Asamblea constituyente que transforme el Gobierno y la Administración de Francia en nombre del sufragio universal. ¿Tengo necesidad de probar que el Cuerpo legislativo actual es incapaz de emprender, aun de querer, una reforma semejante? Por otra parte, Gambetta no podrá llegar al Poder más que por la disolución del parlamento bonapartista, y le será imposible convocar una nueva Constituyente en tanto que la invasión prusiana continúe golpeando a las puertas de París. Mientras que los extranjeros no sean arrojados del territorio francés, Gambetta y compañía estarán obligados a gobernar dictatorialmente, a ordenar medidas de salvación pública; pero no podrán emprender ninguna reforma constitucional.

Es verdad que en una reunión de la izquierda, el 23 o el 24 de agosto —reunión en la que tomaron parte Thiers y algunos miembros *avanzados* de esa fracción—, habiendo expresado la izquierda la intención de derribar el Ministerio, y conjurándola Thiers a que no hiciera nada, preguntó: "Pero en fin, ¿por quién los reemplazaríais, qué hombres pondríais en el Gabinete?" Y una voz, no sé de quién, respondió: *"No habrá Gabinete, el Gobierno será confiado a toda la nación armada, actuando por medio de sus delegados"*, lo que, so pena de que no tenga ningún sentido, no puede significar más que esto: *Una convención nacional revolucionaria y restringida;* no una Constituyente legal y regularmente compuesta por los delegados de todos los cantones de Francia, *sino una Convención exclusivamente compuesta por los delegados de las ciudades que hayan hecho la revolución.* Yo no sé a quién pertenecerá esa voz loca que ha ido a repercutir en medio de ese concilio de sabios. ¿Quizás sería la burra de Balaam, alguna inocente cabalgadura del gran profeta Gambetta? Pero es cierto que la burra habló mejor que el profeta. Lo que la burra anunciaba, proponía, no era ni más ni menos que la revolución social, la salvación de Francia por la revolución social. Por tanto, nadie se dignó responderle.

Así, el Gobierno de Gambetta, ocupado en la defensa del país y de París sobre todo, y privado de la asistencia de un Cuerpo constituyente, no podrá emprender en la hora actual la reforma de las instituciones, del carácter y de las bases mismas de la Administración. Supongamos que quisiese, y supongamos que tuviese cerca de él una especie de Convención revolucionaria compuesta de delegados de las ciudades insurrectas; supongamos, en fin —*lo que es absolutamente imposible*—, que la mayoría de esa Convención estuviese compuesta de jacobinos como él y que los socialistas revolucionarios no formaran más que una minoría insignificante. Yo diré que, aun en este caso, por lo demás imposible, el Gobierno de Gambetta no podría emprender ni ejecutar ninguna reforma radical y seria de la Administración actual. Esto sería querer emprender y ejecutar un movimiento peligroso en presencia de un poderoso enemigo, como el de Bazaine ante los prusianos, movimiento que le resultó tan mal. ¿Es este el momento —recordad que os hablo siempre desde el punto de vista del Estado—, es este el momento de cambiar radicalmente la máquina administrativa, cuando a cada instante se tiene necesidad de sus servicios, de su actividad más enérgica? Para cambiarla, para transformarla, aunque sea de un modo poco radical y serio, habría que paralizarla durante dos semanas al menos, y durante ese tiempo habría que pasarse sin sus servicios, ¡y esto en medio de un terrible peligro en que cada instante es tan precioso! Pero eso sería entregar Francia a los prusianos.

Esta misma imposibilidad impedirá al Gobierno tocar, aunque sólo sea de un modo poco radical, al personal de la Administración imperial. Le sería necesario crear una legión de hombres nuevos, y ¿dónde encontraría esos cien mil flamantes funcionarios? Todo lo que podrá hacer, todo lo que hizo hasta aquí, es reemplazar los prefectos y los subprefectos por otros que, en general, no valen mucho más; porque entre estos nuevos funcionarios habrá —estad seguros, puesto que está en la lógica de la situación actual y en la fuerza de las cosas— al menos siete orleanistas sobre tres republicanos; los orleanistas serán más hábiles y más canallas y los republicanos más virtuosos y más tontos.

Estas reformas personales, inevitables, desmoralizarán necesariamente todavía más la Administración actual. Habrá en ella tiranteces sin fin y una guerra civil sorda en su seno, lo que la hará aún cien veces más incapaz de acción de lo que lo es hoy; de suerte, que el Gobierno de Gambetta tendrá a su servicio una máquina administrativa que no valdrá siquiera tanto como la que bien o mal ejecuta las órdenes del ministerio bonapartista actual.

Para salvar este mal, Gambetta enviará, sin duda, a todos los departamentos procónsules, comisarios extraordinarios provistos de plenos poderes. Eso será el colmo de la desorganización. Primero, porque, vista la posición de Gambetta y su alianza forzada con Thiers y Trochu, vistas las virtudes y la inteligencia patrióticas de los Picard, de los Pelletan, de los Julio Simon, Favre y otros, se puede estar seguro de que sobre tres comisarios republicanos habrá siete orleanistas. Pero supongamos aún la proporción inversa, supongamos que haya siete republicanos sobre tres orleanistas; las cosas no irán mejor.

No irán mejor por la razón de que no basta estar provistos de poderes extraordinarios para tomar medidas extraordinarias de salvación pública, para tener la potencia de crear fuerzas nuevas, para poder provocar en una Administración corrompida y en las poblaciones sistemáticamente tenidas al margen de todo hábito de iniciativa, una energía y una actividad salvadoras. Para esto es preciso tener aún lo que la burguesía de 1792-93 tenía en un grado tan elevado, y lo que falta absolutamente a la burguesía actual, aun a los republicanos de nuestros días: es preciso tener inteligencia, voluntad, energía revolucionarias; es preciso tener el diablo en el cuerpo. Y cómo imaginarse que hombres que serán necesariamente *menos* que Gambetta y compañía, que estarán por debajo de estos corifeos del republicanismo moderno —puesto que si fuesen sus iguales mandarían, si no en su puesto, al menos con ellos y no se dejarían dirigir por ellos—, cómo imaginarse que esos comisarios enviados por Gambetta y compañía encuentren en sí mismos esa inteligencia, esa voluntad, esa energía y ese diablo, puesto que el mismo Gambetta, en el momento más supremo de su vida y en el más crítico para Francia, no los ha encontrado en su propio corazón ni en su propio cerebro?

Aparte de estas cualidades personales que imprimieron un carácter verdaderamente heroico a los hombres del 1793, los comisarios extraordinarios resultaron tan bien a los jacobinos de la Convención nacional, porque esta Convención era realmente revolucionaria, y porque, apoyándose en París en las masas populares, en el vil populacho, con exclusión de la burguesía liberal, había ordenado a sus procónsules enviados a provincias que se apoyaron igualmente, en todas partes y siempre, sobre esa misma canalla popular. Los comisarios extraordinarios enviados por Ledru-Rollin en 1848, y los que Gambetta no dejará de enviar a los departamentos, si sube al Poder, unos fueron y otros irán a un completo fracaso por la razón inversa, y los últimos irán a un fracaso más considerable todavía que los primeros, porque esa razón inversa obrará aún más poderosamente en ellos que en sus predecesores de 1848. Esa razón es que unos han sido y los otros lo serán, en un grado más sensible y más explícito todavía, burgueses radicales, delegados del republicanismo burgués, y, como tales, enemigos del socialismo revolucionario, enemigos naturales de la revolución verdaderamente popular. Este antagonismo de la revolución burguesa y de la revolución popular, no existía todavía en 1793, ni en la conciencia del pueblo ni en la de la burguesía. No se había desbrozado todavía de la experiencia histórica esta verdad de todos los tiempos: que la libertad de toda clase privilegiada y por consiguiente también de la burguesía, está fundada esencialmente en la esclavitud económica del proletariado. Como hecho, como consecuencia real, esta verdad había existido siempre, pero había sido de tal modo oscurecida con otros hechos y enmascarada con tantos intereses y tendencias históricas diversas, sobre todo religiosas, nacionales y políticas, que no se había desprendido aún en su gran sencillez y claridad actual, ni para la burguesía comanditaria del trabajo, ni para el proletariado, asalariado por ella, es decir, explotado. La burguesía y el proletariado eran enemigos naturales, enemigos eternos, pero no lo sabían, y a consecuencia de esta ignorancia, atribuyendo la una sus temores, el otro sus males, a razones ficticias, no a su antagonismo real, se creían amigos, y creyéndose amigos, marcharon unidos contra la Monarquía y contra la nobleza y contra los sacerdotes. He

ahí lo que constituyó la gran fuerza de los burgueses revolucionarios de 1793. No sólo no temían el desencadenamiento de las pasiones populares, sino que lo fomentaron por todos los medios, como único recurso de salvación para la patria y para ellos mismos contra la reacción exterior e interior. Cuando un comisario extraordinario delegado por la Convención llegaba a una provincia, no se dirigía nunca a los grandes personajes de la región, ni a los revolucionarios de manos enguantadas; se dirigía directamente a los descamisados, a la canalla popular, y sobre ella fiaba exclusivamente para ejecutar contra los grandes personajes y los revolucionarios de salón, los decretos revolucionarios de la Convención. Lo que hacían, pues, no era propiamente ni centralización ni administración, sino provocación. No iban a una región para imponerle dictatorialmente la voluntad de la Convención nacional. No hicieron eso más que en muy raras ocasiones y cuando iban a una comarca decidida y unánimemente hostil y reaccionaria. Entonces no iban solos, sino acompañados de tropas que añadían el argumento de la bayoneta a su elocuencia cívica. Pero ordinariamente iban solos, sin un soldado para apoyarles, y buscaban el apoyo en las masas cuyos instintos estaban siempre conformes con los pensamientos de la Convención —lejos de restringir la libertad de los movimientos populares, por temor a la anarquía, la provocaban por todos los medios; la primera cosa que tenían el hábito de hacer, era formar un club popular, donde no lo había—. Revolucionarios verdaderos ellos también, reconocían pronto en la masa los verdaderos revolucionarios y se aliaban con ellos para impulsar la revolución, la anarquía, para poner el diablo en el cuerpo de las masas y para *organizar revolucionariamente* esa anarquía popular. Esa organización revolucionaria era la única Administración y la única fuerza ejecutiva de que los comisarios extraordinarios se sirvieron para revolucionar, para aterrorizar el país.

Tal fué el verdadero secreto de la potencia de estos gigantes revolucionarios que los jacobinos-pigmeos de nuestros días admiran, sin lograr nunca acercárseles.

Los comisarios de 1848, antes de junio, eran ya burgueses que, como Adán y Eva después de haber mordido en el fruto prohibido, sabían qué diferencia hay entre el bien y el mal, entre la burguesía que explota el trabajo y el trabajo explotado. Pero, la mayor parte de las veces, ellos mismos eran pobres diablos, proletarios de la peor especie, bohemios de la pequeña literatura y de la política de los cafés, gentes desacreditadas, desorientadas, sin convicciones profundas, apasionadas y sin temperamento. No eran seres que viviesen su propia vida, eran pálidas sombras de los héroes de 1793. Cada cual había asumido una misión y trataba de ejecutarla bien o mal. Aquellos de quienes obtenían sus mandatos no estaban mucho más convencidos, ni eran más apasionados, más enérgicos, más realmente revolucionarios que ellos mismos. Eran sombras ampliadas, mientras que ellos sólo eran pequeñas sombras. Pero todos eran hijos desdichados de la misma burguesía, en lo sucesivo fatalmente separada del pueblo; todos salidos, más o menos doctrinarios, de la misma cocina, la Universidad. Los héroes de la Gran Revolución habían sido para ellos lo que las tragedias de Corneille y de Racine para los literatos franceses antes del nacimiento de la escuela romántica, modelos clásicos. Trataron de imitarlos y los imitaron muy mal. No tuvieron ni el carácter, ni la inteligencia, ni sobre todo la posición. Hijos de burgueses, se sintieron separados del proletariado por un abismo, no encontraron en ellos pasión revolucionaria suficiente, ni resolución para intentar el salto peligroso. Permanecieron al otro lado del abismo, y para seducir, para arrastrar a los obreros, les hicieron mentiras, frases, muecas. Cuando se encontraron en medio del proletariado, se sintieron incómodos, como gentes por lo demás honestas, pero que se encontrasen en la necesidad de engañar. Se esforzaron por encontrar en sí mismos una palabra viva, un pensamiento fecundo y no encontraron ni uno solo. En esta fantasmagoría revolucionaria de 1848, sólo se encuentran dos hombres reales: Proudhon y Blanqui, completamente diferentes, por lo demás, uno de otro. Todos los restantes no pasaron de malos histriones que representaron la revolución como los comediantes de la Edad Media representaban la Pasión, hasta que Napoleón III descorrió la cortina.

Las instrucciones que los comisarios extraordinarios de 1848 recibieron de Ledru-Rollin fueron tan incoherentes y vagas como lo son los pensamientos revolucionarios de ese

gran ciudadano. Eran todas las grandes palabras de la revolución de 1793, sin ninguna de las grandes cosas, ni de los grandes fines, ni sobre todo de las enérgicas resoluciones de aquella época. Ledru-Rollin ha sido siempre, como rico burgués que es, como fraseólogo y como abogado, y sigue siéndolo, enemigo natural, instintivo del socialismo revolucionario. Hoy, después de grandes esfuerzos, ha llegado por fin a comprender las asociaciones cooperativas, pero no siente fuerza para ir más allá. Luis Blanc, este Robespierre en miniatura, este adorador del ciudadano inteligente y virtuoso, es el tipo del comunista de Estado, del socialista doctrinario y autoritario. Ha escrito en su juventud un pequeño folleto sobre la "organización del trabajo", y hoy mismo, en presencia de los inmensos trabajos y de los desarrollos prodigiosos de la Internacional, permanece fuera de ella. Ni un aliento de su palabra, ni una centella de su cerebro ha dado jamás vida a nadie. Su inteligencia es estéril como toda su personalidad es seca. Hoy aún, en su última carta recientemente dirigida al *Daily News*, en presencia de la terrible lucha fratricida que tiene lugar entre las dos naciones más desarrolladas del mundo, no ha encontrado otra cosa en su cabeza ni en su corazón que el consejo a los republicanos franceses de "que tienen que proponer a los alemanes, en nombre de la fraternidad de los pueblos, una paz igualmente honorable para ambas naciones".

Ledru-Rollin y Luis Blanc han sido, como se sabe, los dos grandes revolucionarios de 1848, antes de los días de junio. Uno, un burgués —abogado y fraseólogo inflado de apariencias dantonianas—, el otro un Robespierre-Babeuf reducido a las proporciones más mínimas. Ni uno ni otro han sabido pensar, ni querer, ni menos aún atreverse. Por otra parte, el Lamourette de esa época, Lamartine, había impreso a todos los actos y a todos los hombres de ese tiempo, menos a Proudhon y a Blanqui, su nota falsa, y su falso carácter de conciliación, lo que, traducido en lenguaje serio, significa reacción, sacrificio del proletariado a la burguesía, lo que concluyó, como se sabe, en los días de junio.

Los comisarios extraordinarios partieron, pues, para las provincias benditos por estos hombres y llevando sus instrucciones en el bolsillo. ¿Qué contenían esas instrucciones? Frases y nada más. Pero al lado de las frases, llevaron también consigo recomendaciones de un carácter reaccionario muy real, y que les fueron añadidas por los republicanos *moderados del National:* los Marrast, los Garnier-Pagés, los Arago, los Bastide, sin olvidar al señor Julio Favre, uno de los más fogosos entre los republicanos reaccionarios de ese tiempo.

¿Hay que asombrarse de que tales comisarios, enviados por tan grandes hombres y provistos de tales instrucciones no hicieran nada en los departamentos, sino excitar el descontento de todo el mundo por el tono de dictadura y por las maneras de procónsules que les plugo atribuirse? La gente se burló de ellos y no ejercieron ninguna influencia. En lugar de dirigirse al pueblo, y solamente al pueblo, como sus prototipos de 1793, se ocuparon únicamente de la moralización de los hombres pertenecientes a las clases privilegiadas. En lugar de organizar por todas partes el desencadenamiento de las pasiones revolucionarias, la anarquía y la potencia popular, predicaron al proletariado, siguiendo por lo demás en esto las instrucciones recibidas y las recomendaciones que se les enviaban desde París, la moderación, la tranquilidad, la paciencia, y una confianza ciega en los propósitos generosos del Gobierno provisional. Los círculos reaccionarios de las provincias, intimidados al principio mucho por esa revolución que les había caído tan inopinadamente sobre la cabeza y por la llegada de mandatarios de París, viendo que esos señores se divertían en no hacer más que frases y en pavonearse en su bufona vanidad; viendo por otro lado que descuidaban totalmente la organización de la potencia del proletariado contra ellos y de fomentar contra ellos el furor de las masas, única cosa capaz de contenerlos y de aniquilarlos, volvieron a recuperarse y acabaron por enviar la Asamblea constituyente reaccionaria que vosotros sabéis. No ignoráis tampoco las tristes consecuencias.

Después de junio, la cosa fué distinta; los burgueses sinceramente revolucionarios, los que pasaron al campo del socialismo revolucionario, bajo la influencia de la gran catástrofe que había matado de un solo golpe todos los comediantes revolucionarios de París, se convirtieron en hombres serios e hicieron esfuerzos considerables para revolu-

cionar a Francia. Lo lograron en gran parte. Pero era demasiado tarde; la reacción, por su parte, se había reorganizado con una potencia formidable, y, gracias a los terribles medios que da la centralización del Estado, acabó por triunfar completamente, aunque no lo hubiese querido, en las jornadas de diciembre.

Pues bien; los comisarios extraordinarios que no dejará de enviar Gambetta a los departamentos, si logra vencer, con ayuda de Trochu y de Thiers, a la reacción bonapartista en París, serán aún más desgraciados que los comisarios de 1848.

Enemigos de los obreros socialistas, tanto como de la Administración y de los campesinos bonapartistas, ¿sobre quién diablos se apoyarán? Sus instrucciones les mandarán encadenar en las ciudades el movimiento revolucionario socialista y en el campo el movimiento reaccionario bonapartista. ¿Con ayuda de quién? ¿De una Administración desorganizada y mal reformada, a medias, si no en sus tres cuartas partes, bonapartista también, y de un centenar de pálidos republicanos y de orleanistas de la localidad; de republicanos tan pálidos, tan insignificantes, tan inseguros y desorientados como ellos mismos, al margen de toda masa popular y que no ejercen influencia alguna sobre nadie, y de orleanistas, buenos, como todas las gentes ricas y bien educadas, para explotar y hacer desviar con sus intrigas un movimiento en beneficio de la reacción, pero incapaces de una resolución y de una acción enérgica cualquiera? Y aun los orleanistas serán todavía los más fuertes, porque, al lado de los medios financieros considerables de que disponen, tienen además la ventaja de que saben lo que quieren; mientras que los republicanos, a su gran pobreza, añaden todavía la terrible desgracia de no saber a dónde van y de permanecer extraños a todos los intereses reales, tan privilegiados como universalmente populares, del país. Ya no representan nada hoy, nada más que un ideal y una facción envejecidas. Y como al fin de cuentas son los intereses materiales los que gobiernan al mundo, pues las ideas no tienen poder sino en cuanto representan un gran interés —ved las ideas de 1793, que tenían por fondo real los intereses ascendientes y triunfantes de la burguesía, opuestos a las de la nobleza, a la teocracia y a la monarquía—; como los intereses de las masas populares han encontrado su expresión en las ideas y en las tendencias prácticas del socialismo; como los republicanos son hoy abiertamente declarados enemigos de estas tendencias y de estas ideas, y por consiguiente amigos de las ideas y de las tendencias burguesas, y como el orleanismo es la expresión de estas últimas, es evidente que los republicanos de provincias, lo mismo que los de París, sometidos al serio ascendiente de los orleanistas, adulados, impulsados, dirigidos y magnetizados de todas las maneras por ellos, aunque se imaginen que trabajan por la república, no trabajarán en realidad más que por la restauración de la monarquía de los Orleans.

Ahora, volviendo a la cuestión, me pregunto con vosotros si estos republicanos, unidos a los orleanistas y sostenidos por ellos en todo el país —como lo serían ciertamente si Gambetta, de acuerdo con Thiers y Trochu, lograse realizar, no una revolución, sino un golpe de Estado contra los bonapartistas de París—, si esta coalición de los republicanos y de los orleanistas será bastante poderosa para salvar a Francia, en este terrible momento.

Basta plantear la cuestión para que sea resuelta en un sentido negativo. Teniendo contra ellos, por una parte, toda la masa obrera de las ciudades, que será necesario contener, y, por otra, la masa de los campesinos bonapartistas, que habrá igualmente que contener, tendrán por ellos, como instrumento de defensa y de acción, un ejército medio destruído y al menos dos veces inferior en número al ejército magníficamente organizado y magníficamente dirigido de los prusianos; y aun no estarán bien seguros de la consagración y de la obediencia de los jefes de ese ejército, de Bazaine y de Mac-Mahon, ambos criaturas de Napoleón III. Tendrán además una Administración que hoy, bajo la dirección de los Chevreau, de los Duvernois y de los Jerónimo David, hace una propaganda apasionada a favor del Emperador, contra ellos, presentándolos en todas partes como traidores que han vendido a los prusianos el país y el Emperador, y subleva contra el patriotismo de las ciudades la "jacquerie" de los campesinos; una Administración que, aun cuando un golpe de mano feliz haya cambiado el Gobierno de París, no podrá ser, como acabo de

probarlo, creo, ni reformada ni aun reemplazada en cuanto a la inmensa mayoría del personal, que sufrirá sin duda el yugo detestado de los vencedores radicales, pero que no por eso dejará de ser menos bonapartista en el fondo de su corazón. En fin, tendrán para ellos las simpatías y en caso necesario la ayuda de los republicanos y de los orleanistas diseminados en Francia, pero que no forman organización alguna y son por completo incapaces de una acción enérgica.

Os pregunto si con semejantes instrumentos, los hombres más inteligentes y más enérgicos podrán salvar a Francia del terrible peligro que, no solamente la amenaza, sino que en gran parte se ha convertido ya en una catástrofe real.

Es evidente que la Francia oficial, el Estado monárquico o republicano, no puede ya nada; toda la potencia oficial se ha convertido en impotencia; es evidente que si Francia puede ser salvada aún, no puede serlo más que por la Francia natural, por toda la nación considerada al margen de la organización oficial, monárquica o republicana, por la sublevación espontánea de las masas populares, obreras y campesinas a la vez, que tomarán las armas que no quieren darles (1) y que se organizarán por sí mismas de abajo arriba, para la defensa y para su *existencia.*

La sublevación nacional se ha hecho hoy una necesidad

(1) El Ministerio ha confesado, al fin, que no quiere dar las armas al pueblo, en la notable sesión del 25 de agosto, a propósito de la proposición, no de abolir, sino sólo de suspender las leyes que prohiben la venta y la fabricación de las armas y de las municiones de guerra, y que afectan con multas la posesión de armas sin autorización del Gobierno. Después de una viva discusión, la proposición fué desestimada por la Comisión, naturalmente, elegida por la mayoría bonapartista del Cuerpo legislativo; fué rechazada por 184 votos contra 61. Durante esta discusión se escucharon palabras y revelaciones muy interesantes:

"Julio Ferry (autor de la proposición).—El informe condena las leyes y recomienda el mantenimiento provisional, hoy que su suspensión es precisamente necesaria y se ha hecho evidente para todo el mundo. El país tiene necesidad de armas para la defensa, esta necesidad es extrema. ¿Qué habría que hacer? Abolir la prohibición, como para los cereales en tiempo de penuria... No sólo no se arma al pueblo, sino que hay prefectos que rehusan las armas que se les envían. Yo conozco uno que ha respondido: "Nada de fusiles, nada de voluntarios. Yo he enviado todos los hombres válidos fuera del departamento". Si hay razones políticas para no armar al pueblo, que se digan. Si se teme que las armas caigan en manos de los enemigos del Gobierno, es preciso decirlo. Es preciso que se sepa que si alguna cosa paraliza la defensa nacional, es el interés dinástico

"Picard.—La Historia no comprenderá esta discusión. Nosotros os pedimos la suspensión de una ley que califica de delito la tenencia de armas y muni-

de tal modo evidente para todo el mundo, que en la sesión del 25 han sido presentadas dos proposiciones al Cuerpo legislativo, que ha declarado la urgencia de la segunda. La primera es de Esquiros: "Que el Cuerpo legislativo invite a las Municipalidades a constituirse en centros de acción y de defensa, *fuera de toda tutela administrativa, y a tomar, en nombre de la Francia violada, todas las medidas que crean necesarias.*" Esta proposición habría sido perfecta con una condición: que se haga previamente la revolución en todas las municipalidades, pues la organización actual de todas ellas es bonapartista. Pero esta condición está virtualmente contenida en estas palabras: *fuera de toda tutela administrativa,* lo que quiere decir la abolición completa del Estado. Por esta razón, sin duda, la proposición de Esquiros no fué declarada de urgencia. He aquí la segunda proposición, del señor Jouvencel:

"*Artículo primero.* En el caso de que el enemigo iniciara el sitio de París, todos los ciudadanos franceses no incorporados al ejército o a la Guardia Móvil, serán llamados a defender el territorio con las armas. *Art. 2.* Las Municipalidades se organizarán también para emplear todos los medios de lucha de que puedan disponer. *Art. 3.* Será permitido el empleo de los fusiles de caza y de toda especie de armas de lujo o de guerra, así como la fabricación de municiones. *Art. 4.* Con la sola condición de llevar la escarapela nacional, los combatientes que se alisten serán investidos de las prerrogativas militares."

La Cámara ha proclamado la urgencia de esta proposi-

ciones de guerra y vosotros lo rehusáis en el momento en que el enemigo se aproxima.

"El Ministro (presidente del Consejo de Estado).—Queréis probablemente organizar las fuerzas del país. Nosotros también. Pero nosotros queremos poner las armas de que disponemos, y son numerosas, en manos de los más capaces de emplearlas. Nosotros queremos la concentración y vosotros el fraccionamiento de las fuerzas...

"Picard.—Armad la Guardia Móvil, sea. Armad la Guardia Nacional, sea. Pero, ¿habéis visto un país, un país invadido por el enemigo, en el que se diga a los ciudadanos: "Vosotros no tenéis el derecho de comprar un arma; si el armero os la vende, es él quien habrá violado la ley"?

"Julio Favre.—¿Se quiere poder condenarnos, aun en el presente, si tomamos armas para defendernos? En cuanto a mí, os declaro que si mantenéis esa ley, yo la violaré.

"El Ministro.—Me parece que la cuestión no implica una tal animación.

"Julio Favre.—¿Queréis que permanezcamos tranquilamente hasta que los prusianos estén en París?"

La proposición del señor Julio Favre fué rechazada por la mayoría de 184 votos contra 61, izquierda y centro izquierda. (Bakunin.)

ción, sin duda porque un sentimiento de decencia le impide obrar de otro modo. Pero es seguro que la rechazará como ha rechazado, en la misma sesión, la proposición de abolir las leyes que prohiben la venta y la tenencia de armas, si un golpe de Estado de Trochu, Thiers y Gambetta no la disuelve o no la aterroriza previamente.

Veis que eso se ha convertido en una convicción de todos los espíritus serios y sinceros que quieren la salvación de Francia, *que Francia no puede ser salvada más que por la sublevación espontánea, completamente libre de la tutela de la Administración, del Gobierno, del Estado, cualquiera que sea la forma de ese Estado o de ese Gobierno.*

Y para probarlo más todavía, voy a citaros la notable carta dirigida recientemente por el general francoamericano Cluseret al general Palikao:

Bruselas, 20 de agosto de 1870.

General, no he recibido respuesta a mi despacho de Ostende del 20 de agosto (despacho por el cual Cluseret ofrecía sus servicios). Estoy más afligido que asombrado. Las desconfianzas y los prejuicios militares no son oportunos. Vuestro sistema militar ha realizado punto por punto mis tristes previsiones... [crítica del sistema militar en Francia]. No podéis remediar los defectos de vuestro sistema y reparar vuestros desastres más que introduciendo un elemento nuevo en la lucha, elemento terrible que derrotará la táctica prusiana, el elemento voluntario. Yo conozco a fondo ese elemento, lo he practicado en Francia, en Italia, en América; sé lo que de él se puede esperar y temer. *Es un error creer que no puede realizar lo que ha sobrepasado a las fuerzas de las tropas llamadas regulares. Las verdaderas tropas regulares, en una lucha semejante, son los voluntarios. Pero por voluntarios no hay que entender los reclutas voluntarios incorporados al ejército, porque entonces no serán más que conscriptos* [es decir, malos soldados, he ahí todo]. *Incorporados a la antigua organización, serán víctimas, como sus precursores. Organizad* [yo diría: Dejad libre y espontáneamente organizarse] *el elemento voluntario por batallones, como hicieron nuestros padres; dejadle nombrar sus oficiales y hacer, diseminado, una guerra de posición. Confiad a su audacia y a su iniciativa el obrar sobre las líneas de comunicación del enemigo, arruinando sus aprovisionamientos y sublevando las provincias conquistadas. Allí está el peligro ahora para el enemigo. En cuanto a vuestros generales y a vuestro ejército, dejadlos en la reserva* [los puntos de apoyo] *de estas bandas entusiastas* [revolucionarias] *y veréis el resultado inmediato. He visto esto en América y he quedado asombrado. El instinto hizo más que el estudio y la ciencia...*, etc. Ciertamente, me es más desagradable ofrecerle mis servicios que a usted el aceptarlos. Pruebe que su patriotismo iguala al mío, aceptándolos.

General Cluseret.

Si el general Cluseret es verdaderamente el hombre enérgico y revolucionario que se dice, no ofrecerá más sus servicios a un gobierno cualquiera de Francia —y todo gobierno es centralizador— que tenga la pretensión de organizar él mismo, de tutelar y de dirigir la defensa del país, debiendo necesariamente perder al país. Reunirá los voluntarios franceses en Bélgica —no dejará de haberlos— y los armará bien o mal, poniéndose a su cabeza, pasará la frontera belga a pesar de la aduana y de las tropas belgas que la cubren en este instante y, dando el ejemplo a todos, se pondrá a predicar, no con palabras solamente —el tiempo de las palabras ha pasado—, sino con actos. Porque únicamente la iniciativa espontánea de los revolucionarios audaces puede salvar al país.

* * *

Creo haber demostrado, un poco ampliamente quizás, pero con un razonamiento y un desarrollo de hechos irrefutables, que Francia no puede ser salvada por el mecanismo gubernamental, aunque ese mismo mecanismo pasara a manos de Gambetta.

Supongo el mejor caso, el del triunfo de Gambetta con Thiers y Trochu en París. Yo deseo ahora ese triunfo de todo corazón, no porque espere que, *apoderándose de la potencia del Estado, de esa potencia de acción del mecanismo administrativo,* ante la cual el incorregible Thiers se ha maravillado tanto en la sesión del 26 de agosto, puedan hacer algo de bueno para Francia, sino precisamente porque tengo la firme convicción de que la fuerza misma de las cosas, tanto como su deseo sincero de salvar la patria, les demostrarán pronto que no pueden servirse de él; de suerte que, después de haberlo roto en manos de los bonapartistas, se verán forzados, conforme a las proposiciones de Esquiros, de Jouvencel y del general Cluseret, *a aniquilarlo por completo, dando la iniciativa de la acción a todas las comu-*

nas revolucionarias de Francia, emancipadas de todo gobierno y de toda tutela, y por consiguiente llamadas a formar una nueva organización, federándose entre sí para la defensa.

* * *

30 de agosto.

He razonado hasta aquí en la suposición más favorable, la del triunfo de Gambetta. Pero no es del todo seguro que se realice, y hoy menos que nunca, porque se ha hecho evidente que los bonapartistas, no sólo han vuelto a tomar confianza y valor, sino que se sienten ya bastante fuertes para desenmascarar su juego y para recurrir a la amenaza. Es opinión general en París que meditan un golpe de Estado. La correspondencia parisién del *Bund*, órgano semioficial de la Confederación suiza, arroja sobre esos pensamientos tenebrosos una viva, y yo pienso que juiciosa, luz. Voy a citaros algunos extractos:

"París, 25 de agosto.—Los imperialistas razonan así: "En " el caso más desgraciado, el Emperador podrá abdicar en " favor de su hijo, pagar algunos miles de millones a los "prusianos y arrasar las fortalezas de Metz y de Estras-"burgo".

Estas concesiones, estas condiciones de paz, parecen estar seriamente meditadas por los bonapartistas, puesto que el *Daily Telegraph*, en un artículo reproducido por el *Journal de Genève*, las recomienda mucho. Yo no dudo, en mi modo de pensar, que Bismarck piensa seriamente en tratar con Napoleón, porque Napoleón sólo es capaz de hacer cobardes concesiones a Prusia. Los orleanistas no pueden, bajo pena de deshonrarse y de hacerse imposibles. En cuanto a los republicanos, aun los más moderados y los más razonables, no consentirán nunca en tratar con Bismarck, en tanto que quede un solo soldado prusiano en Francia. Su posición es tal, que están forzados a dejarse aplastar más bien por los escombros de París que hacerle la menor concesión. Es evidente que el Gobierno bonapartista, sea de Napoleón, sea de su hijo, es el que puede únicamente firmar

un tratado de paz deshonroso y desastroso para Francia. Y se le ve hoy aferrarse al Poder de tal modo, que no se puede dudar de que sea capaz y de que no se prepare ya a hacerlo. ¿Quién sabe si no han sido ya emprendidas conversaciones preliminares secretas entre Napoleón, Eugenia y Bismarck? Yo lo creo aún capaz de entregar París a los prusianos, de tal manera su posición se ha hecho desesperada, y porque es bastante pillo y bastante cobarde para querer salvarse a todo precio. La posición de Bismarck no es tampoco segura. Si París toma en serio su defensa, si toda Francia se subleva delante y detrás de los ejércitos prusianos, estos últimos, a pesar de la potencia formidable que desarrollan actualmente, podrán muy bien encontrar su tumba en Francia. Bismarck, el Rey de Prusia y el general Moltke lo saben muy bien; son hombres demasiado serios para no comprenderlo. Su venganza debe de estar plenamente satisfecha, han humillado bastante al Emperador de los franceses y no se sacrificarán al vano placer de aniquilarlo todo, con todas las inmensas ventajas que han obtenido, quizás el porvenir mismo del imperio alemán en general y de la potencia prusiana en particular. Por una parte, tienen ante sí la gloria de una conquista todavía muy poco segura y que deberán pagar en todos los casos con inmensos sacrificios en dinero y en hombres. Por otra parte, una paz tan triunfal como ellos no hubieran soñado al principio de la campaña, el reembolso de todos los gastos de la guerra, quizás también la Alsacia y la Lorena, que sólo Napoleón III y la señora Eugenia serán capaces de cederle y se encontrarán en la posición de poder ceder —sea en nombre del emperador actual, sea en nombre de su hijo, menor de edad—, la constitución del Imperio germánico y la hegemonía de Alemania, incontestable y sólidamente establecida; en fin, la sumisión de Francia, por una docena de años al menos; porque nadie podrá garantizarles esta sumisión mejor y más sinceramente que Napoleón III o su hijo. Es cierto que si sobrevive y conserva su poder después de esta guerra, después de la paz desastrosa y deshonrosa que habrá firmado y que reducirá a Francia al estado de segunda potencia, Napoleón III, primero, después su hijo, serán de tal modo despreciados y detestados por Francia, que tendrán necesidad de la protección directa de Prusia para mante-

nerse en el trono, como Víctor Manuel tuvo hasta aquí necesidad de la asistencia especial de Francia para conservar su corona.

Es cierto e incontestable, pues, que ningún soberano ni ningún gobierno de Francia podrá concederles tantas ventajas y seguridades como la dinastía de los Bonaparte. ¿Se puede dudar, después de esto, que Bismarck *piense en tratar con Napoleón y en no tratar más que con él, es decir, en conservarle si es preciso en el trono de Francia?* Queda por saber si Napoleón III y la señora Eugenia son cobardes hasta el punto de aceptar y de firmar semejantes condiciones. ¿Quién puede dudarlo? ¿Es que hay un límite a su infamia? Es preciso ser bien ingenuo verdaderamente para pensar que se detendrán ante una o aun ante diez traiciones contra Francia, cuando esas traiciones se hagan necesarias para la conservación de su corona. Más vale ser un vasallo coronado de Bismarck que un emperador escarnecido, expulsado y quizás ahorcado. Estad bien seguros, queridos amigos: *Francia está ya vendida a Bismarck por Napoleón III, y Bismarck no marcha hacia París más que para volver a poner a Napoleón III, o a su hijo, bajo la maternal protección de la interesante Eugenia, en el trono.*

En cuanto a mí, estoy seguro y convencido de que este tratado secreto (acaso concluído ya, o en vías de ser concluído —¿qué sé yo?—, quizás por intermedio de la corte italiana, que se agita mucho y que está directamente interesada), de que esta seguridad de ser protegidos y sostenidos por Bismarck, es principalmente la gran causa de la resurrección inesperada de la confianza y de la arrogancia creciente y cada vez más amenazadora de los bonapartistas.

Después de larga digresión, dejo de nuevo hablar al *Bund:*

"El general Trochu y Thiers piensan hoy que lo mejor es dejar llegar los prusianos a los muros de París, sin librarles batalla. Los imperialistas, al contrario, quieren absolutamente una batalla para la salvación de la dinastía. Trochu está mal con la Emperatriz; pero, por el contrario, cuenta con la simpatía de la Guardia Móvil. Los más notables patriotas y republicanos firman una comunicación a Trochu. Siguiendo el ejemplo del príncipe Napoleón, que ha puesto en seguridad su persona en Florencia, y su familia en Piamonte, *los hombres ricos de París comienzan a enviar sus tesoros ya a Bélgica ya a Inglaterra.* Temen una resistencia desesperada de la población de París y la resolución de Trochu, que en la defensa de París parece dispuesto a recurrir en caso de necesidad a las barricadas de junio y a hacer saltar barrios enteros de París. *Rouher ha traído aquí de Reims, donde ha visitado al Emperador enfermo, un plan desesperado de defensa y de acción contra los que ellos llaman los prusianos del interior* (los orleanistas y los republicanos). Palikao lo adoptó. Favre, Gambetta y Thiers han atacado vivamente al Imperio en el Comité secreto (el 24 ó el 25). "¡La hora actual es tan terrible —dicen ellos— que el país no puede ser salvado más que por el poder reunido de la Cámara, de Palikao y de Trochu!" [Yo admiro esta mezcla]. Los bonapartistas están dispuestos a defenderse incondicionalmente. Los miembros de la izquierda se creen seriamente amenazados. En otros círculos también se espera un golpe de Estado bonapartista; *se organiza, dícese, una defensa del país exclusivamente decembrista.* Se comenzará por detener a Trochu y a los diputados de la izquierda, a los que se denunciará a la mayoría de la Cámara y al país como traidores. Palikao tiene en sus manos las direcciones de todos los habitantes considerados peligrosos. Se ha detenido ya a centenares de republicanos y de socialistas, a periodistas también."

"París, 26 de agosto. — El *Journal des Debats* da cuenta de una conspiración bonapartista y del golpe de Estado. Protesta contra el hecho de que los ultrabonapartistas (Rouher, Schneider, Baroche, Persigny) vayan todos los días a tomar parte en los consejos de ministros y declara que ese Gabinete exclusivamente bonapartista no inspira ninguna confianza al país y paraliza todos los esfuerzos patrióticos de la Cámara. La derecha ha rechazado ayer una proposición de abolir o de suspender las leyes que prohiben la tenencia y la venta de armas. Prefiere entregar París a los prusianos antes que armar al pueblo. La derecha había querido acusar y arrestar al general Trochu, después de haber rehusado presentar su dimisión a la Emperatriz. La Guardia Nacional tuvo noticias de esta intención e hizo una ruidosa manifestación de simpatía al general Trochu, completamente republicana. Desde ayer, la Emperatriz hace de

nuevo la corte a Trochu, el cual se presta a ello, haciendo probablemente cara de dejarse engatusar. Se quiere impedirle a toda costa que pase la revista de los ochenta mil hombres de la Guardia Nacional, temiendo demostraciones simpáticas para Trochu, pero contrarias al Imperio. Habiendo aconsejado un estadista bien conocido al Emperador que se pusiera a la cabeza de un regimiento de caballería y se precipitase ante las bayonetas de los prusianos, Napoleón III contestó, retorciéndose el bigote: "Sería muy " hermoso para la Historia; pero no estoy del todo tan " muerto como los buenos parisienses quieren creer. Vol" veré a París, no para rendir cuentas, sino para exigirlas a "los que han perdido a Francia: a Ollivier, que nos ha hecho " tanto mal con su parlamentarismo, y a los diputados de la " izquierda que, cercenando el presupuesto del ejército, nos " han entregado al país y a mí a Prusia".

"Rouher, después de su vuelta de Reims, trabaja ahora en el sentido de esas mismas ideas con Palikao y con todos los jefes de la derecha. Los imperialistas están llenos de esperanza, aguardan convencidos la victoria, que será la disolución o al menos la suspensión de la Cámara, a pesar de que Schneider mismo —se dice— sea contrario a ello."

Una correspondencia de la *Independence Belge*, fechada en París el 27 de agosto, anuncia la intención del Emperador de refugiarse tras el Loira, en Bourges, y concentrar allí el Gobierno. *La Liberté* (del 28 de agosto) habla también del proyecto de trasladar el Gobierno, no a Bourges, sino a Tours.

Este proyecto parece ser una amenaza muy seria. Parece combinarse con la formación de un ejército tras el Loira, ejército cuyo comando será sin duda confiado a un bonapartista probado. Aparece más amenazador aún en presencia de la agitación bonapartista de los campesinos, larga y sistemáticamente fomentada por los prefectos, subprefectos, consejos generales y consejos de distrito, alcaldes, jueces de paz, gendarmes, guardas rurales, maestros de escuela y curas y sacristanes en todos los puntos de Francia.

Para mí, es evidente que Napoleón III quiere apoyarse ahora en dos fuerzas: Bismarck, en el exterior, y los campesinos sublevados en su favor, en el interior. De este modo, para salvar su corona, después de haber precipitado a Francia en el abismo, quiere arruinarla, destruir su última esperanza y su último medio de salvación (hablo aquí desde el punto de vista del Estado): la sublevación en masa, unánime del pueblo francés contra la invasión extranjera. Quiere substituirla, en este momento terrible y en presencia incluso de esa invasión, con la guerra civil entre el campo y las ciudades de Francia. No me asombraría, de ningún modo, de que el Ministerio actual, ministerio bonapartista y ultramontano, inspirado por Napoleón III, por Eugenia y por los jesuítas a un mismo tiempo, quiera evidentemente consumar la ruina de Francia alimentando el proyecto de armar a los campesinos contra las ciudades, dejando a los obreros desarmados, oprimidos por el estado de sitio y entregados sin defensa a la barbarie reaccionaria de los campesinos. *Será ese un terrible peligro y únicamente la revolución social tal como nosotros la entendemos podrá desviarlo y transformarlo para Francia en un medio de salvación. Volveré más tarde sobre esto.*

* * *

Tales son los proyectos actuales del Emperador, de la Emperatriz y de su partido. Apoyados en ese ejército nuevo que se organiza detrás del Loira y que sin duda se organiza de modo que esté bien consagrado al Imperio; apoyados al mismo tiempo en las simpatías artificialmente caldeadas de los campesinos, y entendiéndose por otro lado en secreto con Bismarck, los bonapartistas serán capaces de entregar París a este último, y después acusarán a la población de esta ciudad y a los diputados radicales de haber hecho traición.

Bismarck no podrá imponer a Napoleón III o IV a Francia, a París. Pero Napoleón III, sostenido por ese ejército del Loira, que no será bueno probablemente más que para defenderlo contra la indignación de las ciudades francesas, y por los campesinos, a quienes se habrá amotinado contra el patriotismo de las ciudades, podrá tratar con Bismarck después que este último haya tomado y desarmado a París. A menos que no surja una energía sobrenatural, de que no

creo ya capaz al pueblo francés, Francia en este caso estará perdida.

He ahí por qué yo, revolucionario socialista, deseo de todo corazón, ahora, la alianza del jacobino Gambetta con los orleanistas Thiers y Trochu —sólo esa alianza puede aterrar la conspiración bonapartista en París—. He aquí por qué desea ahora que la dictadura colectiva de Gambetta, de Thiers y de Trochu se apodere lo más pronto del Gobierno, y digo lo más pronto porque cada día es precioso, y si derrochan uno solo inútilmente están perdidos. Pienso que todo esto va a resolverse en tres o cuatro días. Teniendo con ellos la Guardia Nacional, la Guardia Móvil y la población de París, pueden incontestablemente apoderarse del Poder, si están unidos, si poseen la decisión necesaria, si son hombres. Me asombra que no lo hayan hecho hasta el presente. Los bonapartistas tienen con ellos toda la Policía y la Guardia Municipal, que constituyen, creo, una fuerza bastante respetable. Es probable que se proponga detener a los miembros de la izquierda y a Trochu durante la noche, como hicieron en diciembre. En todo caso, este estado de cosas no puede durar, y recibiremos uno de estos días la noticia de un golpe de Estado bonapartista, o bien la de un golpe de Estado más o menos revolucionario.

Es claro que, en el primer caso, la salvación no podrá venir más que de una revolución provincial. Pero también en el segundo sólo de ella podrá venir.

Resumiré aquí en pocas palabras los argumentos de que me he servido para probarlo en esta larga carta.

Si Gambetta, a quien tomo aquí por la personificación del partido jacobino, triunfa, aun en las circunstancias más favorables para él, no podrá:

Ni reformar constitucionalmente el sistema de administración actual;

Ni cambiar completamente, ni de una manera sensible y un poco eficaz, el personal, pues la reforma constitucional de este sistema no puede hacerse más que por una Constituyente cualquiera, y no puede ser terminada en pocas semanas. No hay necesidad de probar que la convocatoria de una Constituyente es imposible y que no se debe perder ni una semana, ni un solo día. En cuanto al cambio del personal, para efectuarlo de un modo serio, será necesario poder encontrar en pocos días cien mil nuevos funcionarios, con la certidumbre de que estos nuevos funcionarios serán más inteligentes, más enérgicos, más honestos y más abnegados que los funcionarios actuales. Basta enunciar esta exigencia, esta necesidad, para hacer ver que su realización es imposible.

Por lo tanto, no quedarán a Gambetta más que dos salidas:

O bien resignarse a servirse de la Administración esencialmente bonapartista, y que será un arma envenenada contra él mismo y contra Francia en sus manos, lo que equivale, en las circunstancias presentes, a la ruina total, al sometimiento, al aniquilamiento de Francia;

O bien romper por completo esa máquina administrativa y gubernamental sin intentar reemplazarla por otra y dar por eso mismo la libertad completa de iniciativa, de movimiento y de organización a todas las provincias, a todas las comunas de Francia, lo que equivale a la disolución del Estado, a la revolución social.

Destruyendo la máquina administrativa, Gambetta se priva él mismo, su Gobierno priva a París del único medio que tenía para gobernar a Francia. Después de haber perdido el mando oficial, la iniciativa por decretos, París no conservará más que la iniciativa del ejemplo, y no la conservará aún sino en el caso solamente de que por su fuerza moral, por la energía de sus resoluciones y por la consecuencia revolucionaria de sus actos, se ponga realmente a la cabeza del movimiento nacional, lo que no es del todo probable. Esto me parece imposible por las siguientes razones:

1.ª La alianza forzada de Gambetta con Thiers y Trochu;

2.ª Su propio jacobinismo, su moderantismo republicano, así como el de todos sus amigos y de su partido;

3.ª La necesidad política, para París, en interés de su propia defensa, de no chocar demasiado, ni asustar los prejuicios y los sentimientos del ejército, cuya existencia le es absolutamente necesaria;

4.ª En fin, la imposibilidad evidente para París de ocuparse ahora del desarrollo y de la aplicación práctica de las ideas revolucionarias, debiendo concentrarse todas las energías y todos los espíritus necesariamente en la defensa

exclusiva. París, sitiado, se transformará en una inmensa ciudad de guerra. Toda su población formará un inmenso ejército, disciplinado por el sentimiento del peligro y por las necesidades de la defensa. Pero un ejército no razona y no hace revoluciones, se bate.

5.ª París, absorbido por el único interés y por el único pensamiento de su defensa, será incapaz por completo de dirigir y de organizar el movimiento nacional de Francia. Si pudiese tener esta pretensión absurda, ridícula, mataría el movimiento, y por consiguiente sería deber de Francia, de las provincias, el desobedecerle en interés supremo de la salvación nacional. Lo único y lo mejor que París podría hacer en interés de su propia salvación, es proclamar y provocar la absoluta independencia y espontaneidad de los movimientos provinciales, y si París olvida o descuida hacerlo, por cualquier razón que sea, *el patriotismo manda a las provincias levantarse y organizarse espontáneamente, independientemente de París,* para la salvación de Francia y de París mismo.

Resulta de todo eso, de una manera evidente, que si Francia puede aún ser salvada, no es más que por la sublevación espontánea de las provincias.

* * *

¿Esta sublevación es posible? Sí, si los obreros de las grandes ciudades provinciales, como Lyon, Marsella, Saint-Etienne, Ruán y muchas otras más, tienen sangre en las venas, cerebro en la cabeza, energía en el corazón y fuerza en los brazos; si son hombres vivos, revolucionarios socialistas y no socialistas doctrinarios. *Sólo los obreros de las ciudades pueden salvar hoy a Francia.*

No hay que contar con la burguesía. He desarrollado ampliamente el porqué. Los burgueses no ven, no comprenden nada fuera del Estado, fuera de los medios regulares del Estado. El máximo de su ideal, de su imaginación, de su abnegación y de su heroísmo, *es la exageración revolucionaria de la potencia y de la acción del Estado,* en nombre de la salvación pública. Pero he demostrado suficientemente que el Estado en esta hora y en las circunstancias actuales —con los bismarckianos en el exterior y los bonapartistas en el interior—, lejos de poder salvar a Francia no puede más que perderla y matarla.

Lo que únicamente puede salvar a Francia, en medio de los terribles, de los mortales peligros exteriores e interiores que la amenazan actualmente, *es la sublevación espontánea, formidable, apasionada, enérgica, anárquica, destructiva y salvaje de las masas populares en todo el territorio de Francia.* Estad convencidos: fuera de esto, no hay salvación para vuestro país. Si no os sentís capaces de ello, renunciad a Francia, renunciad a toda libertad, bajad la cabeza, doblad vuestras rodillas y convertíos en esclavos; esclavos de los prusianos; esclavos de los Bonaparte, virreyes prusianos; víctimas de los campesinos amotinados y armados contra vosotros, y preparaos y resignaos, vosotros que sois ya tan desgraciados y tan miserables, a un porvenir de sufrimiento y de miseria como jamás os habéis imaginado hasta el presente.

Es cierto que la burguesía no es capaz. Para ella será el fin del mundo, la muerte de toda la civilización. *Se arreglará mejor con la dominación de los prusianos y de los Bonaparte que con la sublevación de la barbarie popular,* esta igualación violenta, este barrido despiadado y completo de todos los privilegios económicos y sociales. Se encontrará en la clase burguesa, y principalmente en el Partido Radical, un número bastante considerable de jóvenes impulsados por la desesperación del patriotismo que se unirá al movimiento socialista de los obreros; pero no tomarán nunca, ni podrán tomar la iniciativa. Su educación, sus prejuicios, sus ideas se oponen a ello. Por otra parte, han perdido igualmente el elemento, el temperamento dantoniano, no se atreven ya a atreverse. Este temperamento no existe tampoco en ninguna categoría de la clase burguesa. ¿Existe en el mundo obrero? Toda la cuestión está ahí.

Pues, sí, yo creo que existe, a pesar del *doctrinarismo* y de la retórica socialistas que se han desarrollado considerablemente durante los últimos años en las masas obreras, quizás no sin una cierta influencia de la Internacional misma.

Yo creo que en esta hora, en Francia, y probablemente también en todos los demás países, no existen más que

dos clases capaces de tal movimiento: *los obreros y los campesinos.* No os asombréis de que hable de los campesinos. Los campesinos, aun los franceses, no pecan más que por ignorancia, no por falta de temperamento. No habiendo usado ni abusado de la vida, no habiendo sido emponzoñados por la acción deletérea de la civilización burguesa, que no pudo más que rozar apenas su superficie, han conservado todo el temperamento enérgico, toda la naturaleza del pueblo. La propiedad, el amor y el goce, no de los placeres, sino de la ganancia, los ha hecho considerablemente egoístas, es verdad; pero no han disminuído su odio instintivo contra los *lindos señores,* y sobre todo contra los propietarios burgueses, que gozan de los frutos de la tierra sin producirlos con el trabajo de sus brazos. Por otra parte, el campesino es profundamente patriota, nacional, porque siente el culto de la tierra, una pasión por la tierra, y nada será más fácil, pienso yo, que sublevarlo contra esos invasores extranjeros que quieren arrancar dos inmensos territorios a Francia.

Es claro que para sublevarlos y para arrastrar a los campesinos será necesario hacer uso de gran prudencia, en el sentido de que hay que guardarse bien, al hablarles, de emplear esas ideas y esas palabras que ejercen una acción omnipotente sobre las masas obreras de las ciudades, pero que explicadas desde hace mucho tiempo a los campesinos por todos los reaccionarios posibles, desde los propietarios nobles o burgueses hasta el funcionario del Estado y el sacerdote, en un sentido que detestan y que suena en sus oídos como una amenaza, no dejarían de producir sobre ellos el efecto contrario al que se desea. No; es preciso emplear con ellos primeramente el lenguaje más sencillo, el que corresponde más a sus propios instintos y a su entendimiento. En las aldeas donde el amor platónico y ficticio al Emperador existe realmente en el estado de prejuicio y de hábito apasionado, no hay que hablar contra el Emperador. Es preciso aniquilar de hecho el poder del Estado, del Emperador, sin decir nada contra él, arruinando la influencia, la organización oficial y, en tanto que sea posible, destruyendo las personas mismas de los funcionarios del Emperador: alcalde, juez de paz, cura, gendarme, guardia rural, a los que no será posible *septembrizar,* pienso yo, sublevando contra ellos a los campesinos. Hay que decirles que se trata sobre todo de expulsar a los prusianos de Francia —cosa que comprenderán perfectamente, porque son patriotas, lo repito una vez más— y que para eso conviene armarse, organizarse en batallones voluntarios y marchar contra ellos; pero que antes de marchar importa, siguiendo el ejemplo de las ciudades, que se han libertado de todos los haraganes explotadores y que han confiado la guardia de las ciudades a hijos del pueblo, a buenos obreros, importa que se deshagan ellos también de todos los *lindos señores* que cansan, deshonran y explotan la tierra, sin cultivarla con sus brazos, sino con los brazos ajenos. Luego es preciso hacerles desconfiar de los personajes de la aldea, de los funcionarios y siempre que sea posible, del cura mismo. Que tomen lo que les agrade en la iglesia y en las tierras de la iglesia, que se apoderen de toda la tierra del Estado, tanto como de la de los ricos propietarios haraganes que no valen para nada. Además, hay que decirles que, puesto que los pagos están en todas partes suspendidos, es necesario también que suspendan los suyos —pago de deudas privadas, de los impuestos y de las hipotecas—, hasta el perfecto restablecimiento del orden. Que de otro modo, todo ese dinero, pasando por manos de los funcionarios, quedaría en ellas o bien iría a parar a manos de los prusianos. Después de eso, que marchen contra los prusianos, pero que se organicen antes entre sí, que se federen, aldea con aldea, y con las ciudades también, para asegurarse mutuamente y para defenderse contra los prusianos del exterior así como contra los del interior.

He ahí, según mi idea, el único modo eficaz de obrar sobre los campesinos, en el sentido de la defensa del país contra la invasión prusiana, pero también al mismo tiempo, en el de la destrucción del Estado, en las comunas rurales mismas, donde se encuentran principalmente sus raíces, y por consiguiente en el sentido de la revolución social.

Unicamente por semejante propaganda, sólo por la revolución social así entendida, es como se puede luchar contra el espíritu reaccionario de los campos, y como se llegará a vencerlo y a transformarlo en un espíritu revolucionario.

Las pretendidas simpatías bonapartistas de los campesi-

nos franceses no me inquietan del todo. Es un síntoma superficial del instinto socialista, desviado por la ignorancia y explotado por la malevolencia; un sarampión que no resistirá a los remedios heroicos del socialismo revolucionario. Los campesinos no darán ni su tierra, ni su dinero, ni su vida, para conservar el poder de Napoleón III; pero darán voluntariamente la vida y los bienes de los otros, porque detestan a esos otros. Tienen en el más alto grado el odio completamente socialista de los hombres del trabajo contra los hombres del ocio, contra los lindos señores. Y notad que en ese asunto deplorable, en que los campesinos de una comuna de Dordoña acabaron por quemar un joven y noble propietario, la disputa comenzó con estas palabras pronunciadas por un campesino: "¡Ah, lindo señor, usted queda tranquilamente en casa porque es rico, tiene dinero y envía a los pobres a la guerra! ¡Pues bien, nosotros iremos a su casa, y que se nos vaya a buscar allí!" En estas palabras se puede ver la viva expresión del rencor hereditario del campesino contra el propietario rico, mas de ninguna manera el deseo fanático de sacrificarse y de hacerse matar por el Emperador; al contrario, el deseo natural de escapar al servicio militar.

No es la primera vez que un gobierno explota el odio natural de los campesinos contra los ricos propietarios y contra los ricos burgueses. Así fué como, a fines del siglo último, el cardenal Ruffo, de sangrienta memoria, sublevó a los campesinos de Calabria contra los liberales del reino de Nápoles que habían instituído una república a la sombra de la bandera republicana de Francia. En el fondo, la sublevación dirigida por Ruffo no era más que un movimiento socialista. Los campesinos calabreses comenzaron por saquear los castillos, y al llegar a las ciudades saquearon las casas de los burgueses, pero no tocaron al pueblo. En 1846, los agentes del príncipe Metternich sublevaron del mismo modo los campesinos de Galitzia contra los nobles señores y propietarios polacos que meditaban una sublevación patriótica; pero, antes que él, la emperatriz Catalina de Rusia, había hecho matar millares de nobles polacos por los campesinos en Ucrania. Por fin, en 1863, el Gobierno ruso, siguiendo este doble ejemplo, suscitó una "jacquerie" en Ucrania y en una parte de Lituania contra los patriotas polacos pertenecientes en su mayor parte a la clase nobiliaria. Veis, pues, que los gobernantes, esos protectores oficiales y patentados del orden público y de la seguridad de las propiedades y de las personas, no han dejado nunca de recurrir a semejantes medidas, cuando ellas son convenientes a su conservación. Se hacen revolucionarios por necesidad, y explotan, desvían a su favor, las *malas* pasiones, las pasiones socialistas. ¿Y nosotros, revolucionarios socialistas, no podremos apoderarnos de esas mismas pasiones para dirigirlas hacia el fin verdadero, hacia un fin conforme a los instintos profundos que las excitan? Estos instintos, lo repito, son profundamente socialistas, porque son los de todo hombre de trabajo contra todos los explotadores del trabajo, y todo el socialismo elemental, natural y real está ahí. El resto, los diferentes sistemas de organización económica y social, todo eso no es más que un desarrollo experimental y más o menos científico —y, por desgracia también, demasiado a menudo doctrinario— de ese instinto primitivo y fundamental del pueblo.

Si queremos verdaderamente ser prácticos; si, cansados de sueños, queremos hacer la revolución, es preciso que comencemos por librarnos nosotros mismos de una cantidad de prejuicios doctrinarios nacidos en el seno de la burguesía y pasados desgraciadamente en proporción demasiado grande de la clase burguesa al proletariado mismo de la ciudad. El obrero de las ciudades, más instruído que el campesino, demasiado a menudo lo desprecia y habla de él con un desdén completamente burgués. Pero nada encoleriza tanto como el desdén y el desprecio, lo que hace que el campesino responda al desprecio del trabajador de las ciudades con el odio. Y es una gran desgracia, porque este desprecio y ese odio dividen al pueblo en dos grandes partes, de las cuales cada una paraliza y anula a la otra. Entre esas dos partes no hay en realidad ningún interés contrario, no hay más que un inmenso y funesto error, que es preciso hacer desaparecer a todo precio.

El socialismo más instruído, más civilizado —y por eso mismo en parte y en cierto modo más burgués— de las ciudades, desconoce y desprecia el socialismo primitivo, natural y mucho más salvaje de los campos, y desconfía de él; quiere contenerlo siempre, oprimirlo en nombre incluso de

la igualdad y de la libertad, lo que provoca, naturalmente, en el socialismo del campo un profundo desconocimiento del socialismo de las ciudades, al que confunde con el burguesismo de las ciudades. El campesino considera al obrero como el criado y el soldado del burgués, y lo desprecia y lo detesta como tal. Y lo detesta hasta el punto de convertirse él mismo en el soldado y en el servidor ciego de la reacción.

Tal es el antagonismo fatal que ha paralizado hasta aquí todos los esfuerzos revolucionarios de Francia y de Europa. El que quiera el triunfo de la revolución social, debe ante todo resolverlo. Puesto que las dos partes no están divididas más que por una confusión, es preciso que una de ellas tome la iniciativa de la explicación y de la conciliación. La iniciativa pertenece de derecho a la parte más instruída; por consiguiente, pertenece a los obreros de las ciudades. Los obreros de las ciudades, para llegar a una conciliación, deben darse antes cuenta ellos mismos de la naturaleza de los agravios que tienen contra los campesinos. ¿Cuáles son sus agravios principales?

Hay tres: *El primero* es que los campesinos son ignorantes, supersticiosos y beatos, y que se dejan dirigir por los sacerdotes. *El segundo* es que son fieles al Emperador. *El tercero* es que son partidarios testarudos de la propiedad individual.

Es verdad que los campesinos franceses son perfectamente ignorantes. Pero, ¿es por falta suya? ¿Es que se intentó nunca darles escuelas? ¿Es esta una razón para despreciarlos y maltratarlos? Pensando así, los burgueses, que son infinitamente más sabios que los obreros, tendrán el derecho de despreciar o de maltratar a estos últimos; y nosotros conocemos muchos burgueses que lo dicen y que fundan en esa superioridad de instrucción su derecho al dominio, y que deducen para los obreros el deber de la subordinación. Lo que constituye la grandeza de los obreros ante los burgueses, no es su instrucción, que es pequeña, es el instinto y la representación real de la justicia, que son incontestablemente grandes. Pero, ¿es que ese instinto de la justicia les falta a los campesinos? Mirad bien; bajo formas sin duda diferentes, lo encontraréis en ellos, íntegro. Encontraréis en ellos, al lado de su ignorancia, un profundo buen sentido, un admirable refinamiento y esa energía de trabajo que constituye el honor y la salvación del proletariado.

Los campesinos —decís— son supersticiosos y beatos, y se dejan dirigir por los sacerdotes. Su superstición es el producto de su ignorancia, artificial y sistemáticamente mantenida por todos los gobiernos burgueses. Y, por otra parte, no son del todo tan supersticiosos y tan beatos como queréis decir; son sólo sus mujeres las que lo son; pero las mujeres de los obreros, ¿están bien libres, verdaderamente, de las supersticiones y de las doctrinas de la religión católica y romana? En cuanto a la influencia y a la dirección de los sacerdotes, no la sufren más que en apariencia sólo, tanto como lo reclama la paz interior y en lo que no contradice a sus intereses. Esta superstición no les ha impedido, después de 1789, comprar los bienes de la Iglesia confiscados por el Estado, a pesar de la maldición lanzada por la Iglesia, tanto sobre los vendedores como sobre los compradores. De donde resulta que, para matar definitivamente la influencia de los sacerdotes en los campos, la revolución no tiene que hacer más que una cosa: poner en contradicción los intereses de los campesinos con los de la Iglesia.

He oído siempre con pena, no sólo a los jacobinos revolucionarios, sino también a socialistas educados más o menos en la escuela de Blanqui, y desgraciadamente aún a algunos de nuestros amigos íntimos que han sufrido indirectamente la influencia de esta escuela, avanzar esa idea completamente *antirrevolucionaria* de que será preciso que la futura política anule por decreto todos los cultos públicos y ordene igualmente por decreto la expulsión violenta de todos los sacerdotes. Primeramente, yo *soy enemigo absoluto de la revolución por decretos*, que es una consecuencia y una aplicación de la idea de *Estado revolucionario*, es decir de *la reacción que se oculta tras las apariencias de la revolución*. Al sistema de los decretos revolucionarios, *opongo el de los hechos revolucionarios*, el único eficaz, consecuente y verdadero. El sistema autoritario de los decretos, queriendo *imponer* la libertad y la igualdad, las destruye. *El sistema anárquico de los hechos, las provoca y las suscita de un modo infalible, sin necesidad de la intervención de una violencia oficial o autoritaria cualquie-*

ra. El primero llega necesariamente al triunfo final de la franca reacción. El segundo establece sobre bases naturales e inquebrantables la revolución.

Así, en este ejemplo, si se ordena por decreto la abolición de los cultos y la expulsión de los sacerdotes, podéis estar seguros de que los campesinos menos religiosos tomarán partido por el culto y por los sacerdotes, aunque no fuese más que por espíritu de contradicción, y porque un sentimiento legítimo natural, base de la libertad, se rebela en el hombre contra toda medida impuesta, bien que tenga la libertad por fin. Se puede, pues, estar seguro de que, si las ciudades cometiesen la tontería de *decretar* la abolición de los cultos y la expulsión de los sacerdotes, los campos tomarán partido por los sacerdotes, se rebelarán contra las ciudades y se convertirán en un instrumento terrible en manos de la reacción. Pero, ¿es que hay que dejar a los sacerdotes y su potencia en pie? De ningún modo. Hay que obrar contra ellos del modo más enérgico, pero no porque son sacerdotes, ministros de la religión católica romana, *sino porque son agentes de Prusia;* en los campos, como en las ciudades, no hace falta que exista una autoridad cualquiera, aunque fuese un Comité revolucionario de salvación pública, que los ataque, *es preciso que sean las poblaciones, en la ciudad los obreros, en el campo los campesinos mismos, los que obren rigurosamente contra ellos,* mientras que la autoridad revolucionaria aparentará protegerlos en nombre de su respeto por la libertad de conciencia. Imitemos, pues, un poco la prudencia de nuestros adversarios. Ved, todos los gobiernos tienen la palabra libertad en la boca, mientras que sus hechos son reaccionarios. Que las autoridades revolucionarias no hagan frases; pero, manteniendo un lenguaje tan moderado, tan pacífico como sea posible, que *hagan* la revolución.

Es todo a la inversa de lo que las autoridades revolucionarias, en todos los países, han hecho hasta el presente: han sido muy a menudo excesivamente enérgicas y revolucionarias en su lenguaje y muy moderadas, por no decir muy reaccionarias, en sus actos. Se puede aún decir que *la energía del lenguaje, la mayor parte del tiempo, les ha servido de máscara para engañar al pueblo, para ocultarle la debilidad y la inconsecuencia de sus actos.* Hay hombres, muchos hombres, en la burguesía sediciente revolucionaria que, pronunciando algunas palabras demagógicas, creen hacer la revolución, y que después de haberlas pronunciado, y precisamente porque las han pronunciado, se creen con permiso para cometer actos de debilidad, inconsecuencias fatales, actos de pura reacción. Nosotros, que somos revolucionarios en toda la extensión de la palabra, hagamos todo lo contrario. Hablemos poco de revolución, pero hagámosla mucho. Dejemos ahora a otros la tarea de desarrollar teóricamente los principios de la revolución social, y contentémonos con aplicarlos ampliamente, *con encarnarlos en los hechos.*

Aquellos entre nuestros aliados y amigos que me conocen bien, se asombrarán quizás de que yo emplee ahora este lenguaje, yo, que he teorizado tanto, y que me he mostrado siempre un guardián celoso y feroz de los principios. ¡Ah, es que los tiempos han cambiado! Entonces, no hace aún un año, no preparábamos la revolución, que unos creíamos más próxima, otros más lejana, y ahora, digan lo que quieran los ciegos, estamos en plena revolución. Entonces, era absolutamente necesario mantener en alto la bandera de los principios teóricos, exponer claramente esos principios en toda su pureza, a fin de formar un partido, por poco numeroso que fuera, pero compuesto únicamente de hombres sincera, plena y apasionadamente asociados a esos principios, de modo que cada uno en tiempo de crisis pudiese contar con los demás. Ahora no se trata ya de reclutar. Hemos logrado formar bien o mal un pequeño partido, pequeño por el número de hombres que se adhieren a él con conocimiento de causa, inmenso si se tienen en cuenta los adherentes instintivos, si se tienen en cuenta las masas populares de las que representa mejor que otro alguno las necesidades. Ahora debemos embarcarnos todos juntos en el océano revolucionario y desde aquí en adelante debemos propagar nuestros principios, no ya con palabras, *sino con hechos, porque esa es la más popular, la más potente y la más irresistible de las propagandas.* Callemos algunas veces nuestros principios cuando la política, es decir, nuestra impotencia momentánea ante una gran potencia contraria, lo exija; *pero seamos siempre despiadada-*

mente consecuentes en los hechos. La salvación de la revolución está en eso.

La principal razón por la que todas las autoridades revolucionarias del mundo han hecho tan poca revolución, *es que han querido siempre hacerla por sí mismas, por su propia autoridad y por su propia potencia,* lo que no ha dejado nunca de llegar a dos resultados: primero, a restringir excesivamente la acción revolucionaria, porque es imposible, aun para la autoridad revolucionaria más inteligente, más enérgica, más franca, abarcar muchas cuestiones e intereses a la vez, pues toda dictadura, tanto individual como colectiva, es necesariamente muy limitada, muy ciega e incapaz de penetrar en las profundidades y de abarcar toda la amplitud de la vida popular, lo mismo que es imposible para el más poderoso barco medir la profundidad y la amplitud del océano; y, además, porque todo acto de autoridad y de potencia oficial, legalmente impuesta, despierta necesariamente en las masas un sentimiento de rebeldía, la reacción.

¿Qué deben, pues, hacer las autoridades revolucionarias —y procuremos que haya las menos posible—, qué deben hacer para extender y organizar la revolución? Deben, no hacerla por sí mismas mediante decretos, sino provocarla en las masas. No deben imponer una organización cualquiera, sino suscitar la organización autónoma de abajo a arriba, trabajar bajo cuerda, con ayuda de la influencia personal sobre los individuos más inteligentes y más influyentes de cada localidad, para que esa organización esté todo lo conforme posible con nuestros principios. El secreto de nuestro triunfo está en eso.

Que este trabajo encuentra inmensas dificultades, ¿quién puede dudarlo? Pero, ¿se piensa que la revolución es un juego de niños y que se puede hacer sin vencer dificultades innumerables? Los revolucionarios socialistas de nuestros días no tienen nada o casi nada que imitar de los revolucionarios jacobinos de 1793. La rutina revolucionaria les perdería. Deben trabajar en lo vivo, han de crearlo todo.

Vuelvo a los campesinos. He dicho ya que su pretendido apego al Emperador no me causa de ningún modo miedo. No es profundo, no es real. No es más que una expresión

negativa de su odio a los señores y a los burgueses de las ciudades. Ese apego no podrá resistir a la revolución social.

El último y el principal agravio de los obreros contra los campesinos es la avaricia de estos últimos, su grosero egoísmo y su apego a la propiedad individual de la tierra. Los obreros que les reprochan todo eso deberán preguntarse primero: ¿Y quién no es egoísta? ¿Quién en la sociedad actual no es avaro, en el sentido de que retiene con furor el poco bien que ha podido reunir y que le garantiza, en la anarquía económica actual y en esta sociedad que no tiene piedad para los que mueren de hambre, su existencia y la existencia de los suyos? Los campesinos no son comunistas, es verdad, temen, odian el reparto, porque tienen algo que conservar, al menos en la imaginación, y la imaginación es una gran potencia de que generalmente no se hace bastante caso en la sociedad. Los obreros, cuya inmensa mayoría no poseen nada, tienen infinitamente más propensión hacia el comunismo que los campesinos; nada más natural: el comunismo de los unos es tan natural como el individualismo de los otros —no hay por qué vanagloriarse por eso, ni por qué despreciar a los demás—, pues son unos como otros, con todas sus ideas y sus pasiones, los productos de los medios diferentes que los han engendrado. Y aún más, los obreros mismos, ¿son todos comunistas?

No se trata de ensalzar a los campesinos ni de denigrarlos, *se trata de establecer una línea de conducta revolucionaria que aparte la dificultad y que no sólo impida que el individualismo de los campesinos los impulse al terreno de la reacción, sino que, al contrario, sirva para hacer triunfar la revolución.*

Recordad vosotros, queridos amigos, *y repetidlo cien veces, mil veces en el día, que del establecimiento de tal línea de conducta depende absolutamente el resultado: el triunfo o la derrota de la revolución.*

Convendréis conmigo que no es ya tiempo de convertir a los campesinos por la propaganda teórica. Quedaría, pues, fuera del medio que propongo, sólo uno: *el del terrorismo de las ciudades contra los campos.* Es el medio por excelencia elegido por todos nuestros amigos, los obreros de

las grandes ciudades de Francia, que no se dan cuenta de que han tomado este instrumento de revolución —iba a decir de reacción— en el arsenal del jacobinismo revolucionario, y de que, si tienen la desgracia de servirse de él, se matarán a sí mismos, más que esto, matarán la misma revolución. Porque ¿cuál será la consecuencia inevitable, fatal? Todas las poblaciones del campo, diez millones de campesinos, se irán del otro lado de la barrera y reforzarán con sus masas formidables e invencibles el campo de la reacción.

Bajo este aspecto, como bajo muchos otros aún, considero como una verdadera felicidad para Francia y para la revolución social universal, la invasión de los prusianos. Si esta invasión no hubiese tenido lugar, y si la revolución en Francia se hubiese hecho sin ella, los socialistas franceses mismos hubieran intentado todavía una vez —y ésta por su propia cuenta— hacer una revolución de Estado. Esto sería perfectamente ilógico, sería fatal para el socialismo; pero hubiesen ciertamente tratado de hacerlo, de tal modo están aún penetrados e influídos de los principios del jacobinismo. Por consiguiente, entre otras medidas de salvación pública decretadas por una Convención de los delegados de las ciudades, habrían tratado, sin duda alguna, de imponer el comunismo o el colectivismo a los campesinos. Habrían sublevado y armado toda la masa de los campesinos contra ellos, y, para reprimir su rebeldía, se verían obligados a recurrir a una inmensa fuerza armada, bien organizada, bien disciplinada. Darían un ejército a la reacción, y engendrarían, formarían reaccionarios militares, generales ambiciosos en su propio seno. Con la máquina estatal reforzada, tendrían pronto el maquinista del Estado, el dictador, el emperador. Todo esto sucedería infaliblemente, porque está en la lógica, no en la imaginación caprichosa de un individuo, sino en la lógica de las cosas, y esa lógica no se engaña nunca.

Por suerte, hoy, los acontecimientos mismos forzarán a los obreros a abrir los ojos y a renunciar a ese sistema fatal, que han tomado de los jacobinos. Deberían ser locos para querer hacer, en las circunstancias presentes, terrorismo contra los campos. Si el campo se subleva ahora contra las ciudades, las ciudades, y Francia con ellas, estarían perdidas. Los obreros lo comprenden, y es eso en parte lo que explica la apatía, la inercia, la inacción y la tranquilidad increíbles, vergonzosas, de las poblaciones obreras de Lyon, de Marsella y de otras grandes ciudades de Francia, en un momento supremo, tan terrible, en que únicamente la energía de todos los habitantes de Francia puede salvar la patria, y con la patria el socialismo francés. Los obreros de Francia han perdido su pobre latin. Hasta este momento habían sufrido mucho con su propio sufrimiento, pero todo lo demás: su ideal, sus esperanzas, sus ideas, sus imaginaciones políticas y sociales, sus planes y proyectos prácticos, soñados más bien que meditados para un próximo porvenir, todo eso lo han tomado mucho más en los libros, en las teorías corrientes y sin cesar discutidas, que en una reflexión espontánea basada en la experiencia y en la vida. De su existencia y de su experiencia diarias, han hecho continuamente abstracción, y no se han habituado a sacar de ellas sus inspiraciones, sus pensamientos. Su pensamiento está alimentado de una cierta teoría aceptada por tradición, sin crítica, pero con plena confianza, y esta teoría no es otra que el sistema político de los jacobinos modificado más o menos para el uso de los socialistas revolucionarios. Ahora, esta teoría de la revolución ha hecho bancarrota, pues su base principal, la potencia del Estado, se ha derrumbado. En las circunstancias actuales, la aplicación del método terrorista, tan estimado por los jacobinos, se ha hecho imposible. Y los obreros de Francia, que no conocen otros, se han desorientado. Se dice con mucha razón que es imposible hacer terrorismo oficial, regular y legal y emplear medios coercitivos contra los campesinos; que es imposible instituir el Estado revolucionario, un Comité de salvación pública central para toda Francia en un momento en que la invasión extranjera no está sólo en la frontera, como en 1792, sino en el corazón de Francia, a dos pasos de París. Ven derrumbarse toda la organización oficial, desesperan con razón de poder crear otra, y, no comprendiendo la salvación, ellos, revolucionarios, fuera del orden público, no comprendiendo, ellos, hombres del pueblo, la potencia y la vida en lo que la gente oficial de todos los colores, desde la flor de lis hasta el rojo subido, llama *la anarquía*, se cru-

zan de brazos y se dicen: Estamos perdidos, Francia está perdida.

Pues no, queridos amigos, no está perdida, si vosotros mismos no queréis perderos, si sois hombres, si tenéis temperamento, verdadera pasión en vuestros corazones, si queréis salvaros. No podéis salvar a Francia por el orden público, por la potencia del Estado. Todo eso, gracias a los prusianos, lo digo como buen socialista, no es más que ruina al presente. No podéis salvarla tampoco por la exageración revolucionaria del poder público, como hicieron los jacobinos en 1793. Pues bien, *salvadla por la anarquía.* Desencadenad esa anarquía popular en los campos como en las ciudades, agrandadla hasta el punto de que ruede como una avalancha furiosa que lo devore, que lo destruya todo: enemigos y prusianos. Es un medio heroico y bárbaro, lo sé. Pero es el último y en lo sucesivo el único posible. Fuera de él, no hay salvación para Francia. Todas las fuerzas regulares están disueltas, no le queda más que la energía salvaje y desesperada de sus hijos, que deben escoger entre la esclavitud por la civilización burguesa o la libertad por la barbarie política del proletariado.

¿No es una magnífica posición para los socialistas sinceros, y han soñado jamás una probabilidad semejante? ¡Ah, amigos míos! Tratad de estar sólo a la altura de las circunstancias que se desarrollan alrededor de vosotros: es el Estado que se derrumba, es el mundo burgués que se va. ¿Quedaréis en pie, enérgicos y llenos de confianza, creadores de un mundo nuevo, en medio de esas ruinas, o bien os dejaréis enterrar por ellas? ¿Bismarck se convertirá en vuestro amo, os convertiréis en esclavos de los prusianos, que son a su vez esclavos de su rey, o bien extenderéis el incendio socialista revolucionario a Alemania, a Europa, al mundo entero? He ahí lo que se decide en este momento supremo; he ahí lo que depende exclusivamente en esta hora de los obreros de Francia. ¿Tienen corazón en sus pechos o no?

Vuelvo a mis queridos campesinos. No he creído nunca que, aun en las circunstancias más favorables, los obreros puedan jamás tener el poder de imponerles la comunidad o bien la colectividad; y jamás lo he deseado, porque aborrezco todo sistema impuesto, porque amo sincera y apasionadamente la libertad. Esta falsa idea y esta esperanza liberticida constituyen la aberración fundamental del comunismo autoritario que, porque tiene necesidad de la violencia regularmente organizada, tiene necesidad del Estado, y que, porque tiene necesidad del Estado, concluye necesariamente en la reconstitución del principio de autoridad y de una clase privilegiada del Estado. No se puede imponer la colectividad más que a los esclavos, y entonces el colectivismo se convierte en la negación de la humanidad. En un pueblo libre, la colectividad no podrá imponerse más que por la fuerza de las cosas, no por la imposición de lo alto, sino por el movimiento espontáneo de abajo, libre y necesariamente a la vez, cuando las condiciones del individualismo privilegiado: la política del Estado, los códigos criminal y civil, la familia jurídica y el derecho de herencia, barridos por la revolución, hayan desaparecido.

Será preciso estar loco, he dicho ya, para intentar imponer a los campesinos, en las circunstancias actuales, una cosa u otra; sería hacerlos seguramente enemigos de la revolución; sería arruinar la revolución. ¿Cuáles son los principales agravios de los campesinos, las principales causas de su odio disimulado y profundo contra las ciudades?

1.ª Los campesinos se sienten despreciados por las ciudades y el desprecio de que se es objeto se convierte en odio pronto, aun en los niños, y no se perdona jamás.

2.ª Los campesinos se imaginan, *no sin muchas razones, sin muchas pruebas y experiencias históricas en apoyo de esa idea, que las ciudades quieren dominarlos, gobernarlos, explotarlos frecuentemente e imponerles siempre un orden político de que ellos no se preocupan.*

3.ª Los campesinos, además, consideran a los obreros de las ciudades como los *del reparto,* y temen que los socialistas vayan a confiscar su tierra, a la que aman sobre todas las cosas.

¿Qué deben, pues, hacer los obreros para vencer esta desconfianza y esta animosidad de los campesinos contra ellos? Primeramente, deben cesar de testimoniarles su desprecio, cesar de despreciarlos. Eso es necesario para la salvación de la revolución y de ellos mismos, porque el odio de los campesinos constituye un inmenso peligro. Si no

hubiese esta desconfianza y este odio, la revolución habría sido hecha desde hace mucho tiempo, porque la animosidad que existe desgraciadamente entre los campos y las ciudades constituye en todos los países la base y la fuerza principal de la reacción. Por consiguiente, en interés de la revolución que debe emanciparlos, los obreros deben cesar de testimoniar ese desprecio a los campesinos. Deben hacerlo también por justicia, porque verdaderamente no tienen ninguna razón para despreciarlos ni para detestarlos. Los campesinos no son parásitos, son también rudos trabajadores. Sólo que trabajan en condiciones diferentes. He ahí todo. En presencia del burgués explotador, el obrero debe sentirse hermano del campesino.

El señor León Gambetta, en la carta notablemente ridícula que acaba de dirigir al *Progrès* de Lyon (1) preten-

(1) No puedo dejar de añadir algunas observaciones sobre esta carta, que he leído con tanta más atención cuanto que emana del jefe más o menos reconocido hoy del Partido Republicano en París, del hombre que con Thiers y Trochu es considerado como el árbitro de los destinos de la Francia invadida por los prusianos. No he tenido nunca en gran concepto a Gambetta, pero confieso que esta carta me lo ha mostrado todavía más insignificante y más pálido de lo que me lo había imaginado. Ha tomado muy en serio su papel de republicano moderado, prudente, razonable, y en un instante terrible como este, en el momento en que Francia se derrumba y perece y en que nada podrá ser salvado más que si todos los franceses tienen el diablo en el cuerpo, el señor Gambetta encuentra el tiempo y la inspiración necesaria para escribir una carta en que comienza por declarar que se propone "mantener dignamente la misión de *oposición democrática gubernamental*". Habla luego del "*programa a la vez republicano y conservador* que se ha trazado desde 1869": el de "hacer predominar la política deducida del sufragio universal (pero entonces es la del plebiscito de Napoleón III), demostrar que, en las circunstancias actuales, la República es en lo sucesivo la condición misma de la salvación para Francia y del equilibrio europeo; que no hay seguridad, paz, progreso, más que en las instituciones republicanas *sabiamente* practicadas (como en Suiza). *Que no se puede gobernar a Francia contra las clases medias,* no se puede *dirigirla* sin mantener *una generosa alianza con el proletariado*. (Generosa ¿de parte de quién?, sin duda de parte de la burguesía). La forma republicana es la única que permite una armoniosa conciliación entre las justas aspiraciones de los trabajadores y el *respeto de los derechos sagrados de la propiedad*. El justo medio es una política trasnochada. El cesarismo es la más ruinosa, la más desastrosa de las soluciones. El *jacobinismo* es una palabra ridícula y malsana. Unicamente la *democracia racional, positivista* (¡oíd al charlatán!) puede conciliarlo, organizarlo, fecundarlo todo. (Veamos cómo). 1789 ha traído los principios (no todos, ¡lejos de eso!; los principios de la libertad burguesa, sí; pero los de la igualdad, los de la libertad del proletariado, no); 1792 los hizo triunfar (¡y por eso, sin duda, Francia es libre!); 1848 les ha dado la sanción del sufragio universal (¿en junio, sin duda?). Es la generación actual la que debe realizar la forma republicana (como en Suiza) y conciliar sobre la base de la justicia (¿qué justicia?, ¿la justicia jurídica, sin duda?) y del principio electivo, los derechos del ciudadano y las funciones del Estado, en una sociedad progresiva y libre. *Para llegar a ese fin, son necesarias dos cosas: suprimir el miedo de los unos y calmar las desconfianzas de los otros. Llevar la burguesía hacia la democracia y el pueblo a la confianza en sus hermanos mayores*". (¿Por qué no a la confianza en la nobleza, que es todavía más vieja que la burguesía?)

Gambetta, al escribir esta carta, ha querido evidentemente hacer un acto

de que la guerra actual puede ayudar a la reconciliación de la burguesía con el proletariado, uniendo a estas dos clases en un esfuerzo patriótico común. Yo ni lo creo ni lo deseo de ningún modo. Pero lo que deseo y espero de todo corazón es que esta guerra, el peligro inmenso que amenaza aplastar y consumir a Francia, tenga por efecto inmediato confundir realmente al pueblo de las ciudades con el del campo, los obreros con los campesinos, en una acción común. Esa será verdaderamente la salvación de Francia. Y no dudo de la posibilidad, de la pronta realización de esa unión, porque sé que el campesino es profundamente, instintivamente patriota. Una vez que se haya gritado bien alto, más alto que lo hacen y que pueden hacerlo la Administración actual y los diarios de la burguesía: "¡Francia está en peligro; los prusianos saquean y matan al pueblo; exterminemos a los prusianos y a todos los amigos de los prusianos!", los campesinos franceses se levantarán y marcharán fraternalmente al lado de los obreros de las ciudades de Francia.

Marcharán con ellos tan pronto como se hayan convencido de que los obreros de las ciudades no pretenden imponerles su voluntad, ni un orden político y social cualquiera, inventado por las ciudades, para la gran felicidad del campo; tan pronto como hayan adquirido la seguridad de que los obreros no tienen ninguna intención de tomarles sus tierras.

Y bien, es de toda necesidad hoy que los obreros renuncien realmente a esa pretensión y a esa intención; que renuncien de modo que los campesinos lo sepan y queden completamente convencidos. Los obreros deben renunciar a ellas, porque, aunque esa pretensión y esa intención pa-

político: habituar a la burguesía a la palabra *república*. Pero ¿no habría sido todavía más político en este momento de peligro supremo, en lugar de escribir cartas semejantes, hacer un acto de virilidad —para servirme de una expresión favorita de Gambetta— y derribar a un Gobierno que traiciona y que pierde ostensiblemente a Francia, de modo que cada instante de poder que se le deja se convierte en un crimen de lesa nación de parte de aquellos que tienen el deber y la posibilidad de derribarlo y que no lo derriban probablemente porque temen perder su reputación de prudencia? Verdaderamente, cuanto más considero estas gentes, más las desprecio. Su patriotismo, su civismo, su indignación se disipan en frases, y son tan enérgicos en palabras que no les queda fuerza para la acción. El momento es terrible. Muy probablemente, MacMahon está derrotado y es rechazado hacia Bélgica. Unos días más y París será sitiado por un ejército de ochenta mil hombres. Y ¿entonces? Si las provincias no se levantan, Francia está perdida. (Bakunin.)

recieran realizables, serían soberanamente injustas y reaccionarias, y ahora que su realización se ha hecho imposible, no constituirían ni más ni menos que una criminal locura.

¿Con qué derecho impondrán los obreros a los campesinos una forma determinada de gobierno o de organización económica? Con el derecho de la revolución, se dice. Pero la revolución no es ya revolución cuando obra despóticamente y cuando en lugar de provocar la libertad en las masas, provoca en ellas la reacción. El medio y la condición, si no el fin principal de la revolución, es el aniquilamiento del principio de autoridad en todas sus manifestaciones posibles, es la abolición, la destrucción completa y violenta por necesidad del Estado, porque el Estado, hermano menor de la Iglesia, como lo ha demostrado bien Proudhon, es la consagración histórica de todos los despotismos, de todos los privilegios, la razón política de todas las servidumbres económicas y sociales, la esencia misma y el centro de toda reacción. Cuando en nombre de la revolución se quiere hacer Estado, aunque no sea más que Estado provisional, se hace reacción y se trabaja por el despotismo, no por la libertad: por la institución del privilegio contra la igualdad.

Esto es claro como el día. Pero los obreros socialistas de Francia, educados en las tradiciones políticas de los jacobinos, no han querido comprenderlo jamás. Ahora estarán forzados a comprenderlo, por suerte para la revolución y para ellos mismos. ¿De dónde procede esta pretensión tan ridícula como arrogante, tan injusta como funesta, de imponer su ideal político y social a diez millones de campesinos que no lo quieren? Es evidentemente aún una herejía burguesa, un legado político del revolucionarismo burgués. ¿Cuál es el fundamento, la explicación, la teoría de esta pretensión? Es la superioridad pretendida o real de la inteligencia, de la instrucción, en una palabra, de la civilización obrera sobre la civilización de los campos. Pero ¡sabed que con un tal principio se pueden legitimar todas las conquistas, consagrar todas las opresiones! Los burgueses no han tenido nunca otro para probar su misión y su derecho de gobernar o, lo que quiere decir lo mismo, de explotar al mundo obrero. De nación a nación, tanto como de

clase a clase, este principio fatal y que no es otro que el de autoridad, explica y presenta como un derecho todas las invasiones y todas las conquistas. Los alemanes, ¿no se han servido siempre de él para excusar todos sus atentados contra la libertad y contra la independencia de los pueblos y para legitimar la germanización violenta y forzada? Es, dicen, la conquista de la civilización sobre la barbarie. Tened cuidado, los alemanes comienzan a creer ya que la civilización germánica, protestante, es muy superior a la civilización católica de los pueblos de raza latina en general y a la civilización francesa en particular. Tened cuidado que no se imaginen pronto que tienen la misión de civilizaros y de haceros dichosos, como vosotros os imagináis tener la misión de civilizar y de emancipar forzosamente a vuestros compatriotas, los campesinos de Francia. Para mí, una y otra pretensión son igualmente odiosas y os declaro que, tanto en las relaciones internacionales como en las relaciones de clase a clase, estaré siempre de parte de los que se quiera civilizar por este procedimiento. Me rebelaré con ellos contra todos estos civilizadores arrogantes, llámense obreros o alemanes, y rebelándome contra ellos serviré a la revolución contra la reacción.

Pero si es así, se dirá, ¿es preciso abandonar a los campesinos ignorantes y supersticiosos a todas las influencias y a todas las intrigas de la reacción? De ningún modo. Hay que matar la reacción en los campos, como hay que matarla en las ciudades. Mas para llegar a este fin, no basta decir: queremos matar la reacción; hay que matarla, es preciso extirparla, y no se la extirpa con decretos. Al contrario —y lo pruebo con la Historia en la mano—, los decretos y en general todos los actos de la autoridad no extirpan nada; eternizan lo que quieren matar.

¿Qué se desprende de aquí? *No pudiendo imponer la revolución en los campos, es preciso producirla allí, provocando el movimiento revolucionario de los campesinos mismos, impulsándoles a destruir con sus propias manos el orden público, todas las instituciones políticas y civiles y a constituir, a organizar en los campos la anarquía.*

Para esto no hay más que un medio: el de hablarles e impulsarles vivamente *en la dirección de sus propios instintos*. Aman la tierra. ¡Que tomen toda la tierra y que

expulsen a los propietarios que la explotan por el trabajo ajeno!

No tienen ningún placer en el pago de las hipotecas, de los impuestos. ¡Que no los paguen! ¡Que los que no se preocupan de pagar sus deudas privadas no estén ya obligados a pagarlas! En fin, detestan la conscripción. ¡Que no estén forzados a dar soldados!

Y ¿quién combatirá a los prusianos? No temáis nada, cuando los campesinos hayan sentido vivamente, cuando hayan palpado, por decirlo así, las ventajas de la revolución, para defenderla darán más dinero y hombres de los que pueda sacar la acción regular, aun exagerada del Estado. Los campesinos harán contra los prusianos hoy lo que hicieron en 1792. Es preciso sólo que tengan el diablo en el cuerpo, y únicamente la revolución anárquica es la que puede producir este fenómeno.

Pero dejándoles repartir entre ellos las tierras que hayan arrancado a los propietarios burgueses, ¿no se establece sobre un fundamento más sólido y nuevo la propiedad individual? No, porque la consagración jurídica y política del Estado le faltará, el Estado y toda la constitución jurídica, la defensa de la propiedad por el Estado, comprendidos en ella el derecho de familia y el derecho de herencia, deben necesariamente desaparecer en el inmenso torbellino de la anarquía revolucionaria. No habrá más derechos, ni políticos ni jurídicos, no habrá más que hechos revolucionarios.

¡Pero eso será la guerra civil! —diréis vosotros—. Al no estar ya garantizada la propiedad individual por ninguna autoridad superior, y no estando defendida ya más que por la sola energía del propietario, cada cual querrá posesionarse del bien ajeno; los más fuertes saquearán a los más débiles. Mas, ¿quién impedirá a los más débiles asociarse entre sí para robar a su vez a los más fuertes?

Sí, eso será la guerra civil. Pero, ¿por qué estigmatizáis, por qué teméis tanto la guerra civil? Yo os pregunto, con la Historia en la mano, ¿es de la guerra civil o bien del orden público impuesto por una autoridad tutelar cualquiera de donde salieron los grandes pensamientos, los grandes caracteres y las grandes naciones? Por haber tenido la suerte de evitar la guerra civil durante veinte años, ¿no habéis caído tan bajo, vosotros, gran nación, que no constituye para

los prusianos más que un bocado? Para volver al campo, ¿preferís más ver vuestros diez millones de campesinos unidos como un solo hombre, en una masa unánime y compacta contra vosotros, por el odio que les inspirarán vuestros decretos y vuestras violencias revolucionarias, o bien divididos por esa revolución anárquica, que os permitirá formar entre ellos una fuerza poderosa? Pero ¿no veis que los campesinos están tan atrasados, precisamente, porque la guerra civil no ha dividido aún el campo? Las masas compactas son rebaños humanos, poco apropiados para el desenvolvimiento y la propaganda de las ideas. La guerra civil, al contrario, dividiendo esa masa en partidos diferentes, crea las ideas, creando intereses y aspiraciones diversos. El alma, los instintos humanos, no faltan en el campo, lo que falta allí es el espíritu. Pues bien, la guerra civil les dará ese espíritu.

La guerra civil abrirá ampliamente el campo a vuestra propaganda socialista y revolucionaria. Tendréis, lo repito, tendréis lo que no tenéis todavía entre los campesinos, un partido, y podréis organizar ampliamente allí el verdadero socialismo, la colectividad inspirada, animada por la más completa libertad; la organizaréis de abajo arriba, por la acción espontánea, *pero al mismo tiempo obligada por la fuerza de las cosas, de los campesinos mismos.* Haréis entonces verdadero socialismo revolucionario.

No temáis que la guerra civil, la anarquía, concluya en la destrucción de los campos. Hay en toda sociedad humana un gran fondo de instinto conservador, una fuerza colectiva de inercia que la salvaguarda contra todo peligro de aniquilamiento, y que hace precisamente la acción revolucionaria, el progreso, tan lentos y tan difíciles. La sociedad europea, hoy, en las ciudades como en el campo, pero en el campo todavía más que en las ciudades, se ha adormecido completamente; ha perdido toda energía, todo vigor, toda espontaneidad de pensamiento y de acción, bajo la égida del Estado. Algunas decenas de años más en esa situación y ese sueño puede convertirse en la muerte. Pero he aquí que, gracias a los prusianos, el Estado francés se va al diablo, se derrumba. Ninguna fuerza puede ya salvarlo, y menos podrá salvaros a vosotros; si no os salváis vosotros mismos, por vuestra energía natural, estáis perdidos.

Lo repito una vez más: es una posición magnífica; mas para aprovecharla hay que tener el poder de abarcar todo el conjunto y el valor de afrontar todas las consecuencias. Su consecuencia principal es la de hundiros en la anarquía. Pues bien, vosotros debéis decir que la anarquía es, y debéis hacer que sea, vuestra fuerza, vuestra arma, y habéis de organizarla como una potencia.

No temáis que los campesinos, al cesar de ser contenidos por la autoridad pública y por el respeto al derecho criminal y civil, se devoren mutuamente. Tratarán quizás de hacerlo al comienzo, pero no tardarán en convencerse de la imposibilidad material de persistir en ese camino, y entonces procurarán entenderse, transigir y organizarse entre ellos. La necesidad de comer y de alimentar a sus hijos, y por consiguiente la necesidad de laborar la tierra y de continuar todos los trabajos de los campos, la necesidad de garantizar sus casas, sus familias y su propia vida contra los ataques imprevistos, todo esto les forzará indudablemente y pronto a entrar en la vía de los arreglos mutuos. Y no creáis tampoco que en estos arreglos dirigidos fuera de toda tutela oficial, por la sola fuerza de las cosas, los más fuertes y los más ricos ejerzan una influencia dominante. La riqueza de los ricos, que no será ya garantizada por las leyes, cesará de ser una potencia. Los campesinos ricos no son poderosos hoy más que porque son particularmente protegidos y halagados por los funcionarios del Estado y porque se apoyan en el Estado. Una vez desaparecido el Estado, ese apoyo y su potencia desaparecerán también. En cuanto a los más astutos, a los más fuertes, serán anulados por la potencia colectiva de la masa, del gran número de los pequeños y de los más pequeños campesinos, así como por los proletarios de los campos, masa hoy sometida, reducida al sufrimiento mudo, pero a quien la anarquía revolucionaria dará vida y animará de un irresistible poder.

En fin, no digo que los campos que se reorganicen así, de abajo arriba, libremente, crearán desde el primer momento una organización ideal, conforme en todos los puntos a la que nosotros imaginamos, a la que nosotros soñamos. De lo que estoy convencido es de que será una organización viva, mil veces superior y más justa que la que existe actualmente, y, por lo demás, abierta a la propaganda activa de las ciudades, por una parte, y, por otra, no pudiendo ser fijada, ni, por decirlo así, petrificada por la protección del Estado, ni por la de la ley —puesto que no habrá ya ni ley ni Estado—, podrá progresar libremente y perfeccionarse de un modo indefinido, pero siempre vivo y libre, nunca decretado ni legalizado, hasta llegar, en fin, a un punto tan razonable como se puede desear y esperar en nuestros días.

Como la vida y la acción espontánea, suspendidas durante siglos por la acción, por la absorción omnipotente del Estado, serán devueltas a las comunas por la abolición del Estado, es natural que cada comuna tomará por punto de partida de su desenvolvimiento nuevo, no el estado intelectual y moral en que la ficción oficial la supone, sino el estado real de su civilización, y como el grado de civilización real es muy distinto entre las diversas comunas de Francia, tanto como entre las de Europa, resultará necesariamente una gran diferencia de desenvolvimiento, lo que tendrá por consecuencia, quizás, primero, la guerra civil de las comunas entre sí; después, inevitablemente, el acuerdo mutuo, la armonía, el equilibrio establecido en ellas. Habrá ahí un camino natural y un mundo nuevo.

Pero esa guerra civil, aunque fuese ventajosa desde todos los puntos de vista posibles, esa lucha interior entre los habitantes de cada comuna, aumentada con la lucha de las comunas entre sí, ¿no paralizará la defensa de Francia, no la entregará a los prusianos?

De ningún modo. La Historia nos prueba que nunca las naciones se sintieron tan poderosas en el exterior como cuando se sintieron profundamente agitadas y perturbadas en el interior, y que, al contrario, nunca fueron tan débiles como cuando aparecían unidas bajo una autoridad o en un orden armonioso cualquiera. En el fondo, nada es más natural, porque la lucha es la vida y la vida es la fuerza. Para convenceros no tenéis más que comparar dos épocas, o aun cuatro épocas de vuestra Historia: primero, la Francia salida de la Fronda y desarrollada, aguerrida por las luchas de la Fronda, bajo la juventud de Luis XIV, con la Francia de su vejez, con la monarquía fuertemente establecida, unificada, pacificada por el gran rey, la primera resplandeciente de victorias, la segunda marchando de derrota en

derrota a la ruina. Comparad también la Francia de 1792 con la Francia actual. La Francia de 1792 y de 1793 estaba propiamente desgarrada por la guerra civil; el movimiento, la lucha, una lucha a vida o muerte, se multiplicaba, se reproducía en todos los puntos de la República. Y sin embargo, Francia rechazó victoriosamente la invasión de casi todas las potencias de Europa. En 1870, la Francia unida y pacificada por el Imperio, es batida por los ejércitos de Alemania y se muestra de tal modo desmoralizada que se debe temblar por su existencia. Para desvirtuar estas dos pruebas históricas podréis, sin duda, citarme el ejemplo de la Prusia y la Alemania actuales, que no están desgarradas, ni una ni otra, por ninguna guerra civil, que se muestran, al contrario, singularmente resignadas y sometidas al despotismo de su soberano y que, sin embargo, desarrollan hoy una potencia formidable. Pero este hecho excepcional se explica por dos razones particulares, de las cuales una no puede aplicarse a la Francia actual: la primera es la pasión unitaria que desde hace cincuenta años no hizo más que crecer en detrimento de todas las otras pasiones y de todas las otras ideas de esa desgraciada nación germánica. La segunda es la sabia perfección de su mecanismo administrativo. En cuanto a la pasión unitaria, en cuanto a esa pasión inhumana y liberticida de convertirse en una gran nación, en la primera nación del mundo, Francia la experimentó igualmente en su tiempo. Esa pasión, semejante a esas fiebres furiosas que dan momentáneamente al enfermo una fuerza extraordinaria, sobrehumana, salvo el agotarlo pronto totalmente y hacerle caer luego en una postración completa, esa pasión, después de haber engrandecido a Francia por un corto espacio de tiempo, la hizo concluir en una catástrofe de que se ha repuesto aún tan poco, cincuenta y cinco años después de la batalla de Waterloo, que sus desgracias presentes no son, según mi opinión, más que una recaída, una repetición de esa catástrofe, y como un segundo golpe de apoplejía que matará ciertamente el organismo político del Estado. Pues bien, Alemania es trabajada hoy precisamente por esa misma fiebre, por esa misma pasión de grandeza nacional que Francia había experimentado en todas sus fases hace sesenta o setenta años, y que, a causa de eso mismo, se ha hecho hoy incapaz de agitarla y de electri-

zarla. Los alemanes, que se creen hoy el primer pueblo del mundo, están atrasados en sesenta años por lo menos en comparación a Francia, atrasados hasta el punto que la *Staatzeitung*, la gaceta oficial de Prusia, se permite mostrarles en un próximo futuro, como recompensa de su abnegación heroica, "el establecimiento de un gran imperio alemán fundado sobre el temor de Dios y sobre la verdadera moral". Traducid esto en buen lenguaje católico y tendréis el imperio soñado por Luis XIV. Sus conquistas, de que están tan orgullosos actualmente, les harán retroceder dos siglos. Por esto, todo lo que hay de inteligencia honesta y verdaderamente liberal en Alemania —sin hablar ya de los demócratas socialistas—, comienza a inquietarse seriamente por las consecuencias fatales de sus propias victorias. Unas semanas más de sacrificios semejantes a los que debieron hacer hasta aquí, mitad por la fuerza, mitad por la exaltación, y la fiebre comenzará a decaer; su decadencia será rápida. Los alemanes contarán sus pérdidas en dinero y en hombres, las compararán con las ganancias obtenidas, y entonces, el rey Federico Guillermo y Bismarck, su inspirador, su ministro, darán gracias si salen con buenas. He aquí por qué es absolutamente indispensable para ellos volver victoriosos y con las manos llenas.

La otra razón de la potencia inaudita desarrollada actualmente por los alemanes, es la excelencia de su máquina administrativa, excelencia, no desde el punto de vista de la libertad y el bienestar de las poblaciones, sino desde el punto de vista de la riqueza y de la potencia exclusivas del Estado. La máquina administrativa, por excelente que sea, no es nunca la vida del pueblo; es, al contrario, su negación absoluta y directa. Por tanto, la fuerza que produce no es nunca una fuerza natural, orgánica, popular; es, al contrario, una fuerza mecánica y artificial. Una vez rota, no se renueva por sí misma, y su reconstrucción se hace excesivamente difícil. Por esto hay que guardarse bien de forzar sus resortes, porque si se les fuerza demasiado, se rompe. Pues bien, es seguro que Bismarck y su rey han forzado ya demasiado la máquina. Alemania ha puesto en pie 1.500,000 soldados y ¡Dios sabe los centenares de millones que ha gastado! Que París resista, que Francia entera se

levante tras él, y la máquina del Imperio germánico se romperá.

Francia no tiene que temer esta desgracia —esta felicidad—. Gracias a los prusianos, está todo cumplido. La máquina del Estado francés se ha roto, y Gambetta, Thiers y Trochu juntos, aunque apelen al ogro bonapartista, Palikao, a su socorro, no la reconstruirán. Francia no puede ser ya electrizada por la idea de la grandeza, ni por la del honor nacional. Todo esto está ya envejecido. El gobierno de Napoleón III lo ha falseado, trastrocado, dislocado, y los prusianos lo han reducido a la nada. ¿Qué le queda para salvarse? *La revolución social y la anarquía*, interior y nacional hoy, universal mañana.

* * *

2 de septiembre

A medida que escribo, los acontecimientos se suceden y cada noticia que llega me da la razón. Mac-Mahon acaba de ser derrotado de nuevo en Montmedy y Sedan, el 30 de agosto. En el momento en que escribo, está probablemente destruído —feliz si pudo retirarse por un circuito muy excéntrico, sobre París, y si no ha sido rechazado sobre Bélgica—. Cinco, seis días más, y París se encontrará sitiado por un ejército formidable de tres o cuatrocientos mil hombres. Espero, esperamos todos, que París se defenderá hasta el fin y dará a Francia el tiempo de organizarse y levantarse en masa.

He aquí lo que he leído hoy en el *Bund:*

"*Correspondencia de París,* 29 de agosto.—Reina calma en París, una calma seria. No hay ni abatimiento, ni confusión, ni vacilación. Todos están absolutamente resueltos. No se oyen ya *por ninguna parte* conversaciones políticas, no se piensa más que en la defensa. París se parece ahora a un campo o a la caravana de un serrallo. Se envían las mujeres y los niños a provincias. Cada casa hace provisiones de patatas, de harina, de arroz, de jamón y de extracto de carne. Todos los periódicos y todas las conversaciones están unánimes en este punto: que se continuará la lucha aun después de la toma de París, y que no se concluirá la paz sino en la orilla derecha del Rin. Palikao no bromea ya. Acaba de proclamar por decreto que todos los hombres útiles de veinticinco a treinta y cinco años que no se presenten, serán entregados a los consejos de guerra. La Guardia Nacional será sometida igualmente a la ley militar, así como los propietarios que testimonien un miedo cualquiera por sus casas. Los obreros, en caso de necesidad, están dispuestos a renovar las barricadas de junio."

Y he aquí otra correspondencia de París aparecida en la *Gazette de Francfort:*

"Desde el último conserje hasta el lobo de la Bolsa, todos están unánimes en este punto: que el Imperio se ha hecho imposible de aquí en adelante, y que no hay salvación fuera de la República. *Pero el despotismo, que ha durado veinte años, ha destruído hasta tal punto en el pueblo francés toda iniciativa y todo hábito de acción colectiva, que en el momento en que la máquina gubernamental cese de funcionar, todos se mirarán asustados como niños que hubieran perdido a sus padres.* A pesar de esta convicción unánime de que no hay nada que esperar del Gobierno imperial, París no ha podido determinarse a un paso decisivo. *Se ha paralizado hasta aquí por el temor a que las perturbaciones interiores impidan y debiliten la defensa exterior.* La mayoría de la Cámara siente que ha perdido toda autoridad moral y que le corresponde una gran parte de las faltas que han causado la desgracia pública. *La minoría está compuesta de abogados. Es excelente para hacer oposición parlamentaria, pero absolutamente incapaz de iniciativa revolucionaria.* En cuanto a la masa obrera, se mantiene aparte y reservada. Un demócrata perteneciente a una de las primeras familias de una ciudad fronteriza [Estrasburgo, sin duda] ha venido directamente a París con una carta de un oficial superior, suplicando a la izquierda que proclame la República lo más pronto posible. "El ejército —escribe él— está por completo desorganizado y desmoralizado y no queda ya esperanza más que en el restablecimiento inmediato de la República." *La izquierda ha respondido al enviado de este oficial superior que era preciso guardarse bien de cometer una imprudencia ahora que el Imperio caía por sí mis-*

mo (1). "Sí —respondió el enviado—, el Imperio *caerá siem- "pre bastante pronto para poneros en su lugar, pero dema- "siado tarde para salvar el país."*

El mismo corresponsal añade otro hecho que yo espero, al menos para honor de los obreros, sea falso. Cuenta que el enviado del oficial superior, después de haber recibido esta respuesta dilatoria de la izquierda, "se dirigió a los jefes de la Internacional, para incitarles a una inmensa manifestación ante el Cuerpo legislativo, cuyo éxito hubiera sido infalible, puesto que las tropas habían declarado que no tirarían contra el pueblo". Pero los obreros respondieron (y es precisamente esta respuesta la que quisiera poder negar): "La culpa es de los burgueses. Habéis traído y sostenido el Imperio. Comed ahora la sopa que habéis vosotros mismos preparado, y si los prusianos hacen rodar vuestras casas encima de vuestras cabezas, no tendréis más que lo merecido". Lo repito, quisiera no creer en esta respuesta de los obreros parisienses, y sin embargo, la disposición de espíritu que hubiera podido dictarla, se encuentra confirmada por otra correspondencia de París en el *Volksstaat* (número 69), periódico que no puede querer calumniar las disposiciones de los obreros de París, puesto que está animado de las simpatías más sinceras hacia ellos. He aquí lo que dice ese corresponsal:

"Es siempre un gran placer para mí pasar algunas horas los domingos entre estos amables obreros de París. La calle estrecha y larga de Belleville se vuelve negra o más bien azul a causa de las blusas que la llenan. Nada de ruidos, nada de borrachos [se escucha al burgués, y principalmente al burgués alemán que, desde lo alto de su civilización, admira generosamente, complacientemente al obrero], nada de riñas. *La guerra parece dejar apaciblemente indiferentes a los electores de Rochefort.* Se acaba de fijar en la alcaldía del distrito un nuevo boletín. Se trataba del asunto

(1) He aquí lo que dice sobre las disposiciones de la izquierda el *Volksstaat*, órgano del Partido Obrero de la Democracia Socialista alemana (número 69, agosto 27): "La causa principal que ha impedido hasta el presente la proclamación de la república son los escrúpulos mezquinos de los republicanos honestos, que, impulsados por el miedo horroroso que les inspira el socialismo democrático, han prometido formalmente a los ministros no ocuparse del cambio de la forma de gobierno mientras quede un enemigo en el suelo francés. *Llaman a esto patriotismo.* Pero tras ese patriotismo se esconde de buena gana el abandono, la infidelidad a los principios". (Bakunin.)

de Longeville. Mil blusas pasaron ante él alzando los hombros. "Ejércitos alemanes —decían—, podéis vencer a un "Napoleón y plantar vuestra bandera en las Tullerías. Os "abandonamos Notre Dame y el Louvre. *Pero no lograréis "jamás conquistar esta estrecha y sucia calle de Belleville"*.

Todo esto parece, de primera intención, muy lógico y muy bello; estas palabras, tanto como la respuesta de los internacionalistas de París al enviado del oficial superior —si igualmente que otras no son refutadas—, probarían que existe una escisión absoluta entre la burguesía y el proletariado. Y, ciertamente, no soy yo el que lo lamentaría, *siempre que no sea una escisión pasiva, sino activa.* Pero que los obreros de París y de Francia permanezcan indiferentes e inertes ante esta terrible invasión de los soldados del Rey de Prusia, que no amenazan sólo la fortuna y la libertad de los burgueses, sino la libertad y la prosperidad del pueblo francés entero; que por odio a la burguesía y quizás también a consecuencia de un sentimiento vindicativo de desprecio y de odio contra los campesinos, los obreros vean indiferentes a los ejércitos alemanes invadir, robar, asesinar todas las poblaciones de las provincias invadidas y conquistadas, sin diferencia de clases: campesinos y obreros más todavía que burgueses, porque son los campesinos y los obreros los que les resistirán más; que vean indiferentes a los prusianos adueñándose de la ciudad de París, es decir, hacerse los amos de Francia, he ahí lo que no comprendería jamás, *o más bien, ¡he ahí lo que temería comprender!*

Si fuera verdad —y yo espero siempre que no lo sea—, si fuera verdad, he aquí lo que probaría. Probaría primero que los obreros, restringiendo hasta el extremo la cuestión económica y social, la habrían reducido a una simple cuestión de prosperidad material exclusivamente para ellos, es decir, a una estrecha y ridícula utopía, sin ninguna posible realización. Porque todo se relaciona en el mundo humano, y la prosperidad material no puede ser más que la consecuencia de una revolución radical completa, que abarque para demolerlas todas las instituciones y organizaciones actuales y que derribe ante todo las potencias existentes hoy, militares y civiles, francesas tanto como extranjeras. Esto probaría por otra parte que, absorbidos por esta utopía malsana, los obreros de París y de Francia han perdido todo sen-

timiento de actualidad, que no sienten ni comprenden ya nada fuera de ellos mismos, y que, por consiguiente, han cesado de comprender las condiciones mismas de su propia emancipación; que, cesando de ser hombres vivos y potentes, llenos de corazón, de inteligencia, de pasión, de cólera y de amor, se han vuelto bípedos razonadores y dogmáticos, como los cristianos bajo el Imperio romano. Se me objetará quizás que los cristianos, a pesar de todo, han acabado por triunfar sobre ese mismo imperio. No los cristianos, respondería yo, sino los bárbaros, que, libres de toda teología y de todo dogmatismo, extraños a toda utopía, pero ricos en instintos y fuertes en su potencia natural, atacaron y destruyeron el imperio detestable. En cuanto a los cristianos, han triunfado, ¿pero cómo? Haciéndose esclavos, porque la realización de su utopía se ha llamado Iglesia, la Iglesia oficial, la Iglesia del Imperio de Bizancio, la Iglesia católica y romana, fuente y causa principal de todas las estupideces, de todas las vergüenzas, de todas las desgracias políticas y sociales hasta nuestros días.

Esto probaría que los obreros, a fuerza de razonamientos teóricos y de infatuación dogmática, se han vuelto ciegos y estúpidos. ¿Cómo podrían imaginarse de otro modo que los prusianos, dueños de París, de las Tullerías, de Notre Dame y del Louvre, se detendrán ante sus resistencia en Belleville? Los obreros son numerosos, pero el número no significa nada cuando no se está organizado. Han sido igualmente numerosos bajo el régimen de Napoleón III, y sin embargo éste los ha abozalado, maltratado, asesinado, fusilado; y muchos de sus amigos, los jefes del momento, ¿no llenan todavía las cárceles de París y de otras ciudades de Francia? ¿Para qué, pues, esas fanfarronadas, cuando tantos hechos palpitantes, actuales, prueban su impotencia? Y por lo demás, los prusianos también son numerosos, y por añadidura aguerridos, armados, disciplinados, organizados. Si se les deja entrar en París ¿qué podrán los obreros parisienses contra ellos? Sólo quedará hacer una cosa: someterse como esclavos, o bien dejarse asesinar, como se dejaron asesinar los cristianos, sin resistencia.

Comprendo y comparto completamente el odio y el desprecio de los obreros de París hacia las Tullerías, Notre Dame y aun hacia el Louvre. Esos son otros tantos monumentos de su esclavitud. Los comprendería y los aplaudiría si los hubiesen hecho saltar en una lucha popular contra la burguesía y contra la autoridad del Estado, al comienzo de una revolución social. Comprendería todavía si les faltase energía para hacerlo por sí mismos, que aplaudiesen a sus hermanos, los obreros de Alemania, si éstos, llevados y empujados por la tempestad revolucionaria a la Francia burguesa, viniesen a destruir las instituciones, los monumentos, la potencia y aun los hombres mismos de la burguesía. Habría comprendido todo eso, aunque lamentase vivamente que los obreros de París no hubiesen encontrado en sí mismos la resolución y la energía necesarias para realizar con sus propias manos esa labor. ¡Ah, si Francia fuese invadida por un ejército de proletarios alemanes, ingleses, belgas, españoles, italianos, llevando en alto la bandera del socialismo revolucionario y anunciando al mundo la emancipación final del trabajo y del proletariado, habría sido el primero en gritar a los obreros de Francia: "¡Abridles los brazos, son vuestros hermanos, y uníos a ellos para barrer los restos podridos del mundo burgués!" Pero la invasión que deshonra a Francia hoy, no es una invasión democrática y social, es una invasión aristocrática, monárquica y militar. Los quinientos o seiscientos mil soldados alemanes que degüellan a Francia en este momento, son los súbditos obedientes, los esclavos de un déspota completamente inficionado por su derecho divino, y dirigidos y mandados, empujados como autómatas por oficiales y generales salidos de la nobleza más insosolente del mundo —preguntadlo a vuestros hermanos los obreros del Alemania—, los enemigos más feroces del proletariado. Al recibirlos pacíficamente, permaneciendo indiferentes y pasivos ante esa invasión del suelo de Francia por el despotismo, la aristocracia y el militarismo alemán, los obreros franceses, no sólo traicionarían su propia dignidad, su propia libertad, su propia prosperidad, con todas sus esperanzas de un porvenir mejor, traicionarían también la causa del proletariado del mundo entero, la causa sagrada del socialismo revolucionario. Porque éste les ordena, en interés de los trabajadores de todos los países, destruir esas bandas feroces del despotismo alemán, como ellos han destruído las bandas armadas del despotismo fran-

cés; exterminar hasta el último soldado del Rey de Prusia y de Bismarck hasta el punto de que nadie pueda salir vivo o armado del suelo de Francia.

Los obreros, con esa actitud pasiva, ¿quieren vengarse de los burgueses? Se han vengado ya así una vez, en diciembre, y han pagado esta venganza con veinte años de esclavitud y de miseria. Han castigado el horroroso atentado de los burgueses en junio, convirtiéndose en las víctimas de Napoleón III que les ha entregado con los pies y las manos ligadas a la explotación de los burgueses. Esta lección, ¿no les habrá parecido suficiente y quieren, para vengarse una vez más de los burgueses, convertirse hoy, durante otros veinte años o más quizás, en los esclavos y las víctimas del déspota prusiano, que no dejará de entregarlos a su vez a la explotación de esa misma burguesía?

Vengarse siempre a costa propia y a beneficio de aquellos mismos a quienes se quiere hacer víctimas de la venganza, no me parece muy espiritual, y por esto me es imposible creer en la veracidad de las relaciones de los corresponsales. Los obreros tan inteligentes de París, ¿pueden ignorar que la victoria definitiva de los prusianos significará la miseria y la esclavitud del proletariado francés mucho más todavía que la humillación y la ruina de la burguesía de Francia? Siempre que haya materia de explotación, dado que la miseria obligue al trabajador a vender su trabajo a bajo precio a los burgueses, la burguesía se repone y todas las pérdidas momentáneas acaban siempre por recaer sobre el proletariado. Pero el proletariado francés, una vez encadenado por los prusianos, no se repondrá en mucho tiempo, a menos que los trabajadores de algún país vecino, más enérgicos y más capaces que él, tomen la iniciativa de la revolución social.

Veamos cuáles pueden ser las consecuencias del triunfo definitivo de los prusianos, y de una paz dictada por ellos a Francia después de la toma de París. Francia perdería Alsacia y Lorena, y pagaría al menos un millar de millones a los prusianos para cubrir los gastos de la guerra. Supongamos que sea completamente indiferente a los obreros de Francia que dos provincias francesas caigan en poder de los prusianos. Pero el millar de millones a pagar no podrá serles indiferente, porque el pago de esa inmensa indemnización recaerá necesariamente, como todos los impuestos, sobre el pueblo, ya que todo lo que pagan los burgueses es siempre pagado por el pueblo.

Los obreros franceses ¿se consolarán con la esperanza de que una vez concluída la paz, paz necesariamente vergonzosa para Francia, una vez separadas Alsacia y Lorena y pagados el millar o los millares de millones, los prusianos se retirarán y que entonces podrán hacer la revolución social? Vana esperanza. ¿Piensan que el Rey de Prusia no teme más que ninguna otra cosa la revolución social? ¿Y que este peligro que le amenaza y que le espanta más, en medio de sus triunfos inesperados, que todos los ejércitos reunidos o por reunir de Francia, no es, por parte de Bismarck, su inspirador y primer ministro, el objeto de una preocupación continua? Y si es así, ¿pueden imaginarse que cuando los prusianos, convertidos en dueños de París, dicten las condiciones de paz a Francia no tomarán todas las medidas y todas las garantías necesarias para asegurar la tranquilidad y la subordinación de Francia, al menos por veinte años? Establecerán en París un gobierno que será detestado y despreciado por Francia entera, menos por los campesinos quizás, a quienes se habrá cegado definitivamente, y menos por esta canalla burocrática que se muestra siempre tanto más abnegada cuanto más sirve a un gobierno antinacional en el más alto grado, y que no encontrando ningún apoyo en Francia, se verá obligada a fundar su exigencia y su fuerza interior en la protección poderosa e interesada de Prusia. En una palabra, harán con Francia lo que la Francia de Napoleón III ha hecho con Italia. Instituirán un virreinato prusiano en París y al menor movimiento insurreccional del pueblo francés, en cualquier parte de Francia que sea, se verá a los soldados alemanes entrar como amos para restablecer el orden público y la obediencia al soberano establecido por la fuerza de sus armas.

Yo sé que esta idea y esta justa previsión chocarán a la mayor parte de los franceses, obreros y burgueses, aun en este momento terrible, aun en medio de la actual catástrofe que acaba de descubrir de un modo tan cruel como inesperado la debilidad y la decadencia de la nación francesa como Estado: "¡Cómo! ¿Nosotros convertirnos en virreina-

to de los prusianos, nosotros sufrir el yugo de los prusianos? ¡Eso es ridículo! ¡Es imposible!" He aquí lo que me responderán, con pocas excepciones, todos los franceses. Y yo les diría: No, no es imposible, es, al contrario, tan cierto, que si no os subleváis *hoy* en masa, para destruir hasta el último de los soldados alemanes que han invadido el suelo de Francia, *mañana* se habrá realizado. Varios siglos de predominio nacional han habituado de tal modo a los franceses a considerarse como el primero, el más fuerte pueblo del mundo, que los más inteligentes no ven lo que está patente a los ojos de todos: *que Francia, como Estado, está perdida, y que no puede reponerse, no sólo en su grandeza nacional pasada, sino en una nueva grandeza, esta vez internacional, más que por una sublevación del pueblo francés en masa, esto es, por una revolución social.*

Decís que es imposible, y ¿con qué contáis para defenderos contra la invasión formidable y tan bien dirigida de los ejércitos alemanes, contra esos ejércitos tan numerosos y que unen la prudencia, el cálculo sistemático a la audacia; que destruyen sistemáticamente todas las fuerzas desorganizadas que la desesperación de Francia les opone, marchando con un paso mesurado, pero tanto más victorioso, sobre París? Hoy, 2 de septiembre, ¿qué noticias han sido anunciadas por los telégrafos de Europa? El ejército de Mac-Mahon, batido y encerrado en Sedan. El ejército de Bazaine, después de un combate desesperado que duró un día y una noche, derrotado en todos los puntos y rechazado con pérdidas inmensas tras las fortificaciones de Metz. Mañana, pasado mañana, sabremos quizás que Bazaine y Mac-Mahon, cortados y rodeados por fuerzas inmensamente superiores, por todas partes, careciendo de municiones y de provisiones, o bien se habrán entregado a los prusianos, o bien se habrán dejado destruir heroicamente, hasta el último hombre, por ellos. ¿Y después? Después, los prusianos seguirán su marcha sobre París y lo envolverán por todos lados con sus ejércitos de cerca de cuatrocientos mil hombres.

Pero París resistirá. Sí, hay que esperarlo, los obreros de París, *sacudiendo al fin su inercia culpable, tomarán las armas,* esas armas que un Gobierno infame, sufrido y, en cierta manera, protegido por la cobardía y la imbecilidad de los republicanos parlamentarios, no quiere darles, y hay que esperar que el pueblo de París, sacudiendo su torpeza, se sepultará con los prusianos bajo los escombros de la capital de Francia, antes que dejar entrar en ella, como triunfador, al emperador de los alemanes. Nadie duda que el pueblo sea capaz, y que esté dispuesto a hacerlo, y que lo hará, si no se deja traicionar siempre por ese Gobierno exclusivamente bonapartista y traidor por excelencia, por una parte, y por otra, por la cobardía, por la incapacidad y la impotencia desoladoras de esos grandes charlatanes republicanos.

Pero, aun si París se defiende ferozmente, ¿será salvada Francia? Sí, se dirá, porque durante ese tiempo se formará tras del Loira un tercer ejército, un ejército formidable. Francia puede también levantar más de un millón de hombres. Las Cámaras han ordenado ya esta leva. ¿Y quién organizará los nuevos ejércitos? ¿Palikao? La emperatriz Eugenia, que huirá de París y se refugiará con todo su Gobierno, sea en Tours, sea en Bourges, o, más bien, no en una gran ciudad cualquiera, sino en algún castillo en medio de esos buenos campesinos tan fieles al Emperador; la emperatriz Eugenia, llevando la guerra civil reaccionaria y sublevando las campiñas contra las ciudades, en un instante en que Francia no puede ser salvada más que por la acción unánime de los campos y de las ciudades. La traición bonapartista se difundirá por todo el país. Eso será la muerte de Francia.

Pero supongamos que los republicanos radicales —*ese republicano prudente, racional y positivista* como se llama Gambetta, con toda su compañía razonadora—, abren por fin los ojos ante la situación terrible en que, por su cobarde condescendencia, han contribuído a sumergir a Francia; supongamos que, avergonzados y llenos de remordimientos, se deciden por fin a un *acto viril* (expresión de Gambetta), a un acto revolucionario de salvación pública; que no dejen salir de París ni a la Emperatriz ni a su corte, ni a su Gobierno, ni a ninguno de los miembros de la derecha parlamentaria, y que, para salvar a Francia de la traición bonapartista, los hagan ahorcar a todos y a todas en los faroles del alumbrado de París. Juro que no lo harán, son demasiado galantes, demasiado hidalgos, demasiado burgue-

ses, demasiado abogados, demasiado castrados para eso. Pero admito que, a falta de la energía suficiente de su parte, el pueblo de París, que no carece ciertamente de ella, lo haga con sus propias manos. ¿Quién organizará entonces la sublevación de Francia? El Gobierno republicano o el Comité de salvación pública que el pueblo mismo haya instituído en París. Pero, ¿de qué hombres estarán compuestos ese Gobierno y ese Comité? Entrarán sin duda Trochu, Thiers, Gambetta y compañía, es decir, todos los que por sus cobardes vacilaciones —vacilaciones causadas principalmente por su miedo y por la repulsión extraordinaria que les inspira a todos, en el mismo grado, el socialismo revolucionario, la franca sublevación del pueblo— han hecho perder a Francia todo un mes, y eso en medio de las más terribles circunstancias en que Francia se haya encontrado jamás. ¡Será preciso ser estúpido o ciego, verdaderamente, para esperar una acción enérgia, para esperar algo de bueno, de eficaz, de real, de parte de esos hombres! Pero, en fin, supongamos que sean enérgicos, o que, si no lo son ellos, el pueblo de París ponga hombres desconocidos y nuevos, verdaderos revolucionarios socialistas, en su lugar. ¿Qué podrá hacer ese Gobierno para organizar la defensa de Francia?

La primera dificultad que se presenta al espíritu es ésta. Esa organización, aun en las circunstancias más favorables, y mucho más en la crisis presente, no puede tener éxito sino a condición de que el poder organizador esté en relaciones inmediatas, regulares, incesantes con el país que se propone organizar. Pero no hay duda que en pocos días, cuando París sea embestido por los ejércitos extranjeros, sus comunicaciones regulares con el país serán interceptadas. En estas condiciones, ninguna organización es posible. Y, por lo demás, el Gobierno que se encuentre en París estará de tal modo absorbido por la defensa y por el gobierno interior de esta ciudad que, aunque estuviese compuesto de los hombres más inteligentes y más enérgicos del mundo, le será absolutamente imposible ocuparse, como conviene en este momento supremo, de la sublevación de Francia.

Es verdad que el Gobierno revolucionario elegido por la población de París podrá trasladarse fuera de París, a alguna gran ciudad de provincias, a Lyon, por ejemplo. Pero

entonces no ejercerá ninguna autoridad sobre Francia, porque a los ojos del pueblo, a los ojos de los campesinos sobre todo, compuesto de hombres desconocidos o tal vez detestados por el campo, salidos, no del sufragio universal, sino sólo de la elección de la población de París, no tendrá ningún título legítimo para gobernar la nación. Si quedase en París, sostenido por los obreros, podría todavía imponerse a Francia, al menos a las ciudades, y quizás también a los campesinos, a pesar de la marcada hostilidad de éstos. Porque, como me lo han repetido tan a menudo nuestros amigos franceses, burgueses y obreros, París ejerce un prestigio histórico tan poderoso sobre todas las imaginaciones francesas, que todos los habitantes de Francia, de las ciudades y de los campos, unos con más, otros con menos voluntad, acabarán siempre por obedecer.

Pero una vez fuera de París, el Gobierno revolucionario, esa razón tan poderosa no existirá. Supongamos aún que la gran ciudad de provincias a la que haya llevado su sede, Lyon, por ejemplo, lo aclama, y ratifica por esa aclamación a los elegidos de la población de París. No obstante, todo el resto de Francia, comenzando por casi todo el campo, no le aclamará y no le obedecerá.

¿Y de qué medio, de qué instrumento se servirá para hacerse obedecer? ¿De la máquina administrativa actual? Es completamente bonapartista: unida a los sacerdotes, amotinará el campo contra él. ¿Enviará para reprimir a los campesinos insurreccionados las tropas regulares en lugar de emplearlas contra el enemigo, manteniendo el estado de sitio en las más importantes ciudades de Francia? Pero todos los generales, todos los coroneles, todos los oficiales son bonapartistas también y bonapartistas furibundos, al menos los oficiales superiores. Los expulsará y hará elegir por los mismos soldados nuevos oficiales y nuevos generales. Pero aun suponiendo que los soldados se presten voluntariamente a ello, esa reorganización de las tropas no podrá hacerse en un solo día, requerirá muchos, y durante ese tiempo los prusianos acabarán por tomar a París y la insurrección del campo, primero local y parcial, fomentada por los jesuítas y los bonapartistas, se extenderá a todo el país.

Digo y repito todo esto porque considero como la cosa

más esencial en esta hora persuadir y convencer a los franceses que se preocupan de veras de la salvación de Francia, *que no pueden salvarla ya por los medios gubernamentales;* que serían locos si esperasen la renovación de los milagros de 1792 y 1793, que por lo demás fueron producidos, no por la exageración hasta el extremo de la potencia del Estado, sino más bien *por el entusiasmo revolucionario de las poblaciones de Francia.* Que el Estado creado en 1789 y todavía completamente joven, y hay que añadir completamente entusiasta y revolucionario, en 1792 y 1793 era capaz de hacer prodigios, pero después ha envejecido y se ha corrompido mucho. Revisado, corregido y usado hasta el fin por Napoleón I, reconfortado y un poco ennoblecido por la Restauración, aburguesado más tarde con el régimen de julio, y, en fin, encanallado por completo por Napoleón III, el Estado se ha convertido ahora en el mayor enemigo de Francia, en el más grande obstáculo a su resurrección y a su liberación. Para salvar a Francia, debéis derribarlo, destruirlo. Pero una vez el Estado, la sociedad oficial derribada y demolida con todas las instituciones políticas, policíacas, administrativas, jurídicas, financieras, es la sociedad natural, es el pueblo el que vuelve a la posesión de sus derechos y se levanta. Esto es, la salvación de una Francia nueva por la unión del campo y de las ciudades en la revolución social.

La única y la mejor cosa que un Gobierno elegido por la población de París podrá hacer, para la salvación de Francia, será:

1.° Quedar en París y ocuparse exclusivamente de la defensa de París.

2.° Lanzar una proclama a Francia entera, por la cual, en nombre de París, declare abolidas todas las instituciones y todas las leyes del Estado, y no recomiende a las poblaciones de Francia más que una ley, la de la salvación de Francia, de cada uno, de todo el mundo, incitándolas a sublevarse, a armarse, arrancando las armas a los que las poseen, y a organizarse al margen de toda dirección oficial por sí mismas, de abajo arriba, para su propia defensa y la defensa de todo el país contra la invasión de los prusianos del exterior y contra la traición de los prusianos del interior.

3.° Declarar en esa proclama a todas las comunas y provincias de Francia que París, absorbido por las tareas de su propia defensa, no es ya capaz de gobernar y de dirigir a Francia. Que, por consiguiente, renuncia a su derecho y a su papel histórico de director de Francia e invita a las provincias y comunas insurrectas, en nombre de la salvación de Francia, a federarse entre sí, siempre de abajo arriba, y a enviar delegados a un lugar cualquiera, donde París no dejará seguramente de enviar los suyos. Y que la reunión de esos delegados formará el nuevo Gobierno provisional y revolucionario de Francia.

Si París no hace esto, si desmoralizado por los republicanos París no llena estas condiciones, estas condiciones únicas para la salvación de Francia, entonces *es el deber inmediato y sagrado de alguna gran ciudad de provincias tomar esa iniciativa salvadora, porque si ninguno la toma, Francia está perdida* (1).

Supongamos que ninguna ciudad de Francia tome esta iniciativa, y que Francia se pierda esta vez, es decir, que París, caído en manos de los prusianos, acepte todas las condiciones de paz que Bismarck le dicte. *¿Cuál será entonces la posición del socialismo en Francia y en Europa entera?*

Veamos primeramente la situación del pueblo francés. ¿Cuál puede ser el gobierno que consienta en firmar las condiciones de paz deshonrosas y desastrosas para Francia que el Rey de Prusia —el futuro emperador de Alemania si vuelve victorioso y vivo de Francia— no dejará de imponerle, que estará obligado a imponerle? Por lleno de desprecio que yo esté hacia la impotencia, en lo sucesivo demostrada, del Partido Radical, no pienso que Julio Simon y Julio Favre puedan descender tan bajo para firmarlas. Los republicanos no las firmarán, y si hay entre ellos quienes las firmen, no podrán ser más que los republicanos vendidos, como Emilio Ollivier, el difunto ministro. El Partido Republicano antisocialista, partido envejecido antes de tiempo, porque ha gastado toda su vida en aspiraciones platónicas, al margen de toda realidad y de

(1) De la parte que precede fué sacado el material con que se compuso el folleto publicado en septiembre de 1870. La parte que sigue no fué utilizada. (Nota del traductor.)

toda acción positivas, sin duda será en lo sucesivo incapaz de vivir y de hacer vivir a Francia, pero sabrá morir al menos sin deshonrar sus canas, y yo lo creo bastante altivo para envolverse en las ruinas de París antes que firmar un tratado de paz que haría de Francia un virreinato de Prusia.

¿Consentirán en firmarlo Thiers y Trochu? Se conoce poco al general Trochu. En cuanto a Thiers, ese verdadero representante de la política y del parlamentarismo burgués, se le conoce bastante para saber que tiene grandes pecados sobre su conciencia. El, más que nadie, fué el alma de la conspiración reaccionaria en el seno de la Asamblea constituyente y el que contribuyó a la elección del Príncipe presidente en 1848. Pero tiene un gran patriotismo de Estado que no se ha desmentido nunca y que constituye propiamente toda su virtud política. Ama sinceramente, apasionadamente, la grandeza y la gloria de Francia, y pienso que también él morirá antes que firmar la decadencia de Francia. Thiers y Trochu, por otra parte, son orleanistas ambos, y los príncipes de Orleans firmarán difícilmente las condiciones de Bismarck, porque eso sería una acción tan cobarde como impolítica de su parte. Por lo demás, *¿chi lo sa?* Están cansados de haber quedado tanto tiempo sin corona, y "París bien vale una misa", ha dicho su antepasado Enrique IV. ¡Oh, habladme, por ejemplo, de Emilio de Girardin. Habladme de los señores senadores, de los consejeros de Estado, de los diplomáticos, de los miembros del Consejo privado del Gabinete del Emperador! Están habituados a todas las bajezas, no querrán nada mejor que venderse; todos están en venta, y no caros. En cuanto a la emperatriz Eugenia, es capaz sin duda de ofrecerse al ejército prusiano entero, siempre que este último quiera conservar la corona deshonrada de Francia sobre la cabeza de su hijo.

Lo más probable, pienso, es que, si hay conclusión de paz, esa paz será firmada por los bonapartistas. Pero lo que hay de cierto es que, cualquiera que sea el Gobierno que la firme, será necesariamente y por la fuerza de las circunstancias el vasallo de Prusia, el muy humilde y servicial servidor del Conde de Bismarck; un servidor muy sincero, porque, despreciado y detestado por Francia, no tendrá ya, como lo observé, otro apoyo y otra razón de existencia que Prusia.

Sabiéndose tanto más odiado en el interior como eficazmente protegido en el exterior, el nuevo Gobierno de Francia se deberá tanto a sí mismo como a su señor feudal para organizar y gobernar a Francia de modo que no pueda turbar la tranquilidad interior ni la paz exterior .

El yugo administrativo que pesó sobre ella, y que la ha desmoralizado tan profundamente durante estos últimos veinte años, será reforzado necesariamente. Se conservará toda la centralización administrativa actual, con esta diferencia: que el centro real no estará ya en París, sino en Berlín. Se conservará en gran parte todo el personal de la Administración, porque ese personal ha merecido mucho bien de Prusia. Todos los altos y bajos funcionarios del Imperio que se han perfeccionado por una práctica de veinte años en el arte de oprimir, de arruinar y de corromper las poblaciones ¿no han abandonado y abierto sin defensa sus prefecturas y sus comunas a los prusianos?

Los impuestos serán considerablemente aumentados. No se disminuirá, sino al contrario, se estará obligado a aumentar el presupuesto. Porque al déficit tan próximo a la bancarrota que Napoleón III haya legado, se deberán añadir los intereses de todos los empréstitos de la guerra, tanto como los centenares de millones que se hayan pagado a los prusianos. El curso forzado de los billetes del Banco de Francia, votado por las Cámaras sólo como una medida transitoria y únicamente para la duración de la guerra, se convertirá en una institución permanente, como en Italia después de 1866; y como en Italia, se verá cómo el oro y la plata dejarán el puesto a un papel que no alcanzará jamás su valor nominal.

Los impuestos deberán ser ya aumentados por esta sola razón de que el aumento de la cifra de los gastos del Estado corresponderá, no a un aumento, sino a una notable disminución de la cifra de las entradas, pues Alsacia y Lorena deberán ser separadas de Francia. Las contribuciones directas se harán más pesadas a causa de la disminución del producto de las contribuciones indirectas y este último deberá disminuir necesariamente a consecuencia de los tratados de comercio ventajosos para Alemania, pero ruinosos para Francia, que Prusia no dejará de imponer a esta última, lo mismo que la Francia imperial hizo con Italia.

El comercio y la industria de Francia, ya arruinados por esta guerra, lo serán, pues, más aún por la paz. El trabajo nacional disminuirá y con él las tarifas de los salarios, mientras que los impuestos, que, en fin de cuentas, recaen siempre sobre el proletariado, aumentarán los precios de los artículos alimenticios por eso mismo. El pueblo de Francia se hará mucho más miserable, y cuanto más miserable, más necesario será contenerlo.

La población de los campos será contenida principalmente por la acción *moral* de los jesuítas. Piadosamente educada en los principios de la Iglesia católica y romana, continuará siendo excitada sistemáticamente contra el liberalismo y el republicanismo de la burguesía y contra el socialismo de los obreros de las ciudades partidarios del reparto. Se engañará uno mucho si piensa que Bismarck y el viejo Guillermo, rey de Prusia, su amo y su maestro, como protestantes, serán enemigos de los jesuítas. En los países protestantes continuarán protegiendo a los pastores, pero continuarán sosteniendo a los jesuítas en los países católicos; porque jesuítas y pastores son igualmente excelentes para enseñar a los pueblos la paciencia, la sumisión y la resignación.

La gran mayoría de los burgueses estará naturalmente descontenta. Humillada en su patriotismo y en su vanidad nacional, se verá más y más arruinada. Muchas familias que pertenecían a la burguesía media descenderán a la pequeña burguesía y muchos pequeños burgueses se verán lanzados al proletariado. Por el contrario, la oligarquía burguesa acaparará todavía más todos los negocios y todas las rentas del comercio y de la industria nacional; y los gavilanes de la Bolsa especularán sobre las desgracias de Francia.

La burguesía estará descontenta. Pero su descontento no ofrecerá peligros inmediatos. Separada del proletariado por su odio tanto consciente como instintivo contra el socialismo, es impotente en el sentido de la pérdida de la facultad de hacer la revolución. Le queda el recurso de una acción lentamente disolvente; puede minar y arruinar las instituciones a la larga, vituperándolas, haciéndoles continuamente la pequeña guerra, como se ve hoy en Italia; pero no es capaz de pensamientos audaces, ni de resoluciones enérgicas, ni de grandes actos. Está castrada y ha pasado definitivamente al estado de eunuco. Podrá, pues, inquietar y hastiar al Gobierno, pero no amenazarlo con un peligro serio.

El peligro serio no podrá venir sino del proletariado de las ciudades. Será, por consiguiente, principalmente contra él contra quien empleará todos sus medios de asfixia y de represión. Su primer medio será aislarlo por completo, excitando primeramente contra él, como expliqué ya, los campesinos y, además, impidiendo por todos los medios, ayudado poderosamente en esto por la alta y la media burguesía, que la pequeña burguesía se una a él en el terreno del socialismo. Su segundo medio será desmoralizarlo e impedir por toda suerte de medidas preventivas y coercitivas su desenvolvimiento intelectual, moral y social: la medida principal será, sin duda, perseguir y prohibir con encarnizamiento todas las asociaciones obreras, y ante todo, naturalmente, la grande y salvadora Asociación Internacional de los Trabajadores del mundo entero. Su tercer y último medio será contenerlo y reprimirlo por la fuerza armada.

El ejército de este Gobierno se transformará por fin en un cuerpo de gendarmes, demasiado débil y demasiado mal organizado para defender la independencia del país, bastante poderoso para reprimir las rebeldías de sus poblaciones descontentas. La reducción inevitable y considerable del ejército francés, que no olvidará Prusia de imponer a la Francia vencida, será la única ventaja que resultará para Francia de esta paz vergonzosa. Si Francia saliese de esta guerra al menos como igual de Prusia en independencia, en seguridad, en potencia, esa reducción podría convertirse para ella en una fuente de grandes y salvadoras economías. Pero vencida y transformada Francia en un virreinato de Prusia, la población francesa no sacará absolutamente ninguna ventaja, porque el dinero que se haya ahorrado sobre el ejército, será preciso gastarlo para corromper, para comprar, para tranquilizar, para asimilar al nuevo régimen las conciencias y las voluntades del país oficial, el espíritu público y privado de las clases inteligentes y privilegiadas. La corrupción sistemática de estas clases cuesta inmensamente cara, y la Italia actual lo mismo que la Francia imperial saben algo de ello.

El ejército será, pues, considerablemente reducido, pero perfeccionado al mismo tiempo en el sentido del servicio de gendarmería, el único que estará llamado a realizar en lo sucesivo. En cuanto a la defensa de Francia contra los ataques exteriores, sea de parte de Italia, de Inglaterra, de Rusia o de España, o aun de Turquía, Bismarck y su soberano, el generoso emperador de Alemania, no permitirán que se ocupe ella misma. Será asunto suyo. Garantizarán y protegerán poderosamente la integridad de su virreinato de París, como el emperador Napoleón III había garantizado y protegido la integridad de su virreinato de Florencia.

Tal será seguramente la posición de Francia cuando haya aceptado y firmado las condiciones de Prusia. Veamos ahora cuál será la situación de los obreros en esa Francia nueva.

Bajo el aspecto económico, será infinitamente más mísera. Esto es tan claro que no hay necesidad de demostrarlo. Bajo el aspecto político, llegará igualmente a ser mucho peor. Se puede estar seguro de que una vez terminada esta guerra, el primer, el principal cuidado de todos los Gobiernos de Europa será proceder contra las asociaciones obreras (1), corromperlas, disolverlas, destruirlas de todos los modos y por todos los medios legales e ilegales. Este será para los Gobiernos el asunto más grande, una cuestión de vida o muerte, porque, habiendo cesado todas las otras clases de la sociedad de ser peligrosas y contrarias a la existencia del Estado, no queda para combatirle más que el mundo obrero.

Y en efecto, habiendo perdido la clase nobiliaria toda independencia de posición, de interés y de espíritu, se ha enfeudado desde hace largo tiempo al Estado, aun en Inglaterra. El clero y la Iglesia, a pesar de sus sueños inocentes de supremacía y de dominación espirituales y aun temporales, a pesar de la infalibilidad del Papa, nuevamente proclamada, en realidad hoy no son nada más que una institución del Estado, una especie de policía negra sobre las almas en beneficio del Estado, porque fuera del Estado no pueden tener ya ni rentas ni poder. La burguesía, en fin, lo he dicho y lo repito, la burguesía ha caído definitivamente en el estado de eunuco. Fué viril, audaz, heroica, revolucionaria hace ochenta años; lo volvió a ser otra vez hace cincuenta y cinco años y lo siguió siendo, aunque ya en un grado mucho menor, durante la Restauración, desde 1815 hasta 1830. Repuesta y satisfecha por la revolución de julio, tuvo aun sueños revolucionarios hasta junio de 1848. En esa época se despertó definitivamente reaccionaria. Es hoy la que se beneficia y por consiguiente la partidaria más interesada y apasionada del Estado.

(1) La previsión de Bakunin se cumplió en toda Europa, como puede verse por la disolución de la Internacional, que se había hecho excesivamente peligrosa después de la Comuna de París. (Nota del traductor.)

Quedan, pues, los campesinos y los obreros de las ciudades. Pero los campesinos, en casi todos los países del occidente de Europa —menos en Inglaterra y en Escocia, donde propiamente los campesinos no existen, menos en Irlanda, Italia y España, donde se encuentran en una situación mísera, y por tanto revolucionaria y socialista sin que lo sepan ellos mismos—, en Francia y en Alemania sobre todo, están semisatisfechos; gozan o creen gozar de ventajas que se imaginan tener interés en conservar contra los ataques de una revolución social; tienen, si no beneficios reales, al menos el sueño vanidoso, la imaginación de la propiedad. Son además sistemáticamente mantenidos por los Gobiernos y por todas las Iglesias, oficiales u oficiosas del Estado, en una ignorancia crasa. Los campesinos constituyen hoy la base principal, casi la única, sobre la que asientan la seguridad y la potencia de los Estados. Son, pues, de parte de todos los Gobiernos objeto de una atención particular. Se trabaja sistemáticamente su espíritu para cultivar en él las flores tan delicadas de la fe cristiana y de la fidelidad al soberano y para sembrar en él las plantas salvadoras del odio contra las ciudades. A pesar de todo esto, los campesinos, como lo expliqué ya en otra parte, pueden ser sublevados y lo serán tarde o temprano, por la revolución social; y esto por tres simples razones: 1.ª A causa de su civilización tan poco avanzada o de su barbarie relativa, han conservado en toda su integridad el temperamento sencillo, robusto y toda la energía de la naturaleza popular; 2.ª Viven del trabajo de sus brazos y son moralizados por ese trabajo que alimenta en ellos un odio instintivo contra todos los haraganes privilegiados del Estado, contra todos los explotadores del trabajo; 3.ª Finalmente, como trabajadores, no están separados de los obreros de las ciudades más que

por prejuicios, no por intereses. Un gran movimiento socialista y revolucionario podrá asombrarles primero, pero su instinto y su buen sentido natural les harán comprender bien pronto que no se trata, de ningún modo, de expoliarlos, sino de hacerles triunfar y de establecer en todas partes y para todos el derecho sagrado al trabajo sobre las ruinas de todas las haraganerías privilegiadas del mundo. Y cuando los obreros, abandonando el lenguaje presuntuoso y escolástico de un socialismo doctrinario, inspirados por la pasión revolucionaria, vayan a decirles sencillamente, sin rodeos y sin frases, lo que quieren; cuando lleguen a los campos, no como preceptores y maestros, sino como hermanos, como iguales, provocando la revolución, pero no imponiéndola a los trabajadores de la tierra; cuando pongan fuego a todo el papel sellado, a los procesos, a los títulos de propiedad y de rentas, a las deudas privadas y a las hipotecas, a las leyes criminales y civiles; cuando alumbren las llamas de toda esta expedientería inmensa, signo y consagración oficial de la esclavitud y de la miseria del proletariado, entonces, estad bien seguros, el campesino los comprenderá y se levantará con ellos. Mas para que los campesinos se levanten, es preciso en absoluto que la iniciativa del movimiento revolucionario sea tomada por los obreros de las ciudades, porque éstos son los que unen hoy al instinto la conciencia, la idea y la voluntad reflexiva de la revolución social. Por tanto, todo el peligro que amenaza la existencia de los Estados está concentrado únicamente en el proletariado de las ciudades.

Todos los Gobiernos de Europa lo saben bien y por eso, ayudados poderosamente por la burguesía rica, por la plutocracia coligada de todos los países, emplearán todos sus esfuerzos, después de esta guerra, en matar, en corromper, en ahogar completamente ese elemento revolucionario de las ciudades. *Después de la guerra de 1815, hubo la Santa Alianza política de todos los Estados contra el liberalismo burgués. Después de la guerra presente, si termina por el triunfo de Prusia, es decir, por el de la reacción internacional, habrá la Santa Alianza política y económica a la vez de los mismos Estados, fortalecidos por la cooperación interesada de la burguesía de todos los países, contra el socialismo revolucionario del proletariado.*

Tal será en general la situación del socialismo en toda Europa. Volveré sobre esto luego. Pero antes quiero examinar cuál deberá ser la situación especial del socialismo francés después de esta guerra, si termina por una paz vergonzosa y desastrosa para Francia. Los obreros estarán infinitamente más descontentos y más empobrecidos que hasta el presente. Eso se comprende fácilmente. Pero de ello se desprende: *primo*, que sus disposiciones, su espíritu, su voluntad y sus resoluciones, ¿se harán más revolucionarias?, y, *secundo*, que, aunque sus disposiciones se hagan más revolucionarias, ¿tendrán ya facilidad, o siquiera facilidad igual a la de hoy, de hacer la revolución social?

Sobre cada una de estas preguntas no vacilo en pronunciarme de un modo negativo, y he aquí por qué. *Primo*, en cuanto a la disposición revolucionaria en las masas obreras —no hablo aquí naturalmente de algunos individuos excepcionales—, no depende sólo de un grado más o menos de miseria o de descontento, sino de la fe o de la confianza que las masas obreras tengan en la justicia y en la necesidad del triunfo de su causa. Desde que existen sociedades políticas, las masas han estado siempre descontentas y han sido siempre míseras, porque todas las sociedades políticas, todos los Estados, republicanos lo mismo que monárquicos, desde el comienzo de la Historia hasta nuestros días, han sido fundados exclusivamente y siempre, sólo con la diferencia de grado en la franqueza, sobre la miseria y sobre el trabajo forzoso del proletariado. Por consiguiente, lo mismo que los goces materiales, todos los derechos políticos y sociales han caído siempre en lote a las clases privilegiadas; las masas laboriosas no han tenido jamás otra cosa que los sufrimientos materiales y el desprecio, las violencias de todas las sociedades políticamente organizadas. De ahí su descontento eterno.

Pero este descontento raramente produjo revoluciones. Vemos pueblos que han sido reducidos a una miseria excesiva y sin embargo no se mueven. ¿A qué se debe? ¿Estarán contentos con su situación? De ningún modo. Se debe a que no tienen el sentimiento de su derecho, ni la fe en su propia potencia; y porque no tienen ni ese sentimiento ni esa fe, permanecen siglos y siglos esclavos impotentes. ¿Cómo nacen uno y otro en las masas populares? El sen-

timiento o la conciencia del derecho es en el individuo el efecto de la ciencia teórica, pero también de la experiencia práctica de la vida. La primera condición, es decir, el desenvolvimiento teórico de la inteligencia, no se ha realizado todavía nunca para las masas. Aun en los países de Europa en que la instrucción popular es más avanzada; como por ejemplo en Alemania, es tan insignificante y sobre todo tan falseada que no vale la pena casi hablar de ella. En Francia es nula. Y sin embargo no se puede decir que las masas obreras de estos países ignoren sus derechos. ¿De dónde adquirieron ese conocimiento? Unicamente de su gran experiencia histórica, de esa gran tradición que, desarrollándose a través de los siglos y transmitiéndose de edad en edad, siempre en aumento y siempre enriquecida con nuevas injusticias, con nuevos sufrimientos y nuevas miserias, acabó por iluminar a toda la masa del proletariado. En tanto que un pueblo no ha caído en decadencia, ha progresado siempre en esa tradición saludable, única maestra de las masas populares. Pero no se puede decir que en todas las épocas de la Historia de un pueblo, sea igual ese progreso. Al contrario, no se manifiesta más que por saltos. Algunas veces es muy rápido, muy sensible, muy amplio, otras es lento o se detiene; otras veces aún parece retroceder completamente. ¿A qué se debe? Esto se debe evidentemente al carácter de los acontecimientos que constituyen la Historia. Algunos lo electrizan y lo impulsan adelante; otros obran sobre la disposición general de la conciencia popular de un modo deplorable, desanimador, aplastante, hasta el punto de abatirla y desviarla, hasta el extremo a veces de falsearla por completo. En general, se pueden observar en el desenvolvimiento histórico de los pueblos dos movimientos inversos, que me permitiré comparar al flujo y reflujo del océano.

En ciertas épocas, que son ordinariamente las precursoras de grandes acontecimientos históricos, de grandes triunfos de la humanidad, todo parece avanzar con paso acelerado, todo respira potencia: las inteligencias, los corazones, las voluntades, todo va al unísono, todo parece marchar a la conquista de nuevos horizontes. Entonces se establece en la sociedad como una corriente eléctrica que une a los individuos más alejados en un mismo sentimiento y las inteligencias más desiguales en un mismo pensamiento e imprime a todos la misma voluntad. Entonces, cada cual está lleno de confianza y de valor, porque se siente sostenido por el sentimiento de todo el mundo. Tal fué, para no salir de la Historia moderna, el fin del siglo XVIII, en la víspera de la Gran Revolución. Tal fué, aunque en un grado mucho menor, el carácter de los años que precedieron a la revolución de 1848. Tal es, en fin, el carácter de nuestra época, que parece anunciarnos acontecimientos que quizás sobrepasen en grandeza a los de 1789 y de 1793. Lo que se siente, lo que se ve en esas épocas grandiosas y potentes, ¿no puede ser comparado al flujo del océano?

Pero hay otras épocas sombrías, desesperadas, fatales en que todo respira la decadencia, la postración y la muerte, y que presentan un verdadero eclipse de la conciencia pública y privada. Son los reflujos que siguen siempre a las grandes catástrofes históricas. Tal fué la época del primer Imperio y de la Restauración. Tales fueron los diecinueve o veinte años que sucedieron a la catástrofe de junio de 1848. Tales serán, en un grado más terrible todavía, los veinte o treinta años que sucedan a la conquista de la Francia popular por los ejércitos del déspota prusiano, si es verdad que los obreros, que el pueblo francés son bastante cobardes para entregar a Francia.

Una cobardía histórica tan grande sería una prueba de que los señores profesores de Alemania y los coroneles del Rey de Prusia (1) tienen razón al afirmar que el papel de los franceses en el desenvolvimiento de los destinos sociales de la humanidad acabó; que esa espléndida inteligencia francesa, ese faro luminoso de los siglos modernos, se ha eclipsado definitivamente, que no tiene ya nada que decir a Europa, que ha muerto y que, en fin, ese grande y noble carácter nacional, esa energía, ese heroísmo, esa audacia francesa, que han demolido por la inmortal revolución de 1789-94 la infame prisión de la Edad Media y han abierto a todas las naciones un mundo nuevo de libertad, de igualdad y de fraternidad *no existen ya; que los franceses* (2)

(1) Léase la carta insolente y característica dirigida por el coronel Holstein al señor Emilio de Girardin. (Bakunin.)

(2) Estas palabras subrayadas fueron añadidas al original de J. Guillaume para hacer más comprensible el texto. Véase M. Bakounine, *Oeuvres*, t. IV, pág. 24. (Nota del traductor.)

se han envilecido actualmente y se han hecho de tal modo incapaces de querer, de atreverse, de luchar, de vivir, que no les queda más que hacer que acostarse, como los esclavos, en el umbral mismo de ese mundo, a los pies de un ministro prusiano.

No soy nacionalista. Detesto con toda la energía de mi corazón el principio de las nacionalidades y de las razas que los Napoleón III, los Bismarck y los emperadores de Rusia han puesto por delante, nada más que para destruir en su nombre la libertad de todas las naciones. El patriotismo burgués, a mis ojos, no es más que una pasión mezquina, estrecha, interesada sobre todo, y profundamente antihumana, que no tiene por objeto más que la conservación y la potencia del Estado nacional, es decir el mantenimiento de todos los privilegios explotadores en una nación. Cuando las masas populares son patrióticas, son estúpidas también, como lo son hoy *una parte* de las masas populares de Alemania, que se dejan matar por docenas de millares, con un entusiasmo insensato por el triunfo de esa gran unidad y por la constitución de ese imperio germánico que, si se constituyera sobre las ruinas de la Francia conquistada, se convertiría en la tumba de todas sus esperanzas de porvenir. Lo que me interesa en esta hora, no es, pues, la salvación de Francia como gran potencia política, como Estado, ni de la Francia imperial, ni de la Francia real, ni siquiera de la República francesa.

Lo que yo deploraré como una desgracia inmensa para la humanidad entera, será la decadencia y la muerte de Francia como gran naturaleza nacional; la muerte de ese gran carácter nacional, de ese espíritu francés, de esos instintos generosos, heroicos, y de esa audacia revolucionaria que se atrevieron a tomar por asalto, para demolerlas, todas las autoridades consagradas y fortificadas por la Historia, todas las potencias del cielo y de la tierra. Si esa gran naturaleza histórica que se llama Francia nos faltase en este momento; si desapareciese de la escena del mundo, o, lo que sería peor, si esa nación inteligente y generosa, desde la altura sublime en que la colocara el trabajo y el genio heroico de las generaciones pasadas, cayese repentinamente en el fango, continuando su vida como esclava de Bismarck, se haría un vacío inmenso en el mundo. Eso sería más que una catástrofe nacional, sería una desgracia, una decadencia universal.

¡Imaginaos a Prusia, a la Alemania de Bismarck en lugar de la Francia de 1793, en lugar de esa Francia de la que hemos esperado todos, de la que esperamos todavía la iniciativa de la revolución social!

El mundo está de tal modo habituado a seguir la iniciativa de Francia, a verla marchar siempre audazmente adelante, hoy todavía, en el momento en que parece perdida, aplastada por innumerables ejércitos y traicionada por todos sus poderes oficiales, tanto como por la impotencia y por la imbecilidad evidente de todos sus republicanos burgueses, que el mundo, todas las naciones de Europa, asombradas, inquietas, consternadas por su decadencia aparente, esperan aún de ella la salvación. Esperan que les dé la señal de la liberación, la consigna, el ejemplo. Todos los ojos se han vuelto, no sobre Mac-Mahon o Bazaine, sino sobre París, sobre Lyon, sobre Marsella. Los revolucionarios de toda Europa no se moverán más que cuando Francia se mueva.

El Partido Obrero de la Democracia Socialista de esta gran nación germánica, que parece haber enviado a todos los hijos de su nobleza y de su burguesía para aplastar a la Francia popular; ese partido, al que hay que hacer justicia, bien merecida, al principio de la guerra, en medio del entusiasmo guerrero de toda la Alemania nobiliaria y burguesa, ha protestado valerosamente contra la invasión de Francia, y espera con ansiedad, con una impaciencia apasionada, el movimiento revolucionario de Francia, la señal de la revolución universal. Todos los periódicos socialistas alemanes suplican a los obreros de Francia que proclamen lo más pronto la república democrática y social, no esa pobre república *racional o positivista, sabiamente practicada*, tan recomendada por ese pobre señor Gambetta, sino la gran república, la república universal del proletariado, para que puedan protestar en fin reciamente y por medio de palabras y hechos, con el verdadero pueblo alemán, contra la política belicosa de los privilegiados de Alemania sin que ello implique defender la causa de la Francia imperial, de la Francia de Napoleón III. Tal es hoy, pues, a pesar de todas sus desgracias —y quizás incluso a causa de esas terribles

desgracias, por otra parte tan bien merecidas—, tal es todavía, y más que nunca, la gran posición de la Francia revolucionaria. Del despliegue audaz y del triunfo de su bandera espera el mundo su salvación.

¿Pero quién llevará esa bandera? ¿La burguesía? Creo haber dicho bastante para demostrar de un modo irrefutable que la burguesía actual, aun la más republicana, la más roja, se ha vuelto cobarde, imbécil, impotente. Si se abandonase la bandera de la Francia revolucionaria en sus manos, la dejaría caer en el fango. El proletariado de Francia, los obreros de las ciudades y los campesinos reunidos, pero sobre todo los primeros, son los únicos que pueden mantenerla con sus manos poderosas, bien alta, para la salvación del mundo.

Tal es hoy su gran misión. Si la cumplen, emanciparán a toda Europa. Si desfallecen, se perderán ellos mismos y condenarán al proletariado de Europa al menos a cincuenta años de esclavitud.

Se perderán ellos mismos. Porque no pueden imaginarse que, si consienten hoy en sufrir el yugo de los prusianos, volverán a encontrar en sí la inteligencia, la voluntad y la potencia necesarias para hacer la revolución social. Se hallarán después de esta vergonzosa catástrofe en una posición mil veces peor que la de sus predecesores los obreros de Francia después de las catástrofes de junio y de diciembre. Algunos raros obreros podrán conservar la inteligencia y la voluntad revolucionarias, pero no tendrán fe revolucionaria, porque esa fe no es posible más que cuando los sentimientos del individuo hallan un eco, un apoyo en los instintos y en la voluntad unánime de las masas; mas este eco y este apoyo no lo encontrarán ya en las masas: las masas estarán completamente desmoralizadas, aplastadas, desorganizadas y decapitadas.

Sí, desorganizadas y decapitadas, por el nuevo Gobierno, ese virreinato o ese viceimperio que se instalará, protegido y dirigido desde Berlín por el gran canciller del imperio germánico, Conde de Bismarck, no dejará de emplear contra el proletariado, y en una escala mucho más amplia todavía, las *medidas de salvación pública* que han resultado tan bien al general Cavaignac, el dictador de la República primeramente, y a ese Roberto Macaire infame que,

bajo el doble título de príncipe presidente y de emperador de los franceses, asesinó tranquilamente, robó y deshonró a Francia durante veintidós mortales años.

¿Cuáles son estas medidas? Son muy sencillas. Ante todo, para desorganizar completamente a las masas obreras, se abolirá por completo el derecho de asociación. No se tratará sólo de esa gran Asociación Internacional, tan temida y tan detestada. No; fuera de sus talleres, donde se encuentran sometidos a una disciplina severa, se impedirá a los obreros de Francia todo género de asociación, bajo cualquier pretexto que sea. De este modo se matará su espíritu y toda esperanza de formar entre ellos, por la discusión y por la enseñanza mutua, lo único que puede instruirlos ahora, una voluntad colectiva cualquiera. Cada obrero se volverá a encontrar, como después de diciembre, reducido a un aislamiento intelectual y moral completo, y, por ese aislamiento, condenado a la más completa impotencia.

Al mismo tiempo, para decapitar a las masas obreras, se detendrán y deportarán a Cayena algunos centenares, algunos millares tal vez, de los más enérgicos, los más inteligentes, los más convencidos y los más abnegados, como se hizo en 1848 y en 1851.

¿Qué harán entonces las masas obreras desorganizadas y decapitadas? Triscarán la hierba y, fustigadas por el hambre, trabajarán como forzados para enriquecer a sus patronos. ¡Esperad, después, una revolución de las masas populares reducidas a una posición semejante!

Pero si, a pesar de esta posición miserable, impulsado por la energía francesa, que no podrá resignarse fácilmente a la muerte, impulsado más todavía por su desesperación, el proletariado francés se rebela, ¡oh!, entonces se hará uso, para volverlo a la razón, de los "chassepots" acompañados de los fusiles de aguja; y contra este argumento terrible, al cual no tendrá para oponerle ni inteligencia, ni organización, ni voluntad colectivas, nada más que su desesperación, será diez, cien veces más impotente que nunca lo ha sido.

¿Y entonces? Entonces el socialismo francés habrá dejado de existir entre las potencias activas que llevaban adelante el desenvolvimiento y la emancipación solidarias del proletariado de Europa. Podrá haber algunos escritores socialistas, doctrinas, obras y periódicos socialistas en Fran-

cia, siempre que el nuevo Gobierno y el canciller de Alemania, el Conde de Bismarck, quieran permitirlo. Pero ni los escritores, ni los filósofos, ni sus obras, ni en fin los periódicos socialistas, constituyen el socialismo vivo y potente. Este último no encuentra una existencia real más que en el instinto revolucionario esclarecido, en la voluntad colectiva y en la organización propia de las masas obreras, y cuando ese instinto, esa organización y esa voluntad faltan, los mejores libros del mundo no son nada más que teorías en el vacío, sueños impotentes.

Es evidente, pues, que si Francia se somete a Prusia; si en este momento terrible en que se ventila, con todo su presente, su porvenir entero, no prefiere la muerte de todos sus hijos y la destrucción de todos sus bienes, el incendio de sus aldeas, de sus ciudades y de todas sus casas, a la esclavitud bajo el yugo de los prusianos; si no rompe, por la potencia de una sublevación popular y revolucionaria, la fortaleza de los innumerables ejércitos alemanes que, victoriosos en todos los puntos hasta aquí, la amenazan en su dignidad, en su libertad y hasta en su existencia; si no se transforma en una tumba para todos esos seiscientos mil soldados del despotismo alemán; si no les opone el único medio capaz de vencerlos y de destruirlos en las circunstancias presentes; si no responde a esa invasión insolente por la revolución social no menos despiadada y mil veces más amenazadora, es seguro, digo, que entonces Francia estará perdida, sus masas obreras serán esclavas y el socialismo francés habrá pasado a la Historia.

Y en este caso, veamos cuál será la situación del socialismo, cuáles serán las probabilidades de emancipación de todo el resto de Europa.

¿Cuáles son, fuera de Francia, los países en que el socialismo ha llegado a ser realmente una potencia? Son *Alemania, Bélgica, Inglaterra* y *España.*

En *Italia,* el socialismo está en su infancia. El partido militante de las clases obreras, sobre todo en la Italia septentrional, no está aún suficientemente libre de las preocupaciones exclusivamente políticas y patrióticas que les inspiró la fuerte influencia del gran agitador y patriota de Italia, el verdadero creador de la unidad italiana, José Mazzini. Los obreros italianos son socialistas y revolucionarios por posición y por instinto, como lo son sin excepción los obreros del mundo entero. Pero los obreros italianos se encuentran todavía en una ignorancia casi absoluta de las verdaderas causas de esta posición miserable, y desconocen, por decirlo así, la verdadera naturaleza de sus propios instintos. Están aplastados por un trabajo que apenas les da para nutrirse ellos, sus mujeres, sus hijos; maltratados, hambrientos, arrastrados, dirigidos, se dejan llevar ciegamente por la burguesía radical y liberal, hablan de marchar sobre Roma, como si las piedras del Coliseo y del Vaticano fueran a darles la libertad, el ocio y el pan; y celebran ahora mítines en todas las ciudades para obligar a *su rey a enviar* sus soldados contra el papa; como si ese rey y esos soldados, tanto como esa burguesía que los empuja —los dos primeros, protectores oficiales, y la última, explotadora privilegiada del derecho de propiedad— no fuesen causas principales, inmediatas, de su miseria y de su esclavitud.

Estas preocupaciones exclusivamente políticas y patrióticas son muy generosas, sin duda, por lo que a ellos se refiere. Mas preciso es confesar, al mismo tiempo, que son bien estúpidas.

Es un punto de vista, sin embargo, que legitima, en cierta medida, esa tendencia de los obreros italianos a marchar sobre Roma, la Ciudad Eterna, que es capital del despotismo intelectual y moral, la residencia del papa infalible. Desde hace siglos, y no sin mucha razón, todas las ciudades italianas consideran el poder y la acción católica del papa como una de las razones constantes y fundamentales de sus desgracias y de su esclavitud, y quieren acabar con él. Esta es una de esas tendencias imperiosas, históricas, contra las que ningún razonamiento, por justo que sea, puede prevalecer, y es precisa quizás a los obreros italianos una nueva experiencia histórica, una nueva desilusión amarga, para que abran en fin los ojos, para que comprendan que, enviando los soldados de un rey contra el papa, no se librarán de los soldados, ni del rey ni del papa, y que, para demoler todo eso de un solo golpe, con la propiedad y la explotación nobiliaria y burguesa de que los soldados, el rey y el papa no son más que la consecuencia, la consagración y la garantía necesarias, no hay más que un solo me-

dio: hacer primero en su medio ambiente, cada uno en su ciudad, pero sublevando todas las ciudades al mismo tiempo, una buena revolución social. Porque contra tal revolución, que estalle simultáneamente en todas las ciudades y en los campos, no habrá ni papa, ni rey, ni soldados, ni nobleza, ni burguesía que se opongan.

Bajo el aspecto de la revolución social, se puede decir que el campo de Italia está más avanzado que las ciudades. Habiendo quedado fuera de todos los movimientos históricos y de todos los acontecimientos, de los que sólo pagó los gastos hasta el presente, el campo italiano no tiene ni tendencias políticas ni patriotismo. Mantenido por todos los Gobiernos que se sucedieron en las diferentes partes de Italia en una ignorancia y en una miseria espantosas, no ha compartido nunca las pasiones de las ciudades. Entregado en absoluto a la influencia de los sacerdotes, es supersticioso, y muy poco religioso al mismo tiempo. El poder de los sacerdotes en el campo es efímero, no es real sino cuando concuerda con el odio instintivo de los campesinos contra los ricos propietarios, contra los burgueses y contra las ciudades. Pero despertad sólo el instinto profundamente socialista que duerme a medias en el corazón de cada campesino italiano; renovad en toda Italia, sólo que con un fin revolucionario, la propaganda que el cardenal Ruffo había hecho en Calabria, a fines del último siglo; lanzad únicamente este grito: *¡La tierra para quien la trabaja con sus brazos!*, y veréis a todos los campesinos italianos levantarse para hacer la revolución social; y si los sacerdotes quieren oponerse, matarán a los sacerdotes.

El movimiento completamente espontáneo del año pasado de los campesinos italianos, movimiento provocado por la ley que imponía un impuesto a la molienda del trigo, dió la medida del socialismo revolucionario natural de los campesinos italianos. Derrotaron los destacamentos de las tropas regulares y, cuando llegaban en masa a las ciudades, comenzaban siempre por quemar toda la papelería oficial que caía bajo sus manos.

Italia se encuentra innegablemente en la víspera de una revolución. El Gobierno de Víctor Manuel, todos esos ministros que se han sucedido, unos más ladrones, más cobardes, más pillastres que los otros, la gobernaron tan bien que hoy se ve en un estado político y financiero completamente imposible. El crédito del Estado, del Gobierno, del Parlamento incluso, de todo lo que constituye el mundo oficial, está arruinado. La industria y el comercio están decaídos. Los impuestos siempre crecientes aplastan al país, sin llegar a colmar el déficit que se agranda cada vez más. La bancarrota llama a las puertas del Estado. La desconsideración reina soberana en la sociedad política y civil, las malversaciones de toda especie se han convertido en moneda corriente. No hay ya ni fe, ni buena fe. Víctor Manuel se siente arrastrado, como su señor feudal Napoleón III, al abismo. No se espera más que *la señal de una revolución social en Francia, la iniciativa revolucionaria de Francia* para comenzar la revolución en Italia.

Por qué causa comenzará esa revolución, es cosa indiferente. Probablemente por esa eterna cuestión de Roma. Pero toda revolución italiana, cualquiera que sean la naturaleza y el pretexto de su principio, se transformará necesariamente y bien pronto en una inmensa revolución social, porque la cuestión abierta, dominante, real, la cuestión que se oculta tras de las demás, es la miseria horrible y la esclavitud del proletariado. He aquí lo que saben, lo mismo que el Gobierno, todos los hombres y todos los partidos políticos de Italia. Y a causa de ello los liberales y los republicanos italianos vacilan. Temen esa revolución social que amenaza devorarlos.

Y sin embargo no he clasificado a Italia entre los países en que el socialismo consciente se halla organizado. Esa conciencia y mucho más esa organización faltan en absoluto a los obreros y, es natural, todavía mayormente a los campesinos italianos. Son socialistas en el mismo sentido que el hidalgo de Molière hacía prosa sin saberlo. Por consiguiente, la iniciativa de la revolución socialista no puede venir de ellos. Deben recibirla de fuera.

No hablo de Suiza. Si el mundo humano tuviese que morir, no sería Suiza quien lo resucitaría. Pasamos a otra.

El socialismo comienza a constituir ya una verdadera potencia en Alemania. Las tres grandes organizaciones obreras: la Asociación General de los Trabajadores Alemanes, o la antigua organización lassalliana —*Allgemeiner Deut-*

scher Arbeiter-Verein—, el Partido Obrero de la Democracia Socialista *(Sozial-Demokratissche Arbeiter Partei)*, que tiene por órgano el *Volksstaat*, y las numerosas asociaciones obreras para la instrucción mutua *(Arbeiter Bildungs-Vereine)* abarcan un conjunto por lo menos de quinientos mil obreros. Están divididas entre sí mucho más por las intrigas y por las cuestiones de influencia personal que por razones de principio. Las dos primeras organizaciones son francamente socialistas y revolucionarias. La tercera, que es todavía la más numerosa, continúa sufriendo en parte la influencia del liberalismo y del socialismo burgués. Sin embargo, esa influencia disminuye a simple vista, y se puede esperar que en poco tiempo, sobre todo bajo la impresión de los acontecimientos actuales, los obreros de esta tercera organización pasarán en masa al Partido Obrero de la Democracia Socialista, partido que se ha formado hace apenas un año, a continuación de una larga lucha entre los obreros lassallianos y los de las *Arbeiter Bildungs-Vereine*, por la fusión de una parte de unos y otros.

La organización predominante hoy es incontestablemente el Partido Obrero de la Democracia Socialista. Se encuentra en relaciones directas con la Internacional, en la medida que lo permiten las leyes actuales de Alemania. Esas leyes, naturalmente, son muy restrictivas, opresivas y severas, teniendo por fin principal impedir por todos los medios la formación de una potencia obrera. Prohiben y persiguen como un crimen de alta traición, no sólo toda alianza organizada de las asociaciones obreras de Alemania con las asociaciones de los países extranjeros, sino que —y a pesar de esa *gran idea* de la unidad germánica en nombre de la que el Rey de Prusia acaba de lanzar todos los ejércitos reunidos de Alemania contra la pobre Francia— prohibe a las asociaciones obreras de cada estado alemán asociarse y organizarse unitariamente con las de los otros estados de esa misma Alemania unitaria.

El ímpetu de los obreros alemanes es, no obstante, demasiado fuerte para que pueda ser contenido por esas leyes, y es posible comprobar actualmente la existencia de la organización real de una asociación obrera imponente que une todos los estados de Alemania y tiende una mano fraternal a las asociaciones obreras de los demás países del occidente de Europa, lo mismo que a las de los Estados Unidos de América.

El Partido Obrero de la Democracia Socialista y la Asociación General de los Obreros Alemanes fundada por Lassalle, son, uno y otra, francamente socialistas, en el sentido de que quieren una reforma socialista de las relaciones entre el capital y el trabajo; y los lassallianos, tanto como el partido de Eisenach, están de acuerdo sobre el punto de que, para obtener esa reforma, será preciso *reformar previamente el* Estado, y si no se deja reformar voluntariamente y de un modo pacífico, a consecuencia y por medio de una gran agitación obrera pacífica y legal, reformarlo por la fuerza, es decir, por la revolución política. Según la opinión casi unánime de los socialistas alemanes, *la revolución política debe preceder a la revolución social*, lo que, según mi opinión, es un grande y fatal error, porque toda revolución política que se haga *antes*, y por consiguiente fuera de la revolución social, será necesariamente una revolución burguesa, y la revolución burguesa sólo puede servir para producir, a lo sumo, un socialismo burgués, o sea, debe llegar infaliblemente a una nueva explotación más hipócrita y más sabia tal vez, pero no menos opresiva, del proletariado por la burguesía.

Esta idea desgraciada de la revolución política que debe preceder, dicen los socialistas alemanes, a la revolución social, abre de par en par las puertas del Partido Obrero de la Democracia Socialista a todos los demócratas radicales de Alemania, exclusivamente políticos y muy poco socialistas. Así es como en muchas ocasiones el Partido Obrero de la Democracia Socialista Obrera, arrastrado por sus jefes, no por su propio instinto, mucho más popularmente socialista que las ideas de sus jefes, se confundió y fraternizó con los burgueses demócratas del partido del pueblo *(Volkspartei)*, partido exclusivamente político, y no sólo extraño, sino directamente hostil a todo socialismo serio; lo que, por otra parte, probó de una manera brillante, tanto por los discursos apasionadamente patrióticos y burgueses de sus representantes en la memorable asamblea popular celebrada en Viena en el mes de julio o agosto de 1868, como por los ataques furibundos de sus periódicos contra los obreros verdaderamente socialistas revolucionarios de Viena que fue-

ron a turbar su concierto patriótico y burgués en nombre de la democracia humana y universal.

Esos discursos y esos ataques apasionados contra el socialismo, ese gran obstáculo, ese aguafiestas eterno del radicalismo burgués, promovieron la reprobación, puede decirse que unánime, del mundo obrero en Alemania, y pusieron en una posición muy delicada y muy difícil a hombres como G. Liebknecht y otros que, aunque querían quedar a la cabeza de las asociaciones obreras, no querían enemistarse ni romper sus relaciones políticas con sus amigos del *Volkspartei* burgués. Los jefes de este último partido se percataron pronto de que habían cometido un gran error, porque, a pesar de la energía, de la fuerza de acción y de la audacia revolucionaria *tan bien conocidas y tan bien probadas hoy de los burgueses,* no podían esperar sin embargo que, reducidos a sí mismos, y sin un poco de asistencia de parte del proletariado, podrían hacer una revolución o solamente constituir la sombra de un poder serio. Por otra parte, no fué nunca sistema de los burgueses hacer la revolución por sí mismos. Su procedimiento, más ingenioso, consistió siempre en esto: hacer la revolución con el brazo omnipotente del pueblo y llenar luego sus bolsas con los beneficios. Por lo tanto, ha sido forzoso para los burgueses radicales del *Volkspartei* explicarse, hacer en cierta manera una retractación honorable, y proclamarse igualmente socialistas. Su flamante socialismo, que anunciaron con una gran erupción de palabras y de frases, no supera, naturalmente, los sueños inocentes de la cooperación burguesa.

Durante todo un año, desde agosto de 1868 hasta octubre de 1869, hubo negociaciones diplomáticas entre los representantes principales de ambos partidos, obrero y burgués, y esas negociaciones terminaron, en fin, en el famoso programa del Congreso de Eisenach (7, 8 y 9 de agosto de 1869), que constituyó definitivamente el Partido de la Democracia Socialista Obrera.

Este programa es una verdadera transacción entre el programa socialista y revolucionario de la Asociación Internacional de los Trabajadores, tan claramente determinado por el Congreso de Bruselas y de Basilea, y el programa bien conocido del democratismo burgués.

He aquí los tres primeros artículos que caracterizan per-

fectamente el carácter político y económico del programa del nuevo Partido de la Democracia Socialista Obrera:

Artículo I. El Partido de la Democracia Socialista Obrera en Alemania tiende a la constitución de un Estado popular libre.

Art. II. Cada miembro del Partido de la Democracia Socialista Obrera se compromete a servir con todos sus medios los siguientes principios:

1.° Las condiciones políticas y sociales actuales son injustas en el más alto grado y deben ser por consiguiente rechazadas con la mayor energía.

2.° La lucha por la emancipación de los trabajadores no es una lucha por la institución de nuevos privilegios de clase, sino para la igualdad de los deberes y de los derechos y para la abolición de toda dominación de clase.

3.° La dependencia en que se encuentra el trabajador ante el capitalista es la base principal de la servidumbre bajo todas sus formas. El Partido de la Democracia Socialista Obrera tiende, por medio de la abolición del sistema de la producción actual, a conquistar para el trabajador el derecho pleno al producto de su trabajo.

4.° La libertad política es la condición previa más urgente de la emancipación económica de las clases obreras. Por consiguiente, la cuestión social es inseparable de la cuestión política. Su solución sólo es posible en un Estado democrático.

5.° Considerando que la emancipación política y económica de la clase obrera únicamente es posible con la condición de que todos los trabajadores se unan para el mismo fin, el Partido de la Democracia Socialista Obrera en Alemania se da una organización unitaria, que sin embargo permite a cada miembro ejercer su influencia para el bien común.

6.° Considerando que la emancipación del trabajo no es una cuestión social nacional; que es una cuestión social que abarca todos los países donde se encuentran realizadas las condiciones de la sociedad moderna, el Partido de la Democracia Socialista, en tanto que las leyes sobre asociación lo permitan, se considera una rama de la Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyas tendencias comparte.

El Comité del partido estará por consiguiente en relación oficial con el Consejo general de aquélla.

Art. III. Las primeras exigencias de la agitación del Partido de la Democracia Socialista Obrera son las siguientes:

1.ª El derecho al sufragio directo y secreto para todos los hombres de veinte años de edad, para la elección de diputados al parlamento federal lo mismo que a los parlamentos de los diferentes estados, igualmente que para la de los miembros de las representaciones provinciales y comunales y de todos los demás cuerpos representativos.

2.ª La legislación directa por el pueblo, con el derecho de proponer y de rechazar las leyes.

3.ª Abolición de todos los privilegios de clase, de propiedad, de nacimiento y de confesión.

4.ª Institución del armamento nacional en sustitución del ejército permanente.

5.ª Separación de la Iglesia y del Estado, separación de la Escuela y de la Iglesia.

6.ª Instrucción obligatoria en las escuelas populares. Instrucción gratuita en todos los establecimientos públicos de instrucción.

7.ª Independencia de los tribunales, institución del jurado y del proceso público.

8.ª Abolición de todas las leyes referentes al derecho de reunión, de asociación y de coalición; plena libertad de prensa. Determinación de la jornada normal de trabajo. Prohibición del trabajo de los niños y limitación del de las mujeres en los establecimientos industriales.

9.ª Abolición de todos los impuestos indirectos, institución del impuesto directo sobre la renta.

10.ª Apoyo del Estado para la cooperación obrera y crédito del Estado para las asociaciones de producción.

Estos tres artículos, expresan perfectamente, no la plenitud de los instintos y de las aspiraciones socialistas y revolucionarias de los trabajadores que constituyen parte de esa nueva organización de la democracia socialista en Alemania, sino las tendencias de los jefes que han concebido el programa y que dirigen hoy al partido.

El artículo primero nos choca ante todo por el desacuerdo perfecto con el espíritu del texto del programa fundamental de la Asociación Internacional de los Trabajadores. El Partido de la Democracia Socialista quiere la institución del *Estado popular libre*. Estas dos últimas palabras, popular y libre, suenan bien, pero la primera, *Estado,* debe sonar mal en los oídos de un verdadero socialista revolucionario, de un enemigo resuelto y sincero de todas las instituciones burguesas, sin exceptuar una sola; se encuentra en contradicción flagrante con el fin mismo de la Asociación Internacional y destruye en absoluto el sentido de las dos palabras que le siguen: *popular y libre.*

Quién dice Asociación Internacional de los Trabajadores, dice negación del Estado, de todo Estado, que debe ser necesariamente un Estado nacional. ¿O bien los autores del programa entenderían hablar del Estado internacional, del Estado universal, o al menos, en un sentido más restringido, del Estado que abrazaría todos los países de la Europa occidental en los que existe, para servirme de la expresión favorita de los socialistas alemanes, "la sociedad o la civilización moderna", es decir, la sociedad donde el capital, convertido en el único comanditario del trabajo, se encuentra concentrado en manos de una clase privilegiada por el Estado, la burguesía, y gracias a esa concentración reduce a los trabajadores a la esclavitud y a la miseria? Los jefes del Partido de la Democracia Socialista ¿tenderán a la institución de un Estado que abrace todo el occidente de Europa, Inglaterra, Francia, Alemania, todos los países escandinavos, los países eslavos sometidos a Austria, Holanda, Suiza, España y Portugal? (1).

No, su imaginación y su apetito político no abarcan tantos países a la vez. Lo que quieren, con una pasión que no tratan de enmascarar, es la organización de su *patria alemana,* de la gran unidad germánica. Es la institución *del Estado exclusivamente alemán,* que el primer artículo de su

(1) Ya en el Congreso de Basilea de la Internacional, el año precedente (septiembre de 1869), Bakunin había opuesto lo que llamaba el Estado internacional a la concepción tradicional del Estado, necesariamente nacional. Había pedido "la destrucción de todos los Estados nacionales y territoriales y, sobre sus ruinas, la constitución del Estado internacional de millones de trabajadores. Estado que será misión de la Internacional constituirlo". Pedir la constitución del Estado internacional sobre las ruinas de los Estados nacionales, equivalía, en su boca, a pedir la destrucción del Estado. (Guillaume.)

programa plantea como fin principal y supremo del Partido Obrero de la Democracia *Socialista*. Son ante todo *patriotas políticos*.

Pero, ¿qué dejan a la internacionalidad? ¿Qué dan esos *patriotas alemanes* a la fraternidad de los trabajadores de todos los países? Nada más que frases socialistas, sin realización posible, porque la base principal, primera, exclusivamente política de su programa, el *Estado germánico*, las destruye.

En efecto, desde el momento en que los obreros de Alemania deben querer y servir ante todo a la institución del Estado germánico, la solidaridad que *deberá*, desde el punto de vista económico y social, unirlos hasta confundirlos con sus hermanos, los trabajadores explotados del mundo entero y que debería, según mi opinión, ser la base principal y única de las asociaciones obreras de todos los países; esa solidaridad internacional es necesariamente sacrificada al patriotismo, a la pasión política nacional, y puede suceder que los obreros de un país, repartidos entre estas dos patrias, entre estas dos tendencias contradictorias: *la solidaridad socialista del trabajo y el patriotismo político del Estado nacional*, y sacrificando —pues deben hacerlo al obedecer al artículo primero del programa del Partido de la Democracia Socialista alemana— la solidaridad internacional ante el patriotismo, se encontrarán en la desgraciada posición de *estar unidos a sus compatriotas burgueses contra los trabajadores de un país extranjero*. Es lo que sucedió hoy precisamente a los obreros de Alemania.

Fué un espectáculo interesante ver la lucha que, al comienzo de la guerra, se desarrolló en el seno de las clases obreras de Alemania entre los principios del patriotismo alemán que les impone el programa de su partido y sus propios instintos profundamente socialistas. Se habría podido pensar primeramente que su patriotismo triunfaría sobre el socialismo, y temer que se dejasen arrastrar por el entusiasmo francófobo y guerrero de la mayoría de los burgueses de Alemania (1). En una gran asamblea obrera del Par-

(1) Como ante todo hay que ser justo, debo reconocer que varios órganos de la democracia burguesa en Alemania, entre otros *Zukunft*, de Berlín, han protestado noble y enérgicamente contra esa fuerza burguesa-tudesca. Han comprendido que de la manera en que se había planteado la cuestión entre Bismarck

tido de la Democracia Socialista, celebrada en Brunswick en los últimos días de julio, se pronunciaron muchos discursos afectados en el fondo por el más puro patriotismo, pero al mismo tiempo, casi enteramente desprovistos de sentimientos de justicia y de fraternidad internacional.

A las circulares generosas, francamente socialistas y realmente fraternales de los obreros de la Internacional de París y otras ciudades de Francia, se respondió con invectivas contra Napoleón III —como si hubiese algo de común entre este miserable y criminal estafador, que llevó durante veinte años el título de emperador de los franceses, y los obreros de Francia— y con el consejo *irónico* de derribar lo más pronto posible a su tirano, *para merecer las simpatías de la democracia de Europa*. Leyendo estos discursos, se hubiese podido creer escuchar a hombres libres y altivos de su libertad, hablando a esclavos. Viendo esa orgullosa indignación germánica contra la tiranía y la falta de honradez de Napoleón III, se hubiese podido imaginar uno que el sueño de la democracia socialista, el Estado popular y libre se había realizado ya en Alemania, y que los obreros alemanes estaban satisfechos de sus propios Gobiernos.

Entre la política de Napoleón III y la del gran canciller de Alemania, el Conde de Bismarck, ¿existe otra diferencia que ésta: que una ha sido desgraciada y la otra feliz? En cuanto al fondo inmoral, despótico, violador de todos los derechos humanos, es absolutamente el mismo. ¿O bien los trabajadores de Alemania tendrán la ingenuidad de pensar que Bismarck, *como político*, es más moral que Napoleón III y que se detendrá ante alguna inmoralidad, cuando se trate de llegar a un fin político cualquiera?

Si pueden pensarlo, es que no han prestado ninguna atención a la política de su gran canciller, sobre todo en estos últimos años, después de la postrer insurrección de Polonia,

y Napoleón III, la derrota tanto como la victoria de los ejércitos de Alemania no podrían atraer sobre ésta más que horribles desgracias: en el primer caso, el saqueo de las provincias alemanas, el desmembramiento de Alemania y el yugo extranjero; en el segundo caso, un derroche no menos enorme en dinero y en hombres, y la esclavitud de los alemanes, esclavitud prusiana, bismarckiana, el sometimiento de Alemania a los talones de una monarquía militar y victoriosa "por la gracia de Dios" y bajo la insolencia de todos los lugartenientes pomerianos. Pero, ¿a qué protestar cuando se tiene la gloria de constituir parte de una gran nación triunfante y se está aprisionado en el dilema sin solución del Estado y la libertad? (Bakunin.)

durante la que no han desempeñado otro papel que el de comparsa de los verdugos moscovitas; y es que no reflexionaron nunca sobre las necesidades y sobre la naturaleza misma de la política. Si pueden creer todavía en la moralidad política, siquiera sea sólo relativa, del Conde de Bismarck, es que han leído muy mal sus propios periódicos y los periódicos del Partido Demócrata burgués, donde todas las sucias intrigas de Bismarck, todas sus criminales traiciones contra la libertad de los pueblos en general y contra la patria alemana en particular, en beneficio de la hegemonía prusiana, han sido descubiertas completamente.

Es indudable que cuando Bismarck emprendió, en concierto con esa pobre Austria a quien engañó, su campaña *nacional y patriótica* contra la pequeña Dinamarca, se encontraba ya en plena conspiración contra Napoleón III. Es indudable también que cuando emprendió su campaña antigermánica, prusiana, contra Austria y contra los soberanos alemanes aliados de Austria, se asociaba con una mano al Emperador de Rusia y con otra a Napoleón III. Circunstancias inopinadas, el triunfo inesperado y rápido del ejército prusiano, le permitieron engañar a uno y otro. Pero no es menos cierto que Bismarck había hecho a Napoleón III promesas positivas en detrimento de la integridad del territorio alemán, tanto como del reino belga, y que hubiese mantenido sus promesas si Napoleón III se hubiese mostrado más enérgico y más hábil. Toda la diferencia entre Napoleón III y el Conde de Bismarck, como políticos, consiste, pues, en esto: la habilidad, es decir la picardía del uno superó a la del otro. A pillo, pillo y medio, he ahí todo. En cuanto a lo demás, es el mismo desprecio por la humanidad y por todo lo que se llama derecho humano, y esa convicción, no sólo teórica, sino práctica, diariamente ejercida y manifestada de que todos los medios son buenos y de que todos los crímenes son permitidos cuando se trata de llegar al fin supremo de toda política: *la conservación y el acrecentamiento de la potencia del Estado.*

El Conde de Bismarck, que es un hombre de ingenio ante todo, debe de reír cuando oye hablar de su *moral* y de su *virtud política*. Si tomase estas alabanzas en serio, podría hasta ofenderse, porque desde el punto de vista del Estado, virtud y moral no significan otra cosa que *imbecilidad política*. El señor Bismarck es un hombre positivo y serio. Al querer un fin quiere todos los medios, y como es al mismo tiempo un hombre enérgico y resuelto, no retrocederá ante ningún recurso que pueda servir a la grandeza de Prusia.

Séame permitido reproducir en esta ocasión algunas palabras de un discurso que pronuncié hace justamente dos años en el congreso de la Liga de la Paz y la Libertad, celebrado en Berna en 1868. Fué en cierto modo mi discurso de despedida, porque habiendo ese congreso del radicalismo burgués rechazado el programa socialista que mis amigos y yo le habíamos presentado, salí con ellos de la Liga. Respondiendo a cuestiones y a ataques disimulados de varios demócratas y aun socialistas alemanes, he aquí con qué palabras terminé ese discurso:

"En fin, para resumir, repito enérgicamente: *Sí, queremos la disolución radical del Imperio de todas las Rusias, el aniquilamiento completo de su poder y de su existencia.* Lo queremos tanto por justicia humana como por patriotismo.

"Y ahora que me expliqué claramente, de modo, me parece, que no hay lugar a equívoco alguno, permítaseme plantear una cuestión a mis amigos, los interrogadores alemanes.

"En su amor a la justicia y a la libertad, ¿quieren renunciar a todas las provincias polacas, conquistadas por las armas, cualquiera que sean por lo demás su situación geográfica y su importancia estratégica y comercial para Alemania? ¿Quieren renunciar a todas las regiones polacas, cuyas poblaciones no se cuidan de ser alemanas? ¿Quieren renunciar a sus llamados derechos históricos sobre toda esa parte de Bohemia que los alemanes no llegaron a germanizar por los medios anodinos que se sabe, sobre todo el país habitado por los silesianos, los moravos y los checos, y donde el odio contra la dominación alemana ya no podría discutirse? ¿Quieren rechazar, en nombre de la justicia y de la libertad, *esa política ambiciosa de Prusia* que, a cuenta de las necesidades comerciales y marítimas de Alemania, quiere englobar por la fuerza las poblaciones danesas que habitan el Schleswig en la gran Confederación germá-

nica del Norte? ¿Quieren cesar de reivindicar, en nombre de esas mismas necesidades comerciales y marítimas, la ciudad y el territorio de Trieste, que son mucho más eslavas que italianas, y mucho más italianas que alemanas? En una palabra: ¿quieren renunciar espontáneamente, como exigen a los demás, a toda política de Estado, y aceptar para sí lo mismo que para los demás, todas las condiciones así como todos los deberes de la justicia y de la libertad? ¿Quieren aceptar en toda su sinceridad y en todas sus aplicaciones, los principios siguientes, los únicos que pueden hacer posibles la paz y la justicia internacionales:

"1.° Abolición de todo lo que se llama derecho histórico (de conquista) y las conveniencias políticas de los Estados, en nombre del derecho supremo de todas las poblaciones (de Europa y del mundo), pequeñas o grandes, débiles o fuertes (civilizadas o no civilizadas), así como de todos los individuos, a disponer de sí mismos con entera libertad, *sin tener en cuenta las necesidades y las pretensiones de los Estados,* y sin otro límite para esa libertad que el derecho igual ajeno;

"2.° Abolición de todos los contratos perpetuos entre todos los individuos lo mismo que entre todas las unidades colectivas: asociaciones locales (comunas), provincias y naciones, lo que significa reconocer a toda población que se haya aliado con otra libremente, el derecho a romper el contrato, después de haber satisfecho todos los compromisos temporales y limitados que haya contraído: fundándose ese derecho en el principio, condición esencial de la libertad, de que el pasado no debe y no puede ligarse al presente, como el presente no podría nunca comprometerse con el porvenir, y que el derecho soberano reside siempre en las generaciones presentes;

"3.° Reconocimiento del *derecho de secesión* para los individuos como para las asociaciones, las comunas, las provincias, las naciones, con la condición de que, por una nueva alianza con una potencia extranjera, hostil y amenazadora, la parte saliente no ponga en peligro la independencia y la libertad de la parte a que abandona?

"He ahí las verdaderas, las únicas condiciones de la justicia y de la libertad. ¿Quieren nuestros amigos alemanes aceptarlas tan decididamente como las aceptamos nosotros?

Y, para decirlo todo, ¿quieren con nosotros *la destrucción del Estado, de todos los Estados?*

"Señores, ahí está toda la cuestión. *Porque quien dice Estado dice violencia, opresión, explotación, injusticia erigidas en sistema y convertidas en otras tantas condiciones fundamentales de la existencia misma de la sociedad.* El Estado, señores, no ha tenido nunca y no podrá tener moral. Su moral y su única justicia, *es el interés supremo de su conservación y de su omnipotencia,* interés ante el que todo lo que es humano debe doblegarse. El Estado es la negación rotunda de la humanidad. Lo es doblemente: como contrario a la humana libertad y a la humana justicia (en el interior) y como interrupción violenta de la solidaridad universal de la raza humana (en el exterior). El Estado universal, varias veces ensayado, se ha demostrado siempre imposible, de suerte que, *en tanto que haya Estado, habrá Estados;* y como cada Estado se presenta como un fin absoluto, que lleva el culto de su ser como ley suprema a la que todos los demás deben estar subordinados, resulta esto: que *en tanto que haya Estados, la guerra será perpetua. Todo Estado debe conquistar o ser conquistado.* Todo Estado debe fundar su potencia sobre la debilidad, y si puede, sin peligro, sobre el aniquilamiento de los otros Estados.

"Señores, querer lo que quiere este Congreso, querer el establecimiento de una justicia internacional, de una libertad internacional y de una paz eterna, y querer al mismo tiempo la conservación de los Estados, sería, pues, de nuestra parte una contradicción y una ingenuidad ridículas. *Hacer cambiar a los Estados su naturaleza es imposible, porque es precisamente por su naturaleza por lo que son Estados,* y no podrían separarse de ella sin cesar al mismo tiempo de existir. Por consiguiente, señores, *no hay ni puede haber un Estado bueno, justo, virtuoso. Todos los Estados son males, puesto que por su naturaleza, por su base, por todas las condiciones y por el fin supremo de su existencia son todo lo que hay de opuesto a la libertad, a la moral y a la justicia humanas.* Y bajo este aspecto, dígase lo que se quiera, no existe gran diferencia entre el salvaje Imperio de todas las Rusias y el Estado civilizado de Europa. ¿Sabéis en qué consiste esa diferencia? *El Imperio de los zares hace*

cínicamente lo que los otros hacen hipócritamente. El Imperio de los zares, con su franca manera despótica y desdeñosa de la humanidad, es el único ideal hacia el cual tienden y al que admiran en secreto todos los estadistas de Europa. Todos los Estados de Europa hacen lo que él hace, en tanto que la opinión pública, y sobre todo en tanto que la solidaridad nueva, pero ya poderosa, de las masas obreras de Europa, lo permitan, opinión y solidaridad que contienen los gérmenes de la destrucción de los Estados. *En el terreno de los Estados, señores, no hay más Estados virtuosos que los Estados impotentes.* Y todavía son bien criminales en sus sueños.

"Concluyo: El que quiere con nosotros el establecimiento de la libertad, de la justicia y de la paz; el que quiere el triunfo de la humanidad, el que quiere la emancipación radical y completa (económica y política) de las masas populares, debe querer con nosotros *la disolución de todos los Estados en la federación universal de las asociaciones productoras y libres de todos los países*".

Es claro que en tanto que los obreros alemanes tengan por fin la institución del Estado nacional, por libre y popular que *se imaginen* ese Estado —y está lejos de la imaginación la realización, sobre todo cuando la imaginación supone la reconciliación imposible de dos elementos, de dos principios, el Estado y la libertad popular, que se entrecruzan y se devoran recíprocamente—, es claro que continuarán sacrificando siempre la libertad popular a la grandeza del Estado, el socialismo a la política, y la justicia, la fraternidad internacional al patriotismo. Es claro que su propia emancipación económica no será nada más que un hermoso sueño eternamente relegado a un porvenir lejano.

Es imposible llegar a la vez a dos fines contradictorios. Al implicar el socialismo la revolución social, la destrucción del Estado, resulta evidente que quien tiende al Estado debe renunciar al socialismo, debe sacrificar la emancipación económica de las masas a la potencia política de un partido privilegiado cualquiera.

El Partido de la Democracia Socialista Alemana debe sacrificar la emancipación económica, y por consiguiente también la emancipación política del proletariado, o más bien

su emancipación de la política, a la ambición y al triunfo de la democracia burguesa. Esto resulta claramente de los artículos segundo y tercero de su programa.

Los tres primeros párrafos del artículo segundo son en absoluto conformes al principio socialista de la Asociación Internacional de los Trabajadores, cuyo programa reproducen casi textualmente. Pero el cuarto párrafo del mismo artículo, al declarar que la libertad política es la condición *previa* de la emancipación económica, destruye por completo el valor práctico de ese reconocimiento de principio. No puede significar más que esto:

"Obreros, sois esclavos, víctimas de la sociedad y del capital. Queréis emanciparos de ese yugo económico. Muy bien, y vuestras aspiraciones son perfectamente legítimas. Mas para realizarlas, *es preciso que nos ayudéis primero a hacer la revolución política. Después os ayudaremos a hacer la revolución social.* Dejadnos establecer primeramente por la fuerza de vuestros brazos el Estado democrático, una buena democracia burguesa como en Suiza, y luego... luego os daremos un bienestar igual al que gozan los obreros en Suiza." (Véanse las huelgas de Basilea y de Ginebra.)

Para convencerse de que esta aberración increíble expresa perfectamente las tendencias y el espíritu del Partido de la Democracia Socialista Alemana —como programa, no como aspiraciones naturales de los obreros alemanes que lo componen—, no hay más que estudiar el artículo tercero, donde se encuentran enumeradas todas las peticiones inmediatas y primeras que deben reclamarse por la agitación pacífica y legal del partido. Todas esas demandas, menos la décima, que no fué propuesta siquiera por los autores del programa, sino que ha sido añadida más tarde, en medio de la discusión, a continuación de una proposición hecha por un miembro del Congreso de Eisenach, todas estas demandas tienen un carácter exclusivamente político. Los puntos recomendados como objetos principales de la acción práctica inmediata del partido no constituyen otra cosa que el programa bien conocido de la democracia burguesa: sufragio universal, con la legislación directa por el pueblo; abolición de todos los privilegios políticos; armamento nacional; separación de la Iglesia y del Estado; de la Escuela y de la Iglesia; instrucción gratuita

y obligatoria; libertad de imprenta, de asociación, de reunión y de coalición; transformación de todos los impuestos indirectos en un impuesto directo, progresivo y único sobre la renta.

He aquí lo que constituye el verdadero objeto, el fin real, actual, de ese partido: *una reforma exclusivamente política del Estado, de las instituciones y de las leyes del Estado.* ¿No tuve razón al decir que ese programa no era socialista más que en sueños, para un porvenir lejano, pero que en realidad era un programa puramente político y burgués, de tal modo burgués que ninguno de los en otro tiempo colegas nuestros de la Liga de Paz y de la Libertad habría vacilado en firmarlo? ¿No tuve también razón al decir que, si se juzgaba el Partido de la Democracia Socialista de los obreros alemanes por su programa —lo que me guardaré bien de hacer, porque yo sé que las aspiraciones reales de esos obreros van mucho más allá del programa— se tendría el derecho a pensar que la institución de ese partido no ha tenido otro fin que el de hacer servir a la masa obrera, como instrumento sacrificado y ciego, a la realización de los proyectos políticos de la democracia burguesa de Alemania?

En ese programa sólo hay dos puntos que no serán del agrado de los burgueses. El primero de ellos está contenido en la segunda mitad del octavo párrafo del artículo tercero, donde se pide *la determinación de la jornada normal del trabajo, la abolición del trabajo de los niños y la limitación del de las mujeres,* cosas éstas que harán torcer el gesto a los burgueses, porque, amantes apasionados de todas las libertades que redundan en su provecho, piden a gritos para el proletariado la libertad de dejarse explotar, aplastar, atormentar, sin que el Estado tenga que intervenir. Pero los tiempos se han vuelto tan duros para estos pobres burgueses, que acabaron por consentir en esa intervención del Estado, aun en Inglaterra, cuya organización social actual, que yo sepa, no es todavía socialista de ningún modo.

El otro punto, mucho más importante, y de un carácter socialista bastante más determinado, está contenido en el segundo párrafo del artículo tercero, párrafo que, como indiqué, no fué propuesto por los mismos redactores del programa, sino que es debido a la iniciativa de un miembro del Congreso de Eisenach y fué presentado en medio de la discusión del programa. Ese punto exige el apoyo, la protección y el crédito del Estado para la cooperación obrera y sobre todo para las asociaciones de producción, con todas las garantías de libertad deseables.

Este es un punto que ningún demócrata burgués admitirá de buen grado, porque está en contradicción absoluta con lo que la democracia burguesa y el socialismo burgués llaman libertad. En efecto, la libertad de la explotación del trabajo por el proletariado, *obligado* a venderla al capital al precio más bajo posible, obligado, no por una ley política o civil cualquiera, sino por la posición económica en que se encuentra, por el terror y la aprehensión del hambre, esa libertad, digo, no teme la concurrencia de las asociaciones obreras, sea de consumo, sea de crédito mutuo, sea de producción, por la simple razón de que las asociaciones obreras, reducidas a sus propios medios, no estarán nunca en situación de formar un capital capaz de luchar contra el capital burgués. Pero cuando las asociaciones obreras estén apoyadas por la potencia del Estado, cuando sean sostenidas por el crédito inmenso del Estado, no sólo podrán luchar, sino que a la larga acabarán por vencer a las empresas industriales y comerciales burguesas, fundadas únicamente sobre el capital privado, sea individual, sea colectivo y representado por sociedades anónimas de capitalistas, pues el Estado es naturalmente la más poderosa de todas las sociedades anónimas.

El trabajo comanditado por el Estado: tal es el principio fundamental *del comunismo autoritario, del socialismo de Estado. El Estado transformado en el único propietario,* al fin de un cierto período de transición, que será necesario para hacer pasar la sociedad, sin sacudidas demasiado grandes, económicas y políticas, de la organización actual del privilegio burgués a la organización futura de la igualdad oficial de todos. El Estado será también el único capitalista, el banquero, el administrador de fondos, el organizador, el director de todo el trabajo nacional y el distribuidor de sus productos. Tal es el ideal, el principio fundamental del comunismo moderno.

Enunciado por primera vez por Babeuf, hacia el fin de la

Gran Revolución, con todo el aparato de civismo antiguo y de violencia revolucionaria que constituían el carácter de esa época, fué resobado y reproducido en miniatura hace treinta años más o menos por Luis Blanc en su pequeño folleto *L'Organisation du Travail,* en el que el estimable ciudadano, mucho menos revolucionario y mucho más indulgente para las debilidades burguesas que Babeuf, se esforzó por dorar y endulzar la píldora, a fin de que los burgueses pudiesen tragarla sin imaginar que tomaban un veneno que debería matarlos. Los burgueses no se han dejado engañar, y, devolviendo brutalidad por cortesía, expulsaron a Luis Blanc de Francia. A pesar de esto, con una constancia que es preciso admirar, Luis Blanc continúa fiel a su sistema económico, y continúa creyendo que todo el porvenir está contenido en su folletito sobre la organización del trabajo.

La idea comunista ha pasado después a manos más serias. Carlos Marx, el jefe indiscutible del Partido Socialista en Alemania —una gran inteligencia armada de una ciencia profunda y cuya vida entera, puede decirse sin adulación, ha sido consagrada exclusivamente a la causa más grande que hoy existe, la de la emancipación del trabajo y de los trabajadores—, Carlos Marx, que es innegablemente también, si no el único, al menos uno de los principales fundadores de la Asociación Internacional de los Trabajadores, ha hecho del desenvolvimiento de la idea comunista el objeto de un trabajo serio. Su gran obra, *El Capital,* no es una fantasía, una concepción a priori, brotada en un solo día en la cabeza de un joven más o menos ignorante de las condiciones económicas de la sociedad y del sistema actual de producción. Está fundamentada sobre el conocimiento muy extenso y muy detallado, y sobre el análisis profundo de ese sistema y de esas condiciones. Carlos Marx es un abismo de ciencia estadística y económica. Su obra sobre el capital, aunque desgraciadamente erizada de fórmulas y de sutilezas metafísicas, que la hacen inabordable para la mayoría de los lectores, es en el más alto grado una obra positivista o realista, en el sentido que no admite otra lógica que la de los hechos.

Viviendo desde poco más o menos casi treinta años exclusivamente entre los obreros alemanes refugiados como

él, y rodeado de algunos amigos y discípulos más o menos inteligentes, perteneciendo por su nacimiento y por sus relaciones al mundo burgués, el señor Carlos Marx llegó naturalmente a formar una escuela, una especie de pequeña iglesia comunista, compuesta de adeptos fervientes, y difundida por toda Alemania. Esta iglesia, por restringida que sea bajo el aspecto del número, está sabiamente organizada y gracias a las múltiples relaciones con las asociaciones obreras de los puntos principales de Alemania, forma ya una potencia. Carlos Marx, goza, naturalmente, en esa iglesia de una autoridad casi suprema y hay que reconocerle que sabe manejar ese pequeño ejército de fanáticos adherentes de modo que realza siempre su prestigio y su poder sobre las imaginaciones de los obreros alemanes.

La idea comunista de Carlos Marx transpira en todos sus escritos; se manifestó igualmente en las proposiciones hechas el año pasado por el Consejo General de la Asociación Internacional de los Trabajadores, que reside en Londres, al Congreso de Basilea, tanto como en las proposiciones que tenía el propósito de presentar al congreso que debía tener lugar en septiembre de este año y que debió ser suspendido a causa de la guerra. Carlos Marx, miembro del Consejo General de Londres y secretario corresponsal para Alemania, goza en ese Consejo, como se sabe, de una grande y —preciso es añadirlo— legítima influencia, de suerte que se puede tener por seguro que las proposiciones hechas por el Consejo General de Londres al Congreso salieron principalmente del sistema y de la colaboración de Carlos Marx.

Y así, en el Congreso de Basilea, el ciudadano inglés Lucraft, miembro del Consejo General, emitió la idea de que toda la tierra de un país debe ser transformada en *propiedad del Estado,* y que el cultivo de esa tierra debe ser dirigido y administrado por los funcionarios del Estado, "lo que —añadió— no será posible más que en un Estado democrático y social en el cual el pueblo pueda velar por la buena administración de la tierra nacional por el Estado".

Y así, en el mismo congreso, cuando se debatió la proposición de abolir el derecho de herencia, proposición que obtuvo la relativa mayoría de los votos, todos los miembros del Consejo General, todos los delegados ingleses, y la

mayoría de los delegados alemanes, votaron contra esa abolición, por esta razón especial, desarrollada por Eccarius, en nombre del Consejo General: "que una vez que la propiedad colectiva de la tierra, de los capitales y en general de todos los instrumentos de trabajo sea reconocida y establecida en un país cualquiera, la abolición del derecho de herencia se hará inútil; el derecho de herencia caerá por sí mismo cuando no haya nada que heredar". Mas, por una contradicción extraña, ese mismo ciudadano Eccarius, en nombre de ese mismo Consejo General, hizo una contraproposición tendente a establecer provisionalmente *un impuesto a la herencia,* en beneficio de las masas obreras, lo que indica que el Consejo General no espera que la propiedad colectiva pueda ser establecida ahora por medio de una revolución, sino que espera establecerla progresivamente por la vía de las transacciones políticas sucesivas con la propiedad burguesa.

Los delegados de las asociaciones obreras alemanas que aparecieron por primera vez en gran número en un congreso de la Internacional (1) hicieron otra —de acuerdo con los delegados de la Suiza alemana (2)—, una nueva proposición conforme en absoluto con su programa de Eisenach, y que no tendía a otra cosa que a introducir *el principio de la política nacional o burguesa* en el programa de la Internacional. Esta proposición, la de la *legislación directa por el pueblo* como medio previo absolutamente necesario para llegar a las reformas sociales, fué depositada por el ciudadano Bürkly, de Zurich, y calurosamente apoyada por los ciudadanos Goegg, Rittinghausen, Bruhin y Liebknecht. Dió lugar a un debate suficientemente apasionado en medio del cual el ciudadano Liebknecht, uno de los jefes principales del Partido de la Democracia Socialista en Alemania, declaró que se obraría como *reaccionarios* si no se trataba esa cuestión; era perfectamente legítima y urgente, puesto que la misma Asociación Internacional, en sus congresos precedentes, y principalmente en el de Lausana (1867), había proclamado que la cuestión política era inseparable de la cuestión social; y que, en fin, si esa cuestión no parecía importante en París, en Viena o en Bruselas, donde la cuestión social no podía ser tratada en su forma y en sus condiciones políticas, era importante en los países en que esa imposibilidad no existía.

Gracias a la resistencia de los delegados franceses, italianos, españoles, belgas y de una parte de los delegados de la Suiza latina, esa cuestión cayó. Tampoco pudo prosperar en el Congreso de Basilea. *Inde irae*. (1).

Nota.—La cólera del partido alemán, en efecto, fué grande. Fué sobre todo contra mí, a quien acusaron, no sé por qué, de ser el promotor principal, si no el jefe de esa oposición enérgica que halló durante todo el Congreso de Basilea, esa política nacional y burguesa que se nos presentó como la que había de ser de la Internacional. La he combatido, es verdad, con toda la energía que me fué posible, porque la creo funesta para la Asociación Internacional, porque falsea, a mi manera de ver, incluso el principio de esa gran asociación; porque, en fin, es completamente contraria al socialismo revolucionario, a esa política internacional del proletariado que, según mi convicción íntima, es la única que puede salvarlo y hacerlo triunfar.

No habría absolutamente nada que volver a decir si mis adversarios, los socialistas alemanes, se hubiesen limitado a atacar mis principios con fuerza, aun con cólera. Si esos principios les parecían malos, al atacarlos hacían uso de sus derechos y cumplían su deber. Lo que no comprendo es que los hombres que se respetan y que pretenden la estimación ajena, puedan emplear en esa lucha contra un adversario, *medios infames, sucias mentiras y la calumnia.*

Hace un año que soy objeto por su parte de los ataques más innobles, *conscientemente mentirosos,* y al mismo tiempo más ridículos. Es una campaña perfectamente combinada y organizada. El inspirador principal y el jefe de esa

(1) Había doce: Spier, Rittinghausen, Liebknecht, Krieger, Bracke, Scherer, Würger, de Alemania; Lessner, de Londres; Moritz Hess, de París; Jasnasch, J. F. Becker, Goegg, de Suiza.

(2) Había doce también, tres del cantón de Zurich y los demás de Basilea.

(1) *Lo que sigue corresponde en el manuscrito a una larga nota, inacabada, en respuesta a una señal de llamada en* Inde irae. *La publicamos como continuación del texto, y de este modo simplificamos la colocación de las subnotas. (Nota del traductor.)*

guerra me es conocido. Está oculto tras de las brumas de Londres, como Moisés tras de las brumas del Sinaí. Legislador de los judíos alemanes socialistas de nuestros días, inspira la palabra y los actos de sus discípulos. A él, pues, corresponde la mayor parte de la responsabilidad de todo lo que dicen y de todo lo que hacen. Es un hombre digno del más alto respeto bajo muchos conceptos, pero que a menudo merece una enérgica reprobación. Dotado de una vanidad irascible, identifica demasiado frecuentemente su persona, un poco deteriorada por la adulación servil de sus discípulos y de sus amigos, con el principio, y sus propios rencores con el servicio de una causa de la que, por otra parte, es uno de los servidores más ilustres y más útiles. No quiero nombrarlo todavía, pero se verá obligado a nombrarse él mismo. Y entonces me explicaré directa y públicamente con él.

Me contentaré con hablar, en este momento, del desecho, de ese pequeño canalla que le sirve habitualmente de vanguardia, cuando, inspirado por un mal pensamiento, quiere cometer una mala acción.

El primero que abrió el ataque contra mí, después del Congreso de Basilea, fué el señor Mauricio Hess, competidor ambicioso y envidioso antes, hoy transformado sin duda por sentimiento de impotencia, en obsequioso cortesano del Moisés moderno. En un artículo publicano contra mí, el 2 de octubre de 1869, en el *Réveil*, de París, artículo que el señor Descluze cometió la enorme injusticia de aceptar —injusticia que ha reparado, por lo demás, noblemente, con una declaración leal hecha por él mismo en uno de los números siguientes del *Réveil* (22 de octubre)—, el señor Mauricio Hess tuvo la desvergüenza de escribir las líneas siguientes, que no puedo calificar menos que de infames. Quiero reproducir enteramente el artículo de Mauricio Hess:

"El voto *negativo* (1) del Congreso de Basilea [sobre la cuestión de la abolición de la herencia], a pesar de su voto favorable al principio de colectividad, es un enigma para

(1) Primera mentira. Ese voto no ha sido negativo, puesto que el resultado de la negación de la herencia ha sido reconocido y pronunciado por una mayoría relativa que comprendía cinco delegados alemanes (32 *sí* contra 23 *no* y 13 abstenciones), y que la proposición del Consejo General tuvo en contra la mayoría, no ya relativa, sino absoluta (19 *sí* contra 37 *no* y 6 abstenciones). (Bakunin.)

los que ignoran la historia secreta de este congreso. Pasó en Basilea algo análogo a lo que un mes antes tuvo lugar en Eisenach" (1).

Se sabe lo que era esa proposición contra el comunismo prusiano del señor Schweitzer que triunfó en Eisenach. Es verdad que en Basilea no se tuvo que combatir a un partido prusiano que ni siquiera estaba representado. Pero en cambio *había allí un partido ruso* (2) *próximo pariente del prusiano* (3). ¿Es preciso decirlo? Los partidarios de Bakunin (4), jefe del comunismo ruso (5), no se imaginaban el *servicio que estaban llamados a prestar en un interés panes-*

(1) Si el señor Schweitzer no tuviese otro pecado que reprocharme que el de ser antagonista enérgico del socialismo burgués y del radicalismo burgués que triunfaron, desgraciadamente, en el Congreso de Eisenach, yo, por mi parte, no tendría más que felicitaciones que dirigirle. Pero los adversarios del señor Schweitzer pretenden, no sin apariencia de razón, que el señor Schweitzer es un aliado secreto de la política monárquica prusiana del Conde de Bismarck. Si eso fuese verdad, sería una traición infame de parte del señor Schweitzer hacia el socialismo y hacia la causa santa de las masas obreras que tienen confianza en él. Los jefes del Partido de la Democracia Socialista no cometen esa traición, que si es realmente verdadera no puede ser más que una traición lucrativa; pero cometen otra traición de esa misma causa,—no lucrativa, sin duda, pero no menos funesta para la emancipación de los trabajadores que les siguen —la de aliarse y asociar el movimiento socialista y revolucionario de los obreros de su partido a la política de los burgueses radicales de Alemania. Esto es ir de Scila a Caribdis, y una consecuencia natural del culto al Estado que tienen en común con el señor Schweitzer. El culto al Estado es, en general, el rasgo característico del socialismo alemán. Lassalle, el más grande agitador socialista y el verdadero fundador del socialismo práctico en Alemania, estaba penetrado por el mismo. No veía salvación para los trabajadores más que en los poderes del Estado, del cual los obreros debían apoderarse, según él, por medio del sufragio universal. También fué acusado por los mismos adversarios —con razón o sin ella, no lo sé—, de haber mantenido relaciones secretas con Bismarck. Es imposible confiar en la palabra y los escritos de los publicistas alemanes, porque la primera cosa que hacen, al atacar a un adversario cualquiera, es enlodarlo, y parece que disponen de una cantidad inagotable de este material. (Bakunin.)

(2) Yo era, en el Congreso de Basilea, el único ruso, y no representaba a Rusia, sino a las secciones de Lyon y de Nápoles. (Bakunin.)

(3) Aquí comienzan las infames insinuaciones. (Bakunin.)

(4) Probablemente aquellos con los que he votado: la mayoría de los delegados franceses, los delegados españoles, el delegado italiano, algunos delegados belgas, todos los delegados (menos dos) de la Suiza latina y algunos delegados alemanes (cinco), entre ellos el en otro tiempo amigo mío J. F. Becker y el ciudadano Lessner, miembro del Consejo General. El ciudadano Jung, otro miembro del Consejo General, me dijo, después de la votación sobre la abolición del derecho de herencia, que se había arrepentido, al ver el modo mezquino con que fué tratada la cuestión de la propiedad colectiva, de no haber votado con nosotros. Y en general debo añadir que la mayor parte de aquellos a quienes el señor Hess llama mis partidarios, me eran desconocidos en absoluto antes del congreso. (Bakunin.)

(5) ¡Lo que debió de resentirse al leer estas palabras ese pobre pequeño judío ruso que intriga ahora en Ginebra, haciendo esfuerzos increíbles para que se le llame jefe, aunque sea de una sección rusa imaginaria, compuesta de cuatro o cinco miembros y de la que fuera él la única figura parlante! (Bakunin.)

lavista, como los engañados del señor Schweitzer no sabían que trabajan por los negocios del pangermanismo prusiano. Sea lo que quiera, unos y otros han trabajado por el Rey de Prusia (1).

"No existía todavía en los congresos precedentes de la Internacional un partido ruso. Fué en el curso del año último cuando Bakunin, patriota ruso (2), cuya buena fe no ponemos en duda, realizó un ensayo tendente a cambiar la organización y los principios de la Internacional, como asimismo para trasladar la sede del Consejo General de Londres a Ginebra..."

(El manuscrito se interrumpe aquí.)

---

(1) ¡Pobre Felipe Becker! ¡ser tratado así por un amigo! (Bakunin).

(2) Acepto esa denominación en este sentido: quiero la destrucción completa del Estado ruso, del Imperio de todas las Rusias, destrucción de que ya probé y desarrollé la urgencia en todos mis discursos, en todos mis escritos, en todos los actos de mi vida. En cuanto al paneslavismo de que todos esos judíos me acusan de una manera tan ridícula como infame, volveré más tarde sobre ese tema. (Bakunin.)

CARTA

(Marsella, primera quincena de octubre de 1870)

CARTA [1]

Mi querido amigo:

No quiero marchar de Lyon sin haberte dicho una última palabra de despedida. La prudencia me impide ir a estrecharte la mano otra vez. No tengo ya nada que hacer aquí. Había venido a Lyon a combatir y a morir con vosotros. Había venido porque estoy profundamente convencido de que la causa de Francia se ha transformado, en este momento en que se trata de su existencia o de su no existencia, en la causa de la humanidad, y de que la derrota definitiva de Francia, su caída, su sumisión a las bayonetas de los prusianos y a un gobierno impuesto por los prusianos, son la mayor desgracia que puede ocurrir —desde el punto de vista de la libertad— a Europa entera. He tomado

---

(1) Este largo manuscrito fué redactado por Bakunin en la primera quincena del mes de octubre de 1870, en Marsella, donde se refugió un tiempo con la esperanza de iniciar de nuevo alguna acción revolucionaria como la proyectada en Lyon y que fué malograda el 28 de septiembre, debido a la traición del general Cluseret y a la organización insuficiente y precipitada. Comienza con la carta dirigida al sastre Palix, en casa del cual se había alojado. Como el manuscrito quedó interrumpido, la carta a Palix fué aprovechada también en *El imperio knutogermánico y la revolución social*. En el tomo IV de las *Oeuvres* editadas por Guillaume, se encuentra un texto correcto y completo de dicho documento (págs. 76-80), que nosotros damos en el segundo tomo de esta edición. En una carta fechada el 8 de octubre y dirigida a Emilio Bellerio, Bakunin dice, refiriéndose al trabajo que publicamos: "Con respecto a todos estos acontecimientos, termino un folleto muy detallado que le enviaré pronto". En una carta a Sentiñon escribe el 23 de octubre, víspera de su partida de Marsella: "Los burgueses son odiosos. Son tan feroces como estúpidos. ¡Y cómo llevan en sus venas la naturaleza policíaca! Se dirían policías y procuradores generales en ciernes. A sus infames calumnias voy a responder con un buen librito en que nombraré a todas las cosas y a todas las personas por su nombre." Pero, llegado hacia el 27 ó el 28 a Locarno, se olvidó del manuscrito de Marsella y comenzó a redactar apasionadamente *El imperio knutogermánico*, que llegó a considerar como "mi primer y último libro, mi testamento" (de una carta a Ogaref). Sigue un pequeño fragmento escrito también en Marsella, titulado *El despertar de los pueblos*, que quedó inconcluso. Se verá por la lectura de estas páginas que Bakunin inicia en sus escritos de actualidad una tendencia cada vez más doctrinaria. (Nota del traductor.)

parte en el movimiento de ayer y he firmado con mi nombre las resoluciones del Comité de Salvación de Francia, porque para mí es evidente que, después de la destrucción real y de hecho de vuestra máquina administrativa y gubernamental, *no queda más que la acción inmediata y revolucionaria del pueblo para salvar a Francia.* Todos esos pedazos de la antigua Administración del país; esas Municipalidades compuestas en su mayor parte de burgueses o de obreros convertidos a la burguesía, gentes rutinarias como no hay otras, desprovistas de inteligencia, de energía y sobre todo de buena fe; todos esos procuradores de la República y esos prefectos, comisarios extraordinarios investidos de plenos poderes militares y civiles, es decir investidos de la dictadura plena por la autoridad fabulosa y fatal de ese trozo de Gobierno provisional con sede en Tours; todo eso no es bueno más que para paralizar los últimos esfuerzos de Francia y para entregarla a los prusianos.

El movimiento de ayer, si se hubiese mantenido triunfante —y se habría mantenido si el general Cluseret no hubiese abandonado la causa del pueblo—, ese movimiento que habría reemplazado vuestra Municipalidad inepta, impotente y reaccionaria en sus tres cuartas partes, por un comité revolucionario (que sería omnipotente, como expresión —no ficticia, sino real, inmediata— de la voluntad popular), ese movimiento, digo, habría podido salvar a Lyon, y al salvar a Lyon, organizando una resistencia formidable a la invasión de los prusianos, habría salvado a Francia; porque no hay que hacerse ilusiones: una vez caído Lyon en poder de los prusianos, Francia estará irrevocablemente perdida (1).

Lyon, después de París, y con Marsella, es la ciudad obrera por excelencia, y Francia sólo puede ser salvada por medio de su mundo obrero, por los trabajadores de los campos y de las ciudades. Sería ridículo y vano esperar su salvación de las clases privilegiadas. No hablo de la nobleza; casi no existe ya. Si hubiese conservado el menor rasgo de su antiguo carácter y de su antigua posición política y social, sin duda se habría conmovido más vivamente de lo que puede hacerlo la burguesía actual ante la deshonra y la decadencia que amenazan a vuestra patria. Pero no existe ya más que de nombre; en realidad se ha fundido en la burguesía, de quien comparte hoy los intereses y las pasiones. No hay actualmente más que una clase privilegiada seria: es la burguesía. Hablemos, pues, de esa numerosa y respetable clase.

(1) Aquí termina el fragmento de la carta dirigida a Palix y en el cual se advierten algunas modificaciones. (Nota del traductor.)

No estando apegada a la tierra, la burguesía, como el capital de que es hoy la encarnación real y viva, no tiene patria. Su patria está allí donde el capital le reporta mayores beneficios. Su preocupación principal, por no decir única, es la explotación lucrativa del trabajo del proletariado. Desde su punto de vista, cuando esa explotación marcha bién, todo va excelentemente, y, al contrario, cuando se detiene, todo va mal. Por consiguiente, no puede tener otra idea que la de poner en movimiento, por cualquier medio, aunque ese medio sea deshonroso, la decadencia y el sometimiento de su propio país. Y sin embargo la burguesía tiene necesidad de la patria política, del Estado, para garantizar sus intereses exclusivos contra las exigencias tan legítimas y cada vez más amenazadoras del proletariado.

Está, pues, cogida en una contradicción flagrante. Pero toda contradicción, toda posición falsa, excluye la sinceridad. La burguesía es hipócrita por necesidad, hasta el punto de no confesarse a sí misma sus propios pensamientos. Habla mucho del patriotismo cuando se dirige al proletariado, porque únicamente desde el punto de vista del patriotismo puede recomendarle ese culto al Estado, tan funesto a los intereses de las masas obreras, de quienes explota el trabajo bajo la protección de aquél, y por esa misma razón tan favorable a los suyos.

En el fondo de su alma, la burguesía es cosmopolita. La dignidad, la independencia de su país le importan muy poco, siempre que en el exterior halle un mercado vasto y libre para los productos del trabajo nacional explotado por sus capitales y que en el interior haya tranquilidad y orden público —las dos condiciones esenciales de toda explotación regular—; siempre que estos privilegios económicos, y principalmente el de explotar el trabajo del pueblo, estén garantizados enérgicamente por la potencia del Estado. Pero que ese Estado se llame francés o prusiano, eso le es igual.

Los burgueses que lean estas líneas gritarán que les ca-

lumnio. ¡Ay!, no es más que una expresión bien pálida de una verdad que salta a la vista, y que no ha sido jamás tan palpable como en esta hora en que Francia está en tren de perecer y en que perecerá ciertamente si el pueblo trabajador de las ciudades y de los campos no acude prontamente en su socorro.

He aquí que bien pronto hará un mes que el infame régimen de Bonaparte, derribado por las bayonetas prusianas, ha caído en el lodo. Un Gobierno provisional, compuesto de burgueses más o menos radicales, ha ocupado su puesto. ¿Qué es preciso hacer para salvar a Francia? (1).

En presencia de la inmensa catástrofe que amenaza aniquilar a este hermoso y gran país, la estupidez y la impotencia flagrantes y ya comprobadas de los hombres que componen ese Gobierno, no pueden inspirar más que la indignación y el disgusto.

Y ante todo, ¿cómo se apoderaron de ese poder casi dictatorial que ejercen para desgracia y ruina de Francia? ¿Lo conquistaron por uno de esos actos de energía y de audacia que, en medio de una crisis suprema, son los únicos que pueden salvar la existencia de una nación? ¿Han tenido al menos el valor de jugarse la cabeza al proclamar la decadencia de Napoleón III antes de que ese infame se haya entregado a los prusianos? Era su deber hacerlo. Después de las dos batallas desastrosas que habían aniquilado dos grandes ejércitos franceses en Lorena, toda Europa estaba convencida de que la proclamación inmediata de la República era el único medio de salvación que le quedaba a Francia. No era necesaria mucha perspicacia para comprender que, al abandonar el Poder a la mujer y a los servidores de Napoleón III, se paralizaba la defensa nacional y se hacía más crítica y más terrible la situación de Francia. Los diputados radicales de la izquierda, son los únicos que no lo han comprendido, o si lo comprendieron carecieron de la energía, del valor, de la abnegación necesarios para salvar su patria. En presencia de las intrigas napoleónicas; en presencia de Palikao, que enviaba el último ejército francés a entregarse prisionero en Sedan; en presencia de Chevreu, que organizaba el terror blanco en favor de la dinastía Bonaparte en los campos, predicando en ellos el generoso olvido del pasado, la conciliación y la unión. Llamaron a eso generosidad, buena política, prudencia, y no era más que estupidez o cobardía. En todo caso, era el sacrificio de los más caros intereses y de la misma salvación de Francia.

(1) Según Guillaume, este párrafo está borrado en el original por el propio Bakunin, que lo introdujo más tarde en *El imperio knutogermánico*. Véase el segundo tomo de esta edición. (Nota del traductor.)

Los efectos desastrosos de esa política singular no se hicieron esperar. El bonapartismo, al principio aplastado por las primeras noticias de las derrotas, volvió a adquirir confianza. Animados por la impotencia intelectual y moral de esos hombres que constituían ayer la izquierda radical y que constituyen hoy el Gobierno provisional, los servidores infames del infame Bonaparte volvieron a levantar la cabeza y a usar ese lenguaje insolente a que habían habituado a Francia durante veinte años. Con la estupefacción de todo el mundo, se vió elevarse, en medio del desastre inmenso causado por el régimen imperial y bajo la varita mágica de la intrigante Eugenia, el ministerio más bonapartista, el más jesuíta y el más reaccionario que haya jamás gobernado a Francia, el ministerio Palikao, Chevreu, Duvernois y Jerónimo David, con los señores Emilio de Girardin y Granier de Cassagnac tras las cortinas.

¿Protestó la izquierda? Absolutamente nada. Aclamó tontamente ese ministerio de mal augurio que, en el momento más terrible que Francia haya podido atravesar, se presentó a ella, no como un ministerio político, sino como un ministerio *de defensa nacional*. La palabra que expresaba esta horrible y fatal mentira era inventada y pesa aún hoy sobre los destinos de Francia. La izquierda radical creyó o aparentó creer que se podía organizar la defensa del país sin hacer política, que se podía crear una potencia material sin inspirarla por ninguna idea, sin apoyarla sobre una fuerza moral cualquiera. Aclamó al ministerio del feroz pillastre de la China. Admiró, adoró un instante al general Palikao, que le *"faissait la mariée si belle"*. Creyó haber encontrado en su brutalidad militar, secundada por el jesuítismo del ministro del interior, Chevreu, la salvación de Francia.

Por patriotismo y por temor a paralizar los esfuerzos ***sobrehumanos*** para la salvación de Francia de estos dignos hombres, la izquierda radical se abstuvo de toda recrimina-

ción y de toda crítica. Gambetta creyó de su deber dirigir cumplimientos calurosos y expresar su plena confianza al general Palikao. ¿No había que "mantener a todo precio la unión e impedir funestas divisiones que no podrían ser útiles más que a los prusianos"? Tales fueron la excusa y el argumento principal de la izquierda, que se sirvió de ellos para enmascarar todas sus imbecilidades, todas sus debilidades, todas sus cobardías.

Esta excusa ridícula y este falso argumento, inventados por la burguesía radical, engañan todavía hoy los espíritus, desvían la opinión del público, establecen la hipocresía, la indiferencia, la torpeza, y paralizan todos los esfuerzos del pueblo para salvar a Francia. Me parece, pues, más necesario que nunca examinar su valor.

La unión hace la fuerza (1). He aquí una verdad bien conocida y que nadie querrá contradecir. Sin embargo, conviene entenderlo bien. Para que la unión produzca ese efecto, es preciso que sea real y sincera en todo momento, y no signifique la hipócrita explotación de un partido en beneficio de otro. De lo contrario, la unión sería sólo ventajosa al partido explotador y contraria a los intereses y al fin del partido explotado. Pero, ¿qué es necesario para que sea real y sincera la unión de los partidos opuestos? Es preciso que, en el momento en que se produzca, los intereses y el fin que persiguen ambos partidos sean, si no absolutamente, al menos casi idénticos. De otro modo, ¿qué sucederá? Que el partido más influyente, si no por el número al menos por su posición política y social, y porque tiene en sus manos el gobierno del país, hará servir esa unión irrisoria y completamente hipócrita de su parte, no a la realización de un fin común, sino a la de sus miras particulares, opuestas tanto a ese fin como a los intereses del otro partido, cuya imbecilidad, debilidad o buena fe explotará, sencillamente.

Es lo que sucede precisamente hoy, cuando la burguesía predica la unión al proletariado. ¿Quieren la misma cosa

(1) Los párrafos que siguen han sido borrados del manuscrito por Bakunin y aprovechados en *El imperio knutogermánico*. Véase el segundo volumen de esta edición, donde se encontrarán con algunos cambios. (Nota del traductor.)

la burguesía y el proletariado? De ningún modo. Los obreros de Francia quieren la salvación de Francia a todo precio, aunque para ello se deban quemar todas las casas, exterminar todas las ciudades; los obreros quieren la guerra incondicional, la guerra bárbara a cuchillo si es preciso. No teniendo ningún bien material que sacrificar, dan su vida. Comprenden por otra parte instintivamente que el sometimiento de Francia al yugo de los prusianos sería la muerte de todas sus esperanzas de futuro, y están determinados a morir antes que dejar a sus hijos un porvenir de esclavitud y de miseria.

La burguesía, al menos la inmensa mayoría de esa respetable clase, quiere absolutamente lo contrario. Quiere, ante todo, la conservación de sus casas, de sus capitales, de sus ciudades, de su propiedad; quiere la integridad, no del territorio nacional, sino de su bolsa repleta por el trabajo del proletariado. En su fuero interno, sin atreverse a confesarlo en público, quiere, pues, la paz a todo precio, aunque debiese comprarla por el aniquilamiento, por la decadencia y por el sometimiento de Francia.

Los fines que persiguen la clase burguesa y la masa obrera son completamente opuestos; ¿cómo podría establecerse entre ellas una unión sincera y real? Se podrá condenar la división, no por eso dejará de existir en la realidad, y puesto que existe, sería pueril y funesto desde el punto de vista de la salvación de Francia ignorar, negar, no reconocer su existencia. Cuando se va al encuentro de un inmenso peligro, ¿no vale más marchar en pequeño número, con la perfecta certidumbre de no ser abandonado en el momento de la lucha por ninguno de sus compañeros, que dejarse embaucar por falsos aliados que os traicionarán en el campo de batalla? (1).

Por lo tanto, sin pretender excluir a todos los hombres salidos de la burguesía —hay sin duda muchos que están animados de la más sincera y de la más enérgica voluntad de rechazar a los prusianos a todo precio—, lo que conviene recomendar a los obreros de las ciudades, desde el punto de vista de la salvación de Francia, no es la unión imposi-

(1) Aquí terminan los párrafos borrados en el manuscrito por Bakunin y de los cuales habla la nota anterior. (Nota del traductor.)

ble con la burguesía, considerada como clase separada y privilegiada, es la unión con los trabajadores de los campos, con los campesinos. Lo que separa a los campesinos de los obreros de las ciudades no son los intereses diferentes, son las ideas diferentes, los prejuicios, producidos por la ignorancia sistemática impuesta por todos los Gobiernos precedentes a las poblaciones de los campos y por el veneno religioso y político difundido a manos llenas por los curas y por los funcionarios del Estado.

Los campesinos son los verdaderos patriotas de Francia. Los obreros defenderán la *idea* de Francia. Los campesinos serán los defensores naturales de su *territorio*. Adoran esa tierra que riegan con el sudor de su frente y que cultivan con sus brazos. Y cuando se les haya explicado que se trata de defender esa tierra contra la invasión de los prusianos, cuando sobre todo vean a las masas obreras de las ciudades, inspiradas por la idea republicana, democrática, social, de Francia, levantarse en masa en nombre de la salvación de Francia; cuando la propaganda obrera les haya convencido de que las ciudades, lejos de tener la intención de tomarles sus tierras, les invitan, al contrario, a apoderarse de las que han sido cobardamente abandonadas por sus propietarios huídos ante los prusianos, y que no pretenden imponerles dictatorialmente un orden económico y social contrario a sus costumbres, entonces los campesinos se levantarán también, y ese levantamiento en masa de los trabajadores de los campos unidos a los trabajadores de las ciudades salvará a Francia.

Ya he dicho en la primera carta (1) que una de las pruebas más flagrantes de la incapacidad y de la impotencia del Gobierno provisional, a mis ojos, es que no ha sabido todavía, no se atrevió, no quiso producir ese levantamiento formidable en masa de los campesinos de Francia contra la invasión de los prusianos, y que no comprendió hasta ahora que, después de la destrucción de todas las fuerzas regulares del país, no queda más que un solo medio para salvarlo: oponer, a la brutalidad militarmente organizada de los

(1) Bakunin se refiere al folleto editado por Guillaume con fragmentos de las largas *Cartas a un francés*, lo que hace suponer que este manuscrito estaba llamado a ser continuación del folleto publicado y no del material entero de que fué extraído y que constituye el trabajo precedente de este volumen. (Nota del traductor.)

prusianos, la brutalidad de una inmensa sublevación popular.

Pero, ¿qué puede esperarse de esos representantes del republicanismo burgués que, después de las derrotas de Francia, cuando constituían aún la izquierda radical del Cuerpo legislativo, tuvieron la ingenuidad de creer en la posibilidad de una unión real y sincera entre el Partido Republicano y los representantes de la mayoría imperialista, representada en el Poder por los señores Palikao, Chevreu y compañía? Porque —les hago esta justicia— querían sinceramente, ellos —tanto como pueden quererlo los burgueses—, la salvación de Francia por la ruina de la dinastía y por el establecimiento de la República sobre las ruinas del Imperio. Lo que me asombra es que no hayan visto y comprendido que el partido bonapartista, y a su cabeza el ministro Palikao —órgano demasiado fiel al Roberto Macaire coronado y a su digna esposa la interesante Eugenia—, querían y perseguían, al contrario, la salvación del Imperio y de la dinastía para la ruina de Francia.

Aquí me siento cogido en un dilema muy difícil de resolver: o bien los diputados republicanos del Cuerpo legislativo han creído realmente en la posibilidad de su unión sincera con los bonapartistas para la defensa nacional, y entonces deberé concluir y todo el mundo concluirá conmigo que han sido bien ingenuos, bien infantiles, bien ciegos, es decir, completamente incapaces, para no servirme más que de expresiones corteses; o bien no lo creyeron y aparentaron creerlo, dando la impresión de sentir esa fe para producir esa misma fe en el pueblo, para engañarle; y entonces, ¿qué serían? Temo decirlo.

Me es imposible creer en su ceguera. Son hombres de talento, dotados de inteligencia, de instrucción y ricos en experiencia. Y no era necesaria mucha penetración para percatarse del juego pérfido que realizaba el partido bonapartista, resucitado gracias a ellos. ¿Engañaban al pueblo, pues? Sí, lo engañaban. ¿Y por qué lo engañaban? Por miedo a una revolución social.

Tal es la verdadera contestación al enigma de ayer y de toda la situación actual. Desde las jornadas de junio, el poder intelectual y moral y la buena fe del republicanismo burgués han cesado de existir. El pueblo no quiere ya la re-

pública burguesa, y los burgueses más radicales no quieren tampoco la república social, popular. Entre estas dos repúblicas hay un abismo tan profundo y tan amplio, que todos los artificios de la dialéctica y de la retórica no podrían llenarlo. Cada una de estas repúblicas excluye a la otra, representando ambas dos mundos, no sólo diferentes, sino absolutamente opuestos: uno, el de la explotación y el del privilegio; otro, el de la igualdad económica y de la justicia social. La burguesía tiende naturalmente al primero; el proletariado de las ciudades y de los campos se adhiere, por posición y por instinto, frecuentemente sin saberlo, al segundo.

Al perder el apoyo y la dirección de la burguesía, el proletariado ha perdido, sin duda, mucho: le faltan la inteligencia y la experiencia de los negocios burgueses. Sin embargo, ha conservado el elemento esencial de todo progreso: el trabajo productivo de su cerebro, de sus brazos y la potencia del número. Marcha lentamente, pero marcha. Al separarse del proletariado, la burguesía lo ha perdido todo. No le quedan más que sus antiguas ideas y es incapaz de crear otras nuevas. Se deseca como un tallo separado de su raíz. Unicamente le resta la energía de la conservación, pero no la de la marcha audaz hacia adelante. Su posición es completamente defensiva, y se sabe que nada es tan desventajoso como la defensiva en una lucha. El que se contiene en la defensiva está llamado a caer tarde o temprano. La burguesía se siente y se sabe condenada; hoy no está, pues, más que llena de sentimientos seniles y conservadores. Todo burgués que tiende a permanecer tal, es un reaccionario en germen. Los republicanos burgueses no hacen excepción a esta regla; al contrario, la confirman del modo más brillante.

En vano es que en estos últimos años hayan tratado de hacerse ilusiones. En vano es que se hayan esforzado por arrastrar a las masas populares al círculo de sus ideas estrechas y envejecidas. El pueblo no ha querido seguirlos; se sienten tan aislados hoy como en ocasión del golpe de Estado de diciembre. El pueblo no quiere oír hablar de política burguesa, y para levantarlo, para electrizarlo, es preciso una revolución social.

Pues bien, ni Gambetta ni toda su compañía quieren a

precio alguno la revolución social. Aman mucho a su patria —¿quién lo duda?—, pero aman más todavía la civilización burguesa, a pesar de que se presente hoy tan mezquina y tan impotente entre las dos grandes barbaries que amenazan aplastarla en su lucha: la barbarie del pasado, representada por las bayonetas prusianas, y la barbarie popular, que lleva en su seno la regeneración social del mundo.

Alimentados en las tradiciones y penetrados del espíritu de esa civilización fundada sobre el privilegio económico y sobre la explotación del gran número por un pequeño número de dichosos, no ven nada más allá. Para ellos, el fin de la civilización burguesa sería el fin del mundo, y antes que verla derribada y reemplazada por lo que llaman ellos "la barbarie del socialismo y de la justicia popular", no sólo consentirían en sacrificar la libertad y la república, como lo hicieron ya en junio de 1848, sino a Francia misma, como se preparan evidentemente a hacer en 1870.

Los señores Gambetta, Julio Favre y compañía sabían muy bien que si hubieran dicho todo lo que pensaban y sabían sobre los actos del ministerio Pálikao, habrían provocado una revolución inmediata en París; sabían al mismo tiempo, advertidos como estaban, por lo demás, por todas las manifestaciones del pueblo de París ante el plebiscito, que esa revolución debería ser necesaria, esencialmente, una revolución social; pero prefirieron callarse, aunque su silencio debiera arruinar la causa de Francia.

Al callarse, se hicieron cómplices de las mentiras y de las medidas reaccionarias del ministerio Palikao; mentiras que tuvieron por fin adormecer la inquietud y la desconfianza patrióticas del pueblo; medidas que tuvieron por efecto paralizar, cuando aun era tiempo, la resurrección de Francia. Tal fué el triste papel a que les condenó su odio al socialismo. Se transformaron en comparsas del sistema bonapartista que detestaban en el fondo de su corazón y, por una consecuencia fatal, se transformaron en aliados de los prusianos. Tomados entre la amenaza de una revolución social y la invasión extranjera, prefirieron esta última. Tal fué su crimen ante Francia.

Se callaron así cerca de un mes. Dieron más de veinticuatro días de existencia a un infame ministerio que traicionó evidentemente al país, sabiendo que, ante el terrible

peligro que amenazaba a Francia, cada hora era preciosa para su salvación, y viendo que cada una de esas horas era utilizada en su ruina. Todo podía ser salvado, y todo fué perdido durante esos veinticuatro días, y la culpa recae entera sobre la izquierda radical, que no tuvo ni la voluntad ni el valor de salvar el país.

Siempre paralizados por el temor a la revolución social, no se atrevieron a hacer un movimiento a fin de tomar el Poder. Esperaron que la marcha de los acontecimientos lo hiciese caer en sus manos. El Ministerio Palikao aprovechó ampliamente el plazo que le dió la cobardía de la izquierda. Al mismo tiempo que entregaba desarmadas la Alsacia, la Lorena y todas las provincias del noroeste, con el último ejército regular, a los prusianos, ponía en estado de sitio el resto de Francia y levantaba los campesinos contra las ciudades en nombre del infame Bonaparte. Para salvar la dinastía, arruinaba la defensa del país y abría la puerta a la invasión extranjera.

La traición era de tal modo evidente, que al fin los mismos irreconciliables del Cuerpo legislativo, a pesar de su paciencia evangélica, no pudieron contener sus murmullos. Por fin se atrevieron a hablar. ¿Pero qué les respondieron entonces los bonapartistas de la derecha? "En nombre de la patria, callaos: sembráis la desconfianza y la división, destruís la unión necesaria para la salvación del país." Es precisamente el mismo argumento de que se sirven hoy los señores burgueses radicales que, después de haber subido al Poder, hallan malo que el pueblo les diga que no hacen nada, absolutamente nada, por la salvación de Francia, y que en esta hora, no sacrificar nada, no hacer nada, es traicionar al país, es entregarlo a los prusianos.

En fin, después de la capitulación de Sedán, que tuvo por feliz resultado el desenmascaramiento de la cobardía increíble y de la infame traición de Napoleón III, la República fué proclamada y restablecida sobre las ruinas del Imperio, derribado, no por un esfuerzo revolucionario del pueblo francés, sino por las bayonetas victoriosas de los soldados del rey Guillermo. ¿Fué la izquierda radical la que tuvo al menos esta vez el valor de proclamar el restablecimiento de la República, violada desde hacía veinte años por Napoleón III? De ningún modo, fué la obra inmediata y directa del pueblo de París. Durante la noche que precedió al día de esa aclamación popular, los generales republicanos del Cuerpo legislativo proponían a la mayoría bonapartista la constitución de una especie de consejo gubernamental, compuesto de una mitad de bonapartistas y de otra de republicanos. Y el mismo día de la proclamación de la República por el pueblo, Gambetta, el tribuno fogoso e irreconciliable, ¿no suplicó al pueblo de París que no gritara: "¡Viva la República!", que se contentara con este grito: "¡Viva Francia!" y respetara las deliberaciones de ese Cuerpo legislativo que, por su complacencia interesada y servil ante la voluntad de Napoleón III, perdió a Francia?

Además, esos altivos republicanos de quienes toda la Francia burguesa espera tontamente hoy su salvación, esos elocuentes intérpretes de la impotencia ruidosa, han evidenciado una persistencia admirable en la demostración pública de su nulidad. No tomaron ninguna iniciativa, no han hecho nada, dejando que el pueblo lo hiciera todo. El pueblo de París, no habiendo encontrado mejores individuos a mano, los colocó en el Poder y ellos treparon a él. He ahí todo su mérito. Se vería uno bien embarazado si quisiera hallar otro.

Este Gobierno ha sido aclamado, pero no elegido, por el pueblo de París. No puede ser, pues, considerado como la expresión de las simpatías y de la voluntad de ese pueblo. París no lo impuso a Francia, lo soportó él mismo por necesidad. Queriendo demostrar sin duda que no pensaba en constituir el gobierno político de Francia, ha puesto, sin ninguna consideración para sus diferencias políticas, a todos los diputados más o menos irreconciliables del Cuerpo legislativo, comenzando por Picard, Keratry y Julio Favre hasta Rochefort, adjuntándoles aún al general Trochu, partidario abnegado de los Orleans, discípulo y admirador entusiasta del mariscal Bazaine.

Este Gobierno no es el representante regular, legítimo, de la idea política y social de Francia. Lo único que representó desde el principio y que representa todavía es *la penuria de Francia en general y de París en particular*. Es al mismo tiempo la *resolución enérgica y desesperada del pueblo francés de no ceder a los prusianos "ni una pul-*

gada de su territorio ni una piedra de sus fortalezas" y de no entrar siquiera en negociaciones con ellos mientras quede un solo soldado alemán en tierra de Francia.

Tal es, pues, la única significación, la única misión, tal es el único derecho del Gobierno provisional: defender el país a todo trance, por todos los medios posibles y aun imposibles, sacrificándolo *todo* a este fin, en lo sucesivo único y supremo, y no deteniéndose ante nada, hasta el exterminio completo de los ejércitos de Alemania, con todos sus tenderos rabiosos, sus oficiales autómatas, sus generales feroces, sus príncipes insolentes, su ministro "mitad pato, mitad lobo" y su viejo rey por la gracia de Dios, Guillermo el Brutal, hoy pretendiente a la corona imperial de Alemania y que, para conquistarla, ha venido a ensangrentar y saquear el territorio traicionado de Francia.

Aparte de esa misión, el Gobierno provisional no tiene ni significación ni derecho. Es el Gobierno de la defensa nacional y de la resistencia desesperada de la República a la invasión extranjera, pero no el de la organización política y de la administración interior del país. Para esto, como voy a demostrarlo al momento, no tiene ni derecho, ni medios, ni poder. Pero en cuanto a su derecho y a su poder de representar ante el exterior la defensa nacional, ¿quién podrá dudarlo? Ha sido aclamado con este título, no sólo en París, sino por el país entero, sin que se haya elevado la menor protesta de ninguna parte de Francia. Desde este punto de vista, es el Gobierno más legítimo que Francia haya poseído. Y únicamente desde este punto de vista, que constituye todo su carácter, todo su derecho, se le debe juzgar.

Ha transcurrido un mes desde su aclamación por el pueblo de París. ¿Qué hizo por la defensa del país? Nada, absolutamente nada; al contrario, lo ha comprometido todo, lo ha paralizado e impedido todo.

Mas para no parecer injustos, reconozcamos primeramente la situación en que se encontró al primer día de su advenimiento al Poder. Esta situación era de tal modo desesperada, que fué verdaderamente necesaria a Francia su grandeza de alma, o a falta de ella, el recuerdo de su grandeza pasada, para que no se declarase vencida. A una invasión formidable de setecientos mil alemanes admirablemente organizados, dirigidos y armados, embriagados con todas las victorias y que, después de aprisionar en Sedan al último ejército de Francia, avanzaban a marchas forzadas y como una avalancha inmensa sobre París, el Gobierno provisional no podía oponer más que un cuerpo de cuarenta a cincuenta mil hombres, luego las fortificaciones de París. Es verdad que esas fortificaciones, perfeccionadas por los nuevos trabajos, armadas de una cantidad más que suficiente de cañones de grueso calibre y defendidas por la energía patriótica de trescientos mil guardias nacionales, voluntarios y guardias móviles, prometían y prometen oponer una resistencia desesperada a los prusianos.

Mas por seria que sea esa resistencia, si París no es socorrido desde fuera, deberá sucumbir al fin. Es un punto unánimemente reconocido en la ciencia militar que ninguna plaza fortificada, por poderosa que sea, está en situación de sostener indefinidamente un asedio conducido de un modo regular; y los prusianos, que asombraron a los franceses por la rapidez de sus marchas y de sus golpes, son todavía más que maestros en el arte de la acción regular y fríamente calculada. Es, pues, indudable que si Francia no se levanta para marchar en socorro de París, París, después de una resistencia heroica, tan larga como sea posible y que exterminará muchos prusianos, acabará por caer en sus manos.

El primer pensamiento, el primer cuidado del Gobierno provisional debió ser el socorro del exterior (1), evidentemente necesario para la liberación del país. La cosa no era fácil. No es que le falten soldados a Francia. Al contrario, estoy convencido de que si se reuniesen todas las tropas que la desconfianza de Napoleón III diseminó como guardianes del orden público sobre toda la superficie del país, añadiéndoles las tropas de Argelia, las tropas francesas del Papa, las guardias móviles, los voluntarios, los cuerpos francos, sin tocar a las guardias nacionales sedentarias, y agregando todos los fugitivos de los ejércitos destruídos por los prusianos, se podría formar un ejército de seiscientos mil a setecientos mil hombres, compuesto de exce-

(1) Se refiere a una ayuda de las provincias. (Nota del traductor.)

lentes soldados. Lo que le faltó y lo que le falta al Gobierno provisional, es: *primero,* los oficiales y los generales; *segundo,* las armas y las municiones; *tercero,* el dinero.

Oficiales y generales hay igualmente muchos en Francia. Pero las nueve décimas partes por lo menos no valen nada. No se les puede confiar la defensa del país, porque están llenos de mala voluntad, son estúpidos, ignorantes, incapaces, y porque, siendo en mayoría bonapartistas, entregarían el país a los prusianos para hacer volver a subir al trono de Francia al infame Bonaparte.

Que el patriotismo francés no se ofenda por lo que me atrevo a pensar y a decir de la gran mayoría de los oficiales y de los generales actuales de Francia. Conociendo la bravura del soldado francés, no sabría explicarme de otro modo las derrotas vergonzosas experimentadas por vuestros ejércitos en todos sus encuentros con los prusianos. Por otra parte, esa decadencia del espíritu, de la instrucción y de la energía militares en el cuerpo de los oficiales de Francia, se explica naturalmente por el sistema infame aplicado durante veinte años por Napoleón III en la organización y en la dirección del ejército francés. ¿No lo había transformado en un inmenso cuerpo de gendarmería para la opresión del país? ¿No lo había aislado sistemáticamente del pueblo y nutrido de prejuicios y de sentimientos hostiles a los habitantes no militares del país, menos a las autoridades, que continuaban y practicaban en el mundo civil el mismo sistema? ¿No había establecido entre los soldados, los suboficiales y los oficiales sobre todo, un sistema completo de espionaje y de delación mutua, y no había hecho de la traición y del servilismo la más cobarde, la más llana de las condiciones de ascenso? Se podía estar seguro, con muy pocas excepciones, de que los oficiales cuya carrera, bajo ese régimen de favoritismo y de bajeza, era más rápida, más bella, eran precisamente los que más se distinguían por su cobardía y su incapacidad.

¿Es preciso asombrarse, después de todo ello, de que esos oficiales y esos generales hayan hecho derrotar en todas partes el ejército francés? ¿Hay que asombrarse hoy, cuando su ignorancia, su cobardía y sus traiciones han empujado a Francia hacia el abismo, que sueñen aún con la restauración del infame Bonaparte, y que continúen mostrándose en donde quiera que existen todavía tropas regulares, sistemáticamente hostiles a todas las medidas que pueden y que deben salvar a Francia?

Lo que resulta mucho más asombroso es que los miembros del Gobierno provisional, que aceptaron la temible misión de salvar a Francia, no hayan comprendido esto desde el primer día de su instalación en el Poder, y que desde el primer día no hayan destituído en masa a los suboficiales lo mismo que a los oficiales de todos los grados en las tropas regulares y en las guardias móviles, y no les hayan hecho reemplazar hasta el grado de capitán por la elección libre y democrática de los soldados. Para los jefes superiores hubieran podido hallar otro medio de elección o de designación, siempre fuera del reglamento y de la rutina militar. De esta manera habrían revolucionado y disciplinado al mismo tiempo esas tropas del ejército francés que quedan diseminadas por las provincias y que se encuentran hoy en un estado muy inquietante de indisciplina y de reacción.

En cuanto a las municiones y a las armas, siempre se pueden comprar, cuando se dispone de mucho dinero. Pues la cuestión principal es la del dinero. ¿Dónde tomarlo? En todas partes donde se halle. ¿No se trata de la salvación de Francia, es decir, de la salvación de todos los franceses? Más que eso, ¿no se trata de la libertad de Europa, la cual, si Francia sucumbiese bajo las bayonetas de los prusianos, tendría que soportar una esclavitud de cincuenta años cuando menos? En semejantes circunstancias, cuando se nombra un *Gobierno de Defensa Nacional,* no sólo es un derecho, es también *un deber* tomar a todos los franceses, observando sin duda una justa proporción, cuanto sea necesario para la salvación de Francia: a unos su vida, a otros su bolsa.

"¡Pero eso sería la expoliación!", gritarán muchas buenas gentes. ¡Ah!, estad bien seguros: los que así griten darán más voluntariamente y sin el menor murmullo todo el dinero que les reclamen los prusianos, porque éstos, a cambio de ese *empréstito forzoso,* restablecerán al menos el orden y la tranquilidad pública, las dos condiciones primordiales de la beatitud burguesa.

¡Gritáis expoliación! ¿Y no era una verdadera y una

peor expoliación esa movilización en masa de todos los franceses capaces de llevar las armas, votada por los representantes del Cuerpo legislativo la víspera de la caída vergonzosa de vuestro emperador? ¿No condenaba esa movilización a innumerables familias a la miseria, al hambre, al privarlas del trabajo de sus hijos que las alimentaban? Pero vosotros no habéis murmurado entonces; al contrario, habéis considerado eso como muy patriótico, como muy hermoso, tanto más cuanto que estabais seguros de hallar, para vuestros propios hijos, o bien desgraciados reemplazantes, o bien algunos empleos en las oficinas de la Administración, convertida en inútil artefacto, y de substraerlos de un modo u otro a la obligación de pagar ese *empréstito forzoso de sangre.*

La sangre no os cuesta nada; por eso la derramáis. Pero cuando se os habla de un empréstito o de una contribución forzosa sobre el dinero, gritáis como energúmenos. Veamos, sin embargo: ¿valen tanto vuestros escudos como la sangre del pueblo? Y cuando Francia se encuentra expuesta a un peligro tan terrible que, para salvarla, el Gobierno provisional está obligado a pedir su vida a todos los franceses capaces de empuñar las armas, ¿no debe con mucha más razón pedir a todos los burgueses de Francia su bolsa? Y si no habéis querido darla de buen grado, debiera habérosla tomado, en nombre de la salvación de Francia. Si no lo hizo, faltó a su primer deber; porque sin dinero no hay municiones, no hay armas, no hay ejército, no hay resistencia posible a la invasión de los prusianos.

¡Habría habido (1) para el Gobierno provisional tantos medios de hacer dinero! Primeramente, no se debió dejar marchar a la emperatriz Eugenia, la tierna esposa del más innoble pillo que haya reinado en Francia. Era preciso detenerla, no para hacerle mal, sino para retenerla prisionera a pan y agua en tanto que Napoleón III no hubiese devuelto los dos mil millones poco más o menos que ha robado a Francia. De ese modo, se habrían ganado cuatro mil millones: los dos mil millones que se le habrían vuelto a tomar para hacerles servir al bien de Francia, y los dos mil millones de que se le habría privado por eso mismo y que no podría emplear ahora contra Francia.

(1) A partir de este párrafo Bakunin ha borrado en el manuscrito el contenido de casi tres páginas, que introdujo en resumen en varios lugares de *El imperio knutogermánico.* (Nota del traductor.)

Del mismo modo, ¿no se habría podido detener desde el primer día de la proclamación de la República a los más ilustres y más celosos servidores del Imperio, senadores, diputados, magistrados, consejeros de Estado y gentes de la corte de Napoleón III, primeramente para impedirles provocar la reacción en los campos de Francia y luego para hacerles vomitar todo lo que han ganado tan honorablemente con el permiso de su amo? Se les habría tenido en prisión hasta el fin de la guerra, después se les hubiera dejado partir, dejándoles a cada uno mil libras de renta, a fin de que pudiesen alimentar su vejez y su vergüenza. Eso habría producido cuando menos mil millones positivos y otros mil millones negativos, en total dos mil millones.

Tú ves, querido amigo: no digo que hubiese sido necesario guillotinar a todos esos pícaros. Eso hubiera sido volver a caer en los errores del jacobinismo de 1793 y de 1794, sistema anticuado e impotente, "palabra ridícula y malsana", como dijo con mucha razón Gambetta en su famosa carta dirigida al *Progrès* de Lyon. Este sistema tiene en contra la prueba histórica, porque ha producido todo lo contrario de lo que se proponía conseguir: la guillotina, ese instrumento decisivo del Estado, no ha matado la reacción, la hizo revivir. Y por otra parte, como la inmensa mayoría de la burguesía es reaccionaria, habría sido necesario, para exterminar hoy la reacción, cortar diez veces más cabezas de las que Marat se hubiese atrevido a soñar en sus noches más sombrías. Verter la sangre fríamente, con todo el acompañamiento obligado de hipocresía jurídica, es una cosa odiosa y horrible. Cuando se hace la revolución para la emancipación de la humanidad, es preciso respetar la vida y la libertad de los hombres; pero no veo por qué han de respetarse las bolsas, cuando esas bolsas se llenaron por medio del saqueo, del robo, del crimen, por todos los sucios medios del régimen bonapartista. Es más humano que cortar las cabezas y es al mismo tiempo mil veces más útil. Al cortar las cabezas más criminales, se les hace en cierta forma interesantes, y se produce una reacción en su favor. Pero al cortar las bolsas criminales, se detiene la reacción en su fuente, se destruyen sus medios. Esta no es una polí-

tica idealista, como la de los jacobinos; es una política positiva y realista, y sin duda de esa política es de la que quiso hablar Gambetta, cuando, en la misma carta, recomendó el sistema de la *"democracia racional y positivista"*.

Desgraciadamente, como sucede por lo demás con frecuencia a los políticos, Gambetta se olvidó de practicarla desde que entró en el Poder, y eso en un momento de supremo peligro para Francia, en que la aplicación de tal sistema se había convertido en un deber, puesto que para salvarla, era preciso ante todo mucho dinero y ese dinero se encontraba en los bolsillos de los bandoleros del 2 de diciembre. ¿Tenía algún escrúpulo en tomar a esos ladrones lo que ellos habían robado a Francia? ¿O bien quería hacer alarde de generosidad? No cabe duda que la generosidad es una gentil cosa cuando se hace por cuenta propia y sacrificando una persona; pero nadie tiene derecho a hacerla en detrimento de otro, y menos aún en perjuicio del pueblo a quien se tiene la misión de salvar. ¿Se habría dejado detener Gambetta por las dificultades de la ejecución? En efecto, la mayor parte de tales señores y de tales damas no tendrían probablemente el dinero en el bolsillo; en su mayor parte lo tienen colocado en casa de los banqueros, extranjeros o franceses, y entonces, ¿cómo retirarlo de sus manos? Simplemente, reteniéndolos presos tanto tiempo como se negaran a entregarlo.

Pero, ¿cómo evaluar lo que robaron a Francia? La cosa es bien sencilla. Desde Napoleón III y su esposa Eugenia hasta el último de sus servidores, entraron todos al Poder indigentes como Job y acribillados de deudas. Ahora bien, examinando sus papeles, no es difícil determinar aproximadamente lo que poseen. ¿No es así como la ley procede con los declarados en quiebra? Y luego se les habría podido declarar a cada uno: "Quedaréis en prisión a pan y agua en tanto que no hayáis desembolsado tal suma". Sería cruel, se dirá. ¡Ah, han sido ellos mucho más crueles para con los deportados de diciembre!, y por otra parte no habría dependido más que de ellos mismos el libertarse en seguida, con un millar de libras de renta que se les dejaría como medio para arrastrar una existencia miserable, no materialmente, sino moralmente.

Pero este hubiera sido un medio revolucionario. !Ah, he ahí toda la cuestión! Gambetta y sus compañeros del Gobierno provisional han sentido que al enfrascarse en ese camino entrarían en plena revolución. Y hoy, como ayer, no quieren la revolución.

Comprobaremos una vez más los resultados de esta generosidad tan intempestiva como funesta, según mi opinión, de que las medidas del Gobierno provisional han dado muestras ante los bandidos del 2 de diciembre, que al mismo tiempo son los enemigos más peligrosos de la República francesa. Primer resultado: la pérdida de dos mil millones o de mil millones cuando menos, en un momento en que la salvación de Francia exige mucho dinero. Segundo resultado: esos mismos millares de millones, empleados en la ruina de Francia por una banda de malhechores, de los cuales unos, inspirados por Napoleón III y madame Eugenia, conspiran contra ella en el extranjero, y otros, esparcidos por las provincias, preparan la traición en el interior mismo de Francia. Para aumentar, sin duda, el número de estos últimos, ¿no ha ordenado últimamente el gobierno provisional que se pusiera en libertad a todos los prefectos, procuradores generales, comisarios de policía, gendarmes y otros empleados o espías del Imperio, y el encarcelamiento en su lugar de los republicanos *demasiado ardientes?* Quiere sofocar la revolución a todo precio, aunque se haga cada vez más evidente que sólo la revolución puede salvar a Francia (1).

Esto demuestra que los ciudadanos honorables que componen el Gobierno provisional no han comprendido ni la situación actual de Francia ni su propia situación y que continúan desconociéndola todavía. Si hubiesen comprendido una y otra, se habrían dicho que no forman un Gobierno incontestablemente legítimo más que ante el invasor extranjero, pero que ante Francia no tienen ni derecho ni poder.

No tienen derecho, porque París mismo no tenía tampoco ni ese derecho ni la intención de conferirlo. Ya lo dije: el pueblo de París, esa parte del pueblo al menos que el 4 de septiembre ha hecho prevalecer su voluntad

(1) Aquí cesa lo borrado por Bakunin en el manuscrito. (Nota del traductor.)

proclamando la República, no los ha elegido; los aceptó y soportó en un momento de suprema angustia, como los menos débiles entre los débiles, como los menos mentirosos, como los menos malévolos y como los menos incapaces entre esa multitud de ineptos, de mixtificadores, de malvados y de fraseólogos incapaces que componían el Cuerpo legislativo. En fin, el pueblo aceptó toda la izquierda que, con justicia o sin ella, se decía irreconciliable, sin exceptuar a Picard que, tentado por el éxito de Ollivier, se preguntó un instante si no valía más procurar una reconciliación con el Imperio; sin exceptuar a Keratry, el ayuda de campo del ridículo e infortunado emperador Maximiliano de Méjico; sin exceptuar a Julio Favre, el abogado de los jesuítas, uno de los autores principales de las jornadas nefastas de junio, de la matanza de los trabajadores en las calles de París y de la ruina de la República en la dictadura militar de 1848.

El pueblo de París tiene buena memoria, no había olvidado nada de todo eso, y no podía tener ni confianza en esos hombres, ni simpatía hacia ellos. Entre todos los miembros del Gobierno provisional actual, no hay más que uno que goce, o para hablar más verídicamente aún, que haya gozado de su real confianza y de su real simpatía. Es Rochefort. Este era, desde las elecciones del último Cuerpo legislativo, el hombre más popular de París. Lo había merecido en este sentido: que había aceptado francamente el mandato imperativo, y se había sometido solemnemente y por adelantado a todas las decisiones del proletariado que lo había enviado al Cuerpo legislativo. Por esa misma razón se había transformado en la bestia negra de la burguesía de París. La simpatía que experimentaba hacia él el pueblo creció en proporción a las intrigas y a las persecuciones del Gobierno, de los diputados de la derecha y de los magistrados del Emperador contra él.

Cuando Ollivier, el republicano renegado convertido al imperialismo, llegó a ser ministro, reclamó al Cuerpo legislativo el permiso de proceder contra Rochefort —después del asesinato cometido por Pedro Bonaparte—, la derecha imperialista votó ese permiso con alegría y, en la izquierda, los mismos irreconciliables apenas encontraron algunas palabras para la defensa de un colega cuya creciente popularidad les desagradaba. Esta mala voluntad y esta antipatía de los irreconciliables ante Rochefort resaltaron todavía más cuando, expirados los seis meses de prisión a que el diputado de Belleville había sido condenado, el señor Granperret, en otro tiempo presidente de esa Alta Corte de Justicia que había disculpado escandalosamente al asesino Pedro Bonaparte, al presentarse al Cuerpo legislativo como ministro de Justicia y como miembro del Gabinete Palikao, afirmó el derecho del Gobierno a retener a Rochefort en la cárcel. Toda la derecha se calló; el fulminante orador de la *democracia racional y positivista*, el diputado por Marsella, Gambetta, se calló también. Unicamente el pobre inválido de la democracia republicana de 1848, Cremieux, en su calidad de ministro de Justicia del Gobierno provisional de febrero, se creyó en el deber de decir algunas palabras muy insignificantes, muy pálidas, en defensa del derecho innegable del diputado de los trabajadores de Belleville.

En la víspera de una crisis temible que, al cambiar los destinos de Francia, iba a hacer caer el Poder en sus manos, los irreconciliables, y sin duda Cremieux con ellos, se felicitaron en el fondo de su alma de verse desembarazados de Rochefort, a quien con razón o sin ella consideraban revolucionario, ellos que no lo eran de ningún modo y que, unos en virtud de sus antecedentes, otros por temperamento, odiaban, tanto como la temían, la revolución; no por Francia, sino por sí mismos.

El pueblo de París no la temía. Al contrario, la quería; y por eso libertó a Rochefort y lo colocó por su voluntad soberana en ese Gobierno que, haciéndose justicia y comprendiendo entonces su misión mejor que actualmente, se tituló, no Gobierno político de Francia, sino solamente "Gobierno de Defensa Nacional".

De todos los miembros de ese Gobierno, sólo había uno que pudiese ser considerado como elegido directo y real del pueblo de París. Era Rochefort. Los demás, a excepción del general Trochu, que fué calurosamente aclamado, no como político, sino como defensor militar de París, cayeron en ese Gobierno por un concurso especial de circunstancias, sin haber sido puestos allí por nadie. Aprovechando el vacío hecho por los bonapartistas,

ocuparon sus puestos y se repartieron los empleos. El pueblo les dejó hacer, y he ahí todo. Fué una usurpación, legítima si salvan a Francia; criminal si, por su incapacidad y sus desfallecimientos completamente burgueses, la conducen a su ruina.

No hablemos, pues, de derecho. El pueblo de París no tenía ni la voluntad ni el derecho de conferirles el de gobernar, o paralizar a Francia en este momento crítico en que toda la energía popular desencadenada es la única que puede salvarla. En todas las revoluciones pasadas, el pueblo de París se arrogó ese derecho, al menos de una manera provisional, y nunca sin haber provocado violentas oposiciones en las provincias. Sin embargo, las provincias acabaron siempre por someterse, tan poderoso es el prestigio de París, y tan inveterado se había tornado el hábito de las provincias de marchar a remolque de la capital. Confluencia habitual de todas las inteligencias, hogar del pensamiento filosófico y político y social, París iluminaba, arrastraba, dirigía a Francia. Se podía protestar en nombre de la libertad de las provincias, pero París era el centro político del país, omnipotente, que lo absorbía todo.

Hoy, París no tiene ya ese carácter. No es la capital política, es una ciudad sitiada, un campo de batalla, una última fortaleza de Francia. París, reducido a defenderse y absorbido por los cuidados de una resistencia heroica, no puede gobernar ya al país ni imponer un gobierno cualquiera a Francia. París, la cabeza de esa inmensa y nefasta centralización que, perfeccionándose y reforzándose siempre, desde Luis XI a Richelieu, desde Richelieu a Luis XIV, desde Luis XIV a la Convención Nacional y desde la Convención Nacional hasta el primero y el segundo Imperio, acabó por matar el movimiento, el pensamiento y la vida en las provincias, París, en interés de Francia y aun en interés de su propia salvación, está hoy forzado a abdicar. Una ciudad cuya propia salvación depende de la acción enérgica y espontánea del país, no puede salvar al país. No pudiendo salvarlo, París ha perdido el derecho a mandarle. París, sitiado, amenazado por los prusianos, no puede menos que emplear este lenguaje ante las comunas de Francia:

"Os he gobernado y administrado durante más de dos siglos. Englobando en una centralización creciente, y destruyendo, una a una, por el mecanismo artificial del Estado, primero todas las autonomías provinciales, y más tarde todas las libertades comunales, os he reducido poco a poco al estado de autómatas sin alma, sin movimiento propio, obrando sólo según mi pensamiento y mi voluntad. Ese sistema ha sido vuestra desgracia y la mía. En tres ocasiones diferentes, durante los últimos ochenta años, nos ha hecho perder la libertad conquistada por el pueblo. Sitiado por los prusianos, estoy perdido si no voláis en mi socorro. Mas para socorrerme, debéis poder moveros, pensar, querer, obrar, y no podréis hacerlo mientras permanezcáis encadenadas y paralizadas por la red burocrática y por la autoridad administrativa y gubernamental del Estado. En nombre de mi salvación y de la vuestra, en nombre de la salvación de Francia, derribad, pues, el Estado. Esta es una labor tan necesaria como fácil. Es fácil porque ese Estado no existe ya. Yo, su cabeza, he sido forzado a abdicar y él es un cuerpo decapitado, muerto, sin energía, sin acción y además gangrenado de bonapartismo. Nuestros ejércitos permanentes, que eran los brazos del Estado, están destruídos. El Estado no puede por tanto defendernos, y sus funcionarios civiles, prefectos y Municipalidades, animados por el egoísmo burgués, a medida que los prusianos avanzan, les entregan a Francia. No pudiendo nada en el sentido de nuestra defensa, el Estado continúa paralizándonos con todo el peso de su cuerpo inanimado e inerte, continúa envenenándonos por las emanaciones burocráticas, bonapartistas jesuíticas, burguesas y reaccionarias de toda especie que su cadáver exhala. Nos asfixia, nos ahoga, nos aplasta. Derribadlo y destruidlo, pues, por completo, a fin de poder pensar, querer, obrar, y salvar a Francia.

"Yo, París, no puedo ya hacer movimiento político. Me es imposible hacerlo en presencia del enemigo que me asedia. Toda mi vida está en los fuertes exteriores. En el interior, preparo las municiones y limpio las armas y levanto las barricadas y los aparatos de destrucción para transformar en caso de necesidad cada casa y cada calle en una fortaleza. Mi deber es hacer saltar todas las casas antes que entregar una sola a los prusianos. Para mí, no puede existir más que una sola política, la de fusilar en el acto a

todo aquel, soldado, oficial, general, miembro del Gobierno provisional o simple ciudadano, obrero o burgués, que hable de rendirse. En nombre de la salvación de Francia, debo abstenerme de toda otra política, y estoy obligado a aceptar los individuos de todas las clases y de todos los partidos, siempre que su resolución de disputar París a los prusianos sea sincera.

"Pero vosotras, comunas de Francia, no invadidas todavía por los prusianos, os halláis en una posición muy diferente de la mía. *La salvación de Francia os manda hacer política*. No os dejéis engañar por los grandes interesados que os gritan: "En nombre de Francia, no nos dividamos, permanezcamos unidos". La unión es una cosa magnífica cuando, igual para todos, es real y sincera; es funesta cuando es ilusoria, hipócrita, mentirosa. ¡Uníos a los bonapartistas o a los jesuítas para salvar a Francia! ¡Uníos a esos ricos burgueses que, llenos de ternura para sus capitales, no piensan ahora más que en colocarlos en los bancos extranjeros; que envían municiones, armas y granos a Prusia y que en el fondo de su corazón llaman a los prusianos para que los libren del patriotismo del pueblo! *No creáis a los burgueses más que cuando hayan, no prestado, sino dado todo el dinero que es necesario para el armamento de Francia!* ¿Es que los obreros *prestan* su vida? ¡La *dan!* No creáis a los burgueses más que cuando, cesando de adormeceros y de encadenaros de nuevo con ayuda de una burocracia restaurada por ese nefasto Gobierno de la llamada Defensa Nacional, inciten, al contrario, a la sublevación popular para la salvación de Francia. Uníos a ellos, pero rechazad a todos los demás.

"La política que debéis seguir, en fin, es muy sencilla. Destruid todo lo que obstaculiza la libertad de vuestros movimientos y vuestra acción; apartad las instituciones, los hombres y las cosas que podrían encadenaros y paralizaros. Tocad al somatén de la desesperación, porque Francia, vuestra madre, traicionada por sus Gobiernos, por sus generales, por todas sus autoridades oficiales, y derribada sangrando a los pies de los prusianos, está amenazada de esclavitud o de muerte. Sus campos son devastados; sus ciudades y sus aldeas, saqueadas, incendiadas; sus habitantes, asesinados; sus mujeres y sus hijas, violadas; sus pobres hijitos, fusilados. Civilización, prosperidad, Estado, instituciones, derecho público, derecho humano, todo está violado, todo está deshecho por nuestros invasores feroces. Todos nuestros medios regulares de defensa están destruídos en nuestras manos, no nos queda otra fuerza que la de la desesperación, otra ley que la de la salvación de Francia. En nombre de la Francia traicionada, insultada, asesinada, levantaos sin pedir permiso a nadie. No se pide permiso cuando se trata de salvar a la madre. Organizaos revolucionariamente, al margen de toda tutela y de toda dirección oficial. Pero, además, ¿quién podría dirigiros? No existe ya Gobierno en Francia. El que se da el título de Gobierno de Defensa Nacional no es más que un fantasma ridículo que, sin espantar ni inquietar a los prusianos, no es bueno más que para paralizar los esfuerzos del país. Que todas las comunas no invadidas aún por las hordas alemanas constituyan sus Comités de salvación de Francia sobre las ruinas de las Municipalidades contaminadas por la traición y la reacción bonapartista o burguesa, y que después de haber realizado esa revolución interior, se federen entre sí y envíen sus delegados a un lugar cualquiera para formar la *Convención de Salvación de Francia*. Y que esa Convención elija de su seno el Comité Central de Salvación. Ese será el verdadero, el único Gobierno legítimo de Francia. Nadie más que él será real y poderoso; sólo él podrá salvarla."

He ahí, no lo dudo, lo que diría el pueblo de París al pueblo de todas las comunas de Francia, si el pueblo de París pudiese hablar en este momento. Desgraciadamente, su palabra es interceptada por los prusianos, y su pensamiento siempre justo y generoso es falseado por los actos de un Gobierno llamado de Defensa Nacional que, no teniendo otros derechos que los que el pueblo de París le ha dejado tomar en un momento de sorpresa y de angustia, usa de ellos ahora, sin duda por debilidad, por vanidad y por incapacidad, no para salvar, sino para paralizar y para perder a Francia.

Voy a probar ahora la justicia de esta acusación severa, pero perfectamente merecida que yo, extranjero, pero extranjero que, viendo en la salvación de Francia la salvación de la libertad del mundo, he venido a compartir los peli-

gros y la suerte de Francia, me atrevo, en este momento de peligro supremo para Francia, a rebelarme contra su Gobierno.

He dicho y he probado que el 4 de septiembre se había apoderado de un poder dictatorial por usurpación. Pero añadía que esa usurpación hubiese sido legítima a los ojos de Francia y del mundo si hubiese servido para la salvación de Francia.

He dicho además que su derecho de representar a Francia ante Europa, y sobre todo ante el invasor extranjero era indiscutible. Había sido aclamado como Gobierno de Defensa Nacional por Francia entera, sin que se haya elevado una sombra de protesta de ninguna parte del país. Su derecho era, pues, claro como el día, y era un deber para él mantenerlo inquebrantable y en alto contra la arrogancia victoriosa de los prusianos.

Al contrario, su derecho a gobernar y a administrar a Francia, a administrar las provincias y las comunas, era más que discutible, era nulo. Era doblemente nulo: primero, porque París no tenía el derecho de conferirlo; luego y sobre todo, porque, privado de todos los medios que le hubiesen permitido servirse de él de un modo eficaz para la salvación de Francia, concentrando en sus manos únicamente la apariencia, y no la realidad de todos los poderes del Estado, impedía y paralizaba por lo mismo la acción y el movimiento espontáneos del país; y eso en circunstancias en que esa acción y ese movimiento son los únicos capaces de salvarlo.

Me explico. Para ejercer eficazmente los poderes de Estado, es preciso tener a su disposición todos los instrumentos del Estado. ¿Cuáles son esos instrumentos? Primeramente, un ejército numeroso, bien organizado, armado, disciplinado y alimentado, y sobre todo bien dirigido. Luego, un presupuesto bien equilibrado, bien administrado y rico, o un crédito capaz de bastar a todos los gastos extraordinarios que se hagan necesarios por la situación particular del país. En fin, una administración honesta, abnegada, inteligente y activa.

He aquí los tres instrumentos que constituyen la potencia real del Estado. Quitadle uno de esos tres instrumentos y el Estado ya no es poderoso. ¿Qué será cuando le falten los tres a la vez? El Estado no será nada, estará reducido a cero. No será ya más que un fantasma, un espectro capaz de hacer mal espantando las imaginaciones y pesando sobre las voluntades, pero inepto para ninguna empresa seria ni de una acción saludable para el país. Tal es precisamente la situación actual del Estado en Francia.

¿Es preciso probar que Francia no tiene ya un solo ejército organizado, regular, para oponer a los prusianos? Pienso que esta demostración es innecesaria. Todo el mundo lo sabe en Francia, y los prusianos están bien advertidos de ello; y por eso obran como lo hacen en Francia, que saquean, que asesinan, que violan como si fuesen los amos. Si hubiese un ejército francés, no les habría dejado tomar la ciudad de Orleans (1) y cortar las comunicaciones de París con todo el mediodía de Francia.

¿Tiene el Gobierno de Defensa Nacional a su disposición medios económicos suficientes y regulares? ¿Tiene todo el dinero necesario para el mantenimiento de una inmensa burocracia, y sobre todo para el armamento y para la defensa del país? No, no lo tiene y no puede tenerlo.

Sé que se da la impresión de tener mucho. El Estado cree útil esa mentira para salvar su crédito, y por eso, probablemente, hizo publicar en todos los periódicos que el pago de las rentas y de las pensiones del Estado se hará regularmente en París como en las cabezas de distrito tal día de cada mes. Pues bien, le desafío a pagarlas largo tiempo; y pienso que el Gobierno de Defensa Nacional se equivoca mucho al hacer promesas que no podrá cumplir. En la situación terrible en que se encuentra Francia, no son las mentiras, no es el sistema de ficciones ilusorias, sino el descubrimiento de toda la verdad, por cruel y amarga que sea, lo que podrá salvarla.

Si el Gobierno de Defensa Nacional es bastante rico para pagar las pensiones —pensiones que, entre paréntesis, han sido concedidas, en muy gran parte al menos, por la magnificencia del emperador Napoleón III a sus fieles servidores, es decir a los seres más viles de Francia—, ¿por qué no emplea una parte de ese dinero en la compra o en la fabricación de armas y municiones? ¿Por qué no arma

(1) Orleans fué tomada el 11 de octubre. (Nota del traductor.)

lo más pronto posible al pueblo de Francia? ¿Por qué no distribuye dos, tres millones de fusiles, para que ese pueblo, entregado hoy sin defensa a la atroz brutalidad de los soldados de Alemania, pueda defender su vida, sus bienes, el honor de sus hijas y, por una sublevación inmensa, salvar a Francia? Si hubiese hecho esto desde el primer día de su instalación en el Poder, la ciudad de Orleans no hubiera caído tan fácilmente en manos de los prusianos.

Si tiene tanto dinero, ¿por qué deja inactivos y errantes a todos esos millares de guardias móviles, de francotiradores y de voluntarios de toda especie que permanecen desarmados en todas las cabezas de distrito? Los ejércitos franceses ¿estarán ya tan repletos que no tienen necesidad de soldados? ¿O es que los prusianos han cesado de devastar a Francia?

Si tiene tantos escudos a su disposición, ¿por qué no se hace contribuir mediante empréstitos con algunas decenas de millones a esos buenos burgueses de Francia, tan patrióticos y tan generosos cuando se trata de votar el impuesto de sangre y de enviar al campo de batalla los hijos del pueblo, tan parsimoniosos cuando se trata de contribuir con sus propios escudos a la liberación de Francia?

No, el Gobierno de Defensa Nacional no tiene el dinero necesario para organizar la defensa del país. Si lo hubiese tenido, no habría dejado transcurrir más de un mes sin hacer nada por esa defensa nacional que es su título único y su única razón de ser. Hubiese empleado en caso de necesidad la mitad de la población de Francia en la confección de las municiones y de las armas, y hubiese enviado la otra mitad ante los prusianos. No lo hizo; por consiguiente, no tiene un céntimo.

¿Y de dónde le vendrá la riqueza? ¿No agotó Napoleón III el presupuesto y el crédito de Francia? Los créditos extraordinarios votados por el Cuerpo legislativo la víspera y en los primeros meses de la guerra han sido derrochados, como tantos otros miles de millones que pasaron a las manos impuras de los servidores del más impuro de los soberanos. La guerra comió el resto. Cuando el Gobierno de Defensa Nacional llegó al Poder, encontró vacíos los cofres del Estado lo mismo que los arsenales. Añadid a esto el quebranto horroroso experimentado por el

crédito público y privado, a consecuencia de los desastres militares de Francia y de la caída del Imperio. Habría sido necesaria una hacienda mucho mejor organizada y administrada que la de Francia para resistir semejantes golpes. Que se recuerde el estado de la hacienda del país al día siguiente de la revolución de 1848, a consecuencia de un régimen que, comparado al régimen de Bonaparte, podía ser citado como un modelo de moderación, de regularidad y de honradez. Pues bien, se halló la caja vacía, el crédito aniquilado y ante la bancarrota, para escapar a la cual se recurrió a ese desgraciado expediente de los céntimos adicionales que dieron impulso a la reacción de los campos. Hoy como entonces, el comercio está paralizado; la industria cesó de producir, el trabajo de alimentar, el impuesto directo de ser pagado, mientras que los impuestos indirectos dan apenas una cuarta parte de lo que producían antes de la guerra; además, hoy, la cuarta y más industriosa parte de Francia, ocupada por los prusianos, no da nada al Estado. Como en 1848, el Gobierno, pues, se ve amenazado por la bancarrota, y probablemente por esa razón, al ponerse de nuevo en contradicción consigo mismo, acaba de ordenar la elección de una Constituyente para el 16 de octubre.

Si espera que esa Constituyente —que no representará más que las tres cuartas partes, o quizá sólo los dos tercios de Francia, y que necesariamente será antipatriótica y reaccionaria— cree los medios financieros para la salvación de Francia, se engaña mucho. Esa Constituyente estará compuesta en su mayor parte de abogados y de propietarios. El campo enviará a ella muchos bonapartistas. Un número suficiente de orleanistas, tal vez con el duque de Aumale a la cabeza, serán enviados a ella por la influencia y el dinero de la alta burguesía. Los tenderos se harán representar por una masa de republicanos ambiguos o muy pálidos, cuyo patriotismo y energía republicana se esfumarán en grandes frases; harán la reacción con hermosas palabras revolucionarias, como hicieron ya hoy al son de *La Marsellesa*. Los representantes sinceros del verdadero pueblo, del pueblo que quiere la salvación y la libertad de Francia y la emancipación del proletariado a todo precio, constituirán una minoría más débil aún que en la Consti-

tuyente de 1848. La Constituyente del 16 de octubre de 1870, por poco que se le deje hacer, votará, pues, no la salvación, sino la decadencia y la sumisión de Francia, y el Gobierno de Defensa Nacional que la convocará habrá sido la causa principal y directa de lo uno y de lo otro.

Y me parece suficientemente comprobado y demostrado que Francia no tiene ya en este momento ni ejército ni hacienda. Veamos al menos si conservó una Administración regular, abnegada y capaz.

Plantear esta cuestión, ¿no es resolverla en un sentido absolutamente negativo? El personal de esta Administración, el de todas las ramas del servicio público, comprendida la administración propiamente dicha, la organización comunal y provincial, la justicia en todos sus grados, la policía, la hacienda y el ejército, sin hablar de esa organización semiindependiente, la Iglesia, aliada interesada y constante del despotismo de Napoleón III; toda esa gente burocrática o que se pretende electiva, desde el guarda rural y el cura de la más pobre comuna hasta los más altos funcionarios de la Iglesia y del Estado, ¿no han estado ligados, no han sido elegidos, protegidos, inspirados, corrompidos y disciplinados, durante veinte años consecutivos, desde el punto de vista exclusivo de los intereses de la dinastía Bonaparte? ¿No están enlazados al bonapartismo por todos sus intereses, sus antecedentes vergonzosos, sus malversaciones y sus crímenes? ¿No se han hecho de tal modo solidarios entre sí por el ejercicio colectivo de todas las cosas disgustantes y horribles que durante veinte mortales años arruinaron, desmoralizaron, deshonraron a Francia y la condujeron al fondo del abismo, que es imposible hoy a ninguno de ellos separarse de sus antiguos compañeros de orgía imperial, sin correr serio riesgo, no diré en su reputación, que está bien cimentada, sino en sus intereses, en su libertad y en su vida? Estos centenares de miles de cretinos que constituían el personal policíaco, militar, judicial, financiero y civil del Imperio ¿no forman todavía una banda inmunda, una vasta conspiración del crimen para la ruina de Francia? ¡Y con ese instrumento se procuraría salvar a Francia!

¿Habría que demostrar la deshonestidad y la incapacidad profunda de esta banda? Ejército, guardias móviles, fortalezas, barcos, armas, municiones, vestidos y aprovisionamiento del ejército, todo eso no existe más que sobre el papel. Había puesto la realidad inmensa en sus bolsillos. En cuanto a su incapacidad gubernamental, administrativa y burocrática, se puede juzgar por la de los oficiales del ejército. El Imperio ayudaba y protegía, no a los más inteligentes, a los más instruídos y a los más capaces, sino a los más trapaceros. Sólo estimulaba un género de espíritu, el de la alta y la baja pillería. Hubo algunos grandes e inteligentes canallas a la cabeza del Gobierno y de la Administración, *hombres fuertes*, que se dirían escapados de las novelas de Balzac: los Morny, Saint-Arnaud, Fleury, Baroche, Maupas, Persigny, Pietry, Billault, Haussmann, Fould, Dupin, Waleuwski, Rouher; más tarde el renegado de la democracia, Ollivier; y, desde el principio, el renegado de todas las banderas y de todas las ideas, Emilio de Girardin; y algunos otros aún, que puedo haber olvidado, gentes muy hábiles, muy capaces y que constituían en cierto modo la alta corrupción. Estas gentes, si hubiesen querido ocuparse seriamente y lealmente de los asuntos de la organización y de la buena administración del Estado, hubieran podido prestarle inmensos servicios, ¿quién lo duda?; servicios, claro está, no desde el punto de vista de la libertad, sino del de la grandeza y potencia real del Estado, *que están siempre*, como debe estar uno convencido por fin, *en relación inversa con la libertad y la prosperidad del pueblo.*

Habrían podido hacer para Francia lo que Bismarck y Moltke han hecho para Prusia. Bismarck y Moltke son incontestablemente grandes hombres y grandes patriotas, *desde el punto de vista del Estado.* Sus nombres, rodeados de una aureola merecida, pertenecen desde ahora a la Historia. Pero al mismo tiempo, y por esa razón, sus nombres deben ser maldecidos por toda la democracia sinceramente popular y socialista de Alemania, porque son los verdaderos fundadores del nuevo imperio germánico; y los grandes Estados no se fundan más que sobre la esclavitud de los pueblos, no ya extranjeros, sino, y sobre todo, indígenas también; puesto que únicamente pueden mantenerse y fortificarse por el sacrificio constante y sistemático de todo lo que constituye el derecho y el bienestar de las masas popula-

res a los privilegios de las clases políticas y a las necesidades del Estado.

Si los audaces pillos que ayudaron a Napoleón III, después del golpe de Estado de diciembre, a violar la República y a matar definitivamente esa libertad a quien, como se sabe, el republicanismo burgués, que tenía a su cabeza a Julio Favre y compañía, había dado los primeros golpes mortales; si esos hombres, después de haber ensangrentado a París y a Francia para satisfacer su avaricia y su ambición, al satisfacer la primera, hubieran comprendido ampliamente la segunda, teniendo a su disposición los inmensos recursos de Francia, apoyados por la abnegación del ejército y la cobardía de esa burguesía que había arrojado en sus brazos el miedo al espectro rojo, habrían podido constituir un imperio excesivamente poderoso. No por mucho tiempo, sin duda, porque ninguna fuerza política, por material y mecánicamente potente que sea —aun el imperio de Alemania que está hoy en curso de crearse sobre las ruinas de Francia— podrá mantenerse más de cincuenta años contra las tendencias irresistibles del siglo. Pero, en fin, habrían podido formar algo muy imponente, muy grande, en la acepción, no moderna, sino antigua de la palabra, en el sentido del Estado.

Para eso hubiera sido preciso trabajar, como trabajaban Bismarck y Moltke; y habría sido necesario ser al menos relativamente honrados, no ante los individuos y el pueblo, sino ante el Estado. Los comparsas de Napoleón III no han sabido o querido darse estas dos virtudes de los políticos: el trabajo y la honestidad al servicio del Estado. Se posesionaron del Poder, no para trabajar, sino para gozar; su misma ambición no era más que vanidad personal; porque a las satisfacciones de la pasión política, que lleva a los ambiciosos a servir a la grandeza del Estado, prefirieron los placeres crapulosos. Emperador, emperatriz, príncipe imperial, mariscales, generales, obispos, grandes cuerpos del Estado, durante los veinte años de su reinado, no hicieron otra cosa que encenagarse en la orgía. Han entregado a saqueo el mismo Estado. Lo han violado, desmoralizado, desorganizado y llevado a ese grado de impotencia que lo hace hoy juguete de Prusia.

Por encima de esas inteligencias notables, pero envilecidas, profundamente corrompidas y corruptoras, no podía haber plaza más que para la incapacidad más absoluta unida a la más grande bajeza. Con tal de que no esté excesivamente corrompida, la inteligencia va siempre acompañada de una cierta dosis de altivez a falta de honestidad y de justicia; tiene al menos una cierta apariencia de dignidad desde el punto de vista del honor. Pero no podía haber lugar para todo eso en la Administración del Imperio. No se podía llegar allí sino a fuerza de complacencia servil hacia los jefes, de brutalidad hacia el público, de deshonestidad y de cinismo. Era preciso haber quemado sus naves, ser desvergonzado, estar perdido en la opinión pública, para atraer la atención y merecer la confianza del Gobierno imperial.

El Gobierno imperial tenía razón desde su punto de vista. Se hacía justicia y se decía muy bien en sus conciliábulos secretos que no era otra cosa que una banda de ladrones y bandidos que una noche de diciembre se había apoderado de Francia; y, por mediocre idea que tuviese del pueblo francés, sabía muy bien que había de llegar un día en que ese pueblo, avergonzado y fatigado por su yugo, haría un esfuerzo supremo para libertarse. Para impedir esa liberación que debía poner necesariamente fin a las orgías de los bandidos, ¿no era preciso precaverse contra el despertar del pueblo francés? Y ¿qué otro medio, para llegar a este fin, que el de formar a su propia imagen una inmensa burocracia militar, civil, judicial, legislativa, clerical, policíaca y financiera que, penetrada de las mismas ideas y los mismos sentimientos que los bandidos fundadores del Imperio, cubriría a Francia entera con una inmensa red de vigilancia, de corrupción, de delación y de opresión? No se trataba propiamente del servicio del Estado, sino del servicio de la dinastía y de la banda enquistada en esa dinastía, en el Estado. Era preciso asegurar a esa banda, que cada año se hacía más numerosa, el saqueo regulado del Estado.

Por eso el ejército imperial no tenía de ninguna manera la misión de mantener el poder del Estado contra las potencias extranjeras —cosa en la que se comportó bien mal, como acaba de verse, tan pronto como se halló frente a un adversario serio—, sino la de mantener la potencia del Emperador contra el pueblo de Francia desarmado. Por eso la justicia imperial se había instituído únicamente para la

condena decidida de todos los adversarios del Imperio y la absolución de todos los criminales desde el momento que constituyeran parte de la banda de Napoleón III. La hacienda no tenía otro fin que verter los tesoros del Estado en los bolsillos de la banda oficial. El ministerio de Instrucción pública y de Cultos tenía por encargo principal embrutecer y achatar el espíritu francés y mantener una ignorancia salvadora en el pueblo de las ciudades y de los campos. En fin, la Administración, la alta y la baja policía, debían vigilar, denunciar, reprimir a todos los enemigos de la banda dinástica, y hacer elegir a los escogidos en esa banda por el sufragio universal.

Para que cada una de esas ramas de la Administración cumpliese eficazmente su deber, era preciso que su personal estuviese compuesto de hombres perfectamente consagrados al Imperio; pero como el Imperio, desde el primer día de su nacimiento, era el crimen, la negación brutal y cínica de todo lo que es honorable y sagrado a los ojos de los hombres; como era evidente para todo ser humano no desprovisto de corazón y de inteligencia que el Imperio no podía mantenerse más que por el aniquilamiento moral, político y social de Francia, era absolutamente imposible que un hombre honrado hubiese podido consagrarse al Imperio, a menos que fuese muy tonto, tonto hasta el punto de no haber comprendido que al servir al Imperio contribuía a matar a Francia.

Resultaba, pues, esto: que el Imperio sólo pudo servirse de dos especies de abnegación: de la abnegación de los pillos o de la de las gentes excesivamente incapaces.

No turbemos el sueño de los asnos y hablemos de los pillos. Todo pillo es un ser sin fe ni ley; pero entonces, ¿cómo asegurarse de su abnegación? Evidentemente, es preciso interesarlo. Pero esto no es bastante. Por el interés se os entregará hoy a vosotros; mañana, atraído por un interés nuevo, os traicionará. Hay que imposibilitarle esa nueva traición, hay que comprometerlo y solidarizarlo con vuestros crímenes, para que no pueda abandonaros nunca sin un gran peligro para sí mismo.

Así es como obran con sus nuevos candidatos todas las altas policías de Europa y las cuadrillas de bandoleros de todo el mundo. Unas y otras sólo dan su confianza a los que se hallan de tal modo comprometidos en su servicio, que su regreso a la sociedad de las gentes honradas sea imposible para siempre. Así fué como procedió con todos los funcionarios un poco inteligentes el gobierno de Napoleón, que en realidad no era otra cosa que una alta policía y una cuadrilla de bandoleros a la vez.

También debo hacer a la Administración imperial esta justicia: tan incapaz como se mostró desde el punto de vista de la reorganización del servicio del Estado, servicio que por lo demás no fué nunca ni su objeto ni su fin, fué ideal y perfecta desde el punto de vista de la organización de su consagración a la dinastía y a los intereses de esa banda de explotadores o de saqueadores del Estado que constituyó durante estos últimos veinte años el mundo oficial y oficioso de Francia.

Servir esos intereses a todo precio, por todos los medios y bajo todas las circunstancias, sacrificándoles todos los intereses de Francia; consolidar el poder de ese mundo imperial sobre el deshonor, sobre la ruina, sobre la esclavitud de Francia, tal ha sido el pensamiento, el alma viviente de toda la Administración imperial; ha penetrado hasta la medula a todos los funcionarios militares y civiles del Imperio, hasta convertirse en su pundonor, en su conciencia, en su pasión.

¿Qué hemos visto, por tanto, y qué vemos todavía? La Administración imperial, militar y civil ha traicionado a Francia. Sí, es verdad. Pero ¿ha traicionado jamás al Emperador y a su dinastía? Los generales han entregado los ejércitos y las fortalezas de Francia a los prusianos. Los prefectos y los alcaldes del Imperio les abrieron y continúan abriéndoles las puertas de las ciudades. Alimentan, festejan al enemigo, y entregan a la horca de los prusianos a los malhablados voluntarios que se atreven a turbar la alegría de esos buenos extranjeros. Resistencia, en ninguna parte; cobardía, en todas. Todo esto constituye, sin duda, un crimen de alta traición contra Francia. Pero ¿podéis citar un solo ejemplo de traición de un alto o un pequeño funcionario contra el Emperador? La vista de esta desgraciada Francia, entregada por la traición de Napoleón III y que se debate desarmada bajo los pies de los prusianos, ¿arrancó solamente un grito de remordimiento y de indignación a nin-

guno de los servidores del Emperador? ¿Convirtió o volvió uno solo contra él?

Que se relean todos los debates del Cuerpo legislativo y del Senado desde su primera convocación hasta su dispersión por el pueblo: estaba reunida allí toda la flor y nata, la quintaesencia de los bonapartistas oficiales y oficiosos. Pues bien, ante la noticia de todos estos desastres, aun después de la horrible traición de Sedan, ¿hubo allí una sola palabra de reprobación contra el Emperador, pronunciada por uno de ellos? Al contrario, todo lo que dijeron, todo lo que hicieron fué contra Francia y por él. Ved todavía el presente: ¿qué hacen? Intrigan, conspiran por el restablecimiento del Imperio. Y desde que el Emperador se ha convertido en prisionero y protegido de los prusianos, conspiran a favor de éstos y consideran muy mal que se piense resistirles.

¿Qué hacen, en medio de las tropas esparcidas sobre muchos puntos de Francia, los oficiales y los generales que continúan mandándolas gracias a la criminal debilidad del Gobierno de Defensa Nacional? ¿Están desolados por los desastres que destruyen los ejércitos franceses?; ¿están furiosos contra la traición del Emperador y de sus generales?; ¿secundan con todos sus esfuerzos el armamento de la República? De ningún modo; hacen todos los esfuerzos posibles por mantener en los soldados el culto al Imperio, la fidelidad al Emperador y el odio a la República. Conservan como reliquias las águilas imperiales, y si únicamente dependiese de ellos, el pueblo que se subleva en todas partes en nombre de la salvación de Francia no tendría ni un puñado de pólvora ni un solo fusil.

Lo que acabo de decir puede ser comprobado cada día en todas las ciudades de Francia donde haya tropas regulares. ¿No han relatado los periódicos que en ocasión de la última gran revista de los guardias nacionales parisienses y de los guardias móviles de provincias hecha por el general Trochu en París, muchos batallones de móviles no respondieron al grito de "¡Viva la República!", porque sus oficiales, nombrados bajo el Imperio, se lo habían prohibido expresamente? En fin, lo que acaba de pasar en Lyon; la conducta, las manifestaciones y los actos ultrarreaccionarios del general Mazure y de sus oficiales; sus

amenazas contra el pueblo que reclamaba las armas; su hostilidad contra la República y el arresto de los soldados que se habían atrevido a expresar su simpatía hacia ella, todo eso demuestra de una manera elocuente, la incompatibilidad absoluta de espíritu que existe entre las instituciones republicanas y los estados mayores del ejército imperial. ¿Que hay excepciones? Es posible, muy probable. Pero las excepciones no prueban nada; no hacen más que confirmar la regla. Y la regla es ésta: los oficiales, y sobre todo los oficiales superiores del ejército francés, consagrados incondicionalmente al Emperador, son, como Napoleón III mismo, mucho menos enemigos de los prusianos que de la libertad del pueblo.

Pero si tales son los sentimientos del cuerpo de los oficiales del ejército imperial, que, dado su oficio especial y su misión particular de defender ante el extranjero el honor de Francia, deberían haber sido más sensibles que todo el resto del mundo oficial imperial a la mancha arrojada por Napoleón III sobre la nación entera, ¡con cuánta más razón deben de ser más innobles todavía los sentimientos de esa Administración judicial, financiera, policíaca y civil, que nunca tuvo nada de común ni con la honestidad ni con el pundonor del país y que los ha sacrificado siempre a intereses más reales!

En fin, es innegable: los desastres horrorosos que han puesto esta noble Francia bajo la planta de los prusianos, son una consecuencia directa de la completa desorganización de los recursos y de las fuerzas materiales y morales del país; y esa desorganización de los recursos no fué el producto instantáneo de una causa exterior cualquiera, sino únicamente el de la práctica de esa Administración, que durante los veinte años de su reinado exclusivo no tuvo otro fin que asentar el poder de Napoleón III sobre la ruina de la nación, y que, fiel a esa misión, ha creado, en efecto, de un solo golpe, la impotencia nacional y la potencia de la dinastía.

Es indiscutible que esta Administración, organizada y compuesta tal como lo está, habría de ser inepta, aun en las circunstancias más favorables, en plena paz y rodeada de la más completa seguridad, para organizar en bien de la potencia real del Estado las fuerzas vivas y los recursos

materiales de la nación, no siendo capaz más que de desmoralizarlas y de desviarlas de ese fin. Y que, por consiguiente, sería una locura esperar que esa misma Administración, en medio de la angustia en que acaba de sumergir a Francia y bajo la invasión de los prusianos, hallase en sí la habilidad, la actividad y la energía necesarias para reorganizar en muy pocos días, durante el corto lapso que deja a Francia la actividad a la vez metódica y enérgica de los prusianos, esa potencia nacional reducida a la nada.

Es indiscutible, en fin, que, vistos el espíritu y los intereses que animan al personal de la Administración, desde el general comandante y el más alto funcionario hasta el último guardia rural, no tienen y no pueden tener más que un solo objeto: el restablecimiento del régimen imperial, aunque se deba llegar a ello por el empequeñecimiento, la decadencia completa y el sometimiento de Francia al yugo de los prusianos.

De todo esto concluyo que, no sólo no existe en este momento en la República francesa ni la sombra de una Administración regular y capaz, sino que existe, en su lugar, la antigua Administración del Imperio, que no es otra cosa que una vasta conspiración bonapartista contra Francia.

El primer deber del Gobierno de Defensa Nacional, ¿no era despedazarla? ¿O bien los grandes patriotas que componen ese Gobierno habrán tenido hasta la ingenuidad de creer que bastaba que fuesen al Poder para que cambiara todo, para que los sentimientos reaccionarios y las disposiciones bonapartistas de la vieja Administración imperial —sentimientos y disposiciones fundados evidentemente, no sobre convicciones intelectuales y morales, sino sobre intereses muy reales, muy palpables y sobre la solidaridad de los crímenes pasados— se transformasen inmediatamente en patriotismo? Si han podido esperar semejante cosa, hay que confesar que la incapacidad y la impotencia de todos esos dignos representantes del republicanismo burgués supera a toda imaginación, a todo límite permitido hasta a los abogados.

Pero no, no haré esa afrenta a su inteligencia. Prefiero creer que han visto, que han comprendido el peligro; pero que, careciendo del valor necesario para atacarlo de frente, han esperado locamente poder desviarlo. A falta de realidad, se han dejado llevar por las ilusiones, como lo hacen habitualmente las gentes débiles en los momentos de peligro y de crisis.

Es preciso decir que debe de haber sido una prueba muy ruda para ellos, republicanos burgueses —que como tales no conciben nada fuera del Estado y no ven salvación más que en la exageración de los recursos, de la acción y de la omnipotencia de éste—, reconocer que en este momento, y en presencia del más horrible peligro que haya amenazado jamás la independencia y la existencia incluso del país, no queda en Francia del Estado más que una ficción y una sombra. Habría sido necesaria una inteligencia bastante más seria y un temperamento mucho más resuelto y revolucionario que el suyo, para tener el valor de confesarse, en medio de circunstancias tan terribles, que no poseyendo Francia ya ejército, ni presupuesto, ni administración regular, desinteresada y capaz, y teniendo al contrario, en lugar de esa administración, una vasta conspiración oficialmente organizada a combatir —privada, en una palabra, de todos los instrumentos que constituyen la potencia real del Estado—, no podía ser salvada más que por la acción inmediata del pueblo, al margen de toda dirección oficial, es decir, por la revolución.

Si los abogados y los sabios doctrinarios que componen el Gobierno de Defensa Nacional tuviesen menos vanidad presuntuosa y más consagración a la causa del pueblo; si tuviesen un poco más de inteligencia y de resolución revolucionarias; si no detestasen la revolución más aún que detestan la invasión de los prusianos; si hubiesen tenido el valor de la verdad ante sí mismos y ante el pueblo, encarando fríamente la situación actual de Francia, se habrían dicho:

1.° Que servirse para la salvación de Francia de esa Administración imperial que la perdió y que no puede hacer otra cosa que conspirar contra ella, es cosa imposible;

2.° Que cambiar todo el personal de esa Administración en el lapso de algunos días, encontrar más de cien mil nuevos funcionarios para ponerlos en el lugar de los funcionarios del Imperio, sería una empresa igualmente imposible;

3.° Que modificarlos únicamente en parte, reemplazan-

do sólo los grandes funcionarios: los ministros, los prefectos, los subprefectos, los abogados generales y los procuradores del Imperio por los republicanos burgueses más o menos capaces y pálidos, conservando en las oficinas y en todos los otros empleos a los antiguos funcionarios, sería una tentativa tan ridícula como inútil. Porque es evidente que los nuevos ministros, prefectos, subprefectos, abogados generales y procuradores de la República —gentes sin duda muy honradas, puesto que son los amigos, los admiradores, los primos o los clientes de los señores miembros del Gobierno de Defensa Nacional, pero gentes de palabra y no de acción, como lo son ordinariamente los abogados, como lo es evidentemente Gambetta mismo, y además perfectamente extrañas a la práctica de la Administración y a la rutina de la burocracia— se transformarían necesariamente en juguetes de sus oficinas y de sus funcionarios subalternos, de quienes no llegarían a ser más que los jefes nominales; como también es evidente que sus oficinas, la masa de esos funcionarios subordinados, consagrados por la costumbre, por la necesidad y por la fuerza de una solidaridad criminal, a la política de la banda imperial, aprovecharán las funciones que se les hayan dejado para proteger simuladamente, en secreto, pero siempre y de todos los modos, a los partidarios de esa política, y, para combatir a los adversarios por todos los medios, obligarán a los ministros, a los prefectos, a los subprefectos, a los abogados generales y a los procuradores de la República, a servir contra su propia voluntad la causa de los Bonaparte contra la República;

4.° Que, por consiguiente, para la salvación de Francia y de la República, sólo hay una cosa que hacer: desbaratar la Administración imperial por la destitución en masa de todos los funcionarios militares y civiles del Imperio, desde Palikao, el primer ministro, hasta el último guardia rural; sin olvidar los tribunales, que, desde la Alta corte y la Corte de casación hasta el último juez de paz, están, más que otra rama del servicio del Estado, infestados de bonapartismo y que durante veinte años consecutivos no han hecho justicia, sino iniquidad;

5.° Que habiendo hecho bancarrota el Estado y encontrándose disuelto por el hecho de la traición imperial —que por otra parte había, desde mucho tiempo antes, forzado y destruído los recursos y todos los resortes—; estando definitivamente liquidado por la acción revolucionaria del pueblo —consecuencia inmediata e inevitable—; en una palabra, que habiendo cesado de existir la Francia oficial, no quedaba más que la Francia del pueblo, ni otras fuerzas y medios de defensa que la energía revolucionaria del pueblo; ni otros jueces que la justicia del pueblo; ni otra hacienda que las contribuciones voluntarias o forzosas de las clases ricas; ni otra Constitución, otra ley, otro código que el de la salvación de Francia.

Reconocer todo esto, sin duda, es cosa harto dura para los abogados, que no viven más que del Estado, de la ciencia jurídica y de los códigos criminal y civil, como los sacerdotes no viven más que de la Iglesia, de la ciencia teológica y de los dos testamentos revelados, el viejo y el nuevo. En tiempo de paz, no les habría propuesto medidas tan enérgicas, tan contrarias a todos sus hábitos de existencia, de sentimiento, de pensamiento, y, notadlo bien, a sus intereses personales, tanto como a los intereses comunes de su clase, que, para hacérselas aceptar en tiempo ordinario, habría sido necesario comenzar por destruirlos a ellos mismos.

Pero es que no vivimos en una época ordinaria. Vivimos en medio de la más terrible conmoción política y social que haya jamás sacudido al mundo. Conmoción salvadora que se transformará en el comienzo de una vida nueva para Francia, para el mundo, si Francia triunfa. Conmoción fatal y mortal si Francia sucumbe. Porque tendrá por consecuencia inevitable el sometimiento de Francia y de Europa entera a la brutalidad militar y burocráticamente organizada del despotismo prusiano. Habrá esclavitud y miseria en Europa lo menos por cincuenta años.

No considerando la guerra actual más que desde el punto to de vista francés, es para Francia, evidentemente, una cuestión de vida o muerte. Y la muerte está próxima. La invasión del despotismo prusiano, armado de una fuerza inmensa, amenaza tragarlo todo, despedazarlo todo, someterlo todo. Y para salvar su existencia y su libertad, Francia no tiene ni ejército, ni dinero, ni Estado; no le queda más que la desesperación de su pueblo. Desde la conquista de las Galias por César, y luego por los bárbaros de Germa-

nia, desde su conquista por los ingleses bajo Carlos VI, hasta cuando París mismo cayó en poder del enemigo triunfante, nunca se encontró Francia en una posición tan desesperada, tan terrible.

Francia, esa gran nación, a quien el sentimiento de su grandeza histórica real había impulsado a menudo a presuntuosas y criminales locuras, pero que, a pesar de esas desviaciones pasajeras y de esos abusos desgraciados de una potencia infatuada de sí misma, ha sido considerada sin embargo hasta aquí por el mundo, y con plena justicia, como el jefe natural y como el iniciador generoso de todos los progresos humanos, y de todas las conquistas de la libertad; esa Francia, cuya historia desde 1789 y 1793 no ha sido más que una protesta enérgica y una lucha incesante de la luz contra las tinieblas, del derecho humano contra las mentiras del derecho divino y del derecho jurídico, de la república democrática social y universal contra la coalición tiránica de los reyes y de las clases explotadoras y privilegiadas; esa Francia, a la que se asocian hoy todas las esperanzas de las naciones oprimidas y de los pueblos esclavos, está en trance de perecer. Está amenazada de la misma suerte que Polonia. Su poder, que antes hacía palidecer a todos los tiranos de Europa, ha caído tan bajo ahora, que todas esas monarquías, reaseguradas por su caída, se atreven impunemente a insultarla, a expresarle su piedad hipócrita y desdeñosa, a dirigirle sus amonestaciones, sus consejos; todos los pequeños soberanos más o menos microscópicos de Alemania, vasallos del rey Guillermo, su emperador futuro, y que temblaban ayer ante el solo nombre de Francia, se atreven hoy, rodeados de sus ayudas de campo, a pisar, a violar su territorio. ¡Qué dirá!, en fin, hasta los mismos burgueses republicanos de Suiza, cuya cobarde complacencia ante Napoleón III no tuvo límites, hace apenas algunos meses, se atreven hoy a soñar claramente el engrandecimiento y redondeamiento de la República helvética en detrimento de esa Francia derribada bajo las plantas del autócrata prusiano. La suerte mejor que en las circunstancias presentes hay el atrevimiento de prometerle, es la de convertirse en un virreinato de Alemania, como la Italia de Víctor Manuel ha sido un virreinato del emperador de los franceses.

No tengo el honor de ser francés, pero confieso que estoy profundamente indignado contra todos esos insultos y profundamente desesperado ante la desgracia de Francia y su caída. Lo que deploro, no es la ruina de su grandeza como Estado. He detestado tanto esa grandeza como todas las otras grandezas políticas del mundo; porque todas estas grandezas tienen siempre y en todas partes la misma base: el sometimiento, la explotación política y económica de las masas populares. He sido y sigo siendo enemigo irreconciliable de todos los Estados, y saludaré con alegría la ruina del Estado político de Francia, siempre que de él salga la emancipación económica y social del pueblo francés y de todos los pueblos del mundo.

Lo que deploro amargamente es la caída de la nación francesa, es la decadencia de esa simpática y gran naturaleza, de ese generoso carácter nacional y de esa inteligencia luminosa de Francia, que se dirían formados y desarrollados por la Historia para que emancipen al mundo. Lo que deploro es el silencio que se impondrá a esa gran voz de Francia que anunciaba a todos los que sufrían y eran oprimidos, la libertad, la igualdad, la fraternidad, la justicia. Me parece que cuando ese gran sol de Francia se extinga, habrá eclipse en todas partes, y que todas las linternas más o menos abigarradas que encenderán los sabios razonadores de Alemania no podrán recompensar la grande y sencilla claridad que vertía sobre el mundo el espíritu de Francia. En fin, estoy convencido de que el sometimiento de Francia y el triunfo definitivo de Alemania, sujeta a los prusianos, harán retroceder a Europa a las tinieblas, a la miseria y a la esclavitud de los siglos pasados. Estoy de tal modo convencido de ello, que pienso que es hoy un deber sagrado para todo hombre que ame la libertad y que quiera el triunfo de la humanidad sobre la brutalidad, que quiera la emancipación de su propio país, acudir, cualquiera que sea su patria, sea inglés, español, italiano, polaco, ruso, hasta alemán, a tomar parte en esta lucha democrática del pueblo francés contra la invasión del despotismo germánico.

Si tales son los sentimientos de un extranjero ¡cuáles no deben de ser los que animan a los patriotas sinceros de Francia! ¿No se ha de suponer que el peligro de vergüenza y de muerte que amenaza a su patria ha debido de sacudir

su ser, agrandar su naturaleza, ensanchar su espíritu, abatir todos los estrechos prejuicios de profesión, de posición y de clase que habían obstruído su pensamiento hasta ahora, encender por fin en sus corazones resucitados la potencia de las resoluciones supremas, transformarlos en revolucionarios, en una palabra?

¿No se tiene el derecho de esperar que en presencia de una catástrofe ya medio realizada, aun los abogados y los republicanos moderados, es decir, reaccionarios y burgueses, como los señores Julio Favre y Gambetta, los metafísicos doctrinarios y pedantes como los señores Eugenio Pelletan y Julio Simon, los inválidos de la democracia antisocialista como el señor Cremieux, los charlatanes intelectuales como el señor Glais-Bizoin, y los orleanistas militares como el general Trochu, sentirán renacer en ellos esa gran fiebre revolucionaria que animó a Danton y que salvó a Francia en 1792?

El pueblo de París, que soportó que el 4 de septiembre se posesionasen estos hombres del Poder, sin duda lo había esperado. No pudo hacerse ninguna ilusión respecto de ellos, puesto que los había visto a todos en la labor. Pero en su magnánima sencillez, se figuró que en medio de una situación tan horrorosa, y asumiendo una responsabilidad tan terrible, estos hombres, que sin duda habían manifestado suficientemente la impotencia de su carácter y la estrechez de sus concepciones como diputados al Cuerpo legislativo, estarían dispuestos ahora a no retroceder ante ningún medio necesario y a sacrificar sus prejuicios, lo mismo que los intereses de su clase, a la salvación de Francia. ¿Podía suponer que, en lugar de ordenar y de ejecutar inmediatamente definitivas medidas de salvación, habrían de divertirse en juguetear, como los niños vanidosos, al republicanismo burgués? El pueblo de París, sin hacerse ninguna ilusión sobre la naturaleza de los hombres que había dejado instalarse en el Gobierno de Defensa Nacional, creyó sin embargo haber creado un Gobierno revolucionario capaz de salvar a Francia.

El pueblo de París se engañó. Parece que, en adelante, ningún acontecimiento, por grande y terrible que sea, será capaz de ensanchar la naturaleza y el espíritu de un burgués. Es una cuestión de fisiología social, he ahí todo. La

burguesía no tiene ya alma, está muerta, y no le queda más que dejarse enterrar.

Si los miembros del Gobierno de Defensa Nacional, olvidando su pasado, sus miserables pretensiones personales, y todos los intereses de su propio partido, y no pensando más que en la salvación de Francia, se hubiesen colocado desde el principio a la altura de la misión que se atrevieron a aceptar, habrían comprendido que la situación y la fuerza misma de las cosas les ordenaba oponer la revolución a la invasión: la única arma que quedaba a Francia, pero un arma terrible y que —no desespero aún— se demostrará ella sola más potente que todos los ejércitos del rey Guillermo, y, en caso de necesidad, hasta que todos los ejércitos reunidos de todos los déspotas de Europa.

¡La *revolución!* Esta palabra y esta cosa son capaces de resucitar todos los muertos y de centuplicar la fuerza de los vivos. La revolución abatirá de un solo golpe todas las infernales intrigas de los bonapartistas, de los jesuítas, de los orleanistas; aplastará la reacción burguesa y levantará como un solo hombre al pueblo entero, a los obreros de las ciudades lo mismo que a los campesinos; porque no hay que imaginarse que los campesinos sean partidarios de la reacción cuando hayan comprendido que la revolución social les liberta del peso aplastante de todas las exacciones ruinosas del Estado, y que al mismo tiempo les entrega todas las tierras que pertenecen hoy a la Iglesia, al Estado y a los propietarios burgueses que las explotan por el trabajo ajeno y que se dispensan de cultivarlas con el trabajo de sus propios brazos. La revolución levantará tres, cuatro, cinco millones de trabajadores de los campos y de las ciudades, y cuando quieran armarse y buscar el dinero necesario para fabricar, para comprar las municiones y las armas, la revolución les dirá cómo y dónde hay que hacerlo. ¿Cuáles son los ejércitos que podrían resistir el choque de una semejante masa popular?

¡La *revolución!* Esta cosa y esta palabra transformarán a Europa, y haciendo palidecer y temblar de nuevo a todos los reyes y derrumbarse los tronos, barriendo los privilegios y las explotaciones que pesan hoy sobre el trabajo, harán surgir de las profundidades populares de

todo el país millones de defensores, de amigos y de hermanos aliados de Francia.

He aquí lo que el rey Guillermo y su taimado ministro saben muy bien. He aquí lo que temen mil veces más que estos ejércitos sobre el papel, ordenados por un Gobierno ilusorio y que, no teniendo ninguno de los medios que constituyen la potencia real de los Estados, se divierte en simular el poder y en hacer política y despotismo de Estado. Así, a la primera noticia del movimiento revolucionario que se anuncia en el mediodía de Francia, todos esos hombres de presa que acudieron de Alemania, atraídos por el amor al saqueo y por la gloria de una conquista que les había parecido al principio tan fácil, se han estremecido. La aparición del espectro rojo que levanta su cabeza amenazante y blandiendo su antorcha incendiaria, les ha causado miedo. Reconocieron al enemigo contra el que toda superioridad militar será impotente, porque él solo tendrá el poder de hacer surgir del suelo de Francia ejércitos invencibles, y porque al mismo tiempo que los atacará de frente, los abrumará por la retaguardia al levantar contra ellos las masas revolucionarias de Alemania. Bismarck y su rey saben mejor de lo que parece saberse en Francia y en todo caso mucho mejor de lo que lo saben los abogados del Gobierno de Defensa Nacional, que toda revolución nacional y sobre todo la revolución de Francia, se convertirá necesaria e inmediatamente en una revolución internacional.

"Si se les deja hacer —grita en un acceso de cómica desesperación ese pequeño gran duque de Baden, que considera ya Alsacia como su presa—, si les dejamos hacer —escribe a todas las Cortes el ministro del rey prusiano— será peor que en 1793. Esta revolución derrumbará a Europa."

Sí, derrumbará a Europa y será peor que en 1793. La revolución de 1793, a pesar de sus formas grandiosas, y de sus gestos heroicos, no ha sido después de todo más que una revolución burguesa. Sólo ha emancipado y derribado la sociedad superficialmente, dejando en la esclavitud a las masas populares. La revolución de 1870, surgiendo de la ruina del Imperio y del Estado político de Francia, removerá toda la sociedad europea hasta en sus entrañas. No será solamente una revolución política, será la revolución social, la única que podrá emancipar, la única que podrá hoy electrizar, arrastrar y levantar al proletariado de todos los países de Europa.

Hace veinte años que se efectúa un trabajo subterráneo intenso en el proletariado; que la propaganda socialista, desdeñando los castillos de los propietarios y las casas de los burgueses, pero visitando los talleres y las chozas, anuncia a todos los que sufren, a todos los oprimidos y a todos los explotados del trabajo el evangelio de la justicia, de la igualdad, de la libertad universal y de la resurrección de los pueblos. Producto de ese movimiento y de esa propaganda, se ha fundado una poderosa asociación hace seis años, la *Asociación Internacional de los Trabajadores del mundo entero*. De apenas seis años, constituye ya una potencia organizada que abarca cerca de dos millones de trabajadores aliados en Europa y en América del Norte. Esta es la falange sagrada de la revolución cosmopolita y social.

Para ella no hay límites, no hay barreras de Estado ni existe el estrecho patriotismo burgués. Su patria es el campo inmenso formado por los trabajadores, por los oprimidos y por los explotados de todos los países. Su enemigo, el mundo extraño que combate, es el campo de los explotadores y de los opresores de todas las naciones. Entre esos dos campos igualmente cosmopolitas, hay un odio irreconciliable, una lucha a vida o muerte. Uno se llama la revolución, el otro la reacción.

Fuera de esos dos campos que constituyen el mundo real y potente de Europa, y de los cuales uno representa la potencia del pasado y el otro la potencia del porvenir, no hay más que fantasmas, seres imaginarios desprovistos de todo poder y de toda realidad. A esta categoría es a la que pertenecen todos los republicanos exclusivamente políticos, todos los radicales enemigos del socialismo y todos los socialistas burgueses. Víctimas de una contradicción interior invencible, revolucionarios en sus sueños y reaccionarios por las condiciones reales de su existencia, como personas y como clase, condiciones que los hacen partidarios interesados e incondicionales de la dominación económica y política de los burgueses, siempre que hacen discursos, hablan de la revolución, y siempre que obran, hacen reacción; de modo que, sin saberlo y sin quererlo, se encontrarán

todos, tarde o temprano, bajo las banderas de Bismarck, como impulsados por las mismas razones y por esa misma contradicción interior, se han encontrado en 1848, muy a pesar de ellos sin duda, bajo la bandera del en otro tiempo salvador de Francia, Napoleón III. Como Napoleón III en 1848, Bismarck y su rey y todos esos principículos alemanes, con su millón de soldados, serán aplastados por la revolución universal. Porque las masas populares, el proletariado de todos los países de Europa, no esperan más que la señal del pueblo de Francia. Pero si no se atreve, será ella, Francia, la que caerá bajo los golpes del despotismo prusiano. Y el orden público será salvado de nuevo en Europa como lo fué en 1848.

Tal es, pues, la verdadera situación de Francia, y tal es su único medio de salvación: o bien su liberación por la revolución universal y social —toda otra revolución es ya imposible, y todo movimiento exclusivamente político debe abocar necesariamente en la reacción, como el que el Gobierno italiano acaba de hacer para apoderarse de Roma, por ejemplo, y como la llamada revolución política de España—; o bien el sometimiento de Francia al yugo de los prusianos.

Si los miembros del Gobierno de Defensa Nacional hubiesen tenido suficiente seriedad para concebir esta situación, y corazón bastante desinteresado, bastante grande, bastante firme para aceptar este único medio de salvación que les queda, habrían comprendido en seguida que su derecho y su deber ante las potencias extranjeras, y sobre todo ante el insolente invasor de Francia, eran absolutos. Habrían elevado bien alta esa bandera de Francia que se atrevieron a tomar en sus manos, e inspirándose en todo el desprecio que deben experimentar los representantes de la justicia y del derecho popular hacia los jefes y los instrumentos de la reacción, a las brutalidades monárquicas del rey Guillermo y de su ministro hubieran respondido, como Danton en 1792, por los salvadores derroteros de la revolución.

Pero, al mismo tiempo que hubiesen mantenido con esa firmeza su derecho indiscutible a representar a Francia en el exterior, y que hubiesen mostrado esa irreconciliable altivez a los prusianos, mientras uno solo de sus soldados pisara el suelo de Francia, habrían tenido conciencia para

reconocer ante el pueblo francés que al lado de su derecho el suyo era nulo, y que no tenían ni la misión, ni el poder para organizar su defensa. Reconociendo que todos los resortes y todos los instrumentos del Estado estaban destrozados, y que se había hecho imposible un gobierno regular del país; que la sola aparición de un gobierno, lejos de remediar este mal, debería empeorarlo necesariamente, puesto que, sin producir nada de bueno, no podría más que obstaculizar y paralizar el propio movimiento del país, los miembros del Gobierno de Defensa Nacional tenían el deber de pronunciar, o, más bien, de verificar la disolución del Estado.

Esto no hubiese sido un acto de energía revolucionaria de su parte, sino simplemente un acto de modestia, de justicia, de verdad y de conciencia. Debían toda la verdad al pueblo, porque habrían debido comprender que en este momento de crisis suprema y de peligro mortal para Francia, la verdad únicamente, toda la verdad, es capaz de salvarla, y que ninguna mentira o semimentira, ningún paliativo político o diplomático podrá darle vida. Deberían, pues, haber reconocido franca y valientemente ante el pueblo de París y ante el pueblo entero de Francia, no que el Estado debía ser liquidado y disuelto, sino que estaba ya realmente liquidado, que había cesado de existir, y que no quedaban de él más que escombros y cenizas, que, lejos de servir para algo, no podían más que estorbar la revolución popular, el último medio de salvación para Francia, y que, por consiguiente, debía dispersarse lo antes posible.

En ausencia de todo medio de gobierno y de todos los recursos ordinarios del Estado, deberían haber reconocido humildemente su impotencia para gobernar y organizar a Francia, y la imposibilidad absoluta en que se encontraban —aunque hubiesen sido hombres mil veces más inteligentes, más resueltos y más fuertes de lo que son en realidad— para ejercer un poder dictatorial en pro de la salvación de Francia. Porque, ¿qué es lo que pueden algunos hombres, por poderosos que sean de inteligencia y de carácter, en medio de un Estado desorganizado y disuelto, y cuando se ven privados de todos los recursos que pueden dar a la acción dictatorial una consistencia real? ¿Qué podrían hacer uno o varios generales, aun los mejores del mundo, si

se les diese el comando de un ejército, pero sin un estado mayor de oficiales capaces de organizar ese ejército y de transmitirle sus órdenes?

Tal ha sido precisamente la situación de los miembros del Gobierno de Defensa Nacional desde el primer día de su instalación en el Poder. Hablé ya de los mejores generales, pero si esos señores quisiesen hacerse justicia, comenzarían por confesar francamente que, en presencia de la obra inmensa que se atrevieron a asumir tan presuntuosamente sobre sus débiles espaldas, después de haber dado tantas pruebas de incapacidad, de ceguera increíble, de irresolución vergonzosa y de completa impotencia, no se puede ni siquiera calificarlos de generales mediocres. ¿Hay un solo hombre capaz de resoluciones enérgicas y de acción revolucionaria entre ellos? Ni uno solo. Son escritores y metafísicos más o menos doctrinarios, héroes del parlamentarismo, razonadores brillantes, abogados, eso es todo; republicanos muy burgueses y muy pálidos, hijos degenerados, bastardos de Danton; pero no veo entre ellos un solo hombre capaz de querer y de obrar como Danton.

Danton había llevado toda su fuerza leonina al pueblo. Ellos tienen miedo al pueblo; le tienen miedo de tal modo, que en un momento en que no queda para salvar a Francia nada más que la potencia popular, se han esforzado criminal y ridículamente en evitar, en ahogar todo movimiento del pueblo y en hacer la revolución, o más bien una evolución, necesaria por la caída de Napoleón III, fuera de la acción inmediata del pueblo y contra el pueblo. Bajo el pretexto especioso de que la revolución produciría la división, y de que esa división podría servir a los prusianos, y que sólo la unión podría salvar a Francia —la unión que habrían predicado, con los bonapartistas, bajo el ministerio Palikao, ¿no es así?— han escamoteado la revolución al pueblo. Cuando no debían pensar más que en la salvación de Francia, estos profesores y estos abogados, representantes incondicionales de los intereses económicos y políticos de la burguesía, no pensaron más que en salvar a todo precio la dominación burguesa. Dejándose arrastrar por su temperamento y por sus prejuicios burgueses, tanto como por su vanagloria y por sus intereses privados en ese camino fatal, han llegado a este resultado: que en lugar de organizar

una gran potencia revolucionaria, fundada directamente sobre el pueblo, han entregado el país a las ambiciones vanidosas y avaras y a la dirección inepta de los burgueses, y creado por eso mismo en todas partes la anarquía, la impotencia y el desfallecimiento.

Los señores miembros del Gobierno de Defensa Nacional son sin duda gentes perfectamente honorables y, además, hombres de talento, brillantes oradores que deben de haber conquistado una cierta experiencia de los negocios públicos, claro que no por el ejercicio directo del gobierno, que hasta aquí había rehusado caer en sus manos, sino por los años empleados en criticar el gobierno ajeno. En cuanto a los que de entre ellos tuvieron ocasión de compartir con otros la responsabilidad gubernamental, sea a título de Gobierno provisional en 1848, como el señor Cremieux, sea a título de simple ministro, como Julio Favre (1), no pienso que hallen ambos una ventaja cualquiera en que hacer hincapié, pues el primero no brilló más que por su insignificancia completa y por sus vacilaciones y sus desfallecimientos en las grandes crisis de 1848; el otro, Julio Favre, se distinguió, al contrario, por un celo francamente reaccionario, como un enemigo encarnizado del sufragio universal y de la república democrática y social, a matar la cual contribuyó más que ningún otro. Nada más natural que semejantes gestos le hayan atraído, con el tiempo, el elogio de los orleanistas y hasta de los partidarios del príncipe presidente, Luis Bonaparte. Pero no pienso que puedan constituir estas cosas un título de gloria, ni inspirar mucha confianza a los partidarios sinceros de la república.

Ninguno de los otros miembros del Gobierno de Defensa Nacional ha estado jamás en el Poder, y, por consiguiente, ninguno tuvo ocasión de manifestar al mundo ni sus conocimientos administrativos ni su potencia de acción; excepto el general Trochu, que, como militar de un grado elevado, ha debido adquirir necesariamente experiencia del mando. Pero el mando militar y la dirección política son dos funciones de tal modo desemejantes, y aun opuestas, que el hábito de lo uno excluye casi siempre la capacidad para el ejercicio de lo otro. Así, como lo hice

(1) Favre no fué ministro en 1848, sino secretario del ministerio del Interior, de cuya cartera era titular Ledru-Rollin. (Nota del traductor.)

observar ya, el general Trochu ha sido aclamado por el pueblo de París, no como un político, sino como el organizador y jefe militar de la defensa de París.

Nadie en Francia ha considerado a Julio Favre, ni a Pelletan, ni a Garnier Pages, ni a Ferry, ni a Keratry, ni a Picard, ni a Glais-Bizoin, ni a ninguno de sus compañeros, exceptuado Gambetta, como hombres capaces de dirigir los asuntos del país, aun en época ordinaria. Menos se les puede creer capaces en la situación actual de Francia, situación de tal modo desesperada que la misma potencia de Danton no bastaría y ante la cual únicamente el poder colectivo y revolucionario organizado del pueblo puede bastar. Todos esos honorables ciudadanos han sido considerados por el público como la cola más o menos disciplinada y recalcitrante del jefe reconocido de la oposición radical, e irreconciliable en el Cuerpo legislativo, León Gambetta.

Desde el fin del Imperio, Gambetta se había convertido en un objeto de admiración, de esperanzas unánimes y de confianza para toda la burguesía radical; era como el astro naciente de todas las aspiraciones republicanas en Francia. Se había anunciado con cierto ruido, y había asombrado al público por la audacia de su ataque elocuente, aniquilador y directo contra el Imperio. Ese ataque fué, indiscutiblemente, un acto de valor civil y un gran servicio prestado a Francia, que, bajo la influencia funesta de una esclavitud demasiado larga, había perdido el hábito orgulloso de decir en alta voz lo que pensaba, lo que sentía y lo que quería. Gambetta le dió esa palabra, rompió esa cobardía que deshonraba a Francia y dió por eso mismo un rudo golpe al Imperio.

Pero no hay que olvidar que, casi al mismo tiempo, otro ciudadano, encendiendo su linterna, le dió golpes más rudos aún. He nombrado a Rochefort. El discurso de Gambetta en el proceso de los Trece (1) fué una protesta contra la violación de la República y contra la infamia de la servidumbre impuesta a Francia por los bandidos del 2 de diciembre. Rochefort se atrevió a imprimir en su *Lanterne*,

(1) Se refiere Bakunin a una defensa pronunciada por Gambetta el 13 de noviembre de 1868 en el proceso seguido a los organizadores de un homenaje al diputado Baudin, víctima del golpe de Estado de diciembre. (Nota del traductor.)

difundida pronto en varias decenas de millares de ejemplares, todo lo que Francia murmuraba sobre el asunto de las personas que componían la familia, el Gobierno y la administración imperiales. A los acentos de indignación escapados a la elocuencia de Gambetta, añadió la aplastante elocuencia del desprecio. Y si se quisiese plantear la cuestión de cuál de los dos contribuyó más a matar moralmente al Emperador y al Imperio, pienso que a la fuerza habría que reconocer que fué Rochefort.

Estos dos hombres, hoy miembros del Gobierno de Defensa Nacional —uno más bien expresión de las simpatías de la burguesía radical, el otro elegido por el proletariado—, aunque llegados, al menos en la hora presente, al mismo fin, han seguido sin embargo, desde sus primeras manifestaciones, carreras completamente diferentes.

Rochefort, desde su entrada en el Cuerpo legislativo se había convertido en el objeto —en algo así como la cabeza de turco de todos los odios burgueses— de la desconfianza, por no decir de una hostilidad muy pronunciada, de parte de todos sus colegas radicales e irreconciliables, menos uno solo, el digno patriarca de los republicanos socialistas de 1848, el señor Raspail. Rochefort mereció perfectamente esta reprobación unánime de la clase burguesa, no por su *Lanterne,* que los señores burgueses de todos los colores políticos habían leído, al contrario, con mucho placer; porque el burgués, aunque se había hecho servil por interés continuó siendo, no obstante, por temperamento y por mal hábito, muy vituperador. Reconoce la necesidad de un poder fuerte y capaz de proteger sus privilegios económicos contra las rebeliones de la vil multitud. Se inclina ante la dictadura militar, admitiendo, ¡ay!, que es hoy la única bastante poderosa para defenderlo. Pero al mismo tiempo la detesta en el fondo de su corazón, porque le ofusca en su liberalismo, en su vanidad y porque acaba siempre por comprometer incluso sus intereses, en nombre y por la defensa de los cuales existe; pues toda dictadura militar debe culminar necesariamente en la guerra.

El ideal de los burgueses, en todas partes invariablemente es el mismo: es el sistema representativo liberal, constituído en monarquía parlamentaria o aun en república federal, como en los Estados Unidos y en Suiza: esto es,

nombrando las cosas por su nombre, la libertad política, real para las clases posesoras, ficticia para las masas populares, y fundada sobre el sometimiento económico de estas últimas. Un sistema excelente y beneficioso para la clase burguesa, como se ve, pero que no puede mantenerse más que en los países en que la masa de los trabajadores es bastante prudente y bastante resignada o bastante generosa para sentirse orgullosa de llevar la libertad de otro sobre sus hombros de esclava.

Tan pronto como las aspiraciones y las ideas contrarias comienzan a penetrar en las masas; desde el momento en que esos millones de trabajadores de la industria y de la tierra, fatigados por su papel pasivo, y no queriendo servir ya de pedestal a la libertad, a la civilización y a la humanidad de las minorías privilegiadas, comienzan a reclamar todos los derechos humanos para ellos también, y se muestran dispuestos a conquistarlos, en caso de necesidad, por la fuerza, todo el sistema del liberalismo burgués se derrumba como un castillo de naipes. Su humanidad se transforma en furor; lo hemos visto en junio de 1848, y se nos presenta en todas partes hoy; y su respeto por los derechos del prójimo, su culto a la libertad, dejan el puesto a la represión feroz. El liberalismo político de los burgueses desaparece, y al no hallar en sí mismo ni los medios ni la fuerza para reprimir las masas, inmolándose en beneficio de la conservación de los intereses económicos de la burguesía, deja el puesto a la dictadura militar.

Tal fué la causa del triunfo, inaudito y fatal, de Luis Bonaparte en 1848. Thiers y Julio Favre deben saberlo bien, puesto que a él contribuyeron más que nadie. Tal es hoy igualmente el secreto de los triunfos no menos inauditos y fatales del Rey de Prusia. El señor de Bismarck lo sabe tan bien como Julio Favre y Thiers, y por eso mismo cree jugar con seguridad. Cuenta principalmente con la cobardía interesada y con la traición latente de la burguesía francesa; y espera, con una gran apariencia de razón, que los mismos miembros del Gobierno de Defensa Nacional sean lo demasiado burgueses y estén lo suficientemente interesados en la conservación de los privilegios económicos de la clase posesora, para no oponerse a la invasión, lo único que puede detener, aplastar a la revolución social.

Nada más cómico y más singular que los argumentos empleados por la prensa radical, los periódicos más republicanos de la burguesía, para predicar al pueblo de los trabajadores la paciencia, la resignación y el renunciamiento: "Ved —dicen estos republicanos y estos patriotas entusiastas, redactores asalariados de la prensa burguesa—, conocemos muy bien los sentimientos de esa clase respetable, de la que somos fieles representantes. Su republicanismo y su patriotismo, si tienen republicanismo y patriotismo, no están más que en la superficie. Sus preocupaciones serias, su interés supremo, son invariablemente los mismos, constituyen la única base de su patriotismo, es decir, la conservación y el crecimiento de sus bienes materiales, la explotación privilegiada del trabajo nacional y de todas las transacciones pecuniarias, del comercio y de la industria del país. Si la dejáis gozar tranquilamente, será vuestra amiga, y tan patriota como podáis desear, patriota hasta el punto de privarse de vuestro trabajo y de enviaros a morir por la patria. Pero por poco que la inquietéis en el goce exclusivo de la riqueza nacional producido exclusivamente, es verdad, por el trabajo de vuestras manos, se volverá resueltamente contra vosotros. De lo que la burguesía tiene necesidad para conducir a buen fin sus pequeños asuntos, es de la tranquilidad pública, del orden público, condiciones esenciales del crédito; de un gobierno razonable y fuerte, ejercido exclusivamente en su provecho; en fin, de la paciencia y la absoluta sumisión del proletariado, cuyo trabajo la enriquece. Acordaos de todo eso y continuad pacientemente dejándoos esquilmar por ella. En nombre del patriotismo y en nombre de la República, os suplicamos que no murmuréis y que no os mováis; que os dejéis dirigir, gobernar por los señores burgueses, nuestros patronos y los vuestros, aunque veáis que mientras os envían a todos vosotros a la muerte rehusan ellos sacrificar un céntimo; aunque comprendáis que su gobierno y su dirección son fatales al pueblo. Porque si os movéis o proferís sólo una amenaza, serán capaces, no sólo de renunciar a esta República que no aman ya y que aceptaron por necesidad, sino de entregar el país a los prusianos."

En efecto, ¿no es notable que en el seno de esa prensa re-

publicana burguesa que, en nombre de la República y del patriotismo, exige hoy al pueblo todos los sacrificios posibles y aun imposibles, no se haya elevado una sola voz para exigir, en nombre de esa misma patria y de esa misma República, el menor sacrificio de los burgueses? Porque ninguno de esos republicanos exaltados, que llenan con su ardoroso patriotismo las columnas de la prensa radical, ha tenido el valor o la idea de decir a los burgueses: "Sois avaros y traidores. Francia se encuentra en peligro de esclavitud y de muerte; no puede ser salvada más que por una formidable sublevación popular. Pero una sublevación desarmada sería impotente; se necesitan muchas armas y municiones; y para comprarlas y fabricarlas, lo mismo que para organizar y hacer marchar ese inmenso ejército popular, es preciso mucho dinero. Ese dinero lo retenéis en vuestros bolsillos. En nombre del patriotismo y de la República, en nombre de la salvación de Francia, os requerimos a que le hagáis ver la luz."

¿O por qué no le dicen esto?: "Cesad de oprimir al pueblo y de explotar inicuamente su trabajo. ¿No véis que al obrar así os enajenáis la fe y las simpatías populares y os atraéis el odio irreconciliable de ese pueblo, vuestro aliado tan útil en el siglo pasado, y sin el concurso presente del cual no habríais llegado a la posición que ocupáis ahora? El señor León Gambetta, nuestro maestro, pretende que vosotros los burgueses sois los hermanos mayores del proletariado, sin duda desde el punto de vista de la civilización, del sentimiento moral y del desenvolvimiento superior de las ideas democráticas y republicanas. Obrad, pues, como deben hacerlo los hermanos mayores; predicad con el ejemplo; sacrificaos y sacrificad al menos una parte de esos intereses que os son más caros que la vida, aunque no sea más que una pequeña porción de vuestros intereses materiales, para poner fin a ese odio desgraciado y fatal que amenaza la libertad y hasta la existencia misma de vuestra patria. Recordaos de la terrible lección de junio de 1848. El furor que habíais manifestado contra el proletariado en junio mató la República tres años más tarde, en diciembre. Procediendo cruelmente contra el pueblo, creasteis la dictadura inmunda de Napoleón III."

¿Por qué no recomienda la prensa radical a los burgueses que tengan confianza en el pueblo? ¿Por qué no les dice que paralizar por todos los medios el arrojo popular, la sublevación en masa y el armamento del pueblo, su organización espontánea para la salvación de Francia, como lo hacen hoy, es entregar Francia a los prusianos? ¿Por qué no les aconseja que abdiquen por fin, dado que su comprensión de la situación es nula y que su poder de acción es débil? ¿Por qué no les estimula en nombre de la salvación de Francia a entregar al pueblo, el único patriota verdadero que queda hoy en Francia, el cuidado de la organización y de la dirección de la defensa nacional?

¡Ah!, es que los redactores de todos esos periódicos republicanos en apariencia, pero en realidad completamente burgueses, saben muy bien que la burguesía no tiene humor para dejarse decir semejantes verdades. Conocen tan bien a esa burguesía cuyos intereses y pretendidos derechos defienden, que no tienen esperanza ninguna de convencerla. Saben que en los "hermanos menores", en el pueblo, hay bastante pasión generosa para que, al hablarles de la patria y de la República, se pueda llevarles al olvido y al sacrificio de sus intereses más caros; pero que en los "hermanos mayores" de la civilización moderna, en esos burgueses que se apoderan de todo y que, aprovechándose de todo, tratan de explotar ahora hasta la catástrofe que afecta al país, no queda ya otra pasión que la pasión del lucro; que si se les hablase de justicia y de la necesidad de sacrificar una parte de su fortuna —adquirida por los medios conocidos—, a la liberación de esta patria —que no se mostró nunca sino como una madrastra para el pobre segundón, el pueblo, pero que fué siempre para ellos una madre demasiado generosa—, estos buenos burgueses se encolerizarían de tal manera, que, para no escuchar más la repetición de semejantes cosas, serían capaces de entregarse con su patria a los prusianos.

Tal es hoy, en efecto, la verdadera medida del patriotismo y del republicanismo de estos hermanos mayores de la civilización, los burgueses. Es preciso, pues, estar verdaderamente dotado de una gran capacidad de ilusión o de un fuerte espíritu de mentira; es preciso ser un sofista o estar ciego para buscar los fundamentos de la nueva República o, para servirme de las expresiones del propio Gambetta, *"de la*

República a la vez racional y positivista", en la conciencia y en la acción gubernativa de la burguesía actual. Rochefort no cayó en este defecto, o más bien desdeñó hacer uso de una mentira tan burda; y precisamente en eso consistió, a los ojos de todos los demócratas sinceros, su mérito. Pero esa fué también la causa principal de la animosidad innegable de todos los republicanos burgueses contra él.

Desde el primer día de su entrada en París, Rochefort se había mezclado resueltamente con el pueblo, abrazó sus intereses, sus aspiraciones y sus derechos con una pasión que pareció sincera a todo el mundo. ¿Era socialista? Pienso que él mismo se hubiese visto muy embarazado para responder a esta pregunta. Se dice que un día confesó que no sabía absolutamente nada de socialismo, pero que se sentía con la mejor voluntad para estudiarlo y para transformarse en un excelente socialista en poco tiempo. El hecho es que en el periódico que fundó, *La Marsellaise*, no ha escrito una sola palabra que tuviese relación con las cuestiones sociales; pero soportó que hablasen otros, y para la época que corría, era ya mucho.

Lo que demostró más que nada la sinceridad de Rochefort, fué su aceptación franca y completa del *mandato imperativo* que había sido combatido tan formalmente hace ochenta años, por Mirabeau, el verdadero fundador de la potencia de la burguesía y que destruye, en efecto, en su raíz principal, la dominación política de esa clase. Porque desde el momento en que los delegados del sufragio universal puedan ser revocados en todo momento por sus electores, no constituyen ya una asamblea soberana, sino una reunión de dependientes populares. Se transforman efectivamente en delegados del pueblo y cesan de gobernarlo como si fuesen sus señores.

Aceptando el mandato imperativo, Rochefort dió una especie de bofetada a todos los representantes de la democracia en el Cuerpo legislativo. Frente a la democracia, es decir, al gobierno del país por el pueblo, sólo él conservó una posición sincera y seria; continuaba siendo su fiel y escrupuloso servidor, en el seno del Cuerpo legislativo, como lo había sido en el momento de su elección; mientras que los demás no habían solicitado y obtenido la

confianza del pueblo soberano más que para erigirse inmediatamente, por el hecho de su irresponsabilidad y de su irrevocabilidad, en sus amos.

No podía, pues, haber nada de común entre Rochefort y los otros republicanos del Cuerpo legislativo. Excepto Raspail, que no lo abandonó nunca, todos lo consideraron y lo trataron como un enemigo, y nadie fué tan dichoso como Gambetta, me imagino, el día en que, abandonado cobardemente por toda la izquierda y entregado a las venganzas de la justicia imperial, fué encarcelado. Rochefort, menos por su talento que por su posición francamente popular, los eclipsaba y aniquilaba a todos.

Desde su encarcelamiento hasta su liberación por el pueblo, no se oyó, naturalmente, hablar más de él. Y desde su instalación en el Poder por la voluntad directa del pueblo, no ha dicho ni hace nada que pueda hacer suponer que ha encontrado en sí mismo un pensamiento y una voluntad. Se dice que se ocupa ahora, con su amigo Flourens, en la construcción de barricadas de un nuevo género. Esto es muy meritorio de parte de Flourens que, no teniendo otra misión que cumplir, cumple con su deber al entregarse por entero a la defensa de París. Pero es demasiado poco para un miembro del Gobierno de Defensa Nacional elegido directamente por el pueblo con el mandato imperativo de salvar al país. Es preciso, pues, convenir que la importancia extraordinaria concedida durante algún tiempo a la persona de Rochefort, ha sido más bien producto de una serie de circunstancias excepcionales y de una posición del todo particular de ellas resultante, que de su valía personal. Y por fin llegamos a la conclusión de que, exceptuado el general Trochu, cuya misión por otra parte se limita a la defensa de París, no hay en ese desgraciado Gobierno de Defensa Nacional un solo hombre capaz de gobernar a Francia, hoy, como no sea León Gambetta.

Gambetta ha seguido una línea perfectamente opuesta a la de Rochefort. Mientras que este último quiso ser tan sólo el fiel representante del pueblo, Gambetta estudió el modo de no representar más que a la clase burguesa. Es un hombre demasiado bien educado para no detestar desde el fondo de su alma cuanto se asemeje a un movimiento popular. Su naturaleza delicada, elegante, se rebe-

la al rudo contacto del pueblo, al son de su voz bronca. Gambetta tiende a pasar por un hombre de buena sociedad y por un hombre de Estado ante todo, y desde el punto de vista de esta sociedad, tanto como del Estado, las *bajas clases* que componen la *vil multitud* están hechas para obedecer, para dejarse gobernar y no para mezclarse directamente en los negocios del Estado. Así, a pesar de toda su prudencia y de su tacto generalmente apreciado, no supo ni callar ni enmascarar la repulsión profunda y el desdén que experimenta en presencia de las *aspiraciones utópicas y de las pretensiones arrogantes del populacho moderno.* Lo repito, Gambetta es el antípoda de Rochefort. Tienen esto de común: que uno y otro ignoran igualmente las necesidades actuales del pueblo; con esta diferencia enorme: que Rochefort se esforzó al menos por comprenderlas, sin duda para buscar los medios de satisfacerlas, mientras que Gambetta, impulsado por su temperamento a la vez de artista y de burgués, como por el principio que adoptó en calidad de base de su política, parece que tiene el propósito de ignorarlas siempre.

Desde que Gambetta se manifestó por su primera requisitoria elocuente contra el Imperio, estudié con un cuidado escrupuloso, no sus actos —eso me hubiese sido difícil, puesto que hace treinta y cinco días que es el miembro más importante, y, como lo afirma todo el mundo, el más activo del Gobierno de Defensa Nacional (1) y no ha realizado hasta aquí un solo acto serio—, sino todos los discursos que ha pronunciado, sea en Marsella, sea en París, sin olvidar la famosa carta que dirigió al *Progrès* de Lyon: contienen la intención evidente de hacer conocer al mundo su profesión de fe política.

Es preciso hacerle justicia; en todas estas manifestaciones de su pensamiento, se expresó con una decisión tan clara y tan pura, que es imposible interpretar mal la línea política que se propone seguir. Haciéndose tal vez justicia, y comprendiendo que no puede haber nada de común entre los sentimientos que animan y las pasiones que viven en

(1) Guillaume hace observar que, según esta frase, Bakunin habría escrito esto el 9 de octubre. Pero anteriormente habló de la toma de Orleans, que tuvo lugar el 11. Tal vez se explique esta incongruencia por el hecho de que la toma de Orleans hubiese llegado prematuramente en forma de rumor a Marsella. (Nota del traductor.)

el seno de las masas populares, no se toma la molestia de convertir y de persuadir al pueblo. Toda su propaganda se dirige exclusivamente a los burgueses. Deseoso de merecer la reputación de hombre positivo y serio, no apela a sus sentimientos, esto sería demasiada ingenuidad en él; no, se dirige exclusivamente a sus intereses.

Gambetta se ha dado por misión especial demostrar a la burguesía, por medio de comparaciones históricas y de cifras, que el régimen republicano es el único capaz de asegurar el orden, la seguridad, la estabilidad. "Si hay un argumento —ha dicho en su discurso de Marsella— ante el que se rinden hasta los indiferentes, es el argumento de sus intereses. Pues bien, los intereses materiales, la prosperidad material, los buenos negocios, no se hacen más que bajo los gobiernos libres."

Esto es perfectamente justo; sólo que Gambetta, en este discurso como en todos los demás, olvida siempre decir de qué género de prosperidad y de intereses materiales quiere hablar. Si es de la prosperidad y de los intereses exclusivos de Inglaterra y de los Estados Unidos de América, que son los países más libres del mundo, demuestra que nada contribuye tanto al desenvolvimiento de la revolución y de la riqueza de los burgueses como la libertad política.

Por lo demás, nada es más natural. En esos países donde la voluntad de un solo individuo, presidente o soberano, no significa absolutamente nada; donde las leyes, lo mismo que las grandes medidas de gobierno o de administración, son producto del voto perfectamente libre de los representantes legítimos del país; donde no hay monopolio ni privilegio para nadie, sino protección igual de la ley para todos los ciudadanos que posean sea una propiedad, sea un capital cualquiera, con la única exclusión de los que, no poseyendo nada más que su capacidad de trabajo y la fuerza de sus brazos, están *obligados a someterse libremente* al yugo de los capitalistas y de los propietarios que, explotando una y otra, les dan generosamente la posibilidad de no morir de hambre; en estos países donde la competencia absolutamente libre es la que regula únicamente todas las transacciones financieras, comerciales e industriales, la producción de las riquezas debe

acrecentarse y se acrecienta en efecto con una rapidez asombrosa.

He aquí un punto en que me encuentro perfectamente de acuerdo con Gambetta. Pero hay otro punto no menos importante y sobre el cual el elocuente abogado, sea por prudencia, sea por ignorancia, guarda un absoluto silencio. *Es el de la justa repartición de las riquezas producidas por el trabajo nacional.*

En estos mismos países, tan admirados a causa de la libertad política que tienen la dicha de gozar, lo mismo que en los demás países de Europa donde la industria moderna, fundada exclusivamente sobre la competencia y sobre la libertad absoluta de las transacciones comerciales, ha adquirido un vasto desarrollo, aun reconociendo el crecimiento rápido de la riqueza nacional, la estadística moderna ha comprobado al mismo tiempo dos hechos deplorables y que se reproducen siempre y por doquier, con una constancia, ¡qué digo!, con una progresión tanto más amenazadora cuanto que no son productos de circunstancias exteriores, pasajeras y fortuitas, sino consecuencias necesarias y fatales de la organización económica de la sociedad actual.

En primer lugar, se ha comprobado que, a medida que la riqueza nacional aumenta, lejos de difundirse sobre un mayor número de personas, tiende, al contrario, a concentrarse en las manos de algunos dichosos, cuya riqueza ya excesiva aumenta cada día, pero cuyo número disminuye casi en la misma proporción. Este es un efecto fatal de la competencia. Los grandes capitales matan a los pequeños capitales. El gran comercio y la gran industria ahogan el comercio y la industria en pequeña escala, aun el comercio y la industria de los burgueses de fortuna mediana, y arrojan a unos y a otros hacia el proletariado.

Al mismo tiempo, se ha comprobado otro hecho más desolador: que el aumento progresivo de las riquezas nacionales, lejos de mejorar la situación de la clase obrera, no logra sino empeorarla más, haciéndola cada vez más dependiente y precaria.

Yo sé que los economistas burgueses pretenden justamente lo contrario. Según sus teorías, las mismas que sin duda dieron nacimiento a las ilusiones políticas de Gambetta, el mejoramiento de la suerte del proletariado debe

derivarse directamente del aumento de la prosperidad burguesa. Pero los hechos son los hechos, y como tales serán siempre mucho más persuasivos y mucho más concluyentes que todas las teorías que se les opongan. Los hechos, con una elocuencia contra la que ningún sofisma de la doctrina económica podría prevalecer, nos muestran la situación de las clases obreras de Europa empeorando en la misma proporción del crecimiento de la riqueza de la burguesía.

Considerad a Inglaterra, por ejemplo. Ciertamente, es un país donde la industria y el comercio han hecho, durante estos últimos cincuenta años, los más inmensos progresos, y donde la riqueza nacional creció en la proporción más maravillosa. Bien; la condición de la clase obrera, ¿ha mejorado? ¿Es mayor el bienestar de los trabajadores que en los otros países? De ningún modo. Al contrario, las investigaciones oficiales ordenadas por el Parlamento inglés y ejecutadas por los comisarios con la severidad más concienzuda, han reconocido que hay, en este país tan rico, un número mayor que en otra parte de trabajadores capaces y que no piden más que ganarse el pan por el trabajo, que mueren literalmente de hambre por falta de éste; que en Londres sólo hay más de cien mil seres humanos que no saben hoy de qué y cómo van a vivir mañana; que en una multitud de industrias, y sobre todo en los campos, el trabajo es tan exorbitante y tan mal retribuído al mismo tiempo, que la mayor parte de los trabajadores, mal alimentados y carentes de todos los medios para vivir humanamente, se agotan en pocos años, mueren en una proporción espantosa, o se invalidan para ganarse la vida por el trabajo mucho antes de que lo imponga la edad; que, en fin, en las industrias mejor retribuídas, las crisis comerciales, haciéndose más y más frecuentes y manifestándose no ya como catástrofes imprevistas, causadas por algún acontecimiento exterior, sino como un mal crónico, inherente al sistema económico reinante en la producción actual, condenan a menudo decenas, ¡qué digo!, centenares de millares de trabajadores a la más terrible de las muertes, a la muerte por el hambre. En Francia, en Bélgica, en Alemania, en los Estados Unidos de América incluso, ese país ideal y clásico de la libertad política, en todas partes don-

de hay un desenvolvimiento rápido de la industria y del comercio, se reproducen los mismos hechos con una persistencia y una regularidad desoladoras. De suerte que es preciso tener toda la mala fe de los economistas de la burguesía, o bien la ignorancia ordinaria de los abogados en todo lo relacionado con la economía social, para atreverse a decir que la prosperidad burguesa debe tener por consecuencia necesaria el bienestar del proletariado.

Al contrario, todos los hechos modernos demuestran que la una excluye a la otra absolutamente, porque toda esa gran prosperidad de la clase burguesa no está fundada más que sobre la explotación despiadada, inicua, de la miseria del proletariado. No es difícil probarlo. La competencia obliga a los capitalistas productores, o más bien a los capitalistas explotadores del trabajo productor de la masa obrera, a vender los productos de su trabajo al más bajo precio posible. Se recobran, es verdad, en la cantidad de los productos, lo que les obliga a producir siempre y mucho, aun cuando no estén seguros de hallar un mercado para sus artículos, y conduce necesariamente a dos consecuencias fatales: primero a esas crisis comerciales, efectos naturales de la superproducción y que dejan sin trabajo y sin pan a decenas de millares de trabajadores, y luego al aplastamiento sistemático y creciente de la pequeña industria y del pequeño comercio por las grandes empresas industriales, comerciales, financieras.

Para vender su mercadería al más bajo precio posible, los capitalistas explotadores están obligados a disminuir los gastos de producción. El salario que reciben los obreros constituye la parte más importante, en general, de esos gastos; de ahí esa tendencia obstinada de todos los patronos y fabricantes del mundo a disminuir la tarifa de los salarios. Desgraciadamente, muy a menudo el obrero se ve forzado a aceptar esa disminución —bajo pena de verse condenado al hambre con su familia—, no obstante ser su salario primitivo apenas suficiente para vestirlos y alimentarlos.

En la organización económica de la sociedad actual, el trabajo es considerado como una mercadería cuyo valor está subordinado a la ley general de la oferta y la demanda. Y, en la mayoría de los casos, al crecer siempre la población

y con ella la miseria, la oferta de esa mercadería supera a la demanda. Apremiados por el hambre, los desgraciados obreros se ven forzados a hacerse mutua competencia, disminuyendo algunas veces hasta los límites de lo imposible el precio de su trabajo agotador, aplastador.

Sucede con frecuencia que una industria es próspera. Sus productos son muy demandados. Entonces aumenta su producción y reclama un número mayor de obreros, que atrae por el aumento del salario. Es un momento de prosperidad relativa para los pobres obreros. Pero, ¡ay!, un momento bien corto, porque el alza del salario que atrae cada vez más obreros llega muy pronto a la hora fatal en que la oferta del trabajo supera a la demanda, y entonces la tarifa del salario comienza a bajar, acaba por volver a caer algunas veces hasta muy por debajo de su nivel precedente.

Es, en fin, una ley económica, perfectamente demostrada y aceptada como cierta por todos los economistas concienzudos, que *nunca la tarifa del salario se eleva por encima, ni queda mucho más bajo de lo que el obrero debe gastar diariamente para no morir de hambre;* porque si se eleva, al ofrecer su trabajo la afluencia de los trabajadores, lo hace recaer muy pronto, y, por el contrario, cuando el salario es insuficiente para permitir al obrero procurarse todos los objetos indispensables a la existencia de un hombre civilizado, los trabajadores se ven víctimas de sufrimientos, de inanición, de enfermedad y de muerte, lo que, disminuyendo su número, hace elevar necesariamente la tarifa del salario.

Tales son las leyes económicas que determinan la situación de los trabajadores en los países más civilizados y más prósperos de Europa y del mundo. Resulta evidentemente esto: que los progresos de la civilización burguesa y del desenvolvimiento progresivo de la industria y del comercio no implican de ningún modo el mejoramiento de la situación material y moral de las masas obreras; al contrario, abren entre el mundo burgués y el mundo obrero un abismo que se hace cada día más profundo y más vasto, estando la prosperidad creciente del primero fundamentada sobre la miseria proporcionalmente creciente del segundo.

Resulta también esto: que en los países políticamente más

democráticos, en los más libres, tales como Inglaterra, Bélgica, Suiza y los Estados Unidos de América, la libertad y los derechos políticos de que parecen gozar los trabajadores no son más que una ficción. Esclavos de sus patronos desde el punto de vista económico, son desde el punto de vista político igualmente esclavos. No tienen ni la instrucción, ni el tiempo, ni la independencia necesarios para ejercer libremente y con pleno conocimiento de causa sus derechos de ciudadanos. Tienen, en los países más democráticos, gobernados por los elegidos del sufragio universal, un día de reinado, o más bien un día de saturnales: es el de las elecciones. Entonces, los burgueses, sus opresores, sus explotadores de cada día y sus amos, van con el sombrero en la mano a hablarles de fraternidad, de igualdad, llamando al pueblo soberano, del cual no son ellos, los burgueses, más que los humildes servidores, los representantes de su voluntad. Pasado ese día, la igualdad y la fraternidad se van en humo, los burgueses vuelven a ser burgueses, y el proletariado, el pueblo soberano, queda esclavo.

Tal es la pura verdad sobre el sistema de la democracia representativa tan decantada por los burgueses radicales, aun cuando esté corregido, completado, desenvuelto con una intención popular por el referéndum o por esa "legislación directa del pueblo" tan ensalzada por una escuela alemana que sin razón se llama socialista (1). Desde hace dos años poco más o menos, el referéndum ha sido introducido en la constitución del cantón de Zurich, y hasta ahora ha dado resultados completamente nulos. El pueblo es llamado a votar por un sí o por un no todas las leyes impor-

(1) En el IV Congreso general de la Internacional, en Basilea, celebrado un año antes, algunos delegados de lengua alemana habían propuesto que se pusiera en el orden del día del congreso la cuestión de la *legislación directa por el pueblo*. Esa cuestión había sido promovida por Carlos Bürkly y la sección de Zurich. Los zuriqueses, que acababan de introducir (1868) el referéndum en su constitución, se figuraban fácilmente que habían encontrado con él un medio capaz de resolver todas las cuestiones sociales, y era natural que quisieran participar a la Internacional tan hermoso descubrimiento. A los de Zurich se añadieron otros demócratas burgueses, como el señor Goegg, que quieren a todo precio adormecer el proletariado y desviarlo de la revolución y que serían muy felices de ofrecerle la legislación directa a modo de juguete; además, el nuevo Partido Socialista Alemán, dirigido por Liebknecht, que... quiere preludiar la revolución social con la agitación política; en fin, un inocente maníaco, Rittinghausen, que hizo de la *legislación directa* su fe y el único objeto de su vida, que ya en 1849, con Considerant, había luchado en Francia por esa idea, con más valor que éxito, y que después de veinte años vuelve todavía a la carga. (*Le Progrès*, de Locle, 18 de sept. 1869). El Congreso de Basilea rehusó poner la cuestión en el orden del día (Guillaume).

tantes que le son presentadas por los cuerpos representativos. Se podría concederle la iniciativa de las proposiciones sin que la libertad real ganase la menor cosa, porque mientras el pueblo quede económicamente esclavizado, careciendo de independencia, de tiempo y aun de interés por las cuestiones que se proponen a su deliberación, será un esclavo en política y continuará adaptándose a las obsesiones burguesas que pesarán en su voto.

Tal es la pura verdad sobre ese sufragio universal de que Gambetta no puede hablar sin dejarse llevar por una exaltación completamente juvenil: "El sufragio universal —gritó en medio de su discurso en Marsella— es un instrumento de precisión de la soberanía del pueblo, su modo de acción, su escudo, su espada, su palanca, porque no se sabría acumular sobre el sufragio universal los epítetos bienhechores, no se sabría decir hasta qué punto ese sufragio que, en un momento de desfallecimiento y de terror, tal vez, no presta más que un servicio pasajero, pero que lleva en su seno los destinos de la patria (1); por el sufragio seremos una democracia plebeya, completa [es decir burguesa, explotadora del trabajo del proletariado como en Suiza y en los Estados Unidos de América] con vastas filas que no se detendrán en ninguna parte [con perdón, señor, mientras la sociedad esté organizada económicamente como lo está hoy, su democracia, como en los países que acaba de citar, se detendrá allí donde acaban los explotadores y comienzan los explotados por el trabajo nacional] y no es con esa especie de sofistificación que consiste en decir, durante todo el término que duren las explicaciones gubernamentales, que se puede reunir en un salón, pero no en una granja. Esta palabra es una palabra profunda. Quieren la democracia para sentarse, no para trabajar. De ahí la democracia para explotarla, pero no para obedecerla. Pues bien, las democracias están hechas para mandar, porque tienen a la vez el número y el derecho."

He ahí por fin una buena palabra, señor abogado; mas, para que esa palabra sea sincera, es preciso que su democracia sea una democracia socialista, y usted no se preocupa

(1) Bakunin parece haber citado de memoria estas frases de Gambetta o suprimido algunas palabras, pues el sentido de esta frase, por ejemplo, es incompleto. (Nota del traductor.)

de ningún modo de ello, ¿no es cierto, señor abogado? Porque si usted lo quisiera, no habría prometido a los burgueses, en nombre del Gobierno libre, la continuación de sus *buenos negocios,* es decir, la facultad de embolsar todo el producto del trabajo popular, menos la parte mínima que están forzados a abandonar a la subsistencia miserable del pueblo. Puesto que usted no quiere más que la democracia política, la democracia exclusivamente burguesa, permítame decirle que la palabra del Gobierno del Imperio que le parece tan profunda es mucho más sincera que la suya. Porque, en fin, ¿no ha dicho con una franqueza cínica: "Nosotros queremos explotar la democracia en beneficio de la dinastía?" En tanto que ustedes, señores, quieren explotar la democracia en beneficio de la burguesía, en detrimento del pueblo y quieren, al mismo tiempo, que se les considere representantes serios de los intereses del pueblo.

Ustedes son hoy, como siempre, los abogados de los intereses exclusivamente burgueses, y, desde este punto de vista, tienen mil veces razón, señores, al extasiarse ante el sufragio universal que, mientras la revolución social no haya establecido las bases de una igualdad y de una libertad reales para todos, será ciertamente el instrumento más eficaz de la democracia burguesa, el mejor medio de engañar al pueblo, de adormecerlo y de dominarlo, aun dándose el aire de no querer más que una sola cosa: servirlo; el mejor medio para asegurar, en nombre de la libertad, esa *prosperidad de los burgueses,* que se funda en la esclavitud económica y social de las masas populares.

¿Quiere decir esto que nosotros, socialistas revolucionarios, no queremos el sufragio universal, y que preferimos sea el sufragio restringido, sea el despotismo de uno solo? De ningún modo. Lo que afirmamos es que el sufragio universal, considerado en sí mismo y obrando en una sociedad sobre la desigualdad económica y social, no será nunca para el pueblo más que una trampa; que de parte de los demócratas burgueses no será nada más que una odiosa mentira, el instrumento más seguro para consolidar, con una apariencia de liberalismo y de justicia, en detrimento de los intereses y de la libertad populares, la eterna dominación de las clases explotadoras y posesoras.

Negamos por consiguiente que el sufragio universal sea

un instrumento del cual pueda servirse el pueblo para conquistar la justicia o la igualdad económica y social; puesto que, como acabo de demostrarlo, el sufragio universal ejercido por el pueblo al margen de las condiciones de esa igualdad y de esa justicia, en medio de la desigualdad y de las injusticias que reinan en la sociedad actual, en medio de la dependencia y de la ignorancia populares que son sus resultados naturales y fatales, producirá necesariamente y siempre un voto contrario a los intereses del pueblo y favorable solamente a los intereses y a la dominación de los burgueses.

Partiendo de eso, afirmamos que los llamados demócratas socialistas, que, en los países donde el sufragio universal no existe aún, se esfuerzan por persuadir al pueblo de que debe conquistarlo *ante todo,* así como hoy hacen los jefes de la democracia socialista en Alemania, diciéndole que la libertad política es la condición *previa* de su emancipación económica, o bien son víctimas de un error funesto o bien engañan al pueblo. ¿Ignoran realmente o pretenden aparentar que ignoran, que esa libertad política *previa* —es decir, que existe necesariamente fuera de la igualdad económica y social, puesto que deberá preceder a esta última— será esencialmente una libertad burguesa, es decir, fundada en la esclavitud económica del pueblo, y por consiguiente incapaz de producir su contrario y de crear esa igualdad económica y social que implica la destrucción de la libertad exclusiva de los burgueses?

Estos extraños demócratas socialistas, ¿son víctimas de un error o unos embusteros? He ahí una cuestión muy delicada y que prefiero no profundizar. Lo cierto para mí, es que hoy no hay peores enemigos del pueblo que los que tratan de desviarlo de la revolución social, la única capaz de darle la libertad real, la justicia y el bienestar, para arrastrarlo de nuevo a las experiencias engañosas de esas reformas o de esas revoluciones exclusivamente políticas, de que fué siempre el instrumento, la víctima y el engañado.

La revolución social no excluye de ningún modo la revolución política. Al contrario, la implica necesariamente, pero imprimiéndole un carácter nuevo, el de la emancipa-

ción real del pueblo del yugo del Estado. Puesto que las instituciones y las autoridades políticas no han sido creadas, en último resultado, más que para proteger y garantizar los privilegios económicos de las clases poseoras y explotadoras contra las rebeliones del proletariado, es claro que la revolución social deberá destruir esas instituciones y esas autoridades, no *antes*, ni *después*, sino *al mismo tiempo* que ponga su mano audaz sobre los fundamentos económicos de la servidumbre del pueblo. La revolución social y la revolución política serán, pues, realmente inseparables como deben serlo en efecto, puesto que la primera sin la segunda será una imposibilidad, un contrasentido; y la segunda sin la primera una simulación.

La revolución política, contemporánea y realmente inseparable de la revolución social —de la que será, por decirlo así, la expresión o la manifestación negativa—, no será ya una transformación sino una liquidación grandiosa del Estado, y la abolición radical de todas esas instituciones políticas y jurídicas que tienen por objeto el sometimiento del trabajo popular a la explotación de las clases privilegiadas. Al mismo tiempo que destruirá la potencia económica de los propietarios, de los capitalistas, de los patronos, destruirá la dominación política de todos los llamados representantes coronados o no coronados del Estado, desde los emperadores y los reyes hasta el último gendarme o guardia rural, de todos los grandes y los pequeños cuerpos del Estado, de todas las clases y de todos los individuos que —en nombre de un poder fundado, para unos sobre el derecho divino, y para otros sobre la elección popular y sobre el sufragio universal, ciega o servilmente practicado por las masas, malvadamente explotado y apartado de su fin por los explotadores de esas masas— se colocan ante ellas como señores y como amos. La revolución social barrerá todas esas instituciones y todos esos representantes de la eterna tiranía, abierta o enmascarada, no para reemplazarla por otras, sino para destruir definitivamente el principio de la soberanía, de la dominación y de la autoridad; y el sufragio universal, actuando en medio de esta revolución, teniendo por punto de partida la igualdad económica y social conquistada por ella, no ten-

drá por objeto, como muchos pretendidos socialistas lo imaginan y lo esperan, la creación de un nuevo Estado y de un nuevo gobierno político, que darían a esa "vil multitud" nuevos amos; sino la organización amplia, procediendo de abajo arriba, por la vía de una federación libre de la libertad y el trabajo de todos, pueblos, provincias, comunas, asociaciones e individuos, sobre la base única de la igualdad y de la fraternidad humanas.

Tal es el verdadero programa del socialismo revolucionario. Este programa no es el producto de una imaginación o de un pensamiento aislado. Está planteado fatalmente por la lógica de los hechos modernos y por la fuerza misma de las cosas. Surge de la situación actual y de las disposiciones de los instintos y de todas las aspiraciones de las masas obreras. No quieren ya gobierno, no tienen fe en ninguna situación política. Se subordinan a ella bien o mal, por costumbre, y porque no adquirieron todavía bastante confianza en ellas mismas para tomar sus propios asuntos en sus manos. Pero aunque continúen obedeciendo, detestan hoy todo poder, sabiendo muy bien, por experiencia y por instinto, que todo poder —cualquiera que sea la forma que adopte, aunque proceda de esa ceremonia ilusoriamente popular que se llama sufragio universal— por la naturaleza misma de su posición dominante frente a las masas populares, no podrá tener otra voluntad, otra finalidad que explotarlas.

Por eso se ve a menudo expresar al pueblo una profunda desconfianza en relación a los defensores más celosos de sus derechos. "Hablan así —dice— porque no están todavía en el Poder. Pero cuando estén en él hablarán de otro modo." El pueblo tiene razón, es la historia eterna de todos los ambiciosos del Poder, y esa historia se repite cada día, con una monotonía singular. Hemos visto a Juan Bright, el célebre agitador del pueblo inglés, declarar, en una carta dirigida a uno de sus electores, poco después de su entrada en el ministerio de Gladstone, "que sus electores no debían asombrarse de ningún modo de su cambio de lenguaje y de opinión. Que una cosa era pensar, sentir, querer y hablar como miembro de la oposición, y otra cosa pensar, hablar y obrar como ministro". La misma advertencia ingenua acaba de ser hecha, no hace mucho tiempo, por un de-

mócrata socialista muy sincero, hasta miembro de la Asociación Internacional de los Trabajadores, transformado, por gracia de la República, en prefecto de uno de los departamentos más importantes y más republicanos de Francia. A un antiguo camarada y amigo que quedó fuera de toda oficialidad, y que le expresaba su asombro por verlo cambiar tan pronto de opinión, le respondió: "Si estuvieras en mi puesto, amigo mío, harías lo mismo. No he cambiado de opinión, quiero siempre lo mismo; pero cuando se ocupa una posición oficial, se está forzado a obrar de otro modo."

Juan Bright y este nuevo prefecto de la República tienen ambos mil veces razón. La posición de todo poder político es tal que no puede hacer otra cosa que mandar, limitar, empequeñecer, y al fin anular la libertad popular, bajo pena de suicidarse. Y porque reconocemos esta profunda verdad, confirmada por la teoría tanto como demostrada por la experiencia de todos los tiempos y de todos los países, nosotros, socialistas revolucionarios, no creemos que baste poner el Poder en manos de hombres nuevos, aunque esos hombres sean los demócratas más sinceros, aunque sean trabajadores. Pedimos la abolición del Poder.

No pasará mucho tiempo, y el pueblo lo exigirá más enérgicamente, y necesariamente con más fuerza que nosotros. Ahora vacila todavía. Desconfía profundamente de todo lo que representa el Poder, pero está de tal modo habituado a dejarse mandar, y tan poco acostumbrado a organizar él mismo sus propios asuntos que, aun considerándolo como un mal inevitable, fatal, continúa sufriéndole, bien que lo maldiga en el fondo de su corazón.

Esta hostilidad sorda y disimulada de las masas contra el Poder se manifiesta hoy por su indiferencia invencible hacia todas las formas del mismo. "Imperio, reino constitucional o república, ¿qué nos importa eso? Para nosotros será siempre igual: el mismo peso que llevar, los mismos impuestos que pagar." Así es como razonan los campesinos. Los obreros de las ciudades no razonan completamente de la misma manera: han saludado con alegría el advenimiento de la república; o más bien, ellos mismos fueron los que la proclamaron en Lyon, París, Marsella, y en todas las demás ciudades de Francia. Los obreros de París la proclamaron incluso a pesar de Gambetta y de todos los

otros republicanos del Cuerpo legislativo. Se la impusieron.

¿Se debe concluir que los obreros de Francia no son más que republicanos, y que para ellos sea la república la última palabra de todo progreso político y social? Esto sería caer en un extraño error. ¿Quién no sabe que los obreros de Belleville, los electores de Rochefort, son los que tomaron principalmente la iniciativa de la proclamación de la república en París, y quién no sabe que los obreros de Belleville en particular, y en general todos los obrros de París, son profunda y apasionadamente socialistas? Para ellos la república comienza allí donde fué violentamente interrumpida en junio de 1848. La república, para ellos, es la revolución universal, política, sin duda, pero al mismo tiempo también, y mucho más que una simple revolución política, es la *revolución económica y social.*

Sí, señor Gambetta, sépalo bien; no es su *"democracia prudente, racional y positivista"*, la cual, según usted, *"puede conciliarlo todo, armonizarlo todo y fecundarlo todo"*; es la revolución económica y social, que vive en las aspiraciones y en las esperanzas del proletariado de Francia, tanto como del proletariado de Europa y de todo el mundo más o menos civilizado. El pueblo no comprende y no puede querer otra, después que las jornadas de junio le han demostrado que entre el bienestar y la libertad populares, por una parte, y la prosperidad y la libertad burguesas por otra, hay una incompatibilidad absoluta, un abismo. Este abismo se ha ensanchado, después, cada día más en la conciencia del proletariado, y se ha ampliado tanto y es tan profundo hoy, que todas las flores de su retórica no llegarán a colmarlo. El pueblo sabe que sin una buena revolución económica y social, que sin transformarse en propietario colectivo del capital y de todos los instrumentos del trabajo, no habrá para él ni libertad ni bienestar.

Considere, le ruego, las dos repúblicas de Suiza y de Estados Unidos. He ahí dos democracias según su manera de ver, ¿no es cierto? El pueblo posee allí todos los bienes que en su mansedumbre quiere usted prometer al pueblo francés. Ambas gozan de la representación democrática más amplia, más pura. ¿Dirá usted que el pueblo es allí realmente soberano? Sí, pero con una condición: que se deje

dominar, gobernar y explotar por los burgueses. Vaya a Basilea, a Zurich, a Ginebra, a las montañas del Jura. ¿Qué hallará? Las mismas relaciones de dependencia de los trabajadores ante sus amos, y la misma opresión insolente de parte de esos amos. De parte de los capitalistas, de los fabricantes, de los patronos, de los burgueses, existen absolutamente las mismas amenazas y la misma tendencia a hacer intervenir la policía, que, claro está, se halla enteramente a su servicio, y aun a la fuerza militar, contra los obreros, en las huelgas, como hemos visto el año pasado en Lausana.

Ve usted bien que la libertad política más vasta, cuando no está basada sobre la igualdad económica, no resuelve la cuestión social. El obrero encadenado por su miseria y su ignorancia *relativa*, que es la consecuencia de esa miseria, permanece esclavo de hecho, y desgraciadamente el hecho es siempre más poderoso que el derecho. Pregunte a los obreros de Basilea, por ejemplo, si son efectivamente ciudadanos más prósperos y más libres.

Pregunte a los obreros de América del Norte si lo son. Ochocientos mil obreros federados (1) en una asociación poderosa, que constituye parte de la grande Asociación Internacional de los Trabajadores desde hace más de un año, le dirán que esa libertad y todos los derechos políticos no son reales más que para los ricos, pero que los trabajadores que viven de su salario, son tan esclavos en América como en Europa.

Verá bien que el abismo que separa a los trabajadores de la burguesía permanece abierto en todas partes, y es en vano, se lo repito aún, señor Gambetta, que usted, el abogado de la burguesía, y sus amigos demócratas y socialistas burgueses, grandes partidarios de esa Liga de la Paz y de la Libertad, cuya impotencia y fastidiosa retórica reinan hoy omnipotentes en el Gobierno de Defensa Nacional y en todo el mundo oficial que acaban de crear para dirigir los destinos de Francia, y —¿qué diré?— para perderla y para entregarla, sin duda a pesar de ustedes, a los prusianos; es en vano que se hayan esforzado por predicar a los trabajadores y a los burgueses una conciliación

(1) Eran el año pasado ochocientos mil, y hoy seguramente han sobrepasado la cifra de un millón. (Bakunin.)

imposible. Los obreros y los burgueses no la creen y no la quieren.

Cada uno de esos mundos opuestos representa intereses reales y serios, demasiado serios para dejarse arrastrar, divertir o adormecer por las palabras. El interés de la burguesía, es el de la expropiación cada vez más invasora, más dominadora, del trabajo del proletariado. No renunciará a eso jamás de buen grado, porque renunciar equivale para ella a destruir con sus propias manos la base de su fortuna y de su existencia. ¿Y no se conoce bastante la naturaleza de los burgueses? Sacrificarán antes su vida que su bolsa.

El interés de los obreros es igualmente muy serio. Se trata para ellos de la emancipación real. Están cansados de trabajar para otro y de permanecer siempre miserables en presencia y a causa de todas las riquezas inmensas que crean, y saben que no podrán emanciparse y conquistar las condiciones de una existencia humana, si no destruyen completamente la dominación económica y esa explotación del capital que forman la única fuente de la prosperidad de los burgueses. Cansados de ser siempre yunques, quieren destruir el martillo. Es preciso ser o muy taimado o muy ingenuo, verdaderamente, para atreverse a decir que entre dos intereses tan serios y tan completamente opuestos, es posible una conciliación cualquiera.

Entre estos dos intereses inconciliables, ¿qué papel desempeñan los republicanos burgueses? No hay realmente más que dos posibles: o bien el de engañadores del proletariado, o bien el de gentes ingenuas hasta el exceso. Dejemos de lado los embusteros, y hablemos de los republicanos de buena fe. Quiero creer que Gambetta y la mayor parte de sus colaboradores del Gobierno de Defensa Nacional pertenecen a este número. Si tienen realmente buena fe, no pueden representar ninguna clase de intereses; porque si representasen los de la burguesía, serían embusteros, enemigos del pueblo; si representasen, al contrario, los intereses del proletariado, serían revolucionarios socialistas, y, como tales, necesariamente, enemigos de la burguesía. No representando ni los unos ni los otros, no representan absolutamente nada, o si se quiere, representan una idea vaga, incolora, como lo son por otra parte todas las

aspiraciones actuales del idealismo burgués; una idea que, no teniendo ninguna raíz en la vida, no puede ni realizarse ni ejercer la menor potencia. Esta idea es la conciliación imposible de intereses inconciliables.

Tal es la base que quieren dar a su república. Como Don Quijote por su Dulcinea, se han enamorado también con una pasión completamente platónica del idealismo republicano, que les ha sido transferido por sus padres, y que empequeñecieron estos pálidos herederos de Dantón, para ponerlo al nivel de su inteligencia y de sus caracteres, que no tienen fuerza para llegar a la realidad poderosa de 1793.

La república que predican es la realización completa del reino de los burgueses, menos el heroísmo de los siglos pasados, y por eso sin duda Gambetta la definió con estas palabras: *Una democracia racional y positivista.* Para conseguirla —dice— *"son necesarias dos cosas: suprimir el miedo de unos y calmar la desconfianza de los otros; llevar a la burguesía hacia el amor a la democracia, y al pueblo hacia la confianza en sus hermanos mayores"* (¡los tenderos!). Es decir que, para el establecimiento de la república de Gambetta y compañía, es necesario que dos intereses que se excluyen, dos mundos inconciliables, se den un nuevo beso de Lamourette.

A esta proposición calurosa del ilustre y hoy omnipotente abogado, los burgueses, que se sienten capaces de todos los sacrificios, menos del de sus ochavos, lo que demuestran perfectamente hoy, puesto que no quieren darlos ni aun para la salvación de Francia, los burgueses responden: "No queremos nada mejor que consolidaros y adorar vuestra democracia, siempre que nos garanticéis que no tocará nunca el arca santa de nuestras instituciones económicas y jurídicas que, debéis saberlo, constituyen la base misma nuestra existencia, de nuestra prosperidad y de nuestro poder. Haced que los obreros, convertidos en ciudadanos y en hermanos nuestros, continúen obedeciendo, que se dejen explotar por nosotros, como conviene a los hermanos segundos, y seremos republicanos de todo corazón y más que vosotros mismos. Si no, no. Preferimos Enrique V, los Orleans, y aun el infame Bonaparte a vuestra república que nos pondría delante del espectro rojo."

Los obreros, por otra parte, responden: "No conocemos el odio, pero tenemos amor a la justicia y a la igualdad. Hemos sido las víctimas y los engañados eternos de todas las ambiciones y de todas las avaricias burguesas que, después de haber conquistado el Poder por la potencia de nuestros brazos, no se sirvieron de él más que para explotarnos mejor. De esta explotación tenemos bastante. No queremos ser ni víctimas ni engañados. Nos pedís confianza hacia nuestros *hermanos mayores.* Bien; estamos dispuestos, pero con dos condiciones. Primero, que cesen de considerarse como mayores y de tratarnos como se trata a los hermanos menores. Bajo el régimen de la igualdad, estas diferencias son absurdas. Y luego, para merecer esta confianza, que cesen de dominarnos y de oprimirnos por medio de sus capitales y de robarnos el producto de nuestro trabajo; que pongan su posición económica y social al nivel de la nuestra, y que se hagan trabajadores como nosotros. Entonces los abrazaremos como hermanos y gritaremos con ellos: "¡Viva la república democrática y social!" Si no, no. No queremos ni al infame Bonaparte, ni a Enrique V, ni a los príncipes de Orleans, ni a ningún otro rey, pero no queremos tampoco la república burguesa, y no depondremos las armas más que cuando hayamos conquistado para todos la igualdad y la libertad."

Entre estas dos negaciones, la una tan enérgica como la otra, ¿qué le quedaba por hacer al honorable diputado por Marsella? ¡Frases, nada más que frases! ¡Infortunado! Ha querido asentar su nueva república sobre un beso de Lamourette más imposible aún que el primero. Ha creído que llegaría a colmar un abismo con sus palabras elocuentes. Ha esperado que bastaría presentar a ambas partes, tan profundamente separadas por la oposición absoluta de sus intereses, su ideal político, tomado fuera de la realidad viviente de nuestros días, para que unos olvidasen su riqueza y su insolencia, los otros su miseria y esclavitud, para que se confundiesen en un abrazo fraternal, bajo la varita mágica del joven republicano, que "mandaría fraternalmente" a unos y otros.

Gambetta, es, sin embargo, un hombre de ingenio. ¿Es posible que le haya impulsado la ingenuidad hasta dejarse arrastrar por una ilusión semejante, por su sueño que en nuestros días apenas se perdonaría a un colegial?

¿Cómo no se ha dicho él, el hombre serio y positivo, que las más bellas y las más grandes ideas, aun las religiosas, las que por su naturaleza parecen más alejadas de las preocupaciones del mundo, sólo han sido poderosas en el pasado mientras han representado grandes intereses materiales? Toda la Historia lo demuestra. Y la revolución de 1789 a 1794, esa revolución tan grandiosamente ideal, ¿no ha sido enteramente encaminada por dos intereses reales: primero, el de la emancipación de la industria y del comercio burgueses de los obstáculos que les oponía la organización del mundo feudal; segundo, el de la apropiación de la tierra por los campesinos de Francia?

¿Se imagina Gambetta que será de otro modo hoy? ¿Cree que su república puede establecerse y mantenerse si no representa ningún interés? No pienso que sea tan inocente para esperarlo. Pero entonces, ¿cuáles son los intereses que acepta como base de su república? Existen hoy, lo repito, dos mundos de intereses completamente opuestos: los intereses burgueses, que se fundan esencialmente en la miseria y la esclavitud del proletariado, y los intereses del proletariado, los intereses materiales de todo el mundo, que exigen, como primera condición, la ruina de los intereses exclusivos de la burguesía, la abolición de esta última como clase económicamente separada, la igualación de la situación económica general.

Es claro que la conciliación entre estas dos tendencias diametralmente opuestas es imposible .Preciso es, pues, so pena de condenarse a un idealismo eternamente impotente, decidirse a tomar uno de estos dos partidos: o bien abrazarse francamente a los intereses de la burguesía, y entonces se hace uno evidente enemigo del pueblo, o bien declararse por los intereses del proletariado, y hacerse por eso mismo un socialista revolucionario. ¿Cuál es el partido por el que Gambetta creyé deber decidirse? No es ciertamente el último. Por consiguiente es el primero. Gambetta y todos sus amigos, republicanos y demócratas como él, son indiscutiblemente los abogados de la burguesía contra el pueblo.

Tomando ese partido por temperamento y por gusto tanto como por una necesidad inherente a sus posiciones personales, ¿han evitado al menos lo que todos los políticos

temen tanto, y que más que nada les avergüenza, la impotencia? De ningún modo. Se encuentran en una situación excesivamente singular, y melacólica también. No pueden apoyarse en el pueblo, puesto que son contrarios a sus intereses, y lo comprenden bien. Saben que si, aprovechándose de un concurso de circunstancias extraordinarias, consiguen alguna vez arrastrar, engañándolas, las simpatías populares, nunca podrían fijarlas. Se puede engañar y adormecer al pueblo, pero no largo plazo; porque el pueblo está presionado por necesidades demasiado reales, demasiado poderosas para poder alimentarse mucho tiempo de ilusiones. Acaba siempre por despertarse y su despertar es terrible siempre.

Por tanto, deben apoyarse principalmente, diré más, exclusivamente, en la clase burguesa. Pero la burguesía, tampoco quiere. ¿Por qué se llaman republicanos? La burguesía no tiene fe en la república, y no está dispuesta en absoluto a sacrificar sus intereses más caros, su bolsa, sus escudos, a su ideal político. Pueden prometerle la tranquilidad y el orden público, los "buenos negocios"; no cree en nada de eso. Sabe que su acción sobre el pueblo es nula, sabe que no tienen otro poder que el que ella quiera darles; y ella piensa, no sin razón, que Enrique V, los Orleans, hasta el infante Bonaparte, aun los malditos prusianos, la garantizarán mejor de lo que podrán hacerlo estos demócratas contra las rebeliones del proletariado. De donde resulta que la burguesía no está de ningún modo dispuesta a dejarse arrastrar por ellos a nuevas experiencias políticas, y que no quiere prestarles ni su poder ni su apoyo.

Pero entonces, ¿en qué se apoyan? En nada. Están cogidos entre dos mundos que se disputan la potencia de la vida. Uno, que representa la explotación inicua del trabajo popular en beneficio de una minoría privilegiada y poderosa por su riqueza, por su instrucción superior, tanto como por la organización formidable de los Estados que no están constituídos más que para protegerla; pero que, viejo, decrépito, privado de alma, sólo existe ya por esa organización mecánica de sus recursos materiales, y por eso mismo está condenado a perecer. El otro, que representa la emancipación del trabajo del yugo del capital burgués y la emancipación del hombre del yugo de los Estados,

es bastante débil aún, es verdad, desde el punto de vista de su organización, pero poderoso por el número, más poderoso aún por la justicia de su causa, verdadero representante de la humanidad, aspira y llegará a derribar al otro, sintiendo en sí la misión de establecer sobre sus ruinas un orden nuevo, sin otro principio que el de la libertad más absoluta, sin otra base que la de la más completa igualdad. Entre estos dos mundos reales y poderosos, de los cuales uno se prepara, sin duda, a morir, y el otro a conquistarlo todo, los republicanos radicales de la escuela de Gambetta, los idealistas y doctrinarios impotentes, hijos bastardos de la revolución burguesa del siglo pasado, vagan como fantasmas, desalojados e inquietos, incapaces de tomar una "resolución viril" (1) y de abrazar francamente uno u otro partido, de suerte que la realidad y la vida se les escapan. Lanzan al viento sus palabras elocuentes, pero estériles, predican en el desierto.

Sin embargo, gracias a un concurso de circunstancias desgraciadas para Francia, pero muy felices para ellos, han conseguido adueñarse del Poder. No lo retendrán, sin duda, largo tiempo; pero lo retendrán bastante para causar mucho daño a Francia.

¡Una dictadura de fantasmas! En este momento terrible, en que sería preciso la sublevación, la organización y la concentración de todas las realidades y de todas las fuerzas vivas de Francia para salvarla, ¿están al menos unidos entre sí? De ningún modo. Se esfuerzan por parecerlo. Pero entre los orleanistas como el general Trochu y Keratry, un reaccionario de junio como Julio Favre, un elegido del pueblo como Rochefort y un republicano "racional y positivista" como Gambetta, ¿es posible la unión? Marchando cada cual de concesión en concesión para producir esa unión, se anulan mutuamente, eso es todo. Su unión es cero, y gracias a ese cero, la reacción bonapartista, jesuítica, legitimista y orleanista vuelve a levantar la cabeza, y, apoderándose de nuevo del gobierno de Francia, abre la puerta a los prusianos.

Pero supongamos una cosa. Supongamos que todos estos hombres, de temperamento y de tendencias tan diversas, están realmente unidos en un solo pensamiento y una sola voluntad, y que ese pensamiento y esa voluntad tengan la energía revolucionaria del pensamiento y de la voluntad de Dantón. ¿Podría salvar a Francia esa dictadura revolucionaria?

(1) Expresión favorita de Gambetta. (Bakunin.)

Planteada así la pregunta, no vacilo en responder que no. Y he aquí por qué:

Para que una dictadura, colectiva o individual, por fuerte de voluntad que sea, en un país inmenso como Francia, y debiendo gobernar y dirigir la acción de cuarenta millones de habitantes, para que esa dictadura pueda ejercer su poder, le son necesarios todos los instrumentos y todos los recursos materiales que constituyen la potencia de los Estados, le es necesario un brazo para ejecutar sus decretos. Pero los recursos organizados de Francia están anulados. No tiene ni material de guerra ni presupuesto; y su brazo, es decir su fuerza armada y su organización judicial civil, toda su Administración interior, están de tal modo infestados de bonapartismo, que, en lugar de ejecutar los decretos de una dictadura que debería ser revolucionaria y no lo es, no pueden menos de continuar sirviendo a Bonaparte, y paralizando los esfuerzos desesperados de Francia.

¿Se dará un nuevo brazo la dictadura? Ya lo he dicho: crear una Administración nueva en poco tiempo y en la situación en que se encuentra el país, es cosa imposible. No le quedará, pues, más que un medio: será el de enviar a los departamentos comisarios extraordinarios, investidos de plenos poderes militares y civiles, es decir, crear tantos dictadores o procónsules nuevos como departamentos libres de la ocupación prusiana hay. Tal fué el gran medio de la Convención Nacional. Sí, pero es que la Convención Nacional era un cuerpo animado de un espíritu realmente revolucionario, que encontró bajo su mano una multitud de agentes revolucionarios. Mas el Gobierno actual, que no es revolucionario, ¿de dónde tomará esos agentes? Que se me permita repetir aquí lo que he dicho en otro folleto (1):

(1) *Cartas a un francés sobre la crisis actual* (agosto-septiembre de 1870). (Bakunin.) En los párrafos citados, se advierten algunas modificaciones. Compárese el fragmento correspondiente de la carta del 27 de agosto, págs. 93-94. (Nota del traductor.)

"Para apartar este mal [la ausencia de toda organización], el Gobierno de Defensa Nacional enviará, sin duda, a los departamentos procónsules, comisarios extraordinarios. Eso será el colmo de la desorganización.

"En efecto, no basta estar provisto de poderes extraordinarios para tomar medidas extraordinarias de salvación pública, para tener el poder de crear fuerzas nuevas, para poder provocar en una Administración corrompida y en poblaciones sistemáticamente desacostumbradas a toda iniciativa, un ímpetu, una energía, una actividad salvadoras. Para eso es preciso tener aún lo que la burguesía de 1792 y 1793 tenía en un grado tan elevado, y lo que falta actualmente a la burguesía contemporánea, aun a los republicanos; es preciso tener inteligencia, voluntad, audacia revolucionaria. ¿Y cómo imaginarse que los comisarios del Gobierno de Defensa Nacional, los subordinados de Gambetta y compañía posean esas cualidades, cuando sus superiores, los miembros del Gobierno, los corifeos del Partido Republicano, no las han demostrado ellos mismos?

"Aparte de estas cualidades personales que imprimieron a los hombres de 1793 un carácter verdaderamente heroico, el envío de los comisarios extraordinarios ha tenido tanto éxito en la Convención Nacional porque siendo ésta revolucionaria, apoyándose en París sobre las masas populares, sobre la *vil multitud*, había ordenado a todos sus procónsules que se apoyaran igualmente en todas partes y siempre, sobre esa misma *canalla popular*. Los comisarios enviados por Ledru-Rollin en 1848, y los que podrá enviar hoy Gambetta, han fracasado y fracasarán necesariamente, por la razón inversa, y los segundos más que los primeros, porque esa razón inversa obrará todavía más poderosamente en ellos que en sus antepasados de 1848. Esta razón, es que unos han sido y que los otros serán, en un grado más sensible todavía, burgueses radicales y, como tales, enemigos del socialismo y de la revolución francamente popular.

"Este antagonismo de la revolución burguesa y de la revolución popular no existía todavía en 1793, ni en la conciencia del pueblo, ni tampoco en la de la burguesía. No se había deducido todavía de la experiencia histórica esta verdad, que la libertad de toda clase privilegiada, y por consiguiente la de la burguesía, está fundada esencialmente sobre la esclavitud económica del proletariado. Como hecho y como consecuencia real, esa verdad ha existido siempre; pero ha sido de tal modo embrollada con otros hechos y enmascarada por tantos intereses y tantas tendencias históricas diferentes, sobre todo religiosas y nacionales, que no se había desprendido todavía en su gran sencillez actual, ni para la burguesía, comanditaria del trabajo, ni para el proletariado, asalariado, es decir, explotado por ella. La burguesía y el proletariado eran, aun antes de la revolución de 1789, enemigos naturales, pero sin saberlo. A consecuencia de esta ignorancia, atribuían, unos sus temores, otros sus males, a razones ficticias, no a su antagonismo real y, creyéndose unidos por los intereses, marcharon juntos contra la monarquía, la nobleza y los sacerdotes.

"He ahí lo que hizo la gran fuerza de los burgueses revolucionarios de 1792 y 1793. No sólo no temían el desencadenamiento de las pasiones populares, sino que lo provocaron con todas sus fuerzas, como el único medio de salvación para la patria y para ellos mismos contra la reacción interior y exterior. Cuando un comisario extraordinario delegado por la Convención, llegaba a una provincia..."

(El manuscrito se interrumpe aquí.)

EL DESPERTAR DE LOS PUEBLOS

(FRAGMENTO)

Los alemanes acaban de prestar un inmenso servicio al pueblo francés. Han destruído su ejército.

¡El ejército francés!, ese instrumento tan terrible del despotismo imperial, esa única razón de ser de los Napoleones. Mientras hubiera existido erizado de bayonetas fratricidas, no habría habido salvación para el pueblo francés. Podría haber en Francia *pronunciamientos* como en España, revoluciones militares, pero libertad, ¡nunca! París, Lyon y otras ciudades obreras de Francia lo saben bien.

Hoy, ese ejército inmenso, con su organización formidable, no existe ya. Francia puede ser libre. Lo será, gracias a sus hermanos alemanes.

Pero, beneficio por beneficio. Ahora le toca el turno al pueblo francés de hacer el mismo servicio al pueblo alemán. ¡Pobres alemanes si sus ejércitos volviesen triunfantes a Alemania! perderían todas sus esperanzas de porvenir y de libertad, al menos por cincuenta años. Que se imagine estas hordas de esclavos, disciplinados y conducidos por barones pomerianos, y transformados...

(El manuscrito se interrumpe aquí.)

CARTA A ESQUIROS

(Alrededores de Marsella,
20 de octubre de 1870)

CARTA A ESQUIROS

Este 20 de octubre de 1870. Alrededores de Marsella.

Ciudadano y señor:

Tengo el honor de dirigirle, por uno de mis amigos de Marsella, el folleto que publiqué con este título: *Lettres a un Français sur la crise actuelle.*

Contiene cartas escritas en el mes de agosto, mucho antes de la capitulación de Sedan (1). Pero el editor, amigo mío, que las ha recortado singularmente, por no decir castrado (2), creyendo sin duda que no había llegado aún el momento para decir toda la verdad, consideró conveniente fecharlas en septiembre.

Estas cartas —dirigidas a un amigo, al ciudadano Gaspard Blanc, de Lyon, uno de los jóvenes más consagrados a la salvación de Francia que encontré, y a quien el señor Challemel-Lacour, comisario extraordinario, tiene ahora en prisión bajo el pretexto ridículo y odioso de ser un agente de los prusianos— espero que le demostrarán, ciudadano Esquiros, que no soy ni el amigo ni el partidario del Rey de Prusia, ni de ningún déspota del mundo.

El señor Challemel-Lacour y el señor Andrieux, procurador de la República en Lyon, se atrevieron a levantar contra mí esa calumnia infame. Ciertamente, no soy yo el que me quejaré nunca de la vivacidad de la polémica entre dos

(1) Esto no es exacto. El material del cual fué sacado el folleto está escrito del 27 de agosto al 2 ó el 3 de septiembre. (Nota del traductor.)

(2) Como para demostrar lo inmerecido de este reproche, Guillaume publica, profusamente anotado, el folleto que él compuso con el material entregado por Bakunin en el tomo segundo de *Oeuvres* (París, 1907). (Nota del traductor.)

partidos que se combaten. Por otra parte no tendría ese derecho; porque yo también, siempre que pude, me mostré despiadado para los intereses, para los hombres y para la organización política y social de que esos señores aparecen hoy como defensores naturales, en detrimento de la salvación de Francia, y que en conjunto constituyen la nefasta omnipotencia actual de la burguesía. He atacado duramente los principios y los llamados derechos de mis adversarios en política y en socialismo. Pero no he tocado a las personas y he tenido siempre horror a la calumnia.

Es un medio cómodo, ¿no es cierto?, lanzar ese epíteto de prusianos a todos los hombres que tienen la desgracia de no compartir un entusiasmo de comando hacia esos pretendidos salvadores de Francia, cuya inercia, incapacidad e impotencia infatuada de sí misma pierden a Francia.

Otro en lugar suyo, ciudadano Esquiros, habría podido preguntarme: "¿Qué le importa todo eso a usted, que es extranjero?" ¡Ah!, señor, no tengo necesidad de mostrarle que la causa de Francia se ha transformado en la del mundo; que la derrota y la decadencia de Francia serán la derrota y la decadencia de la libertad, de todo lo que es humano en el mundo; que el triunfo definitivo de la idea y de la potencia de Prusia, militares y burocráticas, nobiliarias y jesuíticamente protestantes, serán la más inmensa desgracia que pueda afectar a toda Europa. Si Prusia triunfa, padecerá la humanidad europea al menos cincuenta años; a nosotros, los viejos, no nos quedará más que morir. ¡Ay!, debiera reconocer que mi amigo Alejandro Herzen tenía razón cuando, después de las nefastas jornadas de junio de 1848 —jornadas durante las cuales la burguesía de París y de Francia levantó el trono de Luis Bonaparte sobre las ruinas de las esperanzas y de todas las aspiraciones legítimas del proletariado— proclamaba que la Europa occidental había muerto y que para la renovación, para la continuación de la Historia, no quedaban más que dos fuentes: América por una parte, y por otra la barbarie oriental.

Abogado, no de vuestro mundo burgués oficial —mundo que detesto y que desprecio con todo mi corazón—, sino de la revolución occidental, defendí siempre esta revolución contra él. Después de haber sido uno de sus ardientes adeptos, él no creía en ella. Yo continuaba creyendo, a pesar de la catástrofe, a pesar del crimen cometido por la burguesía en junio. El decía que la Europa occidental estaba podrida, que se había hecho razonadora y cobarde, sin fe, sin pasión, sin energía creadora, como antes el Bajo Imperio. Yo le concedía todo eso en relación a vuestra civilización burguesa, pero le objetaba que en la Europa occidental, por encima de la burguesía, había un mundo bárbaro, *sui generis:* el proletariado de las ciudades y los campesinos, que, no habiendo abusado ni siquiera usado de la vida; no habiendo sido depravado ni sofisticado por esa civilización caduca, sino, al contrario, moralizado siempre por un trabajo que, por oprimido y esclavo que sea, no es menos una fuente viva de inteligencia y de fuerza, está todavía lleno de porvenir; y por consiguiente no había necesidad de la invasión de la barbarie oriental para renovar el occidente de Europa, pues éste contenía en sus regiones subterráneas una barbarie propia que lo renovaría a su hora.

Herzen no creía nada, y ha sido matado mucho más por su escepticismo que por su enfermedad. Yo, al contrario, estaba pleno de fe; he sido socialista revolucionario, no sólo en teoría, sino en la práctica; es decir, he tenido fe en la realización de la teoría socialista, y a causa de ello le sobreviví. He sido y soy socialista, no sólo porque el socialismo es la libertad *real,* la igualdad *real* y la fraternidad *real,* y la justicia humana y universal, sino también por una consideración de fisiología social.

Soy socialista, porque he llegado a la convicción de que todas las clases que han constituído hasta aquí, por decirlo así, los grandes personajes activos y vivientes de la tragedia histórica, han muerto. La nobleza ha muerto; la burguesía está muerta y podrida. Lo demuestra perfectamente en esta hora. ¿Qué queda? Los campesinos y el proletariado de las ciudades. Unicamente ellos pueden salvar a Europa del militarismo y de la burocracia prusianos, esos dos aliados y parientes del knut de mi querido Emperador de todas las Rusias.

Pues bien, lo que hoy veo en Francia me sume en un estado próximo a la desesperación. Comienzo a temer con Herzen que los campesinos y el proletariado, en Francia, en Europa, hayan muerto también. ¿Y entonces? Entonces, Francia está perdida, Europa está perdida.

¡Pero, no! Durante mi corta estada en Lyon y en los alrededores de Marsella he visto, he sentido que el pueblo no ha muerto. Tiene todos los finos instintos y todas las poderosas energías de un gran pueblo. Lo que le falta es organización y justa dirección; no esa organización y esa dirección que le caen de arriba, por la autoridad del Estado, y apostillada, sea por Su Majestad imperial Napoleón III, sea por Su Majestad republicana, el señor Gambetta; sino esa organización y esa dirección que se forman desde abajo y que son la expresión misma de la vida y de la acción populares.

Es evidente, ciudadano Esquiros, que para dirigirle una carta semejante preciso es que tenga una gran fe en usted. ¿Y sabe por qué tengo esa fe? No tuve el honor de encontrarlo. Pero leí sus escritos y conozco su vida. Sé que usted no tuvo nunca temor a ser revolucionario consecuente, que no se ha ocultado jamás y que nunca sacrificó la causa del pueblo a consideraciones de clase, de partido o de vanidades personales. En fin, señor, usted fué el único que, en ese desgraciado Cuerpo legislativo, después de los desastres que destruyeron a los ejércitos franceses, y, permítame decirlo, en medio de la cobardía y la estupidez manifiesta de todos sus colegas de la izquierda —los miembros que forman hoy el Gobierno de Defensa Nacional— propuso el único medio que quedaba para salvar a Francia; a saber, el de provocar, por una proclama hecha en nombre del Cuerpo legislativo, la organización espontánea de todas las comunas de Francia, *al margen de toda tutela administrativa y gubernamental del Estado*. Quería proclamar, en una palabra, la liquidación, o más bien, la simple comprobación de la ruina total y de la inexistencia del Estado. Habría puesto a Francia, por ese medio, en estado de revolución.

He comprendido siempre, y en esta hora debe de haberse hecho evidente para todo el mundo, que fuera de ese remedio heroico no puede haber salvación para Francia. Los abogados que componen vuestro Gobierno actual han pensado de otro modo. Privados de todos los medios que constituyen la potencia de un Estado, han querido —¡inocentes!— jugar al gobierno del Estado. Por ese juego han paralizado toda Francia. Impidiéronle el movimiento y la acción espontánea, bajo el pretexto ridículo y, vistas las circunstancias presentes, criminal, de que sólo los representantes del Estado deben tener el monopolio del pensamiento, del movimiento, de la acción. Obsesionados por el temor de ver al Estado derrumbarse y fundirse en sus manos, para conservarlo han guardado toda la antigua Administración bonapartista, militar, judicial, comunal y civil; y han llevado su tonta confianza en ellos mismos, su criminal infatuación personal hasta el punto de haber esperado que, en cuanto estuvieran en el Poder, los bonapartistas, esas gentes ligadas irrevocablemente al pasado por la solidaridad del crimen, se transformarían en patriotas y en republicanos. Para suavizar esta falta y corregir las consecuencias funestas, enviaron a todas partes comisiones extraordinarias, prefectos, subprefectos, abogados generales y procuradores de la República, pálidos republicanos, bastardos de Danton, como ellos. Y todos esos pequeños abogados, todos esos fatuos de guantes amarillos, ¿qué han hecho? Han hecho lo único que hubiesen podido hacer: se aliaron en todas partes a la reacción burguesa contra el pueblo; y al matar el movimiento y la acción espontánea del pueblo, han matado a Francia por doquier. Ahora la ilusión no es ya posible. Hace cuarenta y seis días que la República existe, y ¿qué se ha hecho para salvar a Francia? Nada, y los prusianos avanzan siempre.

Tal fué el pensamiento, ciudadano, y tales fueron los sentimientos que presidieron la formación del Comité de Salvación de Francia en Lyon, que dictaron su proclama, que impulsaron a mis amigos a hacer esa tentativa del 28 de septiembre, que fracasó, no temo decirlo, para desgracia de Francia.

Varios de mis amigos, en las cartas que dirigieron al *Progrès* de Lyon, han tenido la debilidad de negar el fin real de esa manifestación frustrada. No tienen razón. En tiempos como los que vivimos se debe tener, más que en otra época cualquiera, el valor de la verdad.

El fin era éste: Hemos querido derribar la Municipalidad de Lyon. Municipalidad evidentemente reaccionaria y que paralizaba y continúa paralizando toda la organización real de la defensa nacional en Lyon; derrocar al mismo tiempo todos los poderes oficiales, destruir todos los res-

tos de esa Administración imperial que continúa paralizando toda la organización real de la defensa nacional en Lyon; derrocar al mismo tiempo todos los poderes oficiales; destruir todos los restos de esa Administración imperial que continúa pesando sobre el pueblo al sacar el sombrero ante los reyes de Yvetot que se imaginan reinar y hacer algo de bueno en Tours; y convocar la Convención Nacional de la Salvación de Francia. En una palabra, queríamos realizar en Lyon lo que usted mismo, ciudadano Esquiros, ha tratado de hacer mediante la Liga Meridional, liga que hubiese levantado, ciertamente, al Mediodía y organizado su defensa, si no hubiese sido paralizada por esos reyes de Yvetot. ¡Ah, señor, los abogados del Gobierno de Defensa Nacional son criminales! Matan a Francia. Y si se les deja hacer, la entregarían definitivamente a los prusianos.

Es tiempo de que acabe esta ya larga carta...

(El manuscrito se interrumpe aquí.)

FIN DEL TOMO I

INDICE